

ESCRITORES DE CHILE VII

ALBERTO ROJAS JIMÉNEZ

SE PASEABA POR EL ALBA

Recopilación y prólogo
Oreste Plath

Coinvestigadores
Juan Camilo Lorca
Pedro Pablo Zegers B.



DIRECCION
DE BIBLIOTECAS,
ARCHIVOS
Y MUSEOS



CENTRO
DE INVESTIGACIONES
DIEGO BARROS ARANA

ALBERTO ROJAS JIMÉNEZ

571183

ALBERTO
ROJAS JIMÉNEZ
SE PASEABA POR EL ALBA

RECIBO
N.º 571183
31011818

Colección
Escritores de Chile

153557

© DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS, 1994

Inscripción N° 91.532

ISBN 956-244-032-X

Derechos exclusivos reservados para todos los países

Edición al cuidado de: *Pedro Pablo Zegers Blachet*

Directora de Bibliotecas, Archivos y Museos y

Representante Legal

Sra. Marta Cruz-Coke Madrid

Director del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana y

Director Responsable

Sr. Alfonso Calderón Squadritto

Producción Editorial

Sr. Marcelo Rojas Vásquez

Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos

Av. Libertador Bernardo O'Higgins 651

Fono 6338957, Fax 6381975

Santiago de Chile

ESCRITORES DE CHILE VII

ALBERTO ROJAS JIMÉNEZ

SE PASEABA POR EL ALBA

Recopilación y prólogo
Oreste Plath

Coinvestigadores
Juan Camilo Lorca
Pedro Pablo Zegers B.



DIRECCIÓN
DE BIBLIOTECAS,
ARCHIVOS
Y MUSEOS



CENTRO
DE INVESTIGACIONES
DIEGO BARROS ARANA



PRÓLOGO

Alberto Rojas Jiménez era de personalidad insólita; le daba vida a las palabras. Su ingenio sembraba fantasías; era la sugestión grandiosa.

Vivenciaba más allá de la realidad, de la imaginación y de la ensoñación.

Su lengua se florecía de relatos y de leyendas asombrosas. Su actividad era la voz de la sangre. No se le podía hurgar a fondo, pues era todo el rostro de la vanguardia.

Poeta y mago. Un actor; dejarlo de oír era imposible porque producía embrujo en el auditorio.

No puedo guardar más silencio ni tener detenida en el tiempo parte de su hacer. Y desde la lejanía, la distancia, lo acerco a las nuevas generaciones.

Lo veo en nuestros convivios en Valparaíso y recuerdo la noche, los cerros con sus trajes de luces, las callejas con su olor a mar, los bares; el *Roland*, que tanto le gustaba y del cual salíamos al alba y paseábamos por ella, lo que le generaba más vida.

Vivió y bebió con poetas, artistas, bohemios, letraheridos, amigos momentáneos y extraños.

Pero tengo un tiempo atado a él por la tragedia. ¡Ay cuánto me duele! Recuerdo su llanto aterrado y tengo su voz como una herida en mis oídos, cuando me comunica el accidente de María Bellet.

Una mañana de domingo, del mes de diciembre de 1932, llegaban a Valparaíso, desde Santiago, Alberto, el artista fotógrafo Mario Vargas Rosas, la escultora María Bellet y la pintora Regina Falcón.

No recuerdo si me llamaron por teléfono o los esperé en la estación del puerto.

Fuimos hacia el muelle, la mar estaba de flujos y reflujos, de peces alertos y graznidos de gaviotas; Mario tomó algunas fotografías de cadenas que se extendían y distendían y de embarcaciones en permanente balanceo.

Almorzamos en las cercanías de la bahía; después fuimos a la casa del poeta del mar, Zoilo Escobar. Y se llegó a los presentes, a los recuerdos; Zoilo le obsequió a María Bellet un hermoso caracol. Yo manifesté mi azar a ellos y todos me miraron.

Cuando se terminó el tiempo de la visita, salimos hacia el puerto, para quedar cercanos a la estación del ferrocarril y a uno de esos figones marineros.

Los visitantes, hartos de unas horas de mar, se embarcaron hacia Santiago.

Me encontraba en casa, cuando un llamado telefónico, con una voz que hablaba a sollozos —era la de Alberto Rojas Jiménez— me comunicaba que María Bellet había caído del convoy, al pasar de un vagón a otro. Me pedía que fuera al Hospital de Viña del Mar, adonde serían enviados sus restos. Así lo hice; zozobrando. Esperé la llegada en una sección del Hospital y luego vi parte del cuerpo confundido con su ropa, su cartera abierta por donde asomaba el caracol de mar o de mal.

Al día siguiente, en el tren de mediodía, se embarcaron los restos en la estación de Viña a Santiago.

En la capital aguardaban profesores, estudiantes de Bellas Artes y del Conservatorio Nacional de Música. Tomaron el féretro y lo colocaron en un carro que fue llevado a mano

por el Parque Forestal, por artistas y amigos, hacia la Escuela de Bellas Artes, donde en la cúpula central estaba erigida la Capilla Ardiente.

Por la noche, la caja mortuoria estaba cubierta de rosas y claveles rojos.

Al otro día sus compañeros de escultura y danza, artistas y cientos de personas caminaron hacia el Cementerio General. Aquí, Alberto Rojas Jiménez, con los lagrimales llenos de sal, despidió a María.

Habían pasado dos años de esta tragedia y otra sorpresa me estremece y priva mi aliento: el poeta había muerto, representando un acto que siempre montaba en los escenarios visitados por los artistas: comprometer la deuda de su consumo con su palabra de poeta; pero en esta ocasión el mozo que lo atendía no comprendió y después de golpearlo y despojarlo de algunas prendas de vestir lo lanzó a la calle una noche de lluvia despiadada.

Y una mañana de agua llovediza lo fuimos a enterrar; y partió sin ver el alba de su última noche.

Así quedé, atado a este amigo, que recorrió rápidamente treinta y cuatro años de vida. Por esto he querido recoger y juntar sus críticas de arte, poemas, artículos y dibujos en que adquiere su plenitud.

ORESTE PLATH

NOTA DEL EDITOR: No debe sorprender al lector el uso arbitrario de la letra inicial del apellido Jiménez. Algunos autores prefieren el uso de la "J"; otros, el uso de la "G". En esta edición se ha respetado el criterio que, en su oportunidad, el propio poeta determinó y el de todos aquellos que, con sus trabajos, forman parte de esta antología.

Autobiografía



El retrato. Entre sus cartas, sus lazos, sus papeles, conserva mi hermana en un anciano cofrecillo, un antiguo retrato mío, hecho cuando había cumplido apenas los seis años.

Contemplándolo ahora, cómo mueve mis recuerdos esta borrosa imagen de la infancia. Cuánta sombra de amor, ya casi desvanecida, cobra de nuevo su realidad, se yergue y me llena el corazón ¡Oh edad de la infancia, venturosa edad que con tanta premura te alejaste, sin que de ti me hartara!

Cómo suenan aún en mis oídos, que han escuchado el canto de todos los vicios, las tiernas, las desnudas, las luminosas palabras de tu alborada.

En tu recuerdo, mis ojos intentan una sonrisa feliz y mis manos imitan un signo de los juegos ya olvidados. Pero ni mis manos ni mis ojos logran realidad. Y es inútil, oh lejana edad, todo mi esfuerzo por correr el velo obscuro que hoy empaña mis pupilas y mis manos, no pueden hoy vestirse de otro gesto que del que han cogido en el agua de todos los venenos a que se han visto tantas veces impulsadas.

¡Años de la infancia que os fuisteis tan de prisa, tejed en mi memoria un collar piadoso, anudad mi espíritu de hoy, vencido y turbulento, y refrescadle con vuestro aroma de juventud!

Juegos en el atardecer. De niño fui siempre callado y débil. Mi traza, delgaducha y pálida, siempre vestida de negro, no hallaba entre los chicos de mi edad ni un solo compañero de debilidad y de silencio.

Y así fui creciendo, alejado de sus juego y de sus alegrías, sin más compañía que la de Azor, un perro de lanas que lamía mis manos en actitud de pasiva felicidad.

Todos los hombres al hablar de su infancia recuerdan al amigo que compartía sus juegos y los días venturosos de los años primeros.

Si alguien me pidiera que evocara mis primeros pasos en el mundo, yo no podría olvidarme de Azor. Él fue mi único amigo en aquellos años lejanos.

El tiempo ha corrido largamente y ha puesto sobre mi frente la impiedad de sus manos, pero yo no he olvidado aún el hocico peludo de Azor, ni sus ojos expresivamente tristes. Tampoco he olvidado su modo de correr ni el eco de sus ladridos.

Azor era mi amigo y con él compartía mi vida. Juntos descubríamos los misteriosos rincones de la huerta, y juntos, por las tardes, echados en el solar de la casa, mudos y atentos, mirábamos los juegos de los niños y las niñas del barrio.

El sol pintaba de oro las cabecitas infantiles y ponía un destello rosa en las hojas de los árboles. El viento del atardecer ondeaba las voces de los niños y las traía hasta nosotros confundidas y deshechas.

Una sombra azul iba borrando el contorno de los cuerpos y las cosas. Alguien iba encendiendo las lámparas detrás de las ventanas y luego la calle y las casas se ahogaban en la caída de la noche.

Los juegos de los niños se hacían cansados y débiles, hasta que al fin Azor y yo quedábamos solos y llenos de silencio bajo las primeras estrellas

Mi madre aparecía en el portal, me llamaba y venía a mi encuentro. Mi amigo y yo entrábamos en la casa llena de sombras. Y todas las tardes esto era lo mismo.

La Familia. Cuando me pregunto de dónde viene esta falta de voluntad, esta indecisión y este morbosos sentimentalismo que sobresalen en mi personalidad, no acierto con la respuesta. Echando una ojeada a mis antepasados, casi no encuentro con ellos punto de contacto.

Mi padre era un marino fuerte y su vida fue ejemplo de energía. Quería a las mujeres con constancia. Hizo periodismo de batalla. (p.s.)

Entre sus ascendientes no hubo tipos de personalidad destacada. Sólo tengo noticias de un tío abuelo suyo, fraile jesuita, que era un compositor inspirado.

En la familia de mi madre hubo hidalgos, frailes marinos. (p.s.)

Mi madre, una señora pálida, de estatura mediana, se aparece en mis recuerdos llena de silencio y de recogimiento. En mi infancia, ella cuidó siempre de mí con extraña solicitud. Sus ademanes lentos y serenos no se borran en mi memoria. Pero del eco de su voz no conservo ni una huella. Siempre me hablaba en voz baja, sonriendo, y para con los extraños no tenía otra actitud. A los trece años salí de su lado por primera vez. Tres inviernos estuve alejado de su cariño. (p.s.)

Abandoné el hogar por segunda vez, con resolución triste y definitiva.

Mi abuela. Mi primera infancia estuvo al cuidado mercenario de una nodriza. Se llamaba Carmen, era morena y vivaracha y se pasaba el día cantando. Mientras yo dormía en sus brazos robustos, su voz llenaba la casa y velaba mi sueño. Ya más grande, muerto mi padre, mi madre me envolvió con su amor en un manto ricamente matizado. Mi abuela, una viejecita amable, delgaducha, de ojos tristes, dulces y ahondados, veía con alegría infantil cómo los años me iban dando el aspecto de un hombrecillo.

Por las tardes, cuando mi madre se ocupaba en los quehaceres de la casa, ella me tomaba en su falda, inventaba ingenuas y disparatadas leyendas, y en los títulos de los periódicos me enseñaba las primeras letras.

En la sala de mi casa había un piano negro y grande. A veces, por las noches, mi abuela tocaba antiguos minuetos y valsos que llenaban de felicidad mi alma en ciernes.

Un día mi abuela partió en viaje hacia el norte y ya no la vi hasta que tuve quince años. Su cara había envejecido cruelmente y sus cabellos que yo recordaba oscuros, se volvían blancos y raleados.

La noche de su vuelta yo recordé las veladas de antaño y los valsos que mecían mi frente infantil. Mi abuela fue al piano conmovida, intentó algunos compases, pero sus dedos entorpecidos por los años no encontraban las notas, se enredaban, y ya ni en el recuerdo pude escuchar de nuevo la música que en otros tiempos constituyera mi felicidad mayor. Mi abuela me miró con los ojos llenos de lágrimas. Su voz pudo decir:

—Estoy vieja. Ya lo ves, no puedo...

Yo tenía quince años, y fue mi abuela en aquella noche, la primera mujer que, en mi vida, lloró sobre mi hombro.

Mujeres. (p.s.)... De ellas sólo una ha dejado en mi recuerdo una huella de gratitud y de cariño: Solnei.

Las demás sólo vaciaron en mi vino un filtro de hastío y de amargura. Solnei alegró con su gracia, dos años de mi vida. Enlazó su suerte a la mía, y alternativamente fueron suyas mi riqueza y mi miseria. Juntos estuvimos bajo distintos cielos y en muchos pueblos quedó algo nuestro.

Espigada y rubia, tenía la voz un poco ronca y seseaba al hablar con la melosidad de una cubana. No podré olvidar en mucho tiempo sus ojos ardientes y su melena cortada y crespas como la de una bailarina. Aún hay un sitio en mi corazón para su nombre tibio y claro, que me fuera tan querido.

Mi situación. A los veinte años, mi situación ante la vida no tenía ninguna fijeza y el porvenir no me preocupaba en lo más mínimo.

De chico nunca tuve una vocación decidida por nada. Mi carácter era indeciso, débil, y mi sensibilidad, hasta hoy, ha sido como de cristal.

(N. de la R.): El párrafo siguiente no se copió por encontrarse el original semidestruido.

He sido y soy un apasionado excesivo. En cada acto mío, en mis palabras y en todo lo que me rodea —personas, cosas— pongo mi vida desnuda y entera.

En la lucha por la existencia he sido alternativamente débil y fuerte.

Al ver mis facilidades para el dibujo, muchos auguraron que sería un pintor de fama. Hice un curso en la Escuela de Bellas Artes. La petulancia de los profesores, la lentitud de la enseñanza, me fastidiaron, y así, el encauce de mis aptitudes pictóricas no llegó a realizarse.

A menudo, en los corrillos de café intento algunos bocetos que tienen éxito entre mis amigos, pero tengo la seguridad de que el dibujo nunca llenará mis actividades.

Siendo niño, las leyendas heroicas llenaron por un tiempo mi cerebro, y llegué a creer, con la ingenuidad de los diez años, que en la Marina de Guerra encontraría mi vocación. El antecedente de que mi padre había sido marino, y la admiración que me embargaba a la vista de un retrato suyo con sombrero de puntas y espada al cinto, avivaron mi entusiasmo por la vida del mar. Felizmente mi madre se opuso a mi proyecto y la Escuela Naval no pudo contarme entre sus alumnos.

Cursé humanidades en un liceo de provincia y en un internado de Santiago. También estuve en un liceo de Valparaíso algunos meses. En mis estudios fui siempre reacio, y de las carreras universitarias ninguna tenía para mí atractivo alguno.

Cuando aún no era dueño de mi voluntad, mi familia quiso hacer de mí un seminarista, pero me salvó de tal calamidad el no saber una letra de latín. Por aquel tiempo había hecho ya tres años de humanidades, y de haber ingresado al Seminario hubiera tenido que empezar de nuevo.

Tenía yo doce años mal cumplidos y vivíamos en Quillota. Luego fui mandado a un internado de Santiago. Lo que más me preocupaba entonces era mi figura: me observaba en los espejos con la asiduidad y entusiasmo de un gomoso. Adquirí la costumbre de retratarme cada vez que tenía ocasión. Todo esto, a la larga, me ha mostrado su ridiculez, pero me salva de condena el hecho manifiesto de que todo era producto de un gran deseo de corrección, inclinación que hasta ahora he conservado.

Aunque nada sabía entonces de literatura, preferí los sombreros de ala ancha a los de ala corta e inexpressiva, y como llevara siempre trajes oscuros, mi traza tomó un aspecto romántico que no me pareció ni me parece aún del todo mal.

Con el tiempo he observado que a la mayoría de las mujeres las llena de disgusto mi aspecto desgarbado, y esto hace que yo viva agradecido de mi aspecto.

Junto con estas preocupaciones de carácter puramente exterior, nació en mí el deseo enorme de conocer el mundo, que yo imaginaba lleno de imprevistas dulzuras y de encantos imprevistos. De haberlo podido, me habría arrancado del colegio y me hubiera embarcado en el primer vapor sin preguntar su rumbo.

Había perdido aquel mutismo, aquel aire huraño y desconsolado de la infancia, y me había tornado en un chiquillo bullicioso, lleno de proyectos descabellados, temerario, audaz y curioso. Sólo después de los veinte años he recuperado aquel amor a la soledad y al silencio de mis años primeros.

En el internado me sentí fuerte y capaz de acometer cualquiera aventura. El encanto

de lo desconocido, el sortilegio de las grandes capitales y de los mares más lejanos, me atraía y me mareaba como una esencia preciosa. Leí por entonces algunos libros de viaje, y las descripciones de paisajes exóticos y de gentes de costumbres extrañas a las que me rodeaban y me enlazaban, me llenaron de maravilla y de un ansia loca de libertad y de aventura (p.s.).

En aquella época de febril exaltación del internado, junto con los primeros pasos literarios, sucedió una época larga de inquietudes espirituales. Las primeras dudas religiosas, los primeros conocimientos filosóficos y las primeras ideas serias acerca del mundo y de la vida, asaltaron mi cerebro y conturbaron mi espíritu.

Los libros cubrieron mi horizonte, agrandaron mis pupilas, afirmaron definitivamente mi inclinación a la belleza y fueron ellos solos, durante años, mis únicos amigos y hermanos. Los libros y la comprensión estética, delineada en mí con precocidad, cuántas veces me salvaron de ser un malvado o un granuja.

Mi espíritu crítico se aguzó, se educó, y todo lo que antes sólo me parecía faltar de interés —las personas, las reuniones, las instituciones, usos, costumbres y leyes sociales—, todo, todo, se me presentó en su justa desnudez y me resultó de una repugnancia definitiva.

Analizándome con relación al ambiente, llego a la conclusión harto fácil de que soy un indisciplinado, un inadaptado.

A menudo oigo decir de mí:

—¡Es un pobre diablo!

Y siempre este juicio lo hallo en boca de quienes han tenido que someterse a todas las fórmulas huecas, a cuanta hipocresía social llena el ambiente, y en quienes el más mínimo gesto de rebeldía o personalidad es imposible.

Un pobre diablo, sí.

Porque aprendí a odiar la falsedad, los convencionalismos, la mentira; porque siempre huí de la intriga social y me rebelé y atacé toda supremacía que no fuera la del talento.

Un inadaptado. Es cierto. No podría jamás adaptarme a un medio que me repugna y del cual me siento lejos.

Yo amo y he vivido lo mejor de mi vida en un sueño de dulce, de inmensa y amorosa libertad. La libertad única de los pájaros, del cielo, del mar.

No tengo nada. Y sólo ambiciono días que me traigan siempre un poco de amor y de belleza.

Y en mi inadaptación, en mi calidad de pobre diablo, yo alzo las pupilas, enciendo las estrellas, y abrazo el cielo, la tierra y el mar como si fueran míos.

(*Pro Arte*, N° 13, Santiago, 7 de octubre de 1948, págs. 1 y 6).

GRAFOLOGÍA DE ROJAS JIMÉNEZ

He aquí un hecho curiosísimo para los grafólogos: Rojas Jiménez es el origen de un tipo de letra en el cual se ha escrito gran parte de la poesía chilena moderna. Tan personal y llena de seducción era su letra manuscrita, que muchos escritores de su tiempo, y entre ellos los que han alcanzado más destacada notoriedad, copiaban sus rasgos con verdadera obsesión.

Los que alguna vez tengan en sus manos originales poéticos de una determinada generación nuestra, reconocerán enseguida, a través de cada temperamento, esa letra de trazo musical, suelto, con pequeños blancos entre sílaba y sílaba, cayendo hacia los extremos de la línea en una fuga que acusa pasión y desencanto, tan típica de Rojas Jiménez.

(*La Nación*, Santiago, 10 de junio de 1934, pág. 4).



El autor de esta obra es Tomás Lago. Impreso en Chile en el año 1934. Hecho del Depósito Legal en Chile el 10 de Julio de 1934. No se permite la explotación económica ni la transformación de esta obra. Queda permitida la citación en texto.

Deposito legal en Chile el 10 de Julio de 1934. No se permite la explotación económica ni la transformación de esta obra.

La bohemia a fines del siglo XIX y principios del XX, era un mundo de artistas y escritores que se reunían en los salones de la calle Lira, en el barrio de San Francisco de Asís, en la ciudad de Santiago. Allí se reunían los poetas, los novelistas, los dramaturgos, los músicos y los pintores, para discutir sus obras y sus ideas. Este mundo bohémico fue el escenario de muchas de las obras más importantes de la literatura chilena.

En esta época, los artistas y escritores se reunían en los salones de la calle Lira, en el barrio de San Francisco de Asís, en la ciudad de Santiago. Allí se reunían los poetas, los novelistas, los dramaturgos, los músicos y los pintores, para discutir sus obras y sus ideas.

Este mundo bohémico fue el escenario de muchas de las obras más importantes de la literatura chilena. Allí se reunían los poetas, los novelistas, los dramaturgos, los músicos y los pintores, para discutir sus obras y sus ideas.

La bohemia a fines del siglo XIX y principios del XX, era un mundo de artistas y escritores que se reunían en los salones de la calle Lira, en el barrio de San Francisco de Asís, en la ciudad de Santiago.



De izquierda a derecha: Tomás Lago, Joaquín Edwards Bello, María Antonieta Hagenaar Vogelzang de Neruda, Pablo Neruda, Pablo Garrido, Gabriela Rivadeneira, Pilo Yáñez (Jean Emar), Alberto Rojas Jiménez, Regina Falcón.

Fotografía tomada en casa de María Luisa Bombal el 12 de diciembre de 1932.

Salvador Reyes

Yo recuerdo a Rojas Giménez, vestido de negro, con discreta melena y magnífica pipa, sentado junto a una mesa de revueltos papeles en la vieja Federación de Estudiantes, bajo aquellas noches trepidantes de *Claridad*; lo recuerdo —ya la melena cubierta por gran chambergo— en las calles que una lejana primavera vestía con el prestigio del viaje; lo recuerdo también en Valparaíso caminando conmigo por calles marineras, donde parecía que la noche no terminaba nunca.

Después lo dejé de ver. Partió a Europa. Estuvo por largos años en esas tierras. Un día lo encontré en la plaza de Armas. Había regresado y seguía viviendo como antes, solamente un poco más inquieto por el deseo de volver a partir.

Ahora *Chilenos en París* pone de actualidad la figura de este poeta viajero, de este hombre que por ir tras de la vida, había descuidado hasta hoy la publicación de un libro.

—Vamos a ver qué piensa Rojas Giménez de su obra y de la obra de los otros— me he dicho, y he salido en su busca. Lo encuentro frente a una *Underwood*, en una oficina ministerial. Hablamos, es decir, habla él:

—La novela, la poesía... Estéril, y hasta cierto punto falso me resulta definir o fijar conceptos sobre algo que todavía no hemos realizado. Sin embargo, mi concepción de la novela —de su arquitectura— es sencilla. Para mí, la novela existe desde el momento en que el relato va más allá del tiempo que empleamos, leyendo, en consumir un buen cigarrillo. Quiero decir con esto, que el concepto tradicional de exposición, nudo y desenlace, me tiene sin cuidado. Es más, creo que el lector de nuestros días no soporta una novela construida sobre esa base. Su percepción es más aguda, su "cachativa" más veloz que las del lector de otros tiempos. Así, Balzac me resulta ingenuo, somnolento, insoportable.

Acumular elementos de realidad exterior (descripción de tipos, de paisajes, etc.), retarda la necesaria velocidad del relato y fastidia. Hay que echar mano de nuevos elementos o, más bien, emplearlos de nueva manera, ayudados por una nueva expresión. (Conviene anotar que el abuso de esta "nueva expresión", caso frecuente en las jóvenes literaturas americanas, engendra un preciosismo de carácter algo esotérico e inaguantable. La nueva expresión, en tales casos, deviene lugar común).

El cine, en su depuración continuada, eliminando cada vez más lo que podríamos llamar "preparativos a la comprensión", presentando un material de imágenes estricto y apoyándose en una realidad mágica, ocupa un lugar de avanzada con relación a la literatura novelesca, que muy pocos autores de nuestro tiempo han logrado alcanzar: Jean Cocteau con *Les enfants terribles*, Philippe Soupault con *Les dernières nuits de Paris*, Cendrars con *Le plan de l'aguille*, por ejemplo.

Hago esta comparación entre la literatura novelesca y el cine porque entre ambos medios de exteriorización veo una estrecha semejanza. El cine, por muy puro que sea, es siempre un relato. La novela, por muy lenta que aparezca, despertará siempre en nosotros el juego de la imagen animada. Y la influencia del cine en la nueva novela es tan apreciable como la de la poesía en el cine.

—¿Autores favoritos?

—No los tengo. Leo con agrado a los franceses y entre ellos con preferencia a Montherlant,

Girard, Eluard, Cocteau, Soupault, Louis Aragon, etc. De los españoles, a muy pocos. Alberti, Jarnes. Alberti me parece un gran poeta. En Alemania hay también un joven poeta de gran mérito: Walter Mehring. Y un gran dramaturgo: George Kaiser. Pero ya te digo, no tengo autores favoritos. Actualmente releo con gran placer un libro que llenó mi primera infancia: *El final de Norma*, de Antonio Alarcón. Ese libro merece figurar entre los mejores libros de aventuras de hoy día. No puedo olvidar que la Hija del Cielo fue mi primera pasión...

—¿Qué piensas tú de nuestro ambiente literario?

—No creo que tenga consistencia alguna. ¿Qué es lo que forma y mantiene un ambiente literario? ¿Los autores? ¿Los libros? ¿Las revistas? Nuestra producción es lenta y casi siempre anémica. Para apreciar esto no hace falta mucho esfuerzo. Y sin embargo, entre nosotros abundan los maestros, los jefes de escuela y hasta los genios... No conozco una sola revista chilena que esté animada por un espíritu definido, que muestre una orientación segura. El Ateneo de la calle Huérfanos y otros corrillos similares no forman ambiente, lo rarifican. Nuestro carácter insular y sardónico nos impide la cordialidad, el mutuo respeto. Si nos agrupamos, es sólo para destruirnos con mayor comodidad en voz baja.

—¿Y crees posible una literatura genuinamente chilena?

—No creo en una literatura genuinamente chilena. Hasta ahora, en toda manifestación artística, hemos seguido la pauta de Europa. Así, nuestra literatura no puede ofrecer características que la distingan de otras literaturas.

La conversación se hace un tanto dogmática. Conviene, pues, volver por los fueros del buen humor y de lo pintoresco.

—Cuéntame —digo— algunas anécdotas de tus viajes. ¿Conociste a Gómez Carrillo?

—¿Gómez Carrillo? Sí, le conocí. Nunca he visto un hombre que irradiara una mayor simpatía. Simpatía hecha de cinismo y de indulgencia. Una noche, en un café, le pregunté por Raquel Meller. Gómez Carrillo sacó de su cartera una carta y me la tendió. Era de Raquel. Una carta llena de injurias, de recriminaciones, de insultos. La leí en silencio, la doblé y se la devolví. Él exclamó, sonriéndose: “Vea usted ¡cómo me quiere todavía!”. Y era verdad: Gómez Carrillo murió y he visto a Raquel Meller abrazada a su féretro jurando no haber amado a nadie más que a él en su vida.

—¿Y no has corrido durante tus viajes aventuras peligrosas?

—¡Claro! ¿Quién no ha tenido la vida en peligro siquiera una vez? Fue en el Mar Caribe. Íbamos mar adentro, en un falucho, cuatro o cinco marineros y un contraataca. De pronto un tiburón enorme se puso a seguirnos. Era mediodía y, naturalmente, el desvergonzado reclamaba su almuerzo. Bogábamos con fuerza, pero a cada momento la distancia que nos separaba del pececillo disminuía. Era un hermoso ejemplar, no puedo negarlo. Un tiburón padre. ¿Qué hacer? La costa estaba lejos. Todos nos mirábamos con caras de difuntos. Tú sabes, en tales casos se impone un sacrificio. Había que distraer a la bestia para ganar la orilla. El contraataca ordenó: “¡Que el español se corte una mano y la arroje al mar!”. El español era yo... Pero no creas que vacilé. En el bolsillo del pantalón llevaba una mano... *La mano de Sebastián Gáinza**, de Tomás Lago. La saqué y se la tiré al monstruo... Estábamos salvados. ¡El monstruo murió de intoxicación!

—Para terminar, Alberto, di, ¿qué es lo que más te molesta?

—¡La gravedad entre los veinte y los treinta años! Responde inmediatamente.

Nosotros estrechamos la mano del poeta y *chroniqueur* y nos vamos pensando que se ha quedado corto: la gravedad aún hasta los cuarenta es molesta, demasiado molesta...

(*Letras*, N° 19, año II, Santiago, abril de 1930, págs. 31 y 32).

**La mano de Sebastián Gáinza*, Santiago, Balcells, 1927.

ALBERTO ROJAS JIMÉNEZ
POETA ERRANTE

Dr. Alejandro Vásquez A.

A Alberto Rojas Jiménez le agradaba visitar Quillota, cuna de sus antepasados y valle donde corrió el claro manantial de su infancia. Pasaba por las calles mirándolo todo, deteniéndose frente a algunos edificios, asomándose por encima de las cercas, para aspirar el perfume de las flores de chirimoyos, azahares y jazmines. En la calle San Martín casi esquina de Yungay está la casa que construyeran sus abuelos. Es una casona inmensa, llena de piezas, con dos patios, con bodegas y caballerizas y con un gran huerto de chirimoyos y de paltos. Era la antigua casa del terrateniente quillotano, construida especialmente para guardar los productos del fundo y albergar a su numerosa familia. Con el correr del tiempo, la casa pasó por muchas manos y sin sufrir mayores transformaciones fue arrendada a diversas personas. Cuando yo la conocí se decía que todos los arrendatarios, desde mucho tiempo atrás, habían perdido en ella algún deudo querido. A mí me correspondió atender en esta casa a una joven que murió de una tuberculosis galopante y a un niño de meningitis tuberculosa. Se creó en torno a ella una leyenda fatal y durante muchos años permaneció desocupada. Por esa época, Alberto Rojas Jiménez visitaba solo y despacio la casa abandonada. Era para él una dulce excursión al país de la infancia.

Escapado de la vorágine santiaguina, llegaba al rincón provinciano en busca de un baño de paz para su alma atormentada, añorando el seno materno. El sabor elemental de las cosas de la edad infantil, destilaba recuerdos inocentes que estremecían tiernamente su alma compleja y satánica de bohemio errante. El patio de chirimoyos, cargados de grandes frutas como puños de terciopelo, emergiendo sobre la maraña olorosa de violetas y jacintos; o la luz tamizada por los vidrios de colores de una vieja mampara; o el sostenido canto de los sapos; o el alegre cacareo de las gallinas; o el sabor incomparable de un huevo fresco apenas cocido. Todo esto que animaba el camino de su infancia le hacía un bien inmenso.

En estas fugas, Alberto me dedicó tres visitas. La primera fue sólo una solicitud de rescate: me pedía en una esquila enviada por un mensajero que lo salvara, pues lo tenían en rehenes en el Hotel España, por deudas. Cumplí su encargo; lo acompañé por algunos minutos y partió a Santiago.

La segunda vez se hizo anunciar en forma muy original por teléfono:

—Avisan del Hospital que el señor Director General de Beneficencia vendrá a visitarlo, me dijeron.

Lo esperé extrañado sin salir de casa. Era el mediodía y tenía que visitar aún a algunos enfermos en la calle. Al poco rato, el viejo coche del Hospital se anunciaba a la distancia por el estrepitoso rodar de sus llantas de acero. Se detuvo frente a mi casa y a través de los vidrios biselados de la ventanilla, pude contemplar al visitante, es decir, darme cuenta que vestía delantal y gorra blanca de médico, pues el rostro quedaba medio oculto, mientras él trataba difícilmente de abrir la portezuela. El cochero del Hospital había saltado del pescante y abierto la puerta. Con la majestuosidad de un taumaturgo, avanzó hacia mí este misterioso personaje delgado, pálido y sonriente. Me abrió sus brazos y el Director General

se transformó en el poeta Alberto Rojas Jiménez. Había detenido el coche del Hospital y convenció rápidamente al cochero de que debía ayudarlo en una broma de buen gusto, a su amigo el director del Hospital. Como en otras ocasiones, hacía veinticuatro horas que había llegado a la ciudad y después de su itinerario romántico, había pasado en el Hotel de la Estación, al lado de su botella de vino y muchos amigos circunstanciales, monologando. Su aspecto era un poco desordenado y báquico. Un alto cuello blanco un poco ancho le hacía aparecer muy enflaquecido; su corbata con el nudo a medio hacer, corrido a un lado y su camisa mostrando numerosas manchas de vino, que inútilmente trataba de ocultar. Por otra parte el terno oscuro, completamente arrugado, hacía pensar que había dormido vestido.

Mientras se bañaba cantando, se le preparó todo para su transformación y momentos más tarde, el flamante Director General pasaba al comedor correctísimo.

Parcó en comer y por el ambiente familiar, medurado en la bebida, conversó alegremente, discurrió elegantemente sobre su vida en Montmartre y dijo algunos chistes a los niños. Su doble yo, sencillo y bondadoso, era quien generalmente lo acompañaba durante el día. El otro yo, lírico, demoníaco y altanero, era su traje de noche. Sin embargo, en esta visita, de sobremesa, sólo él y yo; me habló de sus proyectos de sus angustias económicas y de la incompreensión de la gente. Su desorden era, según él, consecuencia de la incompreensión ambiente. Me recitó algunos poemas inéditos, claros y subjetivos. Me leyó esta vez, además, una evocación de la legendaria Procesión del Pelicano de la Parroquia de Quillota. Contaba en su narración, que él había actuado una vez como uno de los angelitos de las andas que paseaban alrededor de la plaza. En aquel tiempo, comentó, yo era un niño lindo, rubio y sonrosado. Este trabajo había sido publicado en *La Nación* de Santiago. Lo conservé algún tiempo archivado, luego lo presté para que un escritor amigo hiciera un trabajo sobre las costumbres del Quillota viejo y no volvió a mis manos nunca más.

Solicitado por mis clientes en la hora de consulta, le pedimos, juntos con mi mujer, que se quedara con nosotros algunos días, pero, como de costumbre, se levantó de la mesa, dio las gracias en forma muy versallesca a la dueña de casa y partió para su destino.

Un año más tarde vino a verme por última vez. Los primeros fríos del otoño se estaban haciendo sentir y yo con mi familia gozaba un momento de las delicias del hogar, leyendo junto a la salamandra encendida.

Qué raro parecía esta vez, con su rostro blanco más que pálido, de una palidez que se prolongaba al cráneo, que desprovisto de su melena bohemia, totalmente afeitado, recordaba el cráneo de los bñozos del Japón. Su humorismo, esta vez, se había extralimitado y nos era inexplicable. Alberto muy serio y muy fino, cumplía sus deberes sociales de preguntas y respuestas para con mi familia. Yo lo miraba sonriente y sorprendido. Momentos después, a solas, me confesó que su querida melena había quedado en Calera.

-Tú comprendes, en el bar, una copita de vino y otra copita de vino; un grupo de obreros filarmónicos que me echa "tallas" por mi melena de poeta; entre ellos dos peluqueros que ofrecen sus servicios, los que yo acepto, si los diez del grupo me acompañan en igual sacrificio. Otra copita de vino sella el pacto y allá me tienes de inspector de peluquería, yo me quedé para el último porque no quería ser burlado. Al final, todos mis compañeros con el cráneo rasurado, oficiaban bebiendo y cantando detrás de mí, el supremo sacrificio de mi lírica melena. Eso es todo. ¿No lo encuentras sublime? Yo tampoco, terminó diciendo y tocándose su bola de billar; porque siento un frío inmenso en la cabeza y no tengo sombrero...

En el fondo, lo acontecido sí tenía gracia, no dejaba de ser amargo y doloroso. Mi amigo, el elegante y dionisiaco poeta de otros tiempos, había condescendido demasiado

con la vida. Todo eso lo dijeron mi mirada y mi silencio. Alberto lo notó y como un niño, con los ojos bajos, me prometió enmienda. Sin duda estaba avergonzado, recordando mis largas conversaciones con él, llenas de consejos paternos.

Acto continuo, abrió una carpeta, y extrajo de su interior numerosos originales y fotografías. Empezó pasándome el retrato de una joven cubierta con uno de esos feos sombreros que se usaron, allá por el año 29. Representaba a Nanette, su esposa de París, su compañera de aventuras y la madre de su hijo.

—Era una mujercita encantadora y comprensiva —me dijo.

—No lo dudo, las parisinas tienen fama de sensitivas, pero realistas —contesté.

—La mía tuvo además, la virtud de darme un hijo; el bebé era algo extraordinario, si tú lo hubieras conocido... Pero aquí tengo su retrato; guárdalo tú como un recuerdo mío, me dijo pasándome la fotografía después de haber escrito en el reverso una dedicatoria.

Después de mirar ambas fotos y de comprobar que la mirada del niño recordaba mucho a la del padre, se las devolví.

—Creo que estos recuerdos íntimos deben acompañarte siempre.

—En efecto, me han acompañado siempre; tanto que los llevo grabados en mi corazón y por eso es que te los dejo. Nada puedo dejarte, que me sea más querido; además toma esto, mi último libro, *África*...

Yo me sentía confundido. Rechazar sus obsequios preciosos era ofenderlo; aceptarlo, era tal vez un abuso de amistad.

Quién sabe qué misterioso impulso lo guiaba en esos momentos, como en una postreza despedida. No creo en los presentimientos, pero algo de extrahumano vibraba en la insistencia del poeta a que me quedara con sus pobres tesoros. Guardé para mí los retratos de su Nanette y de su pequeño parisiense; leí a la ligera los titulares de algunos recortes de periódicos que me entregó; y de *África* sólo tomé dos cuadernillos, todo lo demás se lo devolví cariñosamente, cerrando su carpeta.

Estaba realmente triste aquella tarde, con su aspecto tragicómico, sin la protección romántica de su vieja melena.

—Cualquiera diría que has venido a decirme adiós para siempre o a distribuir los legados de tu testamento —le dije.

—Todo puede ser, Alejandro, y como ves, tomo mis precauciones.

Me pareció más delgado, más pálido, tal vez enfermo. Como otras veces, quise examinarlo, pero no me lo permitió.

—No he venido a ver al médico sino al buen amigo, al hermano y al pueblo de mi niñez.

—Qué importan los males físicos cuando el alma está joven y vibrante —continuó.

Me preguntó la hora. Había llegado el momento de partir a tomar su tren de regreso a Santiago y al anoecer de aquel día otoñal, después de un abrazo estrecho, partió nuevamente el amigo pródigo, que fue Alberto Rojas Jiménez.

Hoy, buscando papeles en mi archivo, me han salido al encuentro estos recuerdos materiales del poeta.

Me he prometido cumplir el antiguo deseo de dar a conocer este aspecto de su vida. Será como rendir homenaje a la memoria de este lírico chileno, que escribió tantas cosas bellas, que fue un gran creador de metáforas rutilantes y que, pródigo con todo, fue dejando jirones de su propia vida en todas las encrucijadas.

He aquí dos capítulos originales de su novela *África*, el IX y el XI. Lamento ahora no haberlos guardado todos. Son los eslabones perdidos de su novela trunca e inédita.

He aquí el retrato de su mujercita Nanette, tierna y comprensiva, heroica y abnegada.

Y he aquí la fotografía de su hijo: un hermoso niño de carita redonda, frente despe-

jada y amplia, enmarcada por una pelusilla rubia; ojos grandes y melancólicos, naricilla respingada, boca pequeña y fina. El conjunto me evoca el rostro de Alberto. Su madre ha puesto al pie una dedicatoria breve y sencilla: *Pour mon papa - Paris le 12 fevrier 1929 - Serge*.

El poeta no lo vio crecer a su lado, tal vez no supo más de él; sin embargo, este pequeño cartón parisiense le acompañaba en el naufragio de su vida: era un símbolo. Serge, significaba belleza, bondad, pureza. Sus ansias de superación, sus inmensos sueños de amor y de gloria. En el reverso, Alberto me dedicó las siguientes palabras: (primero que todo su *ex libris*: una botella de vino y una copa) y después "Para Alejandro, poeta, mago, hermano, padre y víctima de mi desorden. 1934".

Toda su historia de poeta errante en esta imagen, con anverso y reverso: con luz y sombra.

Quillota, julio de 1946.

(*Atenea*, septiembre-octubre de 1946, págs. 234-240).



1932. En primer plano, de izquierda a derecha: Oreste Plath, Alberto Rojas Jiménez y Cayetano Gutiérrez (Zayde). Atrás, Huclén y Alfonso Reyes Messa.



De izquierda a derecha: (Zayde) Cayetano Gutiérrez, (Huelén) Juan Francisco González, hijo, Julio Cordero, Alberto Rojas Jiménez, Alfonso Reyes Messa, Oreste Plath.

ALBERTO ROJAS JIMÉNEZ, UN COLÉRICO DE ESE TIEMPO

Orlando Oyarzún Garcés

Alberto Rojas Jiménez, nacido en 1901 en un digno hogar quillotano, había quedado, desde muy niño, huérfano de padre. Ya adolescente se vino a estudiar a Santiago y luego dejó las aulas para ingresar de lleno al mundo de las letras y de las traspasadas. Pronto se hizo inseparable amigo de nosotros, quienes principiamos por apodarlo "el pequeño" o "el grumete"... En realidad fue él quien inició al autor de *Crepusculario* en los vericuetos de la vida nocturna y pecadora de aquellos lejanos días.

Por cierto que su figura despertaba la atención por su prestancia de mozo esbelto, no muy alto, tez pálida, nariz bien perfilada y expresivos ojos oscuros. Mas, eso no era todo. Algo había en él que lo distinguía y caracterizaba. ¿Era acaso su trato culto y afable? ¿O su natural desenfadado y sus originales apreciaciones y reacciones ante los hombres y los hechos?

Dotado de fina y aguda perspicacia le gustaba sorprender con cierta mágica novedad que afloraba en su lenguaje. En otras palabras, era diferente. Pero diferente con espontaneidad y por naturaleza. Y otra cosa: detrás de todo esto estaba el rico filón de su delicada y sorprendente imaginación poética. Todo esto cuando permanecía temperante y lúcido ya que, cuando iban operando en él los azulencos demonios del vino, tales atributos se desbordaban y transformaban hasta trocarse en extravagantes actitudes, en fantásticas ocurrencias, pero casi nunca en vulgar chabacanería...

Por sobre todo era el ser que vivía en función de encontrar el sentido pintoresco de las cosas, acaso porque en su yo íntimo existían dolorosos e insondables traumatismos.

La tarde y la noche eran su horario predilecto. Y, ¡ay!, de que anduviera con algún dinerillo. Posiblemente, entonces, tomaba el más lujoso taxi para trasladarse desde calle Huérfanos a la Universidad de Chile. Y nadie como él para encontrar una corbata deslumbrante, un elegante pajizo o una curiosa pipa inglesa que después fueron reemplazados por oscura capa española y sombrero tipo cordobés, que lo presentaban como el más legítimo gitano...

Pero su vida estaba jalonada de innumerables altibajos.

Poco le duraban los interesantes empleos que, más de una vez, sus relaciones le consiguieron. Y muy pronto quedaba al filo de la más negra inopia, lo que no le impedía seguir viviendo sus alucinadas aventuras...

Yo lo veo, ya muy tarde, en cualquier local nocturno llamando a grandes palmadas a los garzones para pedirles que le trajeran exquisiteces como ser caracoles; pececillos o pajarecas (como él llamaba a los pajaritos escabechados) y vino, siempre vino, del color que se le presentaba...

Era por allí cuando principiaba a dibujar deliciosas figuras de las personas o cosas que había en rededor. O cuando se daba a manufacturar sus clásicas pajaritas de papel que una vez le había enseñado su insigne maestro: Don Miguel de Unamuno...

Y así casi todas las noches, en que campeaban el humor y la fantasía que muchas veces se transformaban en locura y extravagancia, lo que solía traerle pésimas consecuencias de las que se salvaba empleando oportunamente alguna frase o palabreja rara, llena de ingenio y de sentido y que acababa de inventar...

Después de estas escenas era posible que saliera a la calle a dirigir el tránsito en cualquier esquina donde no había carabinero...

Estas pequeñas saturnales solían prolongarse demasiado hasta hacerlo caer peligrosamente en el túnel de la inconsciencia y de la alucinación...

Era en aquellos lapsus cuando más se asemejaba a ciertos exagerados *hippies* actuales, por supuesto que con infinito más ingenio y simpatía.

Del túnel salía por fin, a través de muchos esfuerzos de él y de sus amigos y regresaba taciturnamente a sus tareas de trabajo creador.

Su obra (poesías, crónicas, trabajos literarios), aunque escasa, lleva por cierto el sello de su ágil estilo, nuevo y sugestivo, muchas veces humorístico, otras, desolado y triste como lo era él a veces.

El anecdotario de este extraño escritor que vivió apresuradamente sus cortos años es profuso, innumerable.

Poniendo a prueba mi memoria voy a tratar de configurar aquí todo lo que le ocurrió una vez, allá por los años 1924 ó 25, cuando se encaminó una noche junto con el veintiañero bardo Pablo Neruda, hacia los pecadores recovecos del barrio San Diego, pasado plaza Almagro. Por supuesto ambos andaban con escasísimo "molido", pero sí con grandes deseos de diversión y de aventuras. Muy pronto, en el mesón del *Colemono* se les anduvo

acabando "la pasta" y de pronto uno de ellos, revisándose la faltriquera, encontró algo que parecía un billete. En realidad lo era, pero hasta por ahí no más, pues se trataba de "un papel" de a cinco pesos al cual –desgraciadamente– le faltaba justamente la mitad...

El "grumete" hizo rápidamente un sencillo cálculo: el jarro de *clery* valía (precisamente donde "la ñata Inés") dos pesos veinte con propina. Legalmente el medio billetoco valía dos pesos con cincuenta. Podían, pues, sentarse tranquilamente en cualquier mesa, beber y hasta sacar a bailar a alguna niñaoca...

Y así lo hicieron sin mayores conjeturas. Pronto les fue servido el trago y luego se hicieron amigos de otros clientes que los convidaban en su virtud de juveniles artistas.

Lo crítico llegó cuando el mozo les sugirió ir pagando el consumo. Rojas Jiménez lo hace desenvueltamente con el medio papel de a cinco, el que es rechazado furibundamente por el mozo. Viene la discusión y la rosculla y por último los desprevenidos poetas son conducidos inmisericordemente a la Segunda Comisaría, acusados del clásico y conocido "perro muerto". Una vez allá, el Oficial de Guardia los hace pasar a un calabozo más o menos, donde se duermen profundamente con el grato y pesado sueño de la embriaguez y de la juventud...

Llega el otro día y tempranito los llevan a un extenso patio trasero a fin de que se les espante la mona y ver después qué se hace con ellos.

He dicho que la mente de Alberto Rojas estaba trabajando siempre en pequeñas picardías que casi nunca carecían de gracia y de sentido. Bien. Una vez en el extenso patio, lo primero que ve es una lamentable estatua de Manuel Rodríguez (obra de Carlos Canut de Bon) que había sido relegada allí, precisamente por no ser de las mejores... Al mismo tiempo ve, afirmadas en una pared, unas cuantas carabinas en desuso, por supuesto descargadas, de esas que se usan para practicar ejercicios. El "grumete" coge una de éstas, le pasa otra a Pablito y acuden frente al confinado monumento del mártir de Til Til y se disponen a reconstruir la alevosa muerte del popular prócer patriota... En esto estaban, apuntando y ordenando la descarga, cuando aparece un furibundo paco, que los trata rudamente especialmente al más loco, es decir, a Rojas Jiménez. Éste reacciona indignado y como siempre hacía lo primero que le venía a la cabeza y ve por ahí un tarro con alquitrán y su respectiva brocha de las que siempre existen en los cuarteles para hacer trabajar a los presos, coge ágilmente ésta y se la pasa por la cara al indignado guardián, el que queda malamente embadurnado...

La situación se les ha agravado considerablemente con este terrible desafuero y se ordena su conducción al Juzgado con un enconado parte. Son subidos, pues, ásperamente, al consabido carrito celular, tirado en ese tiempo por su correspondiente par de jamelgos...

El clásico cochecito debe salir a Alameda y de ahí por plena Ahumada, enfilarse hacia los juzgados.

Los arrestados, que no han perdido sin embargo su sentido del humor, continúan durante el trayecto urdiendo y haciendo sus bribonadas.

El carricoche tiene que hacer sus paradillas en las esquinas más céntricas, lo que aprovechan los locuelos para intrigar a la gente que circula susurrándoles clara y misteriosamente desde las ventanillas: "nosotros somos los verdaderos asesinos de Efraín Santander", lo que deja intrigados y desconcertados a los transeúntes...*

* Se referían al bullado crimen de las Cajitas de Agua, que mantuvo el suspenso en la capital por varias semanas. Se descubrió por fin que el asesinato del suplementero Efraín Santander fue cometido por su mujer Rosa Faúndez.

Al fin llegan frente al Magistrado que pronto se da cuenta de las juveniles picardías de los jóvenes poetas y los pone de inmediato en libertad...

El "guitarrero vestido de abejas" como lo llamó Neruda a su muerte (1934) en su famosa elegía escrita en España (Alberto Rojas Jiménez viene volando) protagonizó durante la víspera que lo llevó a la muerte y aún después de ella, aventuras extrañas y sorprendentes cuyo relato por desgracia no cabe en estas columnas.

Pueda ser que algún día las cuente si el rigor del espacio lo permite...

(*El Siglo*, 1 de septiembre de 1968, pág. 16).

AÑOS DE BOHEMIA

Enrique Bunster

Cuando Jorge Délano produjo *Norte y Sur*—la primera película sonora del continente—utilizó como estudio un salón de patinar de la Alameda, y en ciertas escenas le sirvieron de reflectores los faros del automóvil de Enrique Kaulen.

Fui testigo de esa empresa histórica y la recuerdo como símbolo de una época: la difícil década del treinta en que tocó a los artistas y escritores de mi generación hacer sus primeras armas. Eran tiempos en que el ingenio y el derroche de esfuerzos tenían que imponerse a la paralizante pobreza del medio. Cierto que aún teníamos una moneda decorosa y don Gustavo Ross ganaba cuatro mil pesos mensuales como Ministro de Hacienda; pero cualquier ambición o proyecto de quien no fuese rico estrellábase contra el muro de la falta de recursos. El que quería tener una casa propia debía ahorrar peso a peso, durante años que eran como siglos, hasta enterar su valor. Pueblo y clase media no soñaban todavía con los innumerables sistemas que se crearon después para convertir al pobre en propietario y en pequeño agricultor o industrial. Y la juventud no vislumbraba las miles de posibilidades que vendrían con las becas nacionales e internacionales, con las carreras cortas, las universidades técnicas, los créditos educacionales, el auge de las profesiones artísticas y la ofensiva alfabetizadora... (Notables conquistas que han tenido la virtud de exacerbar la pereza, la indisciplina, la insolencia y la irresponsabilidad del grueso de sus beneficiarios).

Los jóvenes de los años treinta que se iniciaban en el arte o en empresas creadoras requerían de un temple heroico para no malograrse. Incluso los artistas y escritores con una trayectoria cumplida sabían lo que es vivir a salto de mata. De esa realidad surgió la idea caritativa de Tomás Gatica Martínez: emplear a sus colegas en el Departamento de Extensión Cultural del Ministerio del Trabajo. Pocos saben hoy que allí sirvió Pablo Neruda como bibliotecario, Joaquín Edwards Bello a cargo de la sección Docencia y Antonio Acevedo Hernández como organizador del Teatro del Pueblo. Otros contratados fueron Carlos Cassasus, Tomás Lago y Eduardo Anguita; y acaso estuvo también Ángel Cruchaga para quien el sueldo vital constituía una renta de magnate.

Con el proyecto de fundar una editorial popular intenté guarecerme en aquella casa de socorro de escritores, pero eran ya tantos y tan permanente la tertulia con visitas, que no halló Gatica un rincón en donde darme cabida.

Funcionaba el Ministerio en la orilla norte del río y frente a la estación Mapocho, de manera que los mágicos pitazos de los trenes de Valparaíso entraban por las ventanas de las oficinas. A la hora del té o la cerveza llegaba a ver a Neruda el singular poeta Alberto Rojas Jiménez, después de hacer su aro acostumbrado en el barcito de *El Canario Navegante* de la plaza Venezuela. Quizá sea Rojas Jiménez la más pintoresca personalidad que haya decorado la bohemia santiaguina. Era un vago y noctámbulo graduado en Europa, con experiencias de risa y drama que recogió en el insuperable volumen de crónicas *Chilenos en París*. Refiérese este libro a la época en que Oscar Fabres era un dibujante de moda en la elite parisiense; los años de auge de Vicente Huidobro, al que llama "poeta francés nacido en Santiago de Chile", y de Manuel Ortiz de Zárate, pintor patagón (según Apollinaire) que fundó en Montparnasse la Sociedad Protectora de Artistas. Con tales antecedentes se comprenderá también la amistad que unía a Rojas Jiménez con Edwards Bello, el inagotable cronista y conversador que decía: "Puedo hablar indefinidamente, a condición de que no me interrumpen". Eduardo Anguita pudo comprobarlo y cuenta que cada vez que pasaba frente a su escritorio, en la sección Docencia, oía la voz de divo de Joaquín refiriendo a algún interlocutor silencioso:

—En Suiza las vacas amanecen maquilladas...

Qué labor desarrollaron los escritores en el Ministerio, es difícil precisarlo ahora; lo que se sabe es que el Ministerio dio un poco de bienestar a esos talentos que, convertidos en funcionarios, no tenían ya tiempo libre para escribir. Es la ley del artista: vi cómo a Rafael Maluenda se lo tragó el periodismo, González Vera vendía cuadros y Juan Casanova, director de la Sinfónica, era gerente de un molino en Melipilla...

Lo que no supe entonces es de qué vivía Rojas Jiménez, y es casi una crueldad imaginárselo trabajando en una oficina. Prefiero dejarlo en un mundo encantado —que así parece ahora, aunque no lo fuera del todo—, reinando en la bohemia desde un sitio que después de sus días nadie osó ocupar. Con la sola narración de sus chascarros y rasgos excéntricos se podría escribir un volumen. Cierta vez, al cabo de una noche de fiesta corrida, fue con Anguita al Mercado Central para componer el cuerpo con el clásico caldo de cabeza. A las siete de la mañana tomaron un tranvía en la calle Bandera para irse a sus casas. Al mirar de pronto a su amigo, Anguita descubrió que llevaba en el ojal, a manera de condecoración, un pejerrey que había cogido del mesón de una pescadería.

Otro de sus compinches, el librero ambulante Rafael Hurtado, recuerda que Alberto era anodino, y hasta antipático, cuando estaba sobrio. A la primera copa se animaba y asumía una prestancia de gran señor, con actitudes y modales exquisitos, y entonces brotaban su simpatía y su ingenio como de un surtidor.

—Un tiempo usó chambergo —le oí contar a Hurtado— y se apareció en Valparaíso con este sombrero romántico y un capote de tranviario que tal vez había comprado a un agenciero o ropavejero. En esta facha se paseaba por la plaza Victoria galanteando a las niñas.

Los bares de Bandera y San Pablo eran las canchas de Rojas Jiménez. En *El Hércules*, en *El Venecia* y en *El Jote* bebía gratis, porque era amigo de los propietarios y éstos le consideraban como un animador que levantaba el ambiente y atraía clientela. Otro tanto sucedía en el *Bar Alemán* de la calle Esmeralda, y, por supuesto, en el benemérito *cabaret Zeppelin*. Allí intervino en la tomatina sin precedentes que se produjo a raíz de la decoración del establecimiento por el escritor y dibujante Diego Muñoz. El empresario del

Zeppelin contrató por diez mil pesos “el primer mural ejecutado en Chile”, según recuerda Muñoz, y la obra consistía en un vasto conjunto de figuras humanas geometrizadas que el tiempo y la mala puntería fueron deteriorando. La mitad de los honorarios fue cancelada en dinero efectivo y los cinco mil pesos restantes tenían que consumirse en cervezas. Ahora bien, como la botella valía un peso, eran cinco mil *maltas* y *pilseners* que el artista decorador y sus amistades podían consumir en el plazo que quisieran. El río de cerveza era transportado en cajones, noche a noche, a la mesa de la alegría ocupada por Diego Muñoz, Pablo Neruda, Tomás Lago, Antonio Roco del Campo y Alberto Rojas Jiménez.

Alberto era también un dibujante aventajado, al igual que Muñoz, con la diferencia de que no firmaba con su nombre sino con una copa y una botella de vino. El que encuentre en bares o cantinas alguna decoración con esta firma simbólica sabrá quién fue su ilustre autor.

Una lluviosa noche de invierno falló por primera y última vez el encanto personal del rey de los noctámbulos. En la *Posada del Corregidor* le pasaron la cuenta por una succulenta comida con aperitivos y bajativos, que no pudo cancelar. Como a esta deuda se sumaban otras, el inflexible concesionario resolvió que el poeta dejaría en prenda su sobretodo (algunos dicen que también la chaqueta). Y el pobre salió a la intemperie y caminó desabrigado a lo largo del Parque Forestal. Llovía a cántaros y el Mapocho en crecida pasaba rozando la ferralla de los puentes. Consecuencia. Alberto cogió una bronconeumonía y se fue “con los más”, como decían los griegos por el acto de morir.

Sólo que él no podía salir de este mundo como el resto de los mortales. En mitad del velorio apareció un individuo que ninguno de los presentes conocía, mal trajeado y de cara trasnochada, el cual afirmó una mano sobre la urna y saltó por encima con una cabriola de acróbata de circo; y luego se marchó dejando a todos con un palmo de narices. ¿Quién era y por qué hizo lo que hizo? Nunca se supo... A todo esto, entre los deudos y camaradas estaba Antonio Roco del Campo, el otro bohemio de fama imperecedera. Observando que tiritaba de frío, una hermana del finado le puso sobre los hombros el único abrigo que encontró a mano: una mañanita de lana rosada. Y en esa facha llegó Roco al cementerio, guarecido bajo el paraguas de Vicente Huidobro y provocando en el cortejo incontenibles tentaciones de risa.

Así fue el fin del vividor genial que inspiró el poema de Neruda: “Alberto Rojas Jiménez viene volando”:

*... Vienes volando, solo, solitario,
solo entre muertos, para siempre solo,
vienes volando sin sombra y sin nombre,
sin azúcar, sin boca, sin rosales,
vienes volando.*

De ese tiempo que relacionó a Rojas Jiménez, Neruda, Muñoz y Roco del Campo, fueron también los poetas Teófilo Cid y Omar Cáceres y el pintor Abelardo Paschin Bustamante: tres bohemios de antología que dieron color a la crónica pintoresca de Santiago. Paschin fue el mecenas desvalido que cambió el pasaje de primera clase de su beca oficial por dos de tercera para llevar a París a Rojas Jiménez. Artista modesto y grande a la vez, Paschin era hombre de actitudes y rasgos increíbles. Por nada en este mundo se perdía una noche de fiesta, y lo que cuento enseguida lo vi por mis ojos y pueden atestiguarlo centenares de otras personas. Coincidió un baile de primavera en Bellas Artes con la fecha en que se esperaba un parto de su esposa. El pintor la llevó consigo para poder participar en la mascarada entre las serpentinatas y las esculturas adornadas con antifaces y

gorritos de papel..., hasta que le fueron a avisar que la señora estaba dando a luz en el contiguo dormitorio del cuidador del palacio.

Omar Cáceres, el más grande poeta nacional en opinión de Miguel Serrano, no vivió lo suficiente para dar todo lo que iba prometiendo. Publicó *Defensa del ídolo* y poemas dispersos que aún no han sido recogidos por los editores. Era delgadito y sutil; parecía pedir permiso para transitar por el mundo. Lucía un comienzo de melena y tenía el perfil de un árabe pálido. Llevaba una vida misteriosa y en plena juventud fue hallado muerto, flotando en un canal del barrio de las Hornillas.

Teófilo Cid, gran poeta y prosista, fue el amigo inseparable de Braulio Arenas, hasta que rompieron a muerte y Cid rebautizó a su ex camarada con un nombre lapidario: "Braulio Apenas". Cid era de tal manera desaseado que alguien (¿quizá Braulio en represalia?) le adjudicó el sobrenombre de Presidente de la Sociedad de Arte y Sebo. Pasaba noches enteras conversando en *El Bosco*, y por lo menos dos cronistas le atribuyen esta linda anécdota: Un frío amanecer de invierno salió un piojo por una de sus mangas; con tierna solicitud el inmundo Teófilo empujó a la bestezuela hacia adentro del puño para que estuviera abrigada. Se cuentan de él mil cosas bizarras, como, por ejemplo, que tocaba el piano en los salones de la calle Eleuterio Ramírez. No tragaba a ciertas personas, entre ellas a mí. Veinte veces presentados, seguía ignorándome; hasta que un día, exasperado, caminé una cuadra delante de él remedándole su modo de andar con los pies hacia afuera, levantando las rodillas y pisando con los tacos.

En ausencia de Rojas Jiménez, podría decirse que fue Antonio Roco del Campo el que tuvo los mejores títulos para empuñar su antorcha. Roco era bajo y grueso, con cara de asaltante y pelo negro y tieso, de indio feroz. Por cierto, carecía de la finura espiritual de su antecesor. Dejó una antología descriptiva de Chile, dos o tres libros originales y un reguero de anécdotas que se han hecho legendarias. ¿No le vimos asistiendo a un funeral con una mañanita rosada sobre los hombros? Una noche se presentó a la salida de la función del teatro Central, la mano estirada, implorando con voz doliente de mendigo:

-Dos pesos para un poeta...

En una ocasión lo contrataron para dar unas conferencias en Chillán. Excesos éticos le hicieron perder la noción de las fechas y no pudo cumplir su compromiso. El corresponsal de *La Discusión* telegrafió a su diario: "Avisen que falló Roco". En el telégrafo transmitieron por error: "Avisen que falleció Roco". Creyendo que aún estaba a tiempo, el conferenciante viajó a Chillán, y al verlo aparecer en la institución patrocinante la gente horrorizada escapó a la calle dando alaridos.

Roco dormía a veces en los escaños de los parques públicos, y un día llevó a cabo la mayor hazaña de desplante y falta de pudor que ha visto la pacata Santiago. Pasando frente a la casa de Délano, en Ahumada, se bajó los pantalones y se sentó en un inodoro que exhibían asomado a la acera. Personal de la tienda trató de expulsarlo. Roco no se movió. Llamaron a un carbinero, el que tuvo que abrirse paso a viva fuerza entre la barrera de mirones que alborotaban y reñan a gritos. Sin poder él mismo contener la risa, el policía invitó al infractor a evacuar el lugar.

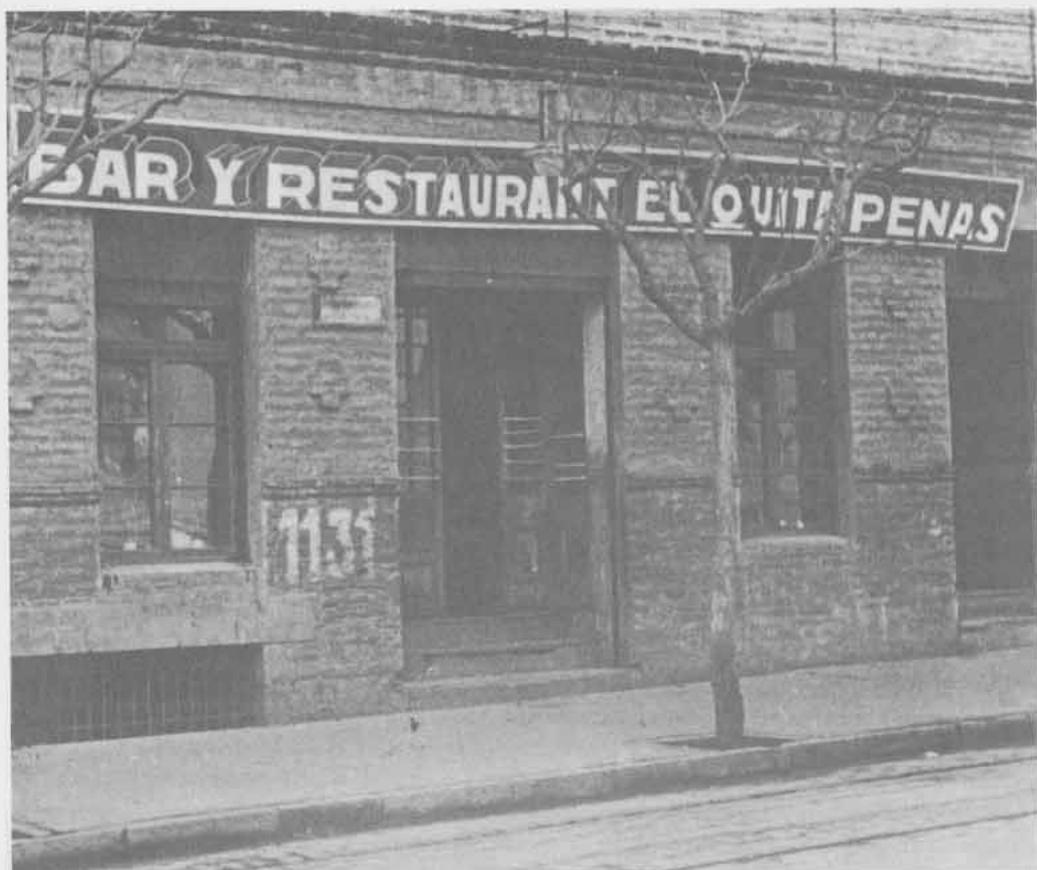
-Ya evacué en el lugar -contestó Roco haciendo un instantáneo juego de palabras-; pero aquí no tienen papel. Que traigan papel, aunque sea de máquina de escribir.

(*El Mercurio*, Santiago, 6 de julio de 1969, pág. 5).



Entre los bares que se frecuentaban estaba *El Canario Navegante*, de la plaza Venezuela; *El Bar Alemán*, de San Pablo; *Los Alemanes*, de Esmeralda; *El Zeppelin*, de Bandera; *El Jote*, concurrido negocio de la calle San Pablo al llegar a Bandera; *El Venecia*, situado en la calle Phillips, cercano a la plaza de Armas; *El Hércules*, en la calle Bandera; *El Pollo Sonriente* y *El Quita Penas*.

Conforme el dinero eran los pedidos, lo más barato eran las papas fritas, tallarines, caldo de cabeza de cordero y chupe de guatitas. El vino del Rin... con de la casa y cerveza.





1926. De izquierda a derecha: Pablo Neruda, un poeta joven, el "ratón" Fuentes, Alberto Rojas Jiménez, Julio Ortiz de Zárata. Restaurante *Venecia* de la calle Phillips.

INFLUENCIA DE UN JUGLAR

Orlando Oyarzún Garcés

Sin embargo, nuestras reuniones vespertinas no siempre eran de alegre y pintoresco "copucheo"... En no pocas ocasiones nos enfrascábamos seriamente en el comentario de la actualidad literaria, especialmente de la europea. Mentores muy versados en la materia eran dos amigos muy perspicaces y sutiles como lo son Álvaro Hinojosa y Luis Emiliano Figueroa. Recuerdo que ellos fueron los que nos señalaron la importancia de la obra. De Joyce, Proust, Gide, Kafka, Conrad, Ossendowsky que en ese tiempo eran poco menos que desconocidos en Chile ya que los compañeros de nuestro grupo leíamos de preferencia a los grandes novelistas rusos, que eran nuestros autores predilectos.

Ahora bien, en el campo de la poesía (especialmente de la francesa) el más sapiente de todos era el poeta Rojas Jiménez, que estaba al día en todos "los ísmos" según afirmaba Neruda. También era muy conocedor de ella su colega Joaquín Cifuentes Sepúlveda.

En el vasto campo de las artes plásticas, nuestro maestro era un amigo de talento y lucidez excepcionales como lo era Álvaro Yáñez (Jean Emar), que falleció hace algunos años.

Pero por mucho que comentáramos o discurriéramos sobre esto o aquello, siempre volvíamos a lo que teníamos más próximo, es decir, a la presencia y a la obra poética de Neruda, nuestro compañero de todos los días que recién había publicado sus primeros dos libros y quien, por esos mismos días, se incorporaba decididamente a la intensa vida santiaguina, en la que, además de las letras, los estudios y los asuntos políticos y sociales, existen por cierto, el amor, el vino y la aventura.

A poco de ir intimando con él, sus compañeros de ruta observamos que se trataba de un temperamento extraordinario, desbordante de inquietud y curiosidad hacia la vida y también a lo natural y a lo sobrenatural de las cosas, dotado de una extraña capacidad creadora que se volcaba después en su poesía, cuya característica más notable era que se diferenciaba totalmente de todo lo que estaban escribiendo sus coetáneos.

Buen amigo también lo era (especialmente cuando le convenía) y valeroso, entretenido, festivo y astuto como el diablo, capaz también de levantarle "el ganso" al más pintado...

Años atrás no había sido así, sin embargo, cuando, recién llegado del sur, había ingresado al Instituto Pedagógico para estudiar idiomas y filosofía y letras. Por aquellos días, al mismo tiempo que hacía dejación de sus estudios para dedicarse por completo a escribir, se había incorporado fervorosamente al movimiento renovador de la Federación de Estudiantes y colaboraba con gran actividad en la revista *Claridad*, usando el seudónimo de Sacheka con el que alcanzó a escribir cerca de cien artículos, entre manifiestos, ensayos, poesías o traducciones.

No cabe duda que por ese tiempo está recibiendo muy de cerca la influencia revolucionaria del doctor Juan Gandulfo, hombre de gran temple moral, de aceradas convicciones y de costumbres sencillas y puritanas, que era el cerebro doctrinario del periódico mencionado, donde publicaba sus encendidos y viriles "carteles", bajo el nombre de Juan Guerra.

A la fecha que estoy tratando (años 1923 y 24), Pablo, después de haber conocido y convivido con el poeta Rojas Jiménez, había transformado notoriamente sus costumbres.

El severo misticismo de sus primeros años estudiantiles había ido desapareciendo bajo el ejemplo dionisiaco del bardo bohemio que lo había encaminado eficazmente por los agrídulces vericuetos de la vida con sus pasiones y placeres...

Por esa fecha, nuestro actual Embajador en Francia vivía en un humilde cuartito de uno de los tantos "conventillos" que existían en la antigua calle Padura (hoy Club Hípico), próxima al Instituto Pedagógico.

Un catre de hierro, malamente provisto de frazadas, un veladorcillo con su correspondiente palmatoria y vela y un elemental juego de lavatorio, constituían su mobiliario.

El piso era de ladrillo y las paredes, naturalmente, estaban enlucidas a la cal.

Fue allí donde lo ubicó su colega de bohemia y de allí no se movió hasta sacarlo de sus casillas... Y por primera vez aparecieron a la vera del severo estudiante y puritano ideólogo las pecaminosas botellas de *bon vin* y con ellas la euforia y la exaltación... Y como el nuevo amigo tenía condiciones de dibujante, no tardó en decorar las enlucidas paredes con grandes dibujos al carbón, configurando escenas propicias a la alegría y al pecado. Recuerdo que lo primero que estampó con gruesos caracteres fue la sentencia bíblica que habla de que el hombre no debe vivir sin compañera.

Durante la celebración del cincuentenario de Neruda, el poeta aludió a los años anteriores a ese tiempo con algunas frases que creo del caso transcribir.

Dice así:

"Santiago tenía olor a café y a gas el año 1921, en el mes de marzo. Miles de casas estaban habitadas por gentes desconocidas para mí y por chinches. Yo no entendía nada. El otoño y el invierno terminaban con las hojas de las calles y los parques. El mundo se hacía más oscuro, más sucio y más doloroso.

Oh, recordar la vida literaria de aquellos años.

Pintores y escritores se agitaban sordamente y había un lirismo otoñal en la poesía, cada uno trataba de ser más anárquico, más disolvente, más desordenado. La vida social chilena se conmovía profundamente. Alessandri hacía discursos subversivos. En las pampas salitreras se organizaban los obreros que crearían el movimiento popular más importante del continente.

Los intelectuales se refugiaban en las cantinas... El viejo vino hacía brillar la miseria. En Santiago los escritores vivían encerrados en cajas donde trabajaban y se metían en una caja en forma de bar o de café y luces, o se iban a dormir muy tarde en una caja en forma de casa.

¿Cómo podrían vivir sin correr todas las tardes, recogiendo copihues o persiguiendo pingüinos como en las playas de Bajo Imperial?

Así vi por primera vez a Ángel Cruchaga, saliendo de las rejas del Banco Español, donde trabajó largos años, el noble, el ilustre, el maravilloso poeta. Romeo Murga, el doliente poeta hermano mío de aquellas horas, fue de caja en caja, sin respirar, hasta que murió.

De una de esas cajas salía también, todas las tardes, Rosamel del Valle, que ahora escogió para quedarse a vivir en una caja más grande, Nueva York".

(Suplemento, *La Nación*, Santiago, 16 de mayo de 1971, pág. 16).

Franjas

Thomas Edison



OJOS VERDES, SERENOS...

Pierre Lhéry*

Víctor se aburría. A grandes pasos andaba y desandaba la longitud de la alcoba. Fumó. El humo azul, transparente, ascendió en perezosas espirales hacia el techo. Cogió un libro de un estante; abriólo al azar; leyó tres líneas y luego lo dejó.

Se aburría Víctor. Fue hacia el balcón. Afuera, la lluvia barnizaba la calle, dando matices de espejo a las aceras. El cielo aparecía empañado de nubes, de nubes espesas, plumizas.

Tomó su sombrero y el bastón —en cuya empuñadura de ónix un artista amigo esculpiera un rostro de mujer—, y salió.

No sabía a punto fijo dónde ir. En fin... Iría a donde le llevaran las piernas.

Ya en la calle, miró hacia los extremos. Se decidió por uno; cualquiera. Anduvo hasta una esquina. Por un lado, casi rozándole, pasó una mujer. La miró sin verla. Seguía cayendo la lluvia, grácil, menuda.

Víctor se detuvo. No hallaba qué hacer. Volvió a andar. Desierta la calle; cosa rara a las cinco.

Recordaba Víctor. Una tarde así como ésta, días atrás, tuvo un encuentro que fue una sorpresa, peligrosa y agradable a la vez, como todas las sorpresas que tienen alguna relación con las mujeres.

Iba solo. Desierta la calle. Al mucho caminar, distinguió una silueta femenina que venía en opuesta dirección.

Fue casi al cruzarse, cuando, más por inveterada costumbre que por curiosidad, fijóse en ella. La miró al rostro, a los ojos, como siempre que miraba a una mujer.

También miró ella. Sus ojos se encontraron. Se desconcertó Víctor. ¡Qué ojos aquellos! ¡Ojos verdes, serenos, la obsesión suya!...

Verdes, pero de un verde indefinible; verde en que se mezclaba el agua de las esmeraldas y la esmeralda de los mares; verde que tenía a veces matices de fuego, como si espolvorearan de oro, al mirar.

¡Al mirar! Recordaba haber visto sólo una igual: fue en un museo, no sabía cuál ni dónde: la mirada de un retrato de cocotá o de virgen.

Y días atrás, no sabía cuántos, había vuelto a encontrarse con los mismos ojos, con la misma mirada, con las mismas sensaciones eternizadas en las pupilas de una tela y de una mujer real, muy real, pero —sin duda alguna (y esto lo pensaba con dolor Víctor)— inconsciente como todas, sobre todo las de ojos color de esmeraldas diluidas, que evocan hechizos de gemas o fijas miradas de algún retrato —virgen o cocotá— olvidado ya...

Y la mirada de aquellos ojos le persiguió como una obsesión: como una obsesión verde y oro. Desde aquella tarde no había vuelto a ver a la mujer dueña de aquellas pupilas, pero sus ojos estaban para él en todas partes: los veía en el matiz distante de las piedras preciosas; en el cristal de las fuentes calladas, besadas de sol; en el fondo de las copas de ajénjo, y, a veces —muy pocas—, creía distinguir su mirar extraño y hechizado, en el mirar de otros ojos, de otras mujeres...

Arreciaba la lluvia. Subióse el cuello del gabán y apresuró el paso. Ante la vidriera de un anticuario, se detuvo. Tras los vidrios iluminadas apenas por una sombrilla eléctrica cuya luz vesperizaba una pantalla de seda roja, se exhibían armas, objetos de arte, joyas; todo de otros tiempos, de otros siglos.

*Seudónimo del poeta, Alberto Rojas Jiménez.

En una bandejilla de cobre se amontonaban gemas de todas clases y tamaños. En otra, más chica había solamente rubíes, y entre ellos, una esmeralda ovalada, enorme, como un ojo...
...“Igual”, pensaba Víctor; “Igual”...

Y la gema, acogiendo en su oriente el reflejo de los rubíes y de la luz vesperezada, tenía, para los alucinados ojos del muchacho, tonalidades de sangre...

Estuvo contemplando el milagro verde de la piedra, hasta que un dependiente preguntó si deseaba algo. No, contestó Víctor, y se alejó con paso inseguro, como un beodo, sintiendo en el alma el hechizo de la serena mirada de los ojos verdes.

En opuesta dirección, una joven, acompañada de una chiquitina, se acercaba con pasos firmes, segura de sí misma...

¡Ella!...

La reconoció por su sombrero de fieltro gris, ligeramente inclinado al lado izquierdo, aunque era casi de noche ya. La emoción le impidió andar. Quedó como un éxtasis, fija la mirada incierta de sus ojos de soñador en los ojos verdes, de sirena, de Ella...

La visión duró un segundo. Después... las siluetas de la chiquitina y de Ella que se alejaban, esfumándose en la sombra, bajo la lluvia...

.....
Un tranvía pasó veloz, derramando la hueca sonoridad de su campanilla. Sin rumbo fijo, levantando los ojos hacia el cielo, obscurecido, caminaba Víctor, recordando un pasaje del libro que leía, y murmuraba, como una oración:

“Los ojos nos enseñan todos los misterios del amor, porque el amor no está ni en la carne ni en el alma, el amor está en los ojos, en los ojos que rozan, que acarician, que sienten todos los matices de las sensaciones y de los éxtasis, en los ojos, donde los deseos se magnifican y se idealizan.

Vivir la vida de los ojos en donde todas las formas terrestres se borran y se anudan; reír, cantar, llorar con los ojos, mirarse en ellos, y en ellos ahogarse como Narciso en la fuente”.

.....
Había cesado la lluvia. Las nubes, arremolinándose, cubrían y descubrían el ojo blanco y ciclópeo de la luna.

Al atravesar una calle, estuvo a punto de ser atropellado por un auto que se deslizó veloz y del cual no vio Víctor más que el sangriento rubí de su linterna roja...

(Zig-Zag, N° 677, Santiago, 9 de febrero de 1918, págs. 46 y 47).

LA ENFERMA

Pierre Lhéry

—¿Vamos... Gabriel?

—Vamos, Seniha...

La encontramos como todas las tardes, sentada en su sillita blanca, de mimbre, junto al brasero sin lumbre y frente a la ventana que mira al río.

—Buenas tardes, Juanita...

–Buenas tardes, “niñita”...don Gabriel...

–No me diga don Gabriel, Juanita...

–Pero sí...

Y por la cara pálida, triste, de la enfermita niña, una sombra –la sombra de una sonrisa– ha pasado leve, muy levemente.

¡Pobre Juanita! Para un año va que el médico, una tarde, después de pulsarla y examinarla bien, meneó la cabeza con desaliento, se encogió de hombros y la miró muy triste, muy triste...

¡Pobre Juanita!, desde entonces la fiebre no la deja y la tos le desgarró el pecho, en sangre. Y no tiene madre que la cuide, la pobre; ni una hermana... Un hermano sólo, que llega a la anochecida, ebrio las más de las veces, indiferente siempre. Misiá Dolores, una vecina caritativa, es su única enfermera. Sólo que como ella está también minada del mismo mal, se pasan dos, tres días sin que la pobrecita enferma reciba sus cuidados.

Y así se va consumiendo, poco a poco, sin que le queden fuerzas en su cuerpecito delgado más que para ir del lecho a la blanca sillita de mimbre, y en sus ojos un incierto temblor de vida para mirar al río –plata líquida– que allá abajo se aleja, cantando, entre las piedras...

–¿Vamos, Seniha?

–Vamos, Gabriel...

SIRIO

¡Cómo estaba hermosa la noche, Seniha!

Alta ya la luna, fuimos por la calle vieja, hasta la fuente de los plátanos, tomados de la mano.

Yo cerré los ojos, soñando, y tú me guiabas, ciego, en la noche.

De los campos llegaba hasta nosotros el perfume de los tréboles y las albahacas.

¡Y cómo estabas linda esa noche, Seniha!

En tus cabellos temblaba plata de luna y en la esmeralda de tus ojos había un fulgor divino, de hechizo.

Aún suena en mis oídos el cantar dulzón de las mozas que iban esa noche hacia la ermita.

Y cuando volvíamos –¿Te acuerdas?– levantaste una mano al cielo mostrándome una estrella estremeada en la altura. Y susurraste, tierna, al oído:

–Ésa es la estrella que más me gusta, Gabriel. ¿Cómo se llama?

–Sirio– te dije, mirándote a los ojos. Y había en ellos el resplandor azul de la estrella...

¿Te acuerdas Seniha?

(Zig-Zag, N° 684, Santiago, 30 de marzo de 1918, pág. 32).

EL LOCO

Pierre Lhéry

Es un reloj. Todos los días nos anuncia las doce, las cuatro, las siete. A las doce, se llega hasta nuestra puerta por un mendrugo de pan. También a las cuatro. A las siete igual. Y no falta nunca. Nunca se atrasa. Es un reloj.

¡Pobre loco!, cada vez que viene, nos cuenta su vida. Ha sido militar, sacerdote,

bombero... También ha sido rico, muy rico. Ahora está pobre porque una reina, de quien se había enamorado locamente, se lo exigió.

—Para obtener mi mano, has de ser pobre durante un siglo— le dijo. Y él, obediente, botó sus millones al mar, una tarde rosa.

¡Y de esto hacía ya noventa años! Luego, al cumplir los diez restantes vendría su reina; desde el cielo del sur, montada en un carro hecho todo de libras esterlinas, toda vestida de oro. Y se lo llevaría entre los brazos, amorosamente, ofreciéndole un beso eterno en los labios. Y el loco gesticula, grita. Y tiene su voz diferentes entonaciones para los pasajes diferentes de su historia. Y hay en sus ojos miradas duras y dulces miradas...

¡Pobre loco! La chiquillería del barrio es su escolta de honor; y los guijarros que manos traviesas le lanzan le saben a flores a él.

En días pasados nos pidió ropa. Alguna ropa vieja para cubrir su miserable desnudez.

Seniha, por bromear, le obsequió con una amplia bata celeste. Se envolvió en ella el loco y echó a andar, muy erguido, calle abajo. Y era de ver la majestuosidad de su andar, mientras a las puertas se asomaban las mujeres a verlo pasar, y a su espalda la pringosa chiquillería, en una grito infernal, hacía llover sobre su cabeza, sobre sus hombros, sobre su cuerpo todo, una metralla rápida de pedruscos y terrones...

Como siempre, sabíanle a flores los guijarros a pesar de la sangre que poco a poco iba orlándole el celeste cielo de la bata, de rojas estrellas titilantes...

(*Zig-Zag*, Nº 685, Santiago, 6 de abril de 1918, pág. 30).

LA ABUELITA

Pierre Lhéry

Acaricia las flores la brisa, y el reflejo último del sol, filtrándose a través de las ramas, matiza las hojas oscilantes de oro viejo.

Las manos sarmentosas de la anciana apártanse al instante de las cabecitas infantiles, para dar mejor realce a las frases, y vuelven, después, a mezclar sus dedos rugosos y afilados con las hebras de oro o ébano de las melenitas ensortijadas.

—Y así que murió el caballo de palo...— dice la voz temblorosa de la viejecita, y los nietecillos, que forman corro a su alrededor, son todo oídos, y el encanto de la vieja historia —tan vieja como la abuelita— se apodera de ellos mientras sus ojos —negros, pardos, grises— se abren desmesuradamente en un divino y vago mirar.

El sol se oculta por completo, y el paisaje se ilumina de esa luz hechizada que precede a la noche, de esa luz que borra toda línea, todo contorno y que magnifica e idealiza los cuerpos y las cosas...

Después del té

Concha había terminado ya de sorber su taza, y, alargando el brazo, mórbido y blanco, la dejó sobre el veladorcillo de laca.

Después, volviéndose, llamó, haciendo sonar los dedos.

-Minino, minino...

Mignon, hasta entonces discretamente dormido sobre los cojines del diván, despertó: desperezóse enarcando el lomo de negro terciopelo sedoso, y, de un salto, trepóse a la falda de Concha. Las manos de ella, tan blancas, tan suaves, realizaban puras, sobre la piel de Mignon.

-¿Me quieres minino?...

Y apretaba cariñosa, la cabeza del gato regalón contra sus mejillas, contra su cabeza.

-Dime, ¿es cierto que tú quieres más a la gatita blanca de doña Clara que a mí?

Mignon, impasible, jugueteaba con la cadenilla de plata que pendía del cuello de Concha, y era su juego tan suave, tan discreto, que se diría tenía el temor de romperla.

Y la voz de Concha, celosa, repetía, quedito:

-¿Es cierto minino?... ¿Es cierto?

Las Chinelas

Recuerdo que las compramos a un vendedor ambulante que llevaba muchas, muchas, en el cesto que colgaba de su brazo.

Eran tejidas de una paja brillante y suave, muy suave. Tenían la punta ligeramente levantada, como las babuchas turcas de antaño.

Cómo le gustaban a Concha, se las ponía a toda hora: de día, de noche; de todos modos; con medias, sin medias. Y era de ver el contraste que formaba el rojo sangre de la seda que orlaba los bordes de las chinelas sobre el blanco nieve de la seda de sus pies.

Una tarde, estando a orillas del río, inventó Concha divertirse con ellas echándolas juntas a la corriente, desde un punto, y yéndolas a esperar a otro, apostando a cuál llegaba primero. Sino que, de tanto ir y venir sobre el agua, se remojaron, y no pudiendo así volverse a casa con ellas puestas, hube de cargar en mis brazos a Concha que reía deliciosa, la aventura.

Acercando mis labios a su oído y dándole suaves palmaditas en las mejillas, preguntábale yo:

-¿Lo volverás a hacer, locueta?

Y ella, ahogada de risa, juntando a mi pecho su loca cabecita rubia:

-Nunca más, Gabriel, nunca más...

(*Zig-Zag*, N° 693, Santiago, 1 de junio de 1918, pág. 53).

LEHNA

Alberto Rojas Giménez

(...La historia de aquella mujer, ha dejado en mi vida un recuerdo triste, dulce y galante.

Posterioros amores y miserias posteriores, no bastaron a borrar la dolorosa huella de aquesa época de mi existencia.

Yaún hoy, pasados tantos inviernos, ¡tantos!, renace en mi interior con la misma dulce y triste realidad de entonces, el romance cruel que antaño colmara mi vida.

La alegría de aquellos desgraciados amores hállase vertida en un Diario que, con intermitencias, llevara en aquel tiempo.

He aquí algunas de aquellas páginas, tantas veces aromadas por sus manos –manos de antigua dogaresa, manos que tenían, por compasivas, cierto encanto monástico, y por febriles, cierta sabiduría sensual, cálida y galante...

Al hojearlas, amargas lágrimas humedecen mis ojos prematuramente opacos, y cruel, irresistible, pesa sobre mí el hechizo de unas pupilas verdes, hondas y atristadas...)

Velada

Hemos pasado la noche en la azotea, bajo el fulgor incesante de las estrellas que, a Lehna, parecíanle lágrimas de plata, fijas en la inmensidad.

Mignon estuvo toda la velada con nosotros.

A ratos, de la falda de Lehna, pasaba al barandal de piedra que cierra la azotea, y se alejaba, caminando, sobre él.

Villablanca se esbozaba apenas, en la noche. Algunas ventanas alejadas, a instantes, lanzaban a la calle reflejos luminosos.

En los montes, a lo lejos, lucían las hogueras de los cabreros, con llamas rojizas, titilantes.

Lehna, en mis brazos, la cara al cielo, cantaba quedo. Uní yo mi voz a la suya, y pronto, en una sola, elevaron nuestras voces el himno de nuestro amor.

Una pincelada de luz señalaba poco a poco los contornos de los cerros –vagos y morados– y en lo alto, lentamente, se apagaban las estrellas.

El nuevo día...

Sirio

¡Cómo estaba hermosa la noche!

Alta ya la luna, fuimos, por la calle Principal, hasta la fuente de los plátanos, tomados de las manos.

Yo cerré los ojos, soñando, y ella me guiaba, ciego, en la noche.

De los campos llegaba hasta nosotros el perfume de los tréboles y las albahacas.

¡Y cómo estaba linda, Lehna!

En sus cabellos temblaba plata de luna, y en la esmeralda de sus ojos había un fulgor divino, de hechizo.

(Aún suena en mis oídos el cantar dulzón de las mozas, que volvían de las eras, esa noche, por la carretera blanca de luz astral).

Y cuando regresábamos a casa, –¡cómo olvidarlo!– levantó ella una mano, al cielo, mostrándome una estrella estremecida, en la altura, y susurró, tierna al oído:

–Ésa es la estrella que más me gusta, Gabriel... ¿Cómo se llama?

–Sirio... le dije, mirándola al fondo de los ojos.

Y había en ellos el resplandor azul de la estrella...

¡Cómo olvidarlo!

Pesimismo

Un día llegará, en el continuo rodar de los días, en que ese sueño de amor se desvanecerá
–humo en el vacío.

En nuestro interior, apenas un recuerdo de la dicha actual.

Y después, pasados cinco, diez, veinte años, llegada la hora suprema, todo morirá con
nosotros –sin dejar huella– calladamente, silenciosamente...

El retrato

La alegría del sol, el entrar por las entreabiertas maderas del ventanal, nos despertó,
aquella adorada y generosa mañana de noviembre.

Se echó de la cama Lehna, dejando entre las sábanas, olvidado, el camisón de noche.
Asustada de su propia desnudez, corrió a arrebujarse, de nuevo, entre las ropas.

Se lo impedí yo, sujetándola en los brazos.

–Espera un momento, Lehna, te haré un retrato, así.

–¡No, tonto... deja!– gritaba, entre risas.

Yo insistí.

–¡Estás tan bonita! Verás, es sólo un instante.

Pugnaba ella por ganar el lecho.

Desmelenada, entera desnuda, tenía el pagano encanto de una estatua viva.

Al fin, a pesar de su obstinación en no complacerme, después de muchos ruegos,
cedió a mi capricho.

Tomé un lápiz y un cartón, y empecé mi tarea.

Lehna no podía estarse quieta.

A cada momento trataba de cubrirse los senos, albos, temblorosos, cruzados de leves
venas azules; con un tapiz, quería envolverse las caderas armiñadas, tan hermosamente
firmes.

–¡Si ha de ser toda desnuda!, decíale yo impaciente.

–Pero Gabriel... –gemía, dulce, ella.

Y sobre el cartón, poco a poco diseñaba mi lápiz su silueta.

¡Con cuánto amor copiaba los contornos de su bello cuerpo juvenil, divinamente
blanco!

¡Cuán inmenso mi deseo de aprisionar, en unas cuantas líneas, lo que tantas veces,
tan amorosamente habían aprisionado mis brazos!

Y ese ligero boceto de su hermosura, hecho con torpe mano en unos pocos minutos,
¡cómo iba a serme querido, andando el tiempo!

(*La Pluma*, N^o 2, Santiago, mayo de 1919, págs. 12 y 13).

Poesía

Las nuevas Tendencias Estéticas: "Agü"

Primer Apéndice "Agü"



El poeta Alberto Rojas Jiménez

Pequeñas palabras

Alberto Rojas Jiménez

Los brazos cruzados,
la pipa entre los dientes,
contemplo el fuego del hogar.

A mi lado, dulcemente hablas,
Elevas tu voz, sonrías
y luego callas.

Las cosas que tú dices
no tienen importancia.

Tus palabras
son débiles, pequeñas...
Sin embargo yo amo tus palabras.

En tu fragilidad hay tanto de ti
que en ellas no es necesario
un hondo sentido, para llenarme de gracia.

En torno a mi corazón desnudo
se agrupan tus pequeñas palabras
como un corro de mariposas, a la lámpara.

(Sucesos, N° 1.002, Santiago, 8 de diciembre de 1921, pág. 47).

Juntos, detrás de la ventana...

A. Rojas Jiménez

Juntos, detrás de la ventana,
tu cabecita apoyada en mi hombro,
juntos y silenciosos,
miramos caer las hojas, en la tarde de Otoño.

Miramos, miramos...
Dice: "Me había olvidado..."
Pablo vino a buscarte...".

Y de nuevo callamos.

Luego, te vuelves, sonriente,
y vas a decir algo.

Yo me inclino
y al fondo de tus ojos, despeinado, pálido,
-igual que en los retratos
que de mí conservas-
veo un hombre de luto
con un cigarro entre los labios...

(Zig-Zag, N° 909, Santiago, 22 de julio de 1922, pág. 80).

Tu gesto era dulce y triste...

A. Rojas Giménez

Tu gesto era dulce y triste
cuando hablabas de tu infancia.
Decías: "Yo tuve dos trenzas doradas,
así, tan largas... Y ahora...".
"Ahora" llevabas melena; rubia melena cortada
sobre la nuca de nácar.

Pensabas: "Si fuera niña, como antes,
estaría junto al fuego, en las tardes heladas,
igual que un polluelo, escondida,
bajo el poncho de mi padre...".

O bien: "Mi casa era grande... Está muy lejos!
Antaño fue iglesia y en mi alcoba
pintadas sobre el techo,
había estrellas de plata...".

"Yo tuve un hermano -decías- y tú cuando hablas
me recuerdas su voz...
Era hermoso y fuerte. Una mañana
para un viaje muy largo, salió de casa.
De esto hace mucho tiempo...".
Callabas entonces, y en mi hombro
ponías tus manos enlazadas.
Volvías los ojos hacia el fuego.
Aleteaban, ligeras, tus pestañas...
Y todo tu rostro pensativo y pálido
se llenaba de dulzura y de tristeza
con el gesto de tus ojos y tus labios

(Claridad, N° 71, Santiago, 30 de septiembre de 1922, pág. 8).

Entre estos hombres...

Entre estos hombres yo soy un extranjero.
Hablan de cosas fatigosas. Disputan. Beben...
Hacen gestos vacíos y mezclan
en la charla estéril
teorías filosóficas y nombres de mujeres.

Fuera canta el invierno.
Pienso que estos hombres no son mis amigos...

¿Por qué yo estoy con ellos?
Beben. Beben...
El cuarto está lleno de humo y los rostros tienen
un repugnante aspecto a la luz del gas.
Todo lo que dicen es falso y oscuro.

¿Por qué yo estoy con ellos?
Pienso en mis amigos, en mis buenos amigos que están lejos...
Aquéllos hablan poco. No dicen casi nada...
Si es, como ahora, invierno
se reúnen para soñar, junto al fuego.
No disputan. Piensan con sencillez.
Dicen: "Anoche cayó una estrella...".
Y fuman. Fuman largamente.
Miran el fuego rojo
y se quedan mucho tiempo en silencio.

¿Por qué yo estoy tan lejos?

Invitación

Ven, Otoño.
Entra en mi cuarto.
Como a un antiguo amigo
te estrecharé en mi abrazo.

Todo lo mío será tuyo:
Las rosas, los libros, el piano.

Hasta mi querida, Otoño,
sobre la rosa de su carne
pondrá tu oro pálido.

Y así será tuya.
Tuya y mía, y compartiremos
sus caricias y sus besos cálidos.

Entra, Otoño.
No apoyes tu gavilla de oro
en los cristales.

Entra y espárcela por todo
hasta cubrir mi alma.

No encendáis las lámparas...

No encendáis las lámparas
ni me llaméis.
Dejadme aquí sin luces.
Mi alma está mejor en la penumbra.

Ved cómo la sombra maravillosa
envuelve mi frente.
Mirad mis manos,
mirad mi aspecto dulce
y que os oiga decir:
"Dejadlo está soñando,
dejadlo solo, allí sin lumbre".

Clara de Ellebeuse...

Clara de Ellebeuse... ¿Recuerdas? En ella pienso
y en ti. De ella tienes el gesto
grave y pensativo cuando callas;
y es suya la caricia suave
que en tu voz se oculta cuando hablas.

Clara de Ellebeuse... Como ella
a la sombra de los árboles, tú lees,
en las tardes cálidas.
Se va la tarde y sobre el cielo
se encienden, como antaño, nubes de nácar.

Mi alma, llena de tu amor,
a Clara de Ellebeuse adivina en tu alma.
Tu aspecto, tu rostro tan pálido,
son suyos, y es suya tu gracia.
Sus manos contaban las estrellas...

Para contarlas ¿no se alzan las tuyas
en el crepúsculo maravillado?

Como en los ojos de ella, en tu mirada
hay la suavidad de una palabra
oída en la distancia...

Como en los labios suyos, hay en tus labios
el aroma encendido de los frutos del verano.

Clara de Ellebeuse...

Sombra amorosa...

Para encantar mi vida

amarras mi cuello entre tus brazos.

Que escuche tu voz y que deshaga

tus trenzas de oro entre mis manos.

(*Rodó*, 1^{er} año, número 1, tomo II, Santiago, abril de 1923, págs. 25-27).

Quando venga la luna nueva...

En la noche sin luna, en que no es posible vagar,
es dulce y es amargo encerrarse en el cuarto
y ante el fogón encendido, pasearse y recordar.

Uno fuma... piensa... Al andar crujen los muebles.

La sombra que baila en las paredes

es un buen camarada con quien conversar.

Los años pasados!

En nuestra garganta pesa su triste collar.

Se ha tenido amores... Y mucho antes,

la dulce quietud familiar.

En las noches lejanas

hay un brasero encendido, una imagen, una oración...

El patio de la casa era azul, y en medio

dos naranjos nevados de azahar.

Nuestros juegos de niños están allí,

Aquel trompo con música...

Aquel muñeco de aserrín...

El traje negro de la abuela, la madre, la hermana,...

Uno ha cruzado muchos caminos

y en los caminos ha perdido

hasta la voz del hogar!

Después... aquella mujer.

Al mirarnos ladeaba la cabeza...

Era rubia. Nos besó la primera.

Ahora ¿dónde está?

No nos queda más que el recuerdo blanco de su cuerpo

y la memoria triste y dulce de su gesto para hablar.

En la casa está todo en silencio,
Otro cigarro. Es preciso fumar.
Un leño aviva el fuego...
Suspiramos. Aquel invierno, en aquella ciudad,
murió el compañero más querido.
Era extranjero, pobre. Se llamaba Aláin.
Esta pipa es recuerdo suyo.
Por todo estaba alegre. Bebía
y por las noches cantaba canciones de su país.

La vida! pensamos.
Los años pasados...
¿Bajo cuántos soles amarillos
en un gesto inútil alzamos las manos?

Se marchita y muere todo lo que amamos.
Hay un año, en la vida sombrío de soledad.
El gesto más nuestro,
nuestra canción más íntima
bajo algún cielo triste se habrá de marchitar.

Doblamos la frente.
Un nudo de amargura nos aprieta el corazón.

Cuando venga la luna nueva
la voz estará partida, el alma estará cansada.
Y será un largo sollozo nuestra nueva canción...

(Rodó, 1^{er} año, número 2, tomo II, Santiago, mayo de 1923, págs. 114-116).

Mi padre

Alberto Rojas

Mi hermana toca el piano...
canta Grieg
en sus manos
La canción llega, pura,
está
y se va
envuelta en el humo
de mi cigarro.
Mi hermana viste un traje azul.
La lámpara arde.
Levanto los ojos:
del muro cuelga
extática y muerta

la mirada de mi padre.
Mi padre murió hace veinte años.
Se estremece la llama.
Grieg, se ha ido
por la ventana, a la calle.
Mi padre ve que estoy grande,
que hablo, que fumo.
Pero no puede llamarme: "¡Hijo mío!"
como antes...

(*Dionysos*, volumen 1, Santiago, diciembre de 1923, pág. 24).

Invierno

Va a nevar! Va a nevar! Caída entre mis brazos
señalas las nubes pardas que el viento empuja en lo alto

Va a nevar! Va a nevar! Tu cabecita de oro
se esconde como un pájaro aterido entre mis manos.

Ya está encendido el fuego.
Trae, pequeña, mi pipa de madera
y échate a mis pies, sobre las mantas.

Deja que la nieve cubra los tejados...
A través de la ventana veremos tu sonrisa blanca.
Fumaré largamente, beberé de este vino viejo
y tú cantarás mi nombre
a la sombra rosada de la llama.

(*Martín Fierro*, N^{os} 10-11, año 1, 2^{da} época, Buenos Aires, sept.-oct. de 1924).

Almendra

Tu casa

Blanca y amplia, tu casa es una sonrisa bajo
el cielo del verano.

En la distancia, yo paso y la distingo entre
los árboles.

"Es como un nido -pienso.

Es como un nido claro y fresco para la canción
de su voz, dorada y alegre".

Como un atado de rosas...

Estás cerca de mí, y tu fragilidad me invade
como una agua de maravilla.

Miro tus brazos, tu garganta, y encuentro
mi sombra en la sombra de tus ojos.

Hablas y ríes, y tu risa y tus palabras caen
en mi corazón como una lluvia de hojas doradas
en una cisterna.

¡Almendra! Cuando estás a mi lado, siento el deseo de
cogerme en brazos y llevarte por los caminos del mundo
como llevé muchas veces, siendo niño, un atado de rosas
apretado contra el pecho.

¡Como un atado de rosas, Almendra!...

Hora de las Lámparas

¡Almendra!, en el atardecer rosado y malva,
yo voy con mi aspecto cansado y sombrío por las calles
llenas de árboles y de niños.

En la paz del crepúsculo una mano sabia y oculta
va borrando las líneas, los contornos, y pone en los
hombres y las cosas un signo irreal y legendario.

Amo esta dulzura de las últimas horas del día;
amo esta paz armoniosa del atardecer que se entra en mí
y me embriaga como un licor singular.

¡Almendra!, en esta hora las canciones están llenas de
suavidad y las mujeres son más pálidas y hermosas.

Detrás de las ventanas, unas manos blancas encienden
las primeras lámparas.

Amo esta hora y pienso en ti. Tus manos de ámbar, acaso
ahora mismo abandonan el libro y van a crear un sol
bajo la pantalla rosa.

Acaso ahora mismo, tus ojos, como los míos, miran el cielo
para contar las primeras estrellas.

Almendra

El sol de quince veranos ha dorado tu carne, Almendra,
y eres a mis ojos como una mujercita de ámbar.

Ahora estás con tu leve cabeza rubia inclinada sobre el libro.

A veces, elevas un brazo hasta tus labios, y aspiras el aroma tibio de las magnolias que
tus manos aprisionan.

Es en la tarde, y las copas de los árboles que tocan en
tu ventana se han teñido de color de las naranjas.

Cierras el libro. Te yergues y lentamente, con ese aire de
lánguida y desmayada elegancia que te distingue entre todas las
mujeres, vas hacia el piano.

Tus manos avanzan, juegan con el teclado, y Grieg canta
en tus manos.

La canción nace, se eleva, te envuelve en su onda armoniosa
y clara, y toda tú eres armonía y claridad.

Muere el piano y con el último acorde, tu frente se dobla

y sueña.

¡Qué bonita estás así, Almendra!

Tus ojos enormes, brumosos, acarician los muebles y los objetos que te rodean y te son familiares.

Bajo la pantalla rosada de la lámpara, un zagal de porcelana rodea en inmóvil abrazo la cintura frágil de una pastorcilla.

Tú miras el amoroso juego, y sonríes...

Sonríes y al fondo de tu memoria se enciende el recuerdo infantil y lejano de otro zagal, rubio y auténtico.

Es en una mañana de estío, cálida y olorosa a frutos maduros.

Tú estás junto a él, a la sombra de un manzano. Juntos no reúnen diez y ocho veranos, siquiera.

Y tus labios y los suyos están tan cerca como dos cerezas gemelas.

"No te irás nunca", dices, con la seriedad de una mujercita mayor.

Y él te responde:

"Sí. Yo no quiero irme, pero papá...".

Y callan un momento. Una flor de manzano, alba como un copo de nieve, se desprende y cae entre vosotros.

De pronto, tu rostro de oro se ilumina y dices con alborozo:

—"Oh! ya está... ahora no podrás irte aunque papá lo quiera...".

Corres y el zagal te mira con sus ojos asombrados y tristes.

Vuelves, y en tus manos ingenuas traes una ramita verde.

"Es cortadera, dices, y agregas con maravilloso convencimiento:

"Haremos una heridilla en tus manos y en las mías, y la sangre nos mirará para siempre...".

Se resiste el zagalillo. Oh, una herida duele...

"Si no duele, tonto..." respondes con gesto caprichoso y enfadado, y tu decisión lo anima.

Tiende sus manos, y tú, con amorosa sabiduría, haces un tajo diminuto en la yema de un dedo. Enseguida hieres tu manita de muñeca regalona y dos lágrimas escarlatas aparecen y se unen...

En el crepúsculo la voz de una campana se eleva y canta.

La visión se desvanece y de tu regazo cae sobre la alfombra un puñado de magnolias marchitas.

Te levantas y abres el balcón.

Un corro de niños danza entre los árboles, y una canción ondula bajo el cielo del atardecer!

"Yo soy la viudita
del Conde de Oré...".

Por la avenida de acacias, un hombre de luto avanza envuelto en el humo de su pipa.

Almendra: soy yo quien va a pasar.

(Zig-Zag, N° 949, Santiago, 28 de abril de 1923, págs. 73 y 74).

Pobreza

Querida,

yo no tengo qué darte.
ni collar ni sortija.
Los Hombres
ya lo han tomado todo.

En mi pobreza

tan sólo el cielo siento
que me abriga.
Un día hasta tú dejarás
de ser mi amiga.

Entonces

quedaré más solo,
desnudo y triste ante la vida.

(Revista *Hoy*, N° 573, Santiago, 12 de noviembre de 1942, pág. 62).

Canción de la noche

En la sombra del cuarto

se alza mi voz desnuda:
es un pájaro anochecido
tu nombre, volando en la estancia.

Duermes.

Sobre el mundo claro
de tu sueño, cantas
temblorosa y blanca.
Mis manos y mi pensamiento
van hacia ti.
Pero tus ojos están ciegos.
Sin embargo, estamos tan cerca
tan cerca, que inunda mi palabra
la rosada canción que corre por tus venas.

1923.

(Revista *Hoy*, N° 573, Santiago, 12 de noviembre de 1942, pág. 62).

Dos hombres beben

Hombre rubio, hombre del Norte, fumando en tu pipa de madera negra, sueñas. A tu lado, como una compañera silenciosa y pródiga, está la botella de gin ardiente.

Yo, hombre del Sur, de carne morena, de ojos oscuros, te veo y sueño también, frente a mi vino amarillo.

Esta música pobre del restaurante te mece y lleva a horas de un tiempo viejo.

No ves nada de lo que nos acompaña y rodea. ¿Habías reparado, acaso, en esta triste pareja de ancianos que comen con lentitud y precaución?

¡Herregud! Sólo bebes y fumas. Tampoco has visto a aquel hombre del rincón, en cuya frente se ha esparcido la ceniza de los años turbios y en cuyas ojeras el vicio cansado duerme.

¡Todo, qué te importa!

Este vals antiguo, del que ya nadie sigue el compás, levanta y empuja la gavilla melancólica de tus pensamientos.

¡Qué más da! Para ti, hombre rojo del Norte, sólo existe el mundo que revive en tu memoria.

Ahora piensas en aquel puerto brumoso de tu tierra lejana, a cuya orilla una mujer dorada te espera hace ya muchas lunas. Piensas en la hora alegre en que saltarás del

barco del retorno para estrecharla contra tu pecho rudo y decirle: —“Ea, ya estoy aquí... Ya lo ves. Era cosa sencilla...”.

Sí. Es en esto en lo que piensas. Y es por esto que bebes y fumas como ausente de ti. Y en nada reparas. Ni en mí, pobre hombre del Sur que no vengo de ninguna parte, que no iré a ninguna, que nada recuerdo y que bebo mi vino amarillo a sorbos, con lentitud y con tristeza. ¡Herregud!

(Claridad, N° 121, Santiago, mayo de 1924).

Meridiano de otoño

Fondo de oro de las parvas
bajo el oro que el sol derrama.

Junto al brocal de la noria
mi cuerpo inclinado hacia el agua.

Agua del pozo, escondida,
que un guijarro rompe y trae
en clara canción hacia arriba.

Árboles. Nubes viajeras.
Oro del cielo y la tierra.
Humo azul de las leñeras
recostado en las colinas.

Piel tostada. Cabellera revuelta.
Chambergó de ala extendida.
Chamanto. Cigarro de hoja, en los labios,
y, encendida en las pupilas
la celeste maravilla.

Canta el agua entre la sombra.
Agito entre mis manos
el ramal de argolla de plata.

Una niña va cruzando
la sementera lejana...

(*Proa*, año I, Nº 2, Buenos Aires, septiembre de 1924, pág. 16).

Puerto

Alberto Rojas Giménez

Sueñan los barcos.
En sus brazos
ha quedado prendida
la música nocturna.
La última estrella filante
ha herido en mis pupilas
la plateada túnica que echaron sobre el mar
unas manos ocultas.

Gaviotas nacidas en Oriente
quiebran la curva de su vuelo
sobre el puerto dormido.

Bajo el arco de ámbar de los horizontes
se anuncia el incendio
de todos los navíos.

El puerto tiene un temblor de luz

La gavilla del sol
descansa

sobre sus hombros azules.
Pintados de bronce
los barcos se han puesto de rodillas.
Sus collares de bruma
sus brazos musicales
se extravían
en la gran voz de oro que lo llena todo.

1924.

(Laura Arrué, *Ventana del recuerdo*, Santiago, Editorial Nascimento, 1982, pág. 83).

El hombre en el camino

Alberto Rojas Jiménez

Las canciones antiguas

Tal un corro de pálidas doncellas, allí están, las antiguas canciones,
las canciones de antaño, quietas, silenciosas, dormidas al fondo del recuerdo.
Ellas pusieron un ritmo alborozado en las noches lejanas.

Una sombra, un perfume suyo que surja de pronto, y nuestros ojos se llenarán
de imágenes amadas y desvanecidas en el tiempo, y en nuestros labios
florecerá una palabra, una frase o un nombre querido y olvidado.

¡Canciones antiguas!

¡Cantares de los días viejos!

Despertad, alzáos en tropel armonioso y cubrid mi alma —como antes— y cubrid mi
frente con vuestra lluvia musical, milagrosa y melancólica!

Orillas del sena

Bajo esta niebla fría y blanca que lo envuelve todo, sólo tu corazón y
el mío alientan, niña de plata.

Aquí, a nuestro lado, el gran río duerme.

Mira, allá lejos, aquel puente de sueño que el agua negra ahoga. Estos
barcos que huyen sin ruido; estas viejas piedras y estos viejos árboles
que el tiempo acongoja y rompe.

Aquí está, niña mía, aquí está la encina de la otra tarde. Mira tu nombre,
mira mi nombre. Fue con mi cuchillo que los grabé en la corteza y ellos
son un collar húmedo y perdurable sobre el tronco nudoso.

Sí. Fue al pie de esta encina de hojas amarillas, fue junto a esta blanca
muralla ruinoso que tú cantabas la tarde pasada. Estabas como ahora estás,
con tu roja camisa de cuello subido. Tú decías:

"Yo conozco bien tu pobre alegría.

Ríes con el sol y al fondo de la noche
tu corazón solloza...”.

Orillas del Sena, así tú cantabas. Ah, tu voz grave. Tu voz en que asoma
el llanto de tu pueblo. Yo no podré olvidar tus ojos abiertos a la tristeza.
Yo no podré olvidar, niña mía, tu rostro dorado emergiendo del viejo
muro agrietado y desteñado.

La soledad

Camarada, he aquí la mala estación. He aquí las lluvias que comienzan.
¡Cuán fugaz ha sido el estío!

Los campos están cubiertos de la ceniza invernal y la niebla del mar se
arrastra tierra adentro envolviendo los árboles, las piedras y las casas
de los hombres.

Es el tiempo en que los pájaros cambian el rumbo de su vuelo, es la fuga
de las hojas y hasta nuestras palabras parecen venirnos desde lejos. Frente.
Frente a esta ventana, tras los vidrios de esta ventana, mi corazón
anhelante y desesperado deja irse los días, siente llegar las noches y con
ellas la inquietud y la tristeza sin nombres.

A mis pies un brasero me envuelve en su onda tibia.

Una columna de humo emerge de los techos distantes y al fondo del cuarto
una mujer, acodada en la mesa, llora en silencio.

Ahora cose ella, frente a mí. La lámpara, entre nosotros, nos encierra en
su círculo dorado y tibio. Más allá de la luz, los muebles y las paredes
del cuarto aparecen sombríos y borrosos como las cosas que vemos
en los sueños. Ella cose y ambos callamos. Yo veo sus manos débiles y pequeñas
jugar con suavidad sobre la tela azul.

De vez en cuando levanta la cabeza y siento, fijos en mí, por un instante,
sus grandes ojos de niña.

Inclinado sobre el brasero miro el fuego rosado y fumo.

Como todos los días, desde hace mucho tiempo, como todas las noches, una
indefinible tristeza envuelve y anega mi pensamiento. A medida que las horas
caen una sobre otra, esta sensación acrece y se precisa.

Ah, soledad! Una vez más recibo tu asalto; una vez más en mi horario,
dispones

la hora del desamparo y de la congoja sin límites.

...Alargo el brazo y sin mirar a la mujer que sufre a la sombra de mi intranquilidad,
ahogo en el vino la idea desventurada.

(*El Mercurio*, Santiago, 7 de diciembre de 1924, pág. 9).

Crepúsculo en el mar

A. Rojas Giménez

Crepúsculo en el mar. Hora de tristeza
que enciende tu recuerdo en una llama trémula.

País de campanas en la bruma. Tierra lejana
que retiene tu pasos y recoge tus lágrimas.

Crepúsculo en el mar.
Corre el navío hacia las primeras estrellas.
¿Dónde estarás ahora, niña blanca y doliente?
En mi alma de ansiedad ancla tu alma de espera.

Decías: "Quedaré sola... tan sola...".

Allá abajo estás, allá abajo,
en un país de vientos y de lluvias.
Ciudad de lunas en desvelo,
tierra de silencio junto al fuego.

¡Ah, niña mía tan triste!
Tinieblas de distancia me arrebatan tu ternura.
¡Ah, niña mía!
En esta hora
arde mi corazón en tu recuerdo.

Mar de las Antillas, 1924.

(Atenea, N.º 1, año II, Concepción, 31 de marzo de 1925, págs. 21 y 22).

Vater Georg

ÉSTE es Vater Georg:
tórax musculoso de sesenta años.
Bigote largo de rubia guía.
Conversación aislada y sabia.
Ojos de infante, claros ojos azules,
como la camisa que cubre su espalda.

Vater Georg me saluda:
¡Guten Tag mein lieber Sohn!
lo que en español significa:
¡Hijo mío querido, buenos días!

Al final de un viaje
mi soledad ha encontrado a este padre.
Es mayo, domingo de mayo bajo el cielo
de Baviera.
Él viene del bosque, ahora,
y arde la sed en su garganta.

Kon zu mir—dice— wir haber Frühlingsbier.
Y así quiere decir:
Ven conmigo a la taberna. Ya tenemos cerveza
de Primavera.

1925

Dos poemas

A. Rojas Giménez

3

Corazón solitario. Alma en desesperanza.
Un cisne de nieve se ahoga
en el remanso de tu alma.

Aquí estamos. Donde el sol no levanta.
Desvanece la sombra tu clara presencia.
Alta ciudad, vasta ciudad de la vida multánime.
Largas barcas de plata duermen sobre el Sena.

La mala estación acongoja los parques.
Sobre este muro en ruinas alguien escribe la palabra desamparo.

Asoma la lluvia en la noche profunda.
Y un pájaro de hielo desciende hasta mis manos.

La multitud enreda tu nombre.
Es nuestra la calle más triste.
Hotel pobre. Vida tan pobre.
Delante de nosotros caen hojas amarillas.

Ah mujer de pena, dulce mujer mía.
Aviones taciturnos nacen con el día.
Y cada día nos trae una flor ya marchita.

7

Yo hice los viajes alegres y los más tristes viajes.
Detrás de mis sueños está la América en flor.
Los marineros danzaban sobre el Mar Caribe.
Tocador solitario
era tu pena y no el viento inflando tu acordeón.

Hangar nocturno. Es entre tus paredes sombrías que mi corazón despierta.

Rayo, quemo las horas en la lumbre de mi cigarro.
Un vaso de vino ahoga toda explicación.

Tú mismo, el de entonces, ahora cruzas los bulevares,
y el antiguo desaliento te amarra toda acción.

De allá abajo llegan las voces. Las cartas. El periódico de las noticias.

Pablo y Tomás robando a los nativos.
Una casa en abandono. También la revolución.

Aquí los hombres tienen un semblante de tiza.
El alma del invierno oculta los infantes.
Automóviles en delirio empujan el crepúsculo.
Y una luna cautiva blanquea las terrazas.

Es a la claridad de las lámparas que yo te amo, compañera de esta hora.

De nosotros huye la tarde.
Una palabra de pena baja de tus labios
al recordar las guitarras del país de Tarzán.

Ésta es nuestra calle. Hotel Nantes. Aquí te amo.
Eres alta. Hueles a manzanas.
Hay un cigarro muerto junto a la chimenea.
Encierras dentro de ti las campanas de Stuttgart.

París, 1925.

(*Atenea*, 31 de agosto de 1925, págs. 64-66).

Poema escrito en París

Ha muerto el calendario.

Engrillado de fiebre
reposa enfermo el cuerpo.
Nadie sabe esta noche que existe el cielo.

El cielo es mío.

A nadie arrendaré una estrella.
La ventana abierta se entrega
al bullicio nocherniego.

En vez de alma los niños llevan
risueña una corneta.
Bruscamente
el corazón despierta,
coge el gabán y el chambergo
y se dirige cielo abajo hacia la ciudad en fiesta.

(Jorge Luis Borges, Alberto Hidalgo y Vicente Huidobro, *Índice de la nueva poesía americana*, Buenos Aires, Sociedad de Publicaciones El Inca, 1926).

Entre tus senos el lagarto verde.
 No puedo explicar, tus pies crepusculares,
 amor inconcluso, alcancía de esperanzas,
 mujer, vaso conteniendo el día,
 vamos en el viaje sin objeto, inmóviles, sin embargo.

Corren las diligencias y el humo de los trenes
 envejece tu perfil, cae la frente entre mis manos.
 Aprendiendo a contar, no es esto lo que quiero.
 Aprendiendo a escribir, tampoco es lo mismo.
 Lengua extranjera, lago, poesía.
 La montaña rosada que mi voz acaricia.
 Siempre vuelvo hacia ti, razón de mi silencio.
 En la larga velada el relato sin tregua.
 Un nombre, una fecha y el cabello blanco,
 al fin de los días deletreando mi canto.
 Dame ese cuaderno, es la ebriedad sin límite.
 Caminando encontrarás la geografía cerrada.
 Después, el sombrero en el suelo, los vestidos marchitos,
 entre el vino y el tabaco los amigos te esperan.

París, 1925.

(*Letras*, N° 2, Santiago, junio de 1928, pág. 9).

Nuevo rostro

Olvido las historias, canción de las islas.
 Todo estaba a tu lado, hechicera nocturna.
 Levantabas la mano para detener el curso
 de los astros fragantes como frutos maduros.
 Aquella noche tu padre cantaba en la taberna.
 Si hubiera de decir cómo te quise entonces!
 Ibas por el bosque y en tu cabellera,
 regalo del bosque, aprisionabas luciérnagas.
 Guardaban tus ojos el secreto dichoso,
 y una palabra tuya libertaba los barcos.
 Destruías el maleficio, cambiabas el rumbo del viento,
 todo lo podías y te perdí por entonces.
 Apoyado en mi fusil, centinela del alba,
 atraía el silencio mientras tú te alejabas.
 He visto después, en los trenes que parten,
 agitar el adiós que agitaban tus manos.

Si sólo tú volvieras de aquel tiempo disperso,
trayéndome el nuevo rostro que has sacado del tiempo!

(Archivo Raúl Silva Castro).

Poema inconcluso

Lejos, en distantes repúblicas o reinos;
lejos, sobre el mar, al fondo de los navíos
o en las islas que se pierden en el tiempo.
En territorios sin nombre,
abajo, en profundos abismos
o en la ribera de ríos silenciosos e inmóviles.
Desmayada en la nube que hay al pie de las vírgenes
o detrás de los altares, ceniza de ángeles muertos,
la perdida felicidad
descolorida como una corola de flores extintas,
rígida como una gran flor hecha de alambre.

Fatigado de irremediables destrucciones,
acechado por ocultos males,
no me extraña tu ausencia en la marea de mis sueños,
ni mis manos desiertas,
ni la adulterada expresión de la risa,
ni que mis noches tengan la pesantez de un ancla.

Es más:

Mientras surge el pálido día tras el insomnio,
el día con sus flamantes periódicos,
sus verídicas torres
y el paso vacilante de los desventurados,
yo atraigo hasta mi lecho
esta bandada de mariposas trémulas,
este tropel de rostros pálidos en la larga ausencia.

(Archivo Raúl Silva Castro).

Poema

Te sumerges en el día, mi recuerdo te alcanza.
Un cisne de nieve se ahoga
en el remanso de tu alma.

Aquí estamos. Donde el sol no levanta.
Desvanece la sombra tu clara presencia.

Alta ciudad, vasta ciudad de la vida múltanime.
Largas barcas de plata duermen sobre el Sena.

La mala estación acongoja los parques.
Sobre este muro en ruinas, alguien escribe la palabra desamparo.

Asoma la lluvia en la noche profunda
y un pájaro de hielo desciende hasta mis manos.

La multitud enreda tu nombre.
Es nuestra calle la más triste.
Hotel pobre. Vida tan pobre.
Delante de nosotros caen hojas amarillas.

Ah, mujer de pena, dulce mujer mía.
Aviones taciturnos nacen con el día,
y cada día nos trae una flor ya marchita.

(*La Nación*, Santiago, 10 de junio de 1934, pág. 4).

Carta - Océano*

Hombre del mundo,
ancló en mis ojos la tristeza,
tarde de las tardes, en la tarde de América.

Soledad de la infancia
ardida al fondo amarillo de los pueblos.
En aquel tiempo morían mis parientes.
Eran negras las persianas que atraían el día
y opaca la voz de mi madre recordando las cosas.

Yo era el poeta vestido de niño,
en el año triste en que los niños rompen las flores.
Ningún hombre me dijo nunca que debía cantar.
Corría la luna por detrás de las nubes.
El sol quemaba los frutos y el lomo de los cerros.
Mis manos buscaban luciérnagas
en la sombría humedad del invierno.

Primera canción de las palabras torpes,
simple como el agua, yo no sabía jugar.

*Carta-Océano, al parecer, es el resumen de una serie de poemas dispersos que publicó Alberto Rojas Jiménez en diarios y revistas, y que se incluyen en esta antología.

Miedoso de la lluvia, orador silencioso,
hallé mi primer amigo al fondo de un espejo.

Una mano invisible apagaba los veranos.
Ellos, los hombres tímidos, elegancia del pueblo,
esperaban la novia a la puerta de la iglesia.

Todo cayó de golpe.

Varió el nombre de los periódicos.

Alguien decía que había nuevos edificios.

Aprendió mi memoria el curso de los trenes

y supe que las viejas mujeres de mi país

guardaban sus monedas en la esquina de un pañuelo.

Todo cayó de golpe, comenzaba la edad doliente.

En el viento múltiple,

en el viento que pierde la voz de los náufragos,

esparcí la hoguera rosada de los sueños.

Ahora, junto al Elba y es en Hamburgo,

animo en las palabras el collar de mis años.

Otoño del norte. Anclados en la bruma

son los edificios negros barcos sonámbulos.

Distante tierra mía, país de bosques en incendio!

En la noche extranjera que retiene mis pasos,

hombre del jersey, tiendo hacia ti las manos.

En aquel tiempo morían mis parientes.

Infancia de luto a la sombra de las lilas.

Jugaba mi hermana a la luz de las lámparas.

Siempre estaba a mi espalda

el retrato del padre asesinado.

Había un cerro, me acuerdo, sosteniendo una cruz.

Era el mes de mayo y hombres de rostro pintado

bailaban en torno castigando la tierra.

Un río corta el pueblo. Cada mañana traía

el cadáver de una doncella.

Infancia triste rayada de oraciones.

En la noche el galope de los caballos

amedrentaba mi sueño y el sol tardaba en llegar.

Hubo una vez un circo.

Una mujer verde se balancea en mi memoria
colgada de un trapecio.

Admiré los peces dorados en el agua de plata.

Lloraban los campanarios al caer de las tardes.

Hay un volantín dormido en el cielo de mi infancia.

Adolescencia acodada al marco de las ventanas,

comenzó por entonces la canción que hoy continúo.

Era la vieja historia del arcoiris y la palabra amor.

Vi cruzar sin asombro el primer aeroplano
y subí sobre mi casa para tomarlo en las manos.
Era la edad doliente del deseo y la espera.
Vestido de negro acompañé el primer funeral.
Entonces vieron mis ojos el retrato de los héroes
adornando las vidrieras de todas las farmacias.
La casa se llenó de convidados.
Escribí la primera carta.
Me llevaron hasta un puerto para mostrarme el mar.

Alumno sin talento, desgracia de las madres,
caían a mis pies pájaros de papel marchito.
Era la fuga del tiempo y yo tenía quince años.
Fui el adolescente de los cinematógrafos;
Lector incansable de las novelas tristes.
Decía a menudo: "Cansado... quiero irme...".
Guardaba en mi cartera el retrato de una niña.
Digo todo esto como si estuviera
sentado a mi mesa con un naipe en las manos.
Soy el mismo y entre tu sonrisa
y la sonrisa de aquélla levanto mis años.
Perdido, sediento, insatisfecho.
Extranjero enamorado de las cosas y su canto.

Te sumerjes en el día, mi recuerdo te alcanza.
Un cisne de nieve se ahoga
en el remanso de tu alma.

Aquí estamos. Donde el sol no levanta.
Desvanece la sombra tu clara presencia.
Alta ciudad, vasta ciudad de la vida multánime.
Largas barcas de plata duermen sobre el Sena.
La mala estación acongoja los parques.
Sobre este muro en ruinas, alguien escribe la palabra desamparo.
Asoma la lluvia en la noche profunda
y un pájaro de hielo descende hasta mis manos.

La multitud enreda tu nombre.
Es nuestra la calle más triste.
Hotel pobre. Vida tan pobre.
Delante de nosotros caen hojas amarillas.

Ah, mujer de pena, dulce mujer mía.
Aviones taciturnos nacen con el día,
y cada día nos trae una flor ya marchita.

Yo hice los viajes más alegres y los más tristes viajes.
Detrás de mis sueños está la América en flor.

Los marineros danzaban sobre el Mar Caribe.
Tocador solitario
era tu pena y no el viento inflando tu acordeón.

Hangar nocturno. Es entre tus paredes sombrías que mi corazón
despierta.
Rayo, quemó las horas en la lumbre de mi cigarro.
Un vaso de vino ahoga toda explicación.

Tú mismo, el de entonces, ahora cruzas los bulevares
y el antiguo desaliento te amarra toda acción.

De allá abajo llegan las voces. Las cartas. El periódico de las
noticias.
Pablo y Tomás robando a los nativos.
Una casa en abandono. También la revolución.

Aquí los hombres tienen un semblante de tiza.
El alma del invierno oculta los infantes.
Automóviles en delirio empujan el crepúsculo.
Y una luna cautiva blanquea las terrazas.

Es a la claridad de las lámparas que yo te amo, compañera de
esta hora.

De nosotros huye la tarde.
Una palabra de pena baja de tus labios
al recordar las guitarras del país de Tarzán.

Ésta es nuestra calle. Hotel Nantes. Aquí te amo.
Eres alta. Hueles a manzanas.
Hay un cigarro muerto junto a la chimenea.
Encierras dentro de ti campanas de Stuttgart.

Todo lo he visto y los cementerios.
Voz desconsolada de las fotografías.
Cuantas veces solo frente a los andenes.
Cartas amarillas, abanico de tedio.
Desplegaba en la noche una mala noticia.
Era el insomnio y exprimía en mis versos
la vieja tristeza del poeta romántico.
Siempre estás conmigo y yo todo lo he visto.
Viejos árboles marcaban el límite.
Camino de palabras, hilo del telégrafo,
hilvanando los nombres de las capitales.
Viaje que el olvido conserva.
Trasmundo del espejo a su orilla me inclino.
Más abajo la calle y aquí en el aposento,
pálido, despeinado, escribo y me acompaños.
Es la hora del abandono y vigilas el beso.
Te he llamado en los bosques y a mi lado sonrías.

No recuerdes. Eran rojos los techos.
Árboles de humo. País que me ofrecías
tan sola y tan pobre entre tus hermanas.
Guardo del olvido, aparece en el sueño,
mi mujer pensativa sobre un puente de hierro.

Las revistas, el periódico, en el café lo he visto.
Todo estaba, aniversario y los negros caracteres.
Tu nombre mismo al pie de tu retrato,
mariposa dormida al borde de mi vaso.
Se iban las mandolinas y las estrellas estaban.
El bosque se apartaba en la fecha dichosa.
La mano doméstica extinguía la lámpara.
Noche de Walpurgis, Alemania del alma!

Entre tus senos el lagarto verde.
No puedo explicar tus pies crepusculares,
amor inconcluso, alcanzía de esperanzas,
mujer, vaso conteniendo el día,
vamos en el viaje sin objeto, inmóviles sin embargo.
Corren las diligencias y el humo de los trenes
enjejece tu perfil, cae la frente entre mis manos.

Aprendiendo a contar, no es esto lo que quiero.
Aprendiendo a escribir, tampoco, es lo mismo.
Lengua extranjera, lago, poesía.
La montaña rosada que mi voz acaricia.
Siempre vuelvo hacia ti, razón de mi silencio.
En la larga velada el relato sin tregua.
Un nombre, una fecha y el cabello blanco,
al fin de los días deletreando mi canto.
Dame ese cuaderno, es la ebriedad sin límite.
Caminando encontrarás la geografía cerrada.
Después, el sombrero en el suelo, los vestidos marchitos,
entre el vino y el tabaco los amigos te esperan.
Olvido las historias, canción de las islas.
Todo estaba a tu lado, hechicera nocturna.
Levantabas la mano para detener el curso
de los astros fragantes como frutos maduros.
Aquella noche tu padre cantaba en la taberna.
Si hubiera que decir cómo te quise entonces!
Ibas por el bosque y en tu cabellera,
regalo del bosque, aprisionabas luciérnagas.
Guardaban tus ojos el secreto dichoso
y una palabra tuya libertaba los barcos.
Destruías el maleficio, cambiabas el rumbo del viento,
todo lo podías y te perdí por entonces.
Apoyado en mi fusil, centinela del alba,
atraía el silencio mientras tú te alejabas.

He visto después en los trenes que parten,
agitar el adiós que agitaban tus manos.

Si sólo tú volvieras de aquel tiempo disperso
trayéndome el nuevo rostro que has sacado del tiempo!
Se cruzan sobre este lado del mundo las altas oscuras palmeras nocturnas.
Lago sombrío, allí se sumerge un barco cargado de rumores.
Lejos de ayer, lejos aún del día nuevo y repetido
todavía la esperanza, el deseo persistente.

En medio de la noche en que toda forma se ahoga,
lluvia impalpable y negra comparable sólo al olvido,
en mitad de la noche, lejos, tierra que sostiene tus pasos,
no te alcanza mi voz, tus lágrimas son distantes.
Imágenes del cine, todo me viene, libro de estampas vivientes.
El río, sus árboles negros, tu palabra, su pasajero asilo.
La multitud que invade el crepúsculo, los trenes,
donde tú vas, presencia mía inapartable,
donde tú vas, silenciosa, ensimismada,
encima del tiempo que la distancia altera.

Mi recuerdo te alcanza frente a los días festivos
y en el alba que yergue sus puñales de ceniza.
Apareces en la hora de pobres esperanzas
o levanto tu imagen en la voz de los niños.
Lejos de ti, aún resido en tus ojos.
Agrupo allí la sombra que tu fatiga reclama.
Vigilo el silencio que ahuyentas con mi nombre
y es cierto que mis manos distantes e invisibles
crean, cada noche, un sol bajo tu lámpara.

(*La Opinión*, Santiago, 10 de junio de 1934, pág. 3).

Los niños de ámbar

Ha cubierto todo el parque
la ceniza de la tarde.

Por el césped moribundo
avanzan
los niños de ámbar.

Un pandero rojo tañen
sus manecillas de plata.

Se detienen.
Están solos.

Una flauta los envuelve:
una lenta, grave danza.

Luego,
en un racimo,
los infantes ambarinos
cantan.

(Hoy, N° 573, Santiago, 12 de noviembre de 1942, págs. 62 y 63).

Los Barrabases

Amigos míos, Los Barrabases: Estas solas palabras me acercan a vosotros, como si yo fuera vuestro efectivo pariente.

Para empezar, una manera de decir que no estoy aquí en cuerpo, debo advertiros, y vosotros lo habréis calculado y sentido, estoy con vosotros en espíritu y en sed.

Sed de agua lustral, sed de vino y sed de daros mi más fuerte y ceñido abrazo.

Soy el de siempre. Hombre de ancho sombrero y a cuya sombra anidan las mentiras ilusionadas de la verdad y de la mala y buena amistad.

Quiero decir con esto que soy amigo del borracho, del insatisfecho y del ladrón.

Ustedes me comprenden. Y yo me voy alejando en un barco de esta tierra que pudo serme más querida que lo que me ha sido en tan breve estadía.

Agradecimientos a todos ustedes.

Un consejo: ¡Bebed! ¡Bailad! Que siempre haya entre vosotros y alrededor de vosotros, alegría y licor.

¡Maldito aquel que maldiga del alcohol! ¡Maldito por ignorancia y por celeste!

La vida mejor no está en nuestras manos. Está en nuestros sueños.

Y habemos algunos hombres que, en la regla cotidiana, tenemos que echar mano del vaso que despierta las palabras en vida, para acercar la felicidad que se nos debe.

Otra y por última vez: Gracias, compañeros, y, ¡salud!

(Hoy, N° 573, Santiago, 12 de noviembre de 1942, pág. 62).

Arribo

Entre tus manos, amor
por fin mi mano tiembla.

Mi nave ha seguido
incansablemente tu ruta.

Todo río y todo mar,
he descubierto en tu huella.

Mas tu voz no llegaba
y era mi vida, en mi noche,
como una lámpara ciega.

Por cogerte he vaciado
mis más ardorosas venas.

Esta tarde he arribado a tu puerto.
Beberé todos tus vinos
y me embriagaré en tu aliento.

Entre tus manos, amor
por fin, mi mano tiembla.

Deseo

Quisiera tenerte cerca. Que tus manos
encendieran mi lámpara
en la tarde mortecina.
Que mis libros y tu piano
formaran, reunidos, mi tesoro
y el tesoro de tu vida.

Quisiera tenerte cerca. Que el cálido
fulgor azul de tus pupilas
fuera tan sólo mío.
Que tu voz, pura y límpida,
llenara mi estancia.
¡Cómo ahogaría mi alma su tristeza,
en el agua clara de tu gracia!

Ruego

¡Otra vez, Otoño!
Tu sortilegio enfermo,
de nuevo
pintará de oro los senderos,
otra vez tus manos
entrarán en mi estancia
y sobre mis libros temblarán, jugando.
Tus dedos amarillos
tañerán el piano negro.
Tu voz, tu mágica voz
cantará en mi oído
como el recuerdo
de un amor antiguo.
...Por las tardes el Sol
hará más pálidos sus fuegos...

Tú entrarás en mí.
Habré bebido tu aliento.

Esta vez, Otoño, llévame contigo
y que no vea
las tardes sin lumbre del Invierno!

Hiedra. Poemas del adolescente

(*Pro Arte*, N° 13, Santiago, 7 de octubre de 1948, pág. 6).

Páginas de Diario

En unas hojas de cuaderno de colegial están escritas estas páginas de Diario. Se alcanza a notar, aunque borrado por su autor, el título: "Palabras a mi amiga".

Abril. Esta noche la casa está llena de un silencio grande y húmedo. Tendido en el lecho, fumo; pienso en mil cosas distintas, hasta que su nombre, amiga mía, llena mis sentidos.

¿Qué hará usted en estos momentos? Seguramente está dormida. ¿O habrá despertado usted un instante en esta hora precisa en que la recuerdo? Es difícil, y sin embargo, yo me hago la ilusión de que es así. Y a través de las murallas de las calles y de la noche mojada y silenciosa, mis manos le hacen un signo de llamada, y mi sangre tiembla, en la certidumbre estéril de verla aparecer, igual que cuando sus labios no son para los míos ni un ensueño ni una mentira.

Mayo. A menudo, cuando estoy a su lado, me invade la incertidumbre de los días que van a venir.

Yo miro sus ojos, su melenita rubia, siento sus manos entre las mías, y pienso con inquietud en lo que el tiempo hará de nuestra amistad.

¿Cómo irá a terminar todo esto? ¿Habré de irme yo, de improviso, o será usted quien haya de alejarse? ¿Quizá, manos extrañas romperán el signo de nuestra manos?

¿Acaso una tarde, sencillamente, usted, pálida dirá: "Alberto, ya no hay nada entre los dos"?

Mayo. Amiga mía: He caminado largamente, esta tarde, por los barrios pobres. ¿Usted no ha andado nunca por estos barrios humildes, en los que las casas son bajas, disparejas y encorvadas como una viejecilla?

Cuando el aburrimiento se coge de mi brazo, yo tomo el camino de los barrios pobres. Sus calles tortuosas, con árboles, con niños, y sin ese tránsito insoportable y descolorido de las calles centrales, tienen para mí un encanto inextinguible.

Yo me detengo largo tiempo en las esquinas de esas calles y mis ojos curiosean con cariño en los portales y en las ventanas abiertas. Siempre hay en las puertas de las casas hombres que fuman o mujeres que charlan.

Tras los visillos hay siempre un rostro pálido y dos ojos ardientes que sueñan y que esperan.

(*Pro Arte*, N° 13, Santiago, 7 de octubre de 1948, pág. 6).

*Novelas
(fragmentos)*



UNA MUJER* (siete capítulos)

Para Hedi Seubert en el cielo de Baviera.

I

Me aburría en el cuarto, pequeño y sin calefacción, y decidí bajar y entrar en el café. Al atravesar la *rue Vavin* se me acercó un muchacho. Era René, un compatriota, invertido, estúpido y servicial que, como yo, vivía escribiendo correspondencias desde París para un periódico de América. La poca abundancia del dinero que ganábamos en nuestro juego de periodistas, hacía que nos habláramos con cierta frecuencia y nos prestáramos mutuos y pequeños servicios. Cambiamos algunas frases sin interés y, pasándome un billete de cincuenta francos, era él, ahora, quien cancelaba la deuda pendiente.

Nos despedimos y entré en *La Rotonde*.

En el rincón del fondo, la tertulia era la misma de todos los días. Modelos sin trabajo, pintores contemplativos, cocotas que venían de levantarse. Hombres y mujeres para quienes la hora del café tenía la extensión de un elástico clavado entre el mediodía y la medianoche.

A la izquierda, el grupo de los rusos me dirigió el acostumbrado saludo de amistad. Eran cinco, todos rusos, de largos cabellos y todos pálidos. En la sociedad que formábamos los *habitués*, se les llamaba "los rusos eternos".

Nunca había yo hablado con alguno de ellos, pero, debido sin duda al tipo de mi rostro, pálido también y de largos cabellos y a mi camisa negra de cuello subido, "los rusos eternos" me consideraban un poco de los suyos, un poco ruso, y una simpatía de silencio y de distancia nos unía a través de las mesas.

A la derecha, los españoles ocupaban el sitio de siempre. Tenían la costumbre de juntar las mesitas para formar una sola mesa larga, en torno a la cual tejían la malla bulliciosa de sus discusiones y de sus gestos apasionados, alegres o iracundos.

En mi calidad de escritor, yo había trabado conocimiento con algunos de ellos. Los españoles eran doce y se decían revolucionarios. Al centro se sentaba don Miguel de Unamuno, quien permanecía en París a la espera de la caída y aniquilamiento de la monarquía de España.

Su rostro encuadrado por la barba gris, y que traía la pátina cobriza del viento del mar, recogida en la isla en que estuviera desterrado antes de su llegada a París, había palidecido en el transcurso de los meses que llevaba en la gran ciudad y un aire de cansancio creciente iba envolviendo sus facciones. A veces me parecía un Cristo envejecido y con lentes. Y la visión de la tertulia aquella de doce hombres sentados en torno al Maestro, me traía siempre a la memoria el recuerdo de las estampas que representan a Cristo y a sus apóstoles en la última cena.

* Estos capítulos de la obra de Alberto Rojas Jiménez, inédita y dispersa hasta hoy, ven la luz pública, mediante el recuerdo oportuno de su amigo el poeta Alejandro Vázquez Armijo, que los conservó en su poder con el vigilante cuidado de quien guarda un tesoro.

Atenea los publica ahora poniendo de relieve la importancia y significado que tienen estos fragmentos de *África y Las palabras perdidas*, magnífica expresión del talento literario de Alberto Rojas Jiménez, aún prematuramente desaparecido. N. de la d.

II

Elegí una mesa solitaria y apartada y pedí un *café-creme*. El *garçon* me trajo, además, un sobre alargado y azul. Era de Lison. Como en todas sus cartas, las expresiones *Cheri, tresor cheri, cheri aimé*, se repetían a cada línea. Al final de la página, el perenne *rendez-vous* que mi inconstancia dejaba marchitar como una flor olvidada en un vaso: "Te espero cada tarde, de cinco a siete".

III

La historia de Lison tenía el matiz amarillo quemado de las hojas que acongoja el otoño.

Infancia de gran familia, había jugado al volante junto a las estatuas de mármol que pueblan el Luxemburgo. Casada a los veinte años, con silenciosa resignación vio desaparecer en diez la fortuna que aportara al matrimonio.

De sus recuerdos del marido, emergía la imagen de un hombre grueso, alto, de ojos turbios y pesados.

A menudo había un revólver en las manos de este hombre, y de sus labios torcidos por la pesadumbre de los malos negocios, caía siempre la promesa desesperada: "querida, yo reharé lo que la suerte ha deshecho".

Los últimos años del naufragio habían transcurrido en un castillo a orillas del Marne.

En la soledad de los salones, en los que no floreció la risa de los hijos, Lison desgranaba el horario de la espera acodada a las ventanas por las que asomaba ya la tristeza incontenible y sin nombre.

Llegó la guerra y la desgracia de las mujeres se extendió sobre Europa. Viuda y empobrecida, Lison volvió a París y se instaló en un hotel de la *rue Vaugirard*.

Libre de un mundo en el cual había vivido como una sonámbula, un pintor armenio le descubrió un país desconocido. A la vida de los artistas tendió su anhelo y su melena de nieve soportó desde entonces el nimbo azul del humo de las pipas y cayeron en su oído las palabras extranjeras que traducen el amor de los hombres en las lenguas de cada raza.

Por sus gestos suaves y ondulantes, por su actitud de severa elegancia, entre los bohemios de *La Rotonde* se le llamaba "la marquesa".

La recuerdo siempre recostada en el diván, envuelta en la luz rosada de la lámpara, y no puedo olvidar el movimiento de lentitud con que acercaba a los labios su larga boquilla de marfil.

Largas horas de silenciosa ternura en que mis inquietudes se aquietaban en el vino dorado de Bordeaux y en la compañía de aquella mujer de primavera marchita y cercada de soledad.

Ella amaba la juventud de mi cuerpo, mis ojos sombríos y mi voz lejana, y yo encontraba a su lado la sencilla seguridad de un afecto comparable al que sólo ciertas bestias pueden ofrecernos en la vida.

IV

Con el pensamiento disperso, dejaba pasar el tiempo apretando en las manos la cabeza caldeada de mi pipa.

Recordé que llevaba en mi bolsillo un artículo inconcluso y me dispuse a terminarlo.

Escribí tres o cuatro líneas, tratando de ordenar mis ideas, pero no lo conseguí. Una serie de pequeños detalles se fijaban en mi cabeza.

Un niño vestido de azul atravesó la sala y pensé que hacía ya varios días deseaba cambiar mi camisa negra por un yérsy de aquel color. La idea del yérsy me atrajo el recuerdo del mar, y con extraña nitidez surgió ante mí la visión de un barco pintado de rojo que había visto mucho tiempo antes en un puerto de Panamá.

La imagen del barco se desvaneció luego, y sólo fue en ese momento que mis ojos se encontraron con la mirada de aquella mujer.

Ella estaba sentada junto a una ventana y un gato dormitaba en sus rodillas.

Desde ese momento ella iba a ocupar un gran lugar en mi vida, y sin embargo la línea de su rostro, el color de sus cabellos y hasta el sonido de su voz no lograron fijarse en mi memoria sino muchos días más tarde. Sólo la expresión de sus ojos, su mirada profunda llena de inteligencia y de calor, me anunció su aparición y el nudo en que iban a amarrarse nuestros destinos.

Me levanté, dejé un franco sobre mi taza y sin mirar a la desconocida salí a la calle.

Era la hora en que la niebla desciende a borrar el contorno de las cosas y se encienden las linternas que guían el paso de los hombres.

Junto a la estación del metro me detuve. No tenía idea alguna preconcebida, y sin embargo comprendí que me había detenido para esperarla.

En el vano de la puerta, contra el fondo dorado de las luces interiores, mis ojos volvieron a encontrarla. Era alta y vino hacia mí con el andar lento y cadencioso de danzarina sonámbula con que la veo aún cruzando los caminos del recuerdo.

Sin mirarnos, el uno junto al otro, sin hablarnos, acordamos el ritmo de nuestros pasos como si nada nos fuera a separar ya nunca más.

V

Comenzó a llover y entramos en el *Café Amis de Montparnasse*. Junto a una botella de vino iniciamos la primera charla.

Se llamaba Ylse y era alemana. Conocía sólo algunas palabras del francés, y la conversación se hacía insostenible. Recurrimos a los dibujos. Creyó, en un principio, que yo era húngaro. Luego ruso o serbio.

Dije el nombre de mi país y le era desconocido. Tracé, entonces, el contorno de la América del Sur, señalé la posición de mi tierra, y así quedó ubicada para ambos la procedencia de nuestros destinos.

Sin embargo, bien sabíamos, ella y yo, que nada de esto tenía importancia.

VI

Había conocido a Ylse en la hora del hambre y del sueño, y como ella no tenía domicilio, compramos pan, salchichón y vino y fuimos a mi cuarto.

El hecho de que yo tuviera habitación la llenó de alegría.

—No eres tan pobre, dijo.

Subimos. Ylse se quitó el sombrero y el abrigo con el gesto fatigado y lento de quien regresa de un largo viaje, y se sentó en la cama.

El recuerdo de nuestra primera cena no se ha apartado de mi memoria.

Bebíamos y comíamos con lentitud, casi sin hablarnos, mirándonos largamente para adivinar nuestro mutuos pensamientos.

A la luz de la lámpara, el rostro de Yse parecía el de una niña de quince años. Sólo mucho tiempo después logré convencerme de que tenía veinticinco.

En las frases espaciadas y torpes de su conversación, aparecían trazos del pasado y de su miseria amarga y presente.

Era pintora, tres meses antes había estado en La Habana, no tenía a nadie, lo había perdido todo, y hacía muchos días que no dormía.

En este capítulo gris se abrió para mí el libro de su vida.

Yse se desnudó, se metió en la cama y me pidió un cigarro.

Yo me envolví en mi capa, llené mi vaso y me acodé sobre la mesa.

En la pieza vecina una mujer comenzó a cantar, y de la calle subía hasta nosotros el ruido largo y confuso de la noche.

Ella dijo:

—Pareces un ruso... Estás siempre triste.

Una hora después yo tenía un plan.

El vino se había concluido, hacía frío y me acosté.

Era para vencer la separación del sueño que, desde aquella primera noche, dormimos siempre tomados de las manos.

VII

Yse dormía aún cuando me levanté y bajé a la calle.

Había decidido buscar un cuarto donde ella pudiera instalarse y ya veríamos más adelante cómo podría solucionarse su existencia en París. Pero para esto se necesitaba dinero; por lo menos doscientos francos. Ahora me preocupaba dónde encontrar esa suma.

Me quedaban treinta y dos francos de los cincuenta que René me había entregado el día anterior, y con René seguramente no podría contar para reunir el resto. Hice una lista de los amigos a quienes pensé recurrir, pero estaba cada uno tan lejos de la fortuna que hube de desechar mi propósito. No quedaba más que Lison. Ella era la única que podría ayudarme en esta ocasión y fui a verla.

Todavía no era mediodía, Lison no se había levantado aún y me recibió sorprendida de verme llegar a una hora tan imprevista.

—¿Te has amanecido?

—No, Lison. He dormido en mi casa.

Ella no salía de su extrañeza.

—¿Quieres té?

Mientras hacía su *toilette* y preparaba el té, yo miraba a través de la ventana los techos erizados de chimeneas que la bruma eterna de París borraba en la distancia.

Del lado de Montmartre, contra el horizonte de humo, las torres blancas del *Sacre Coeur* emergían iluminadas con suavidad por el sol enfermizo del otoño. Y aquí, frente a mí, la cúpula majestuosa de Los Inválidos y el cuerpo delgado de la *Tour Eiffel* aparecían azules, casi etéreos en la atmósfera gris de la mañana.

La mujer vino hacia mí para decirme las pequeñas palabras de reproche de su ternura en abandono, y, por la primera vez, yo deshice con mis manos el collar mimoso y tibio de sus brazos en torno a mis hombros.

—*Cheri...* ¿Estás disgustado?

-No, Lison, nada de eso.
-¿Qué tienes? Pareces preocupado...
-Sí. Necesito que me prestes doscientos francos.
Ella abrió el *secretaire* y sin decirme nada me pasó su saco de mano.
Tomé el dinero y me dirigí hacia la puerta. En el umbral me detuve para despedirme,
y vi que ella me miraba llena de tímido asombro.
-¿No tomas el té?
-No, perdóname. Tengo prisa.
-Cheri...
Cerré la puerta y bajé las escalas.
Para ver los anuncios de piezas en arriendo, entré en un café y pedí los diarios del día.
Había algunos avisos que podían ser útiles y me fui a buscar a Ylse.
En mi ausencia ella había ordenado el cuarto, mis libros y mis papeles, y tenía puesta
una camisa de seda roja que encontrara en mi baúl. Me miró sonriendo y dijo con sencillez:
-Yo no tengo una blusa...
-Está bien Ylse. Es para ti.
Mostrándole los anuncios del periódico, le di a entender que debíamos salir para
encontrar una pieza antes de la noche.
Pareció sorprendida.
-Una pieza... ¿y para quién?
-Para ti, Ylse. Después veremos cómo se arregla lo demás. Lo primero es la pieza.
Ella me miró largo rato en silencio.
Luego descolgó mi capa de la percha y la extendió sobre el lecho. Al reverso, en el
sitio del corazón, estaba su nombre bordado con letras azules. Enseguida me tomó de la
mano y me llevó hacia la puerta. En la tarjeta que yo tenía clavada en la madera y que
anunciaba mi nombre y mi calidad de escritor, leí bajo el mío su nombre completo: "Ylse
Eubert, *artiste peintre*".
Ella había decidido unir su pobreza a la mía, y comprendí que había entrado en mi
vida y en mi hacienda.

Hamburgo-París, 1925.

(*Atenea*, año III, N° 1, Concepción, 31 de marzo de 1926, págs. 17-25).

EL CUCHILLO

(Capítulo x de *El Negro*, libro inédito)

X

Aquel a quien llaman el hombre de la cabeza de terciopelo, se va. Deja las orillas todavía
floridas de la pólvora de los cañones, sonoras todavía de la habladuría de las ametrallado-
ras. Mira una vez más las pequeñas casas verdes que están al borde de la ciudad y vuelve
su cabeza, sus ojos, sus pasos hacia ese gran camino rojo, hacia esta ruta que parece echar
una misteriosa semilla, con un ancho gesto. Mujeres de ojos paralelos pasan arrastrando
carretones colmados de calabazas. Un asno paca a la orilla del camino. El silencio, en fin,

sube de los bosques, se escapa de las colinas. Él está solo como un rayo de sol. Él ignora a esos pasantes que sobre otras rutas aplastan su vida como animales sabios.

En la lejanía, un poco de bruma; solamente esa neblina que es comparable a la ternura.

Allá arriba, un sol tiembla frente a la noche.

Es a ella a quien él espera, a la noche vestida de azul.

Lo que él quiere son simplemente esos guijarros que el pie golpea y esta frescura dolorosa que se cruza al atravesar un bosque.

Él es aquel que no piensa en nada, porque no tiene nada en qué pensar. Él es aquel que ama el sueño de una vez por todas y a quien le gusta morder la noche y aplastarla. Él es también, aquel que marcha solo en la sombra y en el silencio.

Avanza. Sus pasos golpean la tierra. No tiene para sí más que el frío y el calor, la lluvia y el viento. Nada más. La tierra gira. Él avanza en el aire fluido, en la claridad rosada de la mañana y de la tarde. Nada más. ¿Quién le asombra?

Ha nacido en un país donde los ríos tienen millares de kilómetros, donde el agua arrastra pedruscos grandes como cabezas, donde las tormentas duran varias semanas, donde los lagos que tienen la forma de los ojos son feroces como los mares, donde las nubes son aún más pesadas que el calor, donde el fuego se propaga con la velocidad de una locomotora.

Él ha visto el sol muy de cerca, tan de cerca como un hombre puede verlo; él conoce las selvas en las que un rayo no ha penetrado jamás, él conoce llanuras que un hombre no ha osado nunca atravesar, montañas cuyas cimas son vírgenes, volcanes que sacuden continentes, vertientes que mueren y que resucitan, flores que comen y otras que gritan, insectos pesados como frutas...

Él ha matado pájaros que parecen enormes mosquitos, cocodrilos que bostezan durante horas, búfalos que aplastan, al pasar a sesenta kilómetros por hora, caseríos y habitantes; él ha encontrado esa manada de perros salvajes que hacen huir a los tigres y a los leones, él ha sostenido la mirada de las flores carnívoras...

Camina. Él lo ha olvidado todo, hasta aquellos que querían, cuando era niño devorar su cuerpo; hasta el silencio terrorífico de la selva; hasta el murmullo de las lianas que en un solo día derriban árboles. Él sabe comer fuego y carne humana.

Pero él reconoce, en el día o en la noche, el aire que lo empuja adelante. No se vuelve atrás y no quiere volverse. Es aquel que ignora los adioses y los signos de la mano. Tiene ante él el presente que es una ruta blanca bordeada de arbustos cuyas hojas son agradables de mascar, el presente con su polvo prematuro y su sed zumbante como el desastre. Caminar y caminar, la tierra es redonda, gira sobre sí misma y alrededor del sol, eternamente.

Él tiene el presente que resbala sobre las manos.

Y no piensa más que en su compañero que duerme en su bolsillo como un animal bien domesticado. Lo toca: "Mi bello puñal de los domingos, tú eres mi reposo y mi alegría. Yo he visto a menudo morir, yo he visto el último destello en un ojo, el acostarse de la vida y el último suspiro que es ronco como el grito de un hermoso pájaro en la noche; tú eres más bello que este último segundo.

Mi cuchillo, cuchillo mío, tu resplandor es como el descubrimiento de una perla en una ostra y tu delgadez es engañosa como el agua turbia. Yo te toco como el clítoris de una mujer, muy dulcemente y no olvido tu punta, tan fina que hace temblar. A menudo, cuando la mañana avanza entre harapos de seda, cuando mis mandíbulas se aprietan una contra otra, amorosamente, yo me siento solo, pero entonces pienso en ti que duermes

todavía en la sombra de mi bolsillo y que esperas mi mano como una gata al claro de la luna. He aquí que una rama me gusta, es a ti a quien acudo; he aquí que una flor me causa horror y tú estás ahí, mi amigo de cada día.

Sobre tu mango mis dedos han inscrito mi destino y yo lo tomo en la palma de mi mano derecha para asegurarme que vivo.

Me gusta, oh, mi hermano, lanzarte al descubrimiento del aire, en la dirección del sol cuando éste hace su aparición por la décima vez después de la luna nueva. Lo que yo desearía antes que nada es saber que nunca, nunca más tú has de abandonarme. Un día sé que hace mucho tiempo, yo dormía y tú estabas cerca de mí. Tuve miedo de perderte y debí despertarme para asegurarme de tu presencia, para que cesara mi deseo y te palpara, a lo menos, durante diez minutos.

Estás ahí, tan dulce, cuchillo mío, que no te olvido. Tú me sigues como el más sensible de los animales, como un funcionario verdadero.

Oh, soldado de los ejércitos criminales, los ángeles deben seguir tu ejemplo si quieren evitar la vergüenza y la humillación. Rayo de no sé qué planeta, descansas feliz cerca de tu amo, más orgulloso aún de lo que puedes imaginar.

Cuchillo.

'Hoy te nombro mi fruto'.

El cuchillo no responde.

Nunca hay más que la noche que responda con su cortejo de estrellas y su boca de luna. Son los cantos de los pájaros que la anuncian y ese sudor de oro y de sangre que corre el cielo.

Un foso ya oscuro, con hierba, plumas de la tierra, y ese arroyo que canturrea como una madre enronquecida. Edgar se tiende para dormir y llega el sueño con sus alas, sus suspiros, sus moscas morosas, sus esperas y sus ruidos. Es ya el sueño con los sueños y los grandes espacios recorridos de una sola mirada, el sueño con sus vías que se atraviesan y que no se olvidan.

Y aquel que no tiene recuerdo se duerme cubierto de noche, y de la sombra que se deja caer fielmente sobre su cuerpo.

Su huella se pierde hacia el sur, hacia el sueño.

(*Hacia*, N^{os} 3-4, Antofagasta, enero-febrero, 1934, pág. 18).

LAS PALABRAS PERDIDAS

Otro vasito de vino, otro vasito...

(Canción popular)

Capítulo IX

Apartábamos la noche. Edgar, que me hablaba en voz baja, conocía el camino.

Entró en un cafetín donde unos músicos rasgueaban las guitarras. Otros cantaban suspirando. Eran romances de amor. Todo estaba ya olvidado.

Se nos sirvió, en el fondo de la sala, un alcohol blanco. Edgar bebía como un desesperado.

Estuvo algunas horas sin hablar, luego reanudó una conversación interrumpida. No era a mí a quien hablaba. Narraba sus años de prisión, su amor por la mujer de un burdel

de Barcelona que él había matado. La llamaba Europa. Ya no era él quien hablaba. Era ella misma o un compañero de la prisión.

“Yo he visto”, decía, “yo he visto...”. Daba puñetazos sobre la mesa. El alcohol daba vueltas en mi cabeza y la noche traía un frescor que adormecía el cuerpo. Y la música rechinaba como insectos dorados. Los consumidores a su turno se pusieron a hablar. Todo aquello producía un ruido sordo. Los vasos sonaban. Los ojos de Edgar voltijeaban en sus órbitas. “Yo he visto”, repetía y yo escuchaba apenas. Él estaba completamente ebrio.

Jugábamos ambos al escondite, buscando en vano un punto de apoyo. ¡Cómo hablaba él! ¡Quizás era por la última vez!

Se quiso echarnos en medio de la noche. Inútil. El patrón, inquieto, cabeceaba frente a su caja. Por momentos sus ronquidos lo despertaban, abría un ojo y nos miraba fijamente, atontado.

Edgar volvía la cabeza de su lado y el otro, domado, dormía de nuevo.

Edgar contaba:

“Yo ya no me divierto mucho. La bella tierra fresca que escupe florecillas en primavera y que sangra de repente cuando se le anuncia el otoño, es una vieja amiga, muy vieja, maníaca. Su sonrisa es comparable a la de una pobre actriz arrugada que no ha tenido nunca mucho éxito.

Yo la miro desde lo alto de mis treinta y nueve años y sólo cuando la he despreciado mucho, cuando he olvidado sus vicios y sus estaciones, entonces me siento un poco más indulgente, un poco más galante.

A menudo, cuando estoy fastidiado, me es preciso ir de paseo y entonces, por escrúpulo, miro de reojo a la vieja que lanza sonrisas. Se la llama Naturaleza.

He aquí los paisajes que nos presenta; he aquí las plantas bien derechas y su cortejo, los insectos; he aquí a los animales atravesados de agujeros y he aquí a los hombres con rostro de calendario. Los últimos nombrados son los más ruidosos. Se les ha enseñado a gritar con todas sus fuerzas. Cuando, por casualidad, gritan todos juntos, a este gran ruido se le llama la gloria. La han vestido con grandes palabras estiradas, con lágrimas de emoción y con el prestigio un poco húmedo de la vejez. La buena señora, hinchada con ese tumulto, avanza con la cabeza alta y el bastón del ridículo en la mano. Uno de sus labios, pesado y blanco de desprecio, da a su rostro el aspecto de un fruto podrido.

Cuando pasa iluminada por sus estrellas de falso fósforo, un olor se esparce, ese olor que recuerda un poco aquel de los mercados de París. Esto no es muy alegre”.

Edgar contaba como si cantara.

“La gloria levanta una mano húmeda y bendice a los pobres diablos sofocados que arrastran la lengua y el sexo. Bonito cuadro vivo para patronatos provincianos. Helo ahí, vuestro viejo trompo que dignamente (ella es la hermana de la dignidad y del buen sentido) avanza en su vestido de seda amarillenta al encuentro de Dios, colorada como un gallo. Ella se inclina ante él, se arrodilla y, a su turno, Dios levanta la mano para bendecirla. Ella se hincha, la vieja puta.

A ti, Dios, yo te alabo por ese gesto cándido, por tu aspecto marcial y por tu humareda artificial. Yo te alabo porque es necesario reconocer tu poderío que es el poderío del claro de luna. Yo te alabo por la gracia y por ese aparato bello como una letra de imprenta que llaman la Iglesia. No es en vano que aquellos que se sientan a tu mesa y que absorben alimentos con la regularidad de las turbinas y la gentileza de los cocodrilos, te saluden muy humildemente y canten conmigo: “A ti Dios, nosotros te alabamos porque eres casto como la aurora y fuerte como un día de felicidad: nosotros te alabamos por mil y una razón que aquí sería largo enumerar”. Y Dios responde: “Gracias de todo corazón. ¡Qué bonita noche!”.

Yo ya no me divierto mucho porque he aquí el tiempo de los espectáculos, el tiempo de las crisis de nervios y del bello lenguaje; he aquí la Naturaleza, Dios, la Gloria, recompensas para aquellos que sean buenos. “¡Cuántos agradecimientos para tan poca cosa!”.

Se detenía para reclamar una nueva botella, para beber, para cargar su pipa, para encenderla porque se apagaba a menudo. Escupía.

“Yo he visto... decía todavía... La muerte me es favorable. Yo era *bookmaker* en Inglaterra y un día gané una gruesa suma. Fue un muerto quien me la hizo ganar. ¡Mi ganancia más grande! ¡Una carrera ganada por un muerto! Yo vi eso. Un tipo que se llamaba Raymond Hill corría como *steeple* en las carreras de Huworth Hunt. Parte a la cabeza, así, como puede. Lleva, en la última hilera, 125 metros de ventaja. Al llegar allí, ese idiota tira del hocico al caballo que hace un mal salto y Hill cae. El caballo se para. Entonces los espectadores le ayudan a montar. Creían que estaba *groggy*. Su cabeza se inclinaba sobre el cuello del caballo que arranca solo y pasa el primero la meta. Ha ganado.

Algunas horas después, Raymond Hill moría en el hospital sin haber recobrado el conocimiento...”.

Continúa: “Nada me pesa. Que mi vida sea este amor flotante, esta velocidad que me sacude por entero, es esta decepción lo que yo acecho y me siento decepcionado cuando mi espera es vana. Yo no sé aburrirme, pero los días pasan y aumenta mi impaciencia. Ella me tortura.

Me acuerdo de un espectáculo que re veo siempre y que es comparable a mi impaciencia. Hace mucho tiempo, yo trabajaba en una usina de Manchester. Oí un grito terrible detrás de mí. Era una chiquilla de veinte años que dirigía un gran torno. Ella había hecho un movimiento para recoger una horquilla y la manga de su blusa fue atrapada por el árbol de transmisión que daba cien vueltas por minuto. El cuerpo fue arrastrado y la cabeza golpeaba a cada vuelta sobre el muro y sobre el suelo. El cerebro salpicaba a los vecinos. La madre, que trabajaba en el mismo taller, aullaba. No podían detener la maldita máquina.

No se puede detener, nada se puede detener. Entonces, se vuelve a comenzar”.

La noche giraba sobre sí misma. A veces, un golpe de brisa hacía danzar la gruesa lámpara que iluminaba pobremente nuestra mesa. El silencio, como un perro fiel, inclinaba de vez en cuando su ancha cabeza blanca. Los segundos golpeaban blandamente.

Como en la playa, la arena entre sus manos, Edgar hacía pasar y repasar su vida. La angustia no velaba ya su voz. Era de nuevo, en esta pequeña sala sombría, humosa, el negro triunfante de quien yo había seguido la huella, a veces, en París o en Londres.

Él tomaba su fuerza en el tiempo que pasa ligero, en esa noche feroz que es aquella de la derrota y de las desilusiones encontradas una vez más. Algunas horas acababan de caer y ya el negro olvidaba ese pasado. Él lo borraba, diamante contra diamante, con el polvo de los días, con los recuerdos que desmigajaba frente a mí.

Oí que se reía. Estaba salvado.

Entonces ya no temí hablarle, interrumpirlo, interrogarlo. Nuestra conversación comenzó: aquella del niño y del hermano mayor, aquella de alguien que quiere saber y de alguien que sabe.

—“¿Por qué se ríe, Edgar?”.

—“Pienso en mí”.

Su elocuencia, más cálida que la ternura, parecía disolverse como el humo en el humo. Hablaba porque se abandonaba a la fatiga y al alcohol y porque aceptaba devenir un eco. Su sombra sobre el muro de la taberna, y él mismo, no eran más que una caricatura. Ya no hablaba para sí mismo, pero mascaba las viejas palabras de Europa que él, antaño, había mascado y remascado como tabaco.

"Pienso en mí".

Y en la lejanía el viento arrastraba a su espalda los últimos estallidos del día, explosión y resplandor. Una noche bastaba para devolver a las palabras un color más fuerte, un color de tristeza y de cólera.

Por primera vez yo vi la debilidad de Edgar, que había sucumbido un instante, que estaba enfermo de decepción, que parecía europeo. Hablaba. Yo buscaba en su voz la verdadera melodía, aquella que se elevaba por encima de todos nosotros, los refugiados del día. Pero él se contentaba con reír, como alguien que ha sido vencido y que acepta el serlo. Estaba salvado, sin embargo, y él se sabía salvo. Más tarde quizá yo sabría que esta debilidad no era más que el reverso de su fuerza.

Puede ser que ya Edgar hubiera partido una vez más.

ÁFRICA

Capítulo XI

Hacia el sur.

Edgar Manning no dejaba huellas y su ausencia no causa ninguna tristeza, ni la menor pena. Se sabe que vive. Él se aleja. El negro rostro azul, va hacia el sur como si fuera al asalto del sol. Aparta el mar.

Yo lo miro alejarse y, a mi turno, me alejo. Encuentro a cada paso síntomas de Europa como charcos de lodo sobre el camino después de la tormenta. He aquí París, el pequeño París con todo su bazar y todos sus gemidos. En cada ventana una sonrisa, en cada puerto un conserje feliz. Los carruajes ya en ruinas, las casas perezosas, los hombres curvados, parecen desmoronarse bajo la mordedura del viento frío y del renombre secular. Una luz, polvo o rocío, desciende lentamente sobre la ciudad moribunda. París, amor rosado, vestido de *tutu*, vieja coqueta. He aquí los Campos Elíseos: es Domingo. Una muchedumbre se escurre con desesperanzas hacia el fin del reposo semanal.

Yo me alejo. Ya Manning se aproxima a los trópicos. A lo lejos, cerca de las cálidas brumas, el África levanta sus selvas grises, soplan sus arenas malvas. Ella inclina hacia el océano sus pesados senos, lista para rechazar todas las pestes y las lepras innumerables. Bajo el sol apagado, una gruesa lluvia que se diría roja, curva las largas hojas, mariposas del tiempo.

Manning respira. El sur, nada más que el sur. En el calor, alcohol, una gran mano negra atrae los insectos sedientos, las lenguas de los reptiles y todos los otros animales que atormenta el temor de hambre.

Él no teme nada de ese continente que le es todavía desconocido y que sólo su sangre llama. Deja tras de sí tierras muertas y va en busca de algo que no es el amor, ni la piedad, ni el temor, ni la rabia, ni el desencanto. Las cabezas negras que se inclinan bajo la sombra de los látigos, le harán quizá señales de reconocimiento. Él va a aproximarse a ellas y una vez más será desarmado. Esa gran multitud de seres encadenados que se dicen sus hermanos, queda definitivamente silenciosa. No es para ofrecerles la liberación ni para reconocer o legitimar que él avanza hacia ellos, sino porque desde muy lejos ha percibido la extraña mirada del mañana, la dulzura del porvenir.

El África gira sobre sí misma como el globo terrestre, abandonando a su suerte las tierras usadas, cubiertas de polvo y de muerte, las tierras que quieren detener el curso del sol.

Desde lo alto del promontorio del tiempo, Manning, cerrado el ojo derecho, observa la marcha titubeante de los acontecimientos. Un gran precipicio en el que hormiguea eso que llaman vacío, se abre con lentitud, como los labios de la boca del dormido. Y del otro lado, él se mira vivir en el pasado. No ha previsto nada, nada ha decidido. Ha atravesado su país natal, América, y descubierto Europa, abusando de leyes que sólo conocía de nombre, de costumbres que le parecían más viejas que el mundo, más en desuso aún que el resto, y de esta lógica podrida y ya decompuesta.

A través de esas redecillas él se deslizaba, apartando con un gesto de la mano o de una simple mirada las montañas de bruma que parecen paralizar de espanto a los blancos, tan orgullosos de su audacia.

Todos los grandes trabajos que desde hace siglos han edificado los ancestros y los nietos de los caucasianos, echan una sombra propicia sobre aquellos que quieren permanecer invisibles.

Porque Edgar Manning es tan poderoso como un hombre, perfectamente invisible. Puede recorrer las ciudades y los campos jugando o aprovechando ese privilegio. Y si usa esta inmunidad para regocijarse con algunas bromas inocentes, él puede, él o sus iguales, demoler una ciudad entera o liberar un pueblo.

Invisible porque es libre como un esclavo liberto o como un caballo salvaje, porque él no ha querido aceptar las "esposas forjadas por el espíritu", porque él no ha construido su propia prisión, porque él no ha heredado todas las trabas que de padre a hijo se legan los blancos habitantes de las tierras ricas, porque él no posee nada.

Se sabe el más pobre o el más rico porque, si no puede decir: "Esto, o aquello, es mío", nada le impide agregar: "Y todo me pertenece".

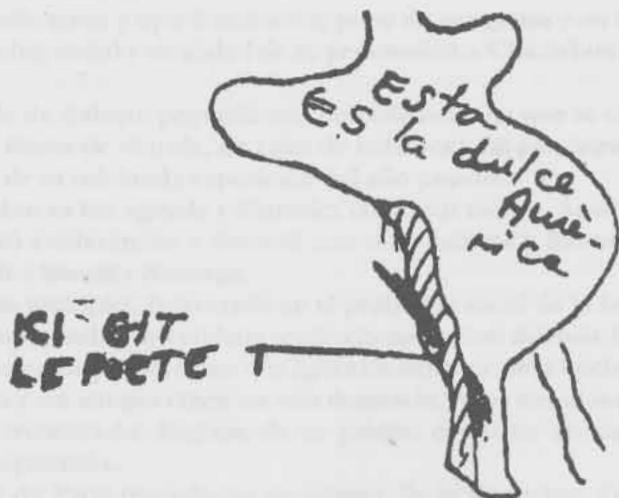
El negro que sigue siendo, a pesar de sus bellos trajes, no espera nada del porvenir porque conoce su pasado flamante. Sabe jugar consigo mismo, feliz *jongleur* que aprende cada día que el equilibrio está en sus manos.

Para él no cuenta sino lo instantáneo, y el pulpo de las tradiciones es a su lado completamente impotente. Avanza sin dejar nada a su espalda. Yo sé bien que al pensar en él, al tratar de definir su fuerza, no probaré más que mi propia debilidad porque no puedo medir su independencia, que es absoluta. Porque lo he visto vivir, porque se ha levantado delante de mis ojos y he creído comprender lo que lo elevaba y lo llevaba por encima de mí y de los otros, ensayo la tentativa de admirarlo. No logro sino rebajarlo a mi propio nivel. Sé muy bien, y esto solamente, en qué me es inferior, pero su superioridad me escapa. Me parece misteriosa. Yo no soy sino un blanco y me parezco a los demás caras pálidas.

La respuesta está escrita en las estrellas.

(*Atenea*, N^{os} 255-256, Concepción, septiembre-octubre, 1946, págs. 241-248).

Crónicas desde Francia



Glosario de Paris
por Alberto Rojas Giménez

Dibujos
del
autor
1924

VINCENT HUIDOBRO

Alberto Rojas Jiménez.

Éste es Vincent Huidobro, poeta francés, nacido en Santiago de Chile.

Entre los artistas sudamericanos que viven en París, Vincent Huidobro encarna la figura más destacada e interesante.

Rasurado, de cabello corto y ojos iluminados, pone en sus gestos y en su manera de hablar toda la extraña fogsidad y vivacidad de su pensamiento. Charla con nerviosidad y en voz alta y clara.

Estamos en su sala de trabajo, pequeña sala desordenada, en que se confunden los libros, las revistas, los discos de victrola, las cajas de habanos y las esculturas negras, con los poemas dibujados de su celebrada exposición del año pasado.

La vida de Huidobro es tan agitada y dinámica como sus teorías. Acaba de llegar de Alemania, donde dictó conferencias y discutió con matemáticos y filósofos. Estuvo en Rusia, y luego piensa ir a Suecia y Noruega.

Sus actividades son múltiples. Interesado en el problema social de la India, escribe y publica un libro de propaganda y de combate revolucionario: *Finis Britania*. Esto le acarrea la antipatía de los ingleses y le proporciona una ligera desventura: de la noche a la mañana desaparece. Su familia y sus amigos creen en una desgracia. A los tres días está de nuevo en su casa. Ha sido secuestrado. Regresa de su prisión como de un viaje al campo: sonriente, un poco despeinado...

Todos los diarios de París reproducen su retrato. Se le entrevista. Conmueve por algunos días la atención pública.

—Sé que muchos se rieron— dice— del atentado de que fui víctima. Muchos periodistas echaron el asunto a la broma. Y créame que sólo fue despecho. Cuando regresé a esta casa, un centenar de gacetilleros me esperaba. Los había de todos los periódicos del mundo: ingleses, americanos, rusos, suecos, italianos. Todos querían saber. Todos querían ser los primeros en dar la clave. Y a todos los eché de casa sin decirles nada. Algunos amigos me dijeron que estaba mal esto que hacía con los periodistas. ¡Qué ridiculez! Yo tengo mucho que hacer y no soy un fante.

¿Quiere usted saber quiénes fueron los autores del secuestro? Ya sus nombres están en poder de la policía. Fueron dos *scouts* irlandeses. Pero esto es cosa pasada. Ahora estoy ocupado con mi *film*. ¿Sabía usted que yo preparaba un *film*? Será algo nuevo, muy nuevo en París. Mosjukine es un actor de talento y dirigido por mí hará una cosa buena. Mi *film* se llamará *Cagliostro*. Además, regularizaré la aparición de mi revista *Création*. Y este año debo publicar, por lo menos, cuatro libros. Hay uno de estética y otro de crítica. Este último llamará grandemente la atención en América. Se titula *Tierra natal*, y por supuesto, versa sobre asuntos de la vida chilena. Los otros dos son de poesía.

¿Volver a Chile? ¡Quién sabe! París, sólo París es la ciudad en que se puede vivir dignamente. Yo conozco todos los países de la tierra, he ido en todas las direcciones, y cada vez que me alejo de París, me alejo con dolor, y cada vez que vuelvo mi corazón tiembla, se estremece de alegría. Ir a Chile... Sí. Deseo ir, hacer un viaje. Pero este viaje no está cercano. Quiero ir a Chile para hacer la revolución. Mi anhelo más alto es crear un país. Y crear este país en la tierra en que nací, es mi sueño de todas las noches.

Sí, ir a Chile y hacer allí la gran revolución. Llevar de acá, de Europa, la mejor gente, los mejores ingenieros, los mejores músicos, los más grandes arquitectos y los dos o tres

únicos poetas que hoy existen, capaces de crear un país como los faraones crearon el Egipto.

¿Ha pensado usted en lo hermoso y en lo inmenso que es hacer un país? ¡Ah! Si me dejaran veinte años con mi querido Chile en mis solas manos, ya vería usted qué bello poema yo haría. Y sólo con veinte años de reinado. Se me acusa de antipatriota porque aparezco en las antologías francesas, como poeta francés. Pero nadie se fija, nadie se acuerda de que ante cualquier monumento hermoso, ante cualquier obra grande de la humanidad, yo no dejo nunca de pensar: ¡cuán poca cosa somos en Chile! No hemos hecho nada. No tenemos nada: ni arquitectura, ni música, ni poesía. Yéste es el verdadero patriotismo: dolerse de los defectos, llorar sobre los vacíos y anhelar y luchar para borrar esos defectos y llenar esos huecos. Habla Huidobro con una locuacidad admirable. Salta de un tema en otro y baraja ideas y juega con ellas con agilidad y destreza.

Descubridor, creador de un arte nuevo, es el Maestro y el Apóstol. Mostrándome una escultura de *Lipchitz* dice:

—Vea usted, qué maravilla...

Es una escultura cubista. Un racimo de *artistas* y de planos que se cortan y se enlazan. Yo miro, comprendo cómo está hecho eso, comprendo que es una cosa que está fuera de lo cotidiano, una cosa "creada", en fin, pero confieso que esta creación no me produce sino una impresión de aridez y de frialdad.

Huidobro se exalta.

¡Cómo no siente usted esto! ¡Es encantador! ¿Qué nombre tiene? No sé. No lo necesita. Es una escultura, como una fruta es una fruta. Tiene sabor y calidad y vida propia. Mírela usted bien.

Hay una línea imborrable, un abismo insalvable entre el arte y la realidad. El artista no debe darnos lo habitual. Debe crear. Hasta ahora se ha hecho arte "en torno de". Hay que desechar lo poético, lo pictórico o lo musical, y crear la poesía, la pintura y la música. El poema, como toda obra de arte es un invento. Sus elementos están dispersos en el espacio. Encontrándolos y uniéndolos en el tiempo, se crea el poema. Y el poema, así, tendrá vida propia como el árbol y el pájaro.

Hay que barrer lo anecdótico, evitar el relato. Sólo lo absurdo, lo inhabitual está dentro del arte. Los hechos, las acciones, están dentro de la vida real.

La poesía pura, según Huidobro, empieza con el creacionismo. Hasta ahora sólo se ha hecho relato poético. El culto del recuerdo ha prestado a las cosas una belleza falsa. Esto ya lo dijo Platón muy claramente: "Son bellas las cosas sólo por el recuerdo". El poeta, el artista, debe tomar las cosas, transformarlas y crear la belleza, inventar la belleza. Así, el hombre primitivo tomó la piedra, tomó la madera, las transformó e inventó, "creó" la rueda, la flecha o el vaso.

¿Cómo valorar la bondad de una obra creada? ¿Cómo saber si ella es buena o mala si no existe punto alguno de control?

Para Huidobro ésta es una pregunta absurda.

Una obra de arte será buena cuando cuente con los elementos indispensables de la obra de arte; cuando dentro de ella no haya elementos extraños. ¡Una naranja es buena cuando no tiene sabor a pera, o a manzana... o a naranja mala!

¿Cómo se hace, cómo se crea un poema? Esto es impertinente y ridículo. Una mariposa llama nuestra atención y llena nuestra admiración. A nadie se le ocurre preguntar cómo se hace una mariposa.

Y el poema o cualquier obra de arte creada tiene tanta vida y puede tener tanta belleza como un nenúfar, un aeroplano o un ruiseñor.

Y ahora, mi amigo, vamos al "Jockey". Hay allí negros de África que musicalizan muy bien y ciertas mujeres doradas cuya danza conmueve... Ya en la escalera, pienso que de los granos de locura indispensables en el corazón de todo poeta, bien puede a Vincent Huidobro haberle tocado un poco de más...

Y esto sin desmedro de su poesía, viva, transparente, única.

(*El Mercurio*, Santiago, 23 de noviembre de 1924, pág. 9).

DON MIGUEL

A la casualidad debo, entre muchas cosas de mi vida, el conocer a este gran viejo desesperado que es don Miguel de Unamuno.

Tomaba mi café, de las dos de la tarde, hace algunos días, en una mesita de *La Rotonde* –conservatorio caleidoscópico de quimeras internacionales– cuando, frente a mí, se sentó un hombre de cabellos y barba encanecidos.

Su traje azul oscuro, cerrado hasta el cuello, hacía más clara la mancha de su rostro. Hojeando libros y revistas, me había encontrado muchas veces, con diversos retratos del maestro, desde aquella magnífica caricatura firmada por Bagaria, hasta esta fotografía reciente tomada en Fuente Ventura, en la que don Miguel aparece caballero en un camello en un ilustre camello que luce la Cruz de Alfonso XII.

A través del objetivo, yo me había formado una imagen de Unamuno bien diferente de lo que él es en realidad. Creía yo que don Miguel era de estatura mediana, paliducho, débil. Y me había formado esta imagen a pesar de conocer muy bien la reciedumbre de sus acciones y de su obra entera.

El hombre que tenía frente a mí era un hombre de traza vigorosa, alto sanguíneo, de gestos rotundos y de mirada penetrante, casi dura. Pero este hombre, cuyo rostro de líneas enérgicas me recordaba con cierta vaguedad el rostro del profesor de Salamanca, trabajaba nerviosamente, concienzudamente, con una pequeña hoja de papel. Entre sus manos de dedos gruesos, le dio infinitos dobleces, y, por fin, junto a mi taza, en actitud grave y filosófica, una pajarita apareció ante mis ojos asombrados.

No había duda. Este hombre no podía ser otro que don Miguel de Unamuno. Él me miró por encima de sus lentes, sonrió y me preguntó:

–¿Es usted griego?

–No, Don Miguel, respondí. Soy sudamericano, de Chile.

–¡Ah, de Chile! Pero es curioso, tiene usted tipo griego...

Y continuó, sin extrañarse de que yo le llamara familiarmente "Don Miguel":

–De Chile...Sí, tengo allí muchos amigos. Estudiantes. Y algunos escritores. En Chile se han hecho un libro muy bueno y otro muy malo. El primero es una traducción de Esquilo, un presbítero, un señor Salas, muy buena... muy buena... El segundo es la *Raza Chilena*, del doctor Palacios. Eso está muy mal, pero muy mal.

Y ahora me voy, dijo, levantándose. Venga Ud. a casa: 2 rue de la Prouse. Venga Ud. mañana. Charlaremos. Le mostraré a Ud. mis dibujos.

Don Miguel me estrechó la mano, dejó un franco sobre su taza y se marchó erguido, a pasos rápidos, con los pantalones recogidos sobre sus piernas todavía fuertes.

Desde aquella tarde una pajarita de papel medita sobre mi mesa de trabajo, junto al brazalete de cobre que Apollinaire fabricara en las trincheras y frente al retrato de Raymond Radiguet, muerto a los veinte años.

Cuando al día siguiente fui a visitarlo, me recibió como a un viejo camarada.

—Pase Ud., siéntese un momento. Estoy terminando una carta...

La habitación era pequeña, modesta. Sobre la chimenea, un montón de libros. Por todas partes, hasta en el suelo, periódicos y papeles. Me senté en la cama y cogí una revista.

Don Miguel terminó su carta, se volvió hacia mí, y como reanudando una conversación, dijo:

—Siempre me ha parecido una ínsula, aquello. Todo, la situación geográfica, apartada del resto del mundo y aún del resto de América; su carácter general, todo, todo es allí insular.

Comprendí que hablaba de Chile. Él continuó:

—Además, tienen Uds. mucho de vascos. Se me imaginan un puñado de vascos independientes que hubieran descubierto aquel rincón y fundado allí un país.

Yo le hablé de España. Le pregunté si volvería:

—Ah, España, dijo. No sé. Creo que no volveré tan pronto. Esperaré hasta que aquello cambie completamente... No se imagina Ud. cuánto sufro al pensar en España.

Aprovechando un instante favorable de la luz, tomo mi lápiz y hago un croquis. Don Miguel observa y dice:

—No está mal, algo flojo, ¿sabe? Yo también dibujo. Allá en Fuente Ventura trabajé bastante. Traigo más de trescientos croquis de camellos. Se levanta, revuelve en una carpeta, y me muestra.

—Vea Ud., hay algunos que son simpáticos.

Los dibujos de Don Miguel tienen una justeza y una sencillez de líneas admirables.

—Éste es el retrato de un hijo mío, dice, pasándome una cartulina pequeña. Lo hice poco antes de que el pobrecito muriera. Lo llevo siempre conmigo.

En trazos, casi esfumados, distingo el rostro doloroso y la frente abultada de un niño. Don Miguel comenta:

—Nació hidrocéfalo...

Luego, como para ahuyentar un recuerdo de sufrimiento, propone:

—¿Quiere Ud. que salgamos? Hoy hace sol...

En la calle, al pasar junto a una estación del metro, me dice:

—¿No le son antipáticos a Ud. estos sumideros del metro? A mí me dan una impresión dolorosa, de pesadilla. Mire Ud. cómo baja la gente apretándose, estrellándose, en una ansia febril de ganar tiempo... Esta febrilidad, este apresuramiento de la vida moderna es angustiador.

Don Miguel camina erguido, con las manos cruzadas a la espalda. Entramos en un jardín público. Yo pregunto:

—¿Ha escrito Ud. mucho en Fuente Ventura?

—Sí, he escrito algo. Luego publicaré un libro de sonetos hechos allí. ¿Quiere conocer alguno? Escuche Ud.:

Nos sentamos bajo una encina, y Don Miguel recita con el rostro levantado:

*“¿Cuál de vosotras, olas de consuelo
que rodando venís desde la raya
celestial y surcando con la laya
de espuma de la mar el leve suelo,
cuál de vosotras que aviváis mi anhelo*

viene del fiero golfo de Vizcaya?

*¿Cuál de vosotras con su lengua ensaya
cantos que fueron mi primer desvelo?*

*¿Sois acaso sirenas o delfines
a brizar mi recuerdo entremecido
que de la mar se ahoga en los confines?*

*¿Cuál de vosotras olas del olvido
trae acá los zorcicos saltarines
de los regatos de mi verde nido?*".

Es el grito de nostalgia irresistible; es el hombre que está solo y que sufre. Y en la zozobra que anega sus horas de soledad nace la hora, florece la hora inevitable en que los ojos se abren y el corazón tiembla, desesperado.

*"Al frisar los sesenta mi otro sino
el que dejé al dejar mi natal villa
brota del fondo del ensueño y brilla
un nuevo porvenir en mi camino.
Vuelve el que pudo ser y que el destino
sofocó en una cátedra en Castilla.
me llega por la mar hasta esta orilla
trayendo nueva rueda y nuevo lino.
Hacerme al fin el que soñé, poeta.
Vivir mi ensueño del caudillo fuerte
que el fugitivo azar coge y sujeta
volver las tornas, dominar la suerte
y en la vida de obrar por fuerza inquieta
derretir el espanto de la muerte".*

¡Derretir el espanto de la muerte! Aniquilar el límite, romper el muro de impenetrable granito. Y para esto ser poeta, cantar.

En la tarde, en que el viento que viene del norte ondea las hojas de los árboles, un niño, un pequeño niño jubiloso viene corriendo hasta nosotros.

Don Miguel de Unamuno le abre los brazos, lo estrecha y yo veo que las lágrimas enturbian el cristal de sus lentes.

París 1924.

(*El Mercurio*, Santiago, 30 de noviembre de 1924, pág. 9).

ANATOLE FRANCE

Alberto Rojas Jiménez

Sincera, tolerante, piadosa, fue la vida de Anatole France.

Ahora ya no es más. El gran silencio amarra sus labios en que la sonrisa no se marchitaba.

El gran silencio y el gran frío amarran sus labios e inmovilizan sus manos habituadas al signo del perdón.

He aquí su cuerpo, ahora cubierto de crisantemos. Una multitud callada viene a saludarlo por la última vez.

Todavía no hace mucho tiempo, algunos días después de mi llegada a París, una mañana de fines de verano en que paseaba por las calles de Tours, me detuve un instante frente a la verja de la casa de M. Bergeret.

Era casi medio día. Las puertas de la casa estaban cerradas, y sólo una ventana del piso bajo aparecía abierta.

Ah, tranquilidad de aquel huerto plantado de castaños en el que sólo el agua rizada de una fuente tenía el signo de la vida.

Iba a marcharme, guardando sólo la visión de un grupo de árboles inclinados sobre la fuente en calma, cuando junto a una Venus de mármol distinguí la alargada silueta de un hombre. Era él, Anatole France.

No podré olvidar jamás su alta figura, su ancho sombrero de color marrón, la nube plateada de su barba atrayendo, estirando su rostro hacia la tierra.

Ahora, en este frío atardecer de octubre le vuelvo a ver, rígido bajo estas flores del otoño, para siempre mudo, hombre sabio, amoroso, que murió como un niño, llamando a su madre.

Este Quartier

Montparnasse es el corazón intelectual de París. Aquí, como en ningún otro *quartier*, se respira ese "vaho artístico" indefinible de que hablaba Augusto D'Halmar.

El *Boulevard* comienza junto a la *Gare*, y termina junto al *Observatoire*. A esta *Gare* de piedra gris, manchada del humo, manchada de las lluvias, llegan los artistas de todo el mundo que vienen a París en busca de la lámpara maravillosa. A esta *Gare* arribé yo hace tres meses, con un camarada enfermo, sin ningún equipaje y con seis francos en el bolsillo.

En el *Observatoire* empieza el barrio de los estudiantes. Es un barrio gris, silencioso, sin ningún colorido. El bullicio del *quartier latin* se apagó hace diez años, al estallido de los primeros obuses de la gran guerra. A todo lo largo del *boulevard* Montparnasse, las veredas están cubiertas de veladores y de sillas. Son las terrazas de los innumerables cafés que siempre están llenos, que siempre están iluminados.

François Copes, La Rotonde, La Cigogne, Le Dôme, Closerie des Lilas...

Los cafés de Montparnasse se diferencian totalmente de todos los cafés de París. Aquí no hay el estiramiento de fría elegancia de los grandes boulevares. Aquí las orquestas son más pobres, poco numerosas, pero en cambio las paredes están cubiertas de cuadros y el público se compone de hombres y mujeres de todas las razas, de todas las lenguas, de todas las edades, a quienes une un culto común: el culto de la belleza.

Poetas, músicos, pintores, multitud inquieta, vagabunda, para ellos el café es un pequeño hogar, un conservatorio de los sueños.

Al igual de los viejos cafés y los legendarios bailes de Montmartre, cada café de Montparnasse tiene su tradición, tiene su historia.

He aquí la *Closerie des Lilas*. Ocupa la gran esquina en que se cortan el *boulevard* y la Avenida del *Observatoire*. Aquí venía Verlaine, el viejo Verlaine, hace treinta años, para tomar el ajeno de todas las tardes. Hasta hace poco tiempo, aún se conservaba el asiento preferido por el poeta. Aquí vienen aún, como hace treinta años, Paul Fort, el Príncipe, y Gustave Kahn, el padre, el fundador del Simbolismo.

Al otro extremo del *boulevard* están los dos pulmones de la bohemia cosmopolita del Montparnasse: *La Rotonde* y *Le Dôme*.

Le Dôme es el *rendez-vous* de los ingleses y norteamericanos. Allí se ve a poetas y pintores de la isla brumosa, que llevan frac y monóculo, y pintores y poetas del *Far West*, de gestos rotundos, recios chambergos y rayados pañuelos anudados al cuello.

La Rotonde, menos elegante, más íntima, más pintoresca, más simpática, es algo así como el puerto obligado de todos los artistas que por Montparnasse pasean su vida de ilusiones y miserias, de triunfos y decepciones. Y entre la *Closerie des Lilas* y *La Rotonde*, un pequeño café, el más pequeño, el más nuevo, el más íntimo, es como un oasis de silencioso retiro entre el bullicio de colmena de todo el *quartier*.

Café aux Amis du Montparnasse, pone en letras blancas, sobre los vidrios de sus ventanales.

Es una sala reducida: cuatro o cinco veladores, todos juntos, tocándose por la falta de espacio, y una estufa de larga chimenea metálica que divide el techo diagonalmente.

Todas las tardes, todas las noches, un grupo de hombres y mujeres que siempre es el mismo, se reúne en torno a los veladores. Son los "Amigos de Montparnasse", los buenos, los fieles amigos de Montparnasse.

Hay algo de familiar en este pequeño café, que no se encuentra en ningún otro. Un *garçon*, sólo uno, hace el servicio de los parroquianos. Todos le llaman por un nombre cariñoso: *le bonne Marcel*, *le petit Marcel*.

Y en el *comptoir*, tras el mesón del *comptoir*, una mujer de risa fresca y rubia cabellera, escancia el vino o llena las tacitas del café con esa gracia alegre e inimitable que ponen en todas sus actitudes las mujeres de Francia.

Aquí encontraréis siempre, con una sonrisa afectuosa en los labios, exuberante, de grandes melenas y con la traza de un superior dominicano, al pintor español nacido en Chile, Manuel Ortiz de Zárate. Es una de la figuras más simpáticas y características de Montparnasse. En Chile se le ignora como a tantos otros buenos artistas que lograron liberarse a tiempo del ambiente rutinario de nuestro pobre medio artístico y que han encontrado lejos de la tierra natal, en medio de otros hombres, bajo otro cielo, la comprensión y el apoyo que les faltó en la propia tierra.

Aquí veréis siempre mudo, meditativo frente a las piezas del ajedrez a Lescouezec, al terrible Lescouezec. Es un hombre admirable. París, con su vida múltiple y vertiginosa, le fastidia y le enerva. Ama el campo, los grandes valles, las excursiones ilimitadas. Ha recorrido a pie buena parte del mundo. Viene de cruzar en todas direcciones la tierra caldeada de México: alto, flaco, de lacio bigote y sombrero ancho y desteñido, tiene el aspecto de un hombre sobre el cual hubiera llovido mucho. Continuamente proyecta viajes maravillosos. La otra tarde me decía:

—Chile, sí. No está muy lejos. Tengo allí buenos amigos. Tomaré el barco hasta Colón, compraré un caballo para mí y otro para mi mujer y así llegaré a Santiago antes de seis meses...

Y por fin, detrás del *boulevard*, frente al Pantheon, el Luxemburgo extiende sus jardines poblados de estatuas, como un lago de calma y sortilegio.

(*El Mercurio*, Santiago, 28 de diciembre de 1924, pág. 9).

EL ENCANTO Y LA TRISTEZA DE PARÍS

Alberto Rojas Jiménez

La sirena

Pasear bajo las frondas doradas de Versalles; deambular por entre las callejuelas torcidas y empinadas de Montmartre; conocer las orillas húmedas y melancólicas del Sena, los cafés y los bailes de Montparnasse y gozar del amor de una *midinette*, es un sueño que acarician todos los artistas jóvenes de América, desde que cae en sus manos el primer libro que vierte en sus oídos esta palabra, este nombre de leyenda y sortilegio: París.

¡París! La *Tour Eiffel* con su estrada silueta de encaje azul; los puentes del río durmiente borrados por la niebla; la nieve cayendo sobre los altos techos erizados de chimeneas; los grandes magazines, los extensos boulevares atestados de mujeres hermosas; los teatros, los cafés, los jardines; Montmartre ardiendo de placer; los juegos alegres de las ferias, el bullicio y la bohemia cosmopolita de Montparnasse, todo esto se mezcla. Es un carrusel de imágenes brillantes que gira en la mente del joven soñador y lo marea y lo emborracha.

¡París! ¡París! En adelante será una obsesión, un delirio. Conocerá hombres que han vivido en la villa luminosa y escuchará cada palabra que evoque la vida de la gran ciudad, con unción religiosa, con atención maravillada.

¡París! Será un sueño constante, un sueño de oro, un final, un objetivo de su vida. ¡Ah! ¡El murmullo excitante del *boulevard*, las aspas gigantes del *Moulin Rouge*! ¿Quién no se embriagó en la tierna edad con los arrestos audaces de François de Villon, los gestos melancólicos de Rodolfo y la ternura simbólica de Mimí Pinzón? ¡Ah!, escribir, fechar cartas o artículos o cuadros “desde París”, en “París”.

Por los libros, por las conversaciones, los nombres de ciertos boulevares, de ciertos cafés llegarán a serle familiares. A través de las revistas y de las novelas, llegará muchas veces a formarse hasta cierta personalidad, a involucrarse de cierto *alluré* “muy parisiense”.

Si es chileno, dirá, por ejemplo, con el empaque de quien no se engaña: “Henriette Danglois, es hoy por hoy una de las reinas de París...”. O bien: “En el *Rat Mort*, el baile de moda, la *dance succes*, es la cueca...”. Y no sabrá que Henriette Danglois fue la creación de un periodista y que el *Rat Mort* de hoy día es un *cabaret degoutant, pour la exploitation des americains*, en el que jamás se ha bailado nuestro baile nacional y en el que sólo el *shymmy* y el *fox trot* son los bailes rituales...

Llega por fin, tras la espera del momento propicio, el momento desesperado, en que se decide trasponer el mar “de cualquier manera”, y se temple el espíritu para correr todos los riesgos.

Y un día, el día menos pensado, los ojos del joven soñador, desde la borda de un barco, ven alejarse las costas iluminadas del país natal, aparecer y sucederse puertos de todos los países, morir y sucederse los días y las noches entre el cielo y el mar, hasta que una mañana fría y gris, una línea de tierra parda surge en el horizonte: ¡Europa! ¡La vieja, la soñadora tierra de Europa!

Primera Visión

No se desvanece, no se pierde jamás el recuerdo de los primeros pasos con que se cruza el suelo de Europa.

Es un puerto de España, un puerto cargado de siglos, de calles de piedra, de edificios de piedra; vieja ciudad donde hasta las mujeres son de piedra, de piedra pálida, cantante, transparente...

¡Vigo! Aquel barrio marinero, empinado, de callejuelas que se enredan, de casas amarillas, verdes, rojas. Aquel barrio lleno de fondas y de cafetines, sobre el cual las campanas de la Colegiata esparcen su canción de bronce!

Marineros, mujeres de trajes vistosos, hombres que conducen asnos cargados de naranjas de oro o de peces de plata; guardias civiles de paso majestuoso, lacios bigotes de larga guía que recuerdan los que llevan los buenos borrachones del tiempo antiguo, y tricornos de hule en que el sol cabrilla. Y allá, al pie de los muros grises de la gran iglesia, bajo el inmenso reloj de sol grabado en la piedra antiquísima, un librero, un venerable librero de luengas barbas de nieve y raído macfarlan, ofreciendo su simpática mercancía con nobles palabras y ademanes de gran señor.

Todo esto junto, todo esto mezclado, envuelto en una atmósfera luminosa, sonora, pintoresca.

Vigo... Luego la Coruña, blanca y verde, abierta sobre el mar como un abanico de mármol y esmeralda.

Vigo, Coruña, Santander; es la travesía del golfo de Vizcaya, azul, tan azul y siempre embravecido, hasta que el sol se debilita, palidece, se destiñe, y el barco entra en el país de la niebla, frente a la tierra, de Francia.

Tiembla el corazón, alborozado. Francia! Francia!

Como en un sueño, en la inquietud del desembarco, estrechamos por última vez las manos de los compañeros de viaje, escuchamos llamados, frases cariñosas; vemos pasar a nuestro lado largas barcas de grandes velas doradas, de grandes velas remendadas y rojas, y por fin, ya en tierra, llena nuestros oídos el acento mimoso, tierno, acariciante, con que nos interrogan las primeras mujeres del país de Galia.

Pero todavía no hemos llegado... Hay que cruzar la campiña en un tren pequeñito, estrecho, como de juguete. Son siete, ocho horas de viaje a través de campos sabiamente cultivados, infinitamente divididos, poblados de casitas blancas con techos de carmín.

De pronto un castillo de torres almenadas, un puente vetusto, verde de musgo reflejándose en el agua mansa de un río, nos atraen el recuerdo de una estampa descolorida que nos fuera familiar en nuestros días de niño.

El tren corre enhebrando aldeas, villas, pueblecitos de teatro, todos con su iglesia de elevado campanario, cuya aguja clava el *chantecler* simbólico, y por fin, al caer la noche, bajo la lluvia fina y casi imperceptible que ha comenzado a cubrir los campos, más allá de los castaños que bordean el camino, París aparece extendido en una hondonada, cubierto de bruma, como una acuarela de tintas suaves y desvanecidas.

No se olvida, no se puede olvidar el momento, el minuto, en que nuestros ojos, inclinados sobre el cristal de la ventanilla, avizoran, descubren, reconocen el cuerpo delgado de la *Tour Eiffel*, azul, casi etéreo en la distancia, emergiendo sobre el mar en calma de la gran ciudad.

París! París! Involuntariamente, instintivamente contamos nuestro dinero. Cinco... seis francos. No es una fortuna. ¡Qué importa! En más de un corazón, en esta hora, hay un vuelo de campanas venturosas!

París, diciembre de 1924.

(*El Mercurio*, Santiago, 18 de enero de 1925, pág. 9).

Pocas veces en mi vida he encontrado un hombre que me dé una más completa sensación de aplomo, seguridad y de sentido de los seres y las cosas del mundo, que este Jacques Lipchitz, estatuario japonés.

Esta seguridad, este aplomo, mezcla de resignación y sabiduría, disminuye las palabras de los hombres y pone en sus actitudes precisión y lentitud.

Recuerdo a Tomás Lago, el poeta sureño, en su gesto habitual:

—Amigo, nada tiene importancia... ¡Sólo es preciso cantar! Y acercaba a sus labios el vaso de vino rojo.

Jacques Lipchitz tiene esta extraña simpatía de los vagabundos de la tierra y del mar.

Alto, ancho, las manos metidas en los bolsillos del pantalón vasto como un hangar, deja caer las palabras pausadamente, como un hombre que contara monedas.

Escultor actual, su estética ha nacido al contacto y a la observación de la vida moderna.

Dice:

—La escultura nueva, el arte, el espíritu nuevo... Hay muchos que no comprenden. Y todo es tan simple y tan antiguo.

Sí. Muy antiguo, muy viejo, tan antiguo como el hombre; sólo que el hombre, el artista, ha empezado tarde, ha necesitado caminar, fatigarse, engañarse mucho para abrir los ojos y tender las manos a la verdadera luz del arte puro.

Yo soy de estos hombres que vivieron mucho tiempo "del otro lado". Y como yo los hay innumerables. Necesitamos un proceso. Y tras el proceso, la lucha para imponer nuestra verdad. Creo que en mi obra de escultor hay tres fases, tres épocas bien definidas. Vea usted esta cabeza. Es el retrato de Raymond Radiguet. Es una copia fiel de la naturaleza. Compañeros míos que lo fueron también de Radiguet, miran esta cabeza y piensan y dicen todos la misma cosa: "Es magnífica. Vive. Se diría que va a hablar...".

Y esto, no es una obra de arte. Vea usted esta *Ecuyere*. Aquí ya encuentra usted algo de transformación. Este caballo anguloso y este cuerpo de mujer estilizado, simplificado, no existen en la naturaleza. Pero al mirar este bronce cualquiera piensa, sin equivocarse, que esto representa un caballo y una amazona. Hay aquí, como en aquel *Matelot* y en aquel *Arlequín* reminiscencias de la vida real. Creo que nada de esto es arte puro. Y por fin, mire usted esto...

Ahora Lipchitz me muestra un bloque de granito. Curvas, planos que se cortan y aristas y cavidades en que juega la luz. Lipchitz me dice:

—Busque usted una palabra, un nombre para clasificar este granito, y no la encontrará. ¿Qué es esto? Nada. Es decir, nada más que una escultura! He aquí la obra de arte puro. Aquí no hay nada de la naturaleza.

Cuanto más huya de ella el artista, cuanto más se aparte de sus productos y transforme en su trabajo los elementos que ella le proporciona, más sólida, más veraz, más grande será su obra de arte. Vea usted el avión. Estudie su progreso. Se comenzó por construirlo a semejanza de los pájaros. El avión ha evolucionado. Hoy día es difícil encontrar la semejanza antigua. Ya verá usted; mientras más se desvanezca esa semejanza, el avión llegará a un estado de perfección más avanzado.

Tome usted cualquier obra del hombre, cualquiera creación del hombre en que su inteligencia y su sensibilidad se hayan mantenido apartadas de las creaciones de la natu-

raleza. Esta silla, por ejemplo: simple, sólida, perfecta. De la naturaleza no hay en ella más que los elementos. Mire usted una lámpara, un automóvil, un vaso. Todo eso es obra exclusiva del hombre.

Se dirá que esto es arte aplicado utilitario, arte que obedece a una necesidad. Perfectamente. El arte puro obedece también a una necesidad. Y esta necesidad no se satisface, no puede satisfacerse con el solo recuerdo de la vida natural.

El artista siente la necesidad creadora. Y debe crear. No copiar. Ni imitar. En la copia no hay esfuerzo generador. Y en la imitación hay engaño.

En medio de un paisaje, al fondo de un paisaje, junto a un río, junto a unos árboles, una pequeña casa se alza.

¿No siente usted alegría, no lo envuelve una vaga emoción al divisar esa casa?

Ella está sola en medio de la naturaleza y no es creada por la naturaleza. Es obra del hombre. Y tiene tanta vida, una vida tan propia como un río, un árbol o una nube.

Esa satisfacción alegre, esa emoción indefinible es la misma que debe despertar una obra de arte.

El artista crea. De su obra debe emanar una vida nueva, algo que jamás haya sido. Luz fuerza, vida del arte puro.

París, marzo de 1925.

(*El Mercurio*, Santiago, 12 de abril de 1925, pág. 10).

EL CULTO DEL NIÑO

Más que todo culto divino, florece en la tierra de Francia el humano culto del infante.

No es una mujer hermosa la que hace volver, en la calle, los ojos admirados de los hombres. Ni es el paso elegante de un *dandy* el que hace detenerse e iluminar de ansiedad la mirada de las mujeres. Es un niño.

¡Un niño! Para él son las sonrisas más cariñosas, las palabras más amorosas y suaves.

En el metro, en el café, en el teatro, en todas partes, en fin, un niño acapara todas las simpatías. No podremos olvidar que hace algunos meses, durante tres días, un hombrecito de ocho años fue el rey de París.

Todos los periódicos, todas las revistas estuvieron llenas de sus retratos. Un palacio lo albergó durante su reinado de cien horas y todas las mujeres de Francia repetían su nombre con voz empapada de ternura: Jackie Coogan.

Mucho se habló de su genio precoz. Se repitió mucho que este hombrecito diminuto jugaba con montañas de millares de dólares.

Pero lo que a todos entusiasmaba y enternecía era su edad incipiente. "Es un niño, decían, es un niño, un *gosse* encantador".

Este cariño apasionado por la infancia es bien fácil de comprender.

Francia debilitada, ensangrentada aún, vela y cultiva su fuerza futura.

En el *boulevard* más congestionado, en la arteria más tumultuosa, el río de gentes y de vehículos se detiene de pronto. Hay un instante de paz y de inmovilidad. ¿Qué sucede?

Un niño, un pequeñito, un temeroso niño va a pasar.

Todavía no se va el invierno. El hielo empaña aún los cristales de mi ventana. Es preciso, en las noches, echar un leño a la estufa, y cada día los tejados amanecen brillantes de la lluvia o blanqueados por la nieve.

Desde mi quinto piso veo a los hombres anochecidos, salir de un café para entrar en otro, para huir del frío que fustiga y muerde. Y miro a las mujeres madrugadoras que viajan apresuradas a través del viento y de la bruma.

En este hotel pobre en que vivo y en el que todos los moradores estamos bien lejos de la fortuna, cada uno se ingenia para proporcionarse un poco de calor.

Mi vecino del 24, el escultor ruso, se dedica de la mañana a la noche a toda suerte de gimnasias: levanta pesas, estira elásticos, golpea las almohadas y canta aires eslavos.

La pequeña Claudine, del 26, amiga de todos los escritores de París, quema todas las veladas una docena de volúmenes para entibiar su *garçoniere*. Ayer me decía, con un dejo de tristeza:

—¿Sabe usted, Alberto? Creo que mi biblioteca va a durar menos que el invierno...

—Ah, Claudine! Yo lamento no haber encontrado aún editores. En tal caso, ya quedaría Ud. bien aprovisionada de combustible...

Sin embargo, puedo contribuir con algo a su calefacción... Aquí tiene usted estos *Veinte poemas de amor*. Créame que son casi incandescentes. Y además, este *Barco ebrio** arderá como la mejor antracita...

Y Claudine se llevó los libros sonriendo, agradecida y convencida.

Yo mismo, en fin, el del 27, cuando el frío es irresistible, renuncié a mi almuerzo, estoicamente, para darme el gran placer de encender un leño en mi noble chimenea de mármol jaspeado.

Confieso que hay fechas repetidas en mi calendario en que no hay almuerzo a qué renunciar...

Entonces, mis amigos, siento el pecaminoso e irresistible deseo de robarme las aspas del *Moulin de la Galette* y convocar a Iván, el ruso del 24, a Mitrani, el rumano del 19, a Claudine la del 26, a todos los friolentos de París, en fin, y solazarnos, en mi cuarto, en torno a su incendio reparador. Pero este deseo rebelde no llega nunca a realizarse. Y me contento con apretar entre mis manos ateridas la cabeza caldeada de mi pipa.

Mientras tanto, allá arriba, en Montmartre, sobre una plazuela desolada, la feria de los pintores extiende sus *étalages* y muestra su mercadería de color.

Es el trabajo largo tiempo guardado al fondo de las manzardas, la obra que nadie ha buscado, los cuadros que desechó el *marchand*, los que el artista agujijoneado por la miseria expone ahora al interés del transeúnte.

Allí están los retratos, los croquis, las naturalezas muertas, sencillamente alineadas sobre el suelo humedecido o colgados de los árboles lluviosos.

Es la feria silenciosa. No hay aquí el discurso de pintoresca elocuencia con que los charlatanes de *boulevard* atraen y convencen. Aquí no se escucha el llamado de los timbales a la entrada del circo, no hay el hábil escamoteador que abisme con un rápido juego de baraja.

Es la feria triste.

Como una procesión, como en un cortejo, la columna de espectadores desfila, se detiene un instante ante cada grupo de telas, y pasa. Nadie compra nada. No es el tiempo, amigos míos, de alimentar el espíritu.

**Barco ebrio* (1922). Obra del escritor Salvador Reyes, homenaje a Jean Arthur Rimbaud.

Y allí queda el pintor pobre, de pie junto a su mercado, fumando y esperando con resignación. El viento corre, ahora, y empuja sobre las telas una lluvia de hojas y ramitas secas. El pintor sonríe, se agacha y aparta sin impacientarse los menudos obstáculos.

A la distancia, sin embargo, no deja de tener un aspecto bizarro esta feria melancólica.

Es cierto que la mala estación ha desnudado los árboles. Pero he aquí que en tanto dure una semana, las negras ramas ostentarán el follaje multicolor con que el artista las ha revestido.

Y parecen así, los veinte troncos de la plaza Constantin Pecqueur, veinte árboles de Navidad. Pobre Navidad de los pintores pobres, sin música, sin reyes y sin niños de alegría.

París, marzo de 1925.

(*El Mercurio*, Santiago, 26 de abril de 1925, pág. 9).

UNA NOCHE DE INVIERNO

El café, que había comenzado a quedar vacío después de las tres de la mañana, recibía ahora los primeros clientes del día. Obreros madrugadores, friolentos, de casqueta echada al ojo, y amplios pantalones bombachos, entraban de prisa y de prisa bebían el *coup d'blond* o el *vin rouge* del amanecer.

Noct mbulos retrasados a quienes atrae siempre un último vaso. Individuos taciturnos, sin domicilio, que vagan durante la noche de un café a otro, deteniéndose horas y horas ante un *nature* de cuatro *sous* en espera de que las estaciones se abran para dormir en los coches del metro, al abrigo de la lluvia y de la atención policial.

Una griseta de mala fortuna vino a sentarse entre nosotros y éramos cinco en torno a la mesa.

Max Jiménez, el escultor costarricense, charlador incansable, contaba por quinta vez de cómo Jules Depaquit, el alcalde bohemio de Montmartre, había conseguido abrir crédito en un mesón irreductible de la *Place du Tertre*.

—Aquel patrón era difícil de convencer... Pero he aquí que un día Depaquit atraviesa la plaza a pasos *chancelantes* y portando una valija. El patrón lo divisa y presintiendo algo grave al ver a Depaquit con una maleta, no puede contenerse y saliendo a la puerta lo llama.

Depaquit, poeta, filósofo y dibujante, escucha el llamado, reflexiona y vuelve sobre sus pasos. Empuja la puerta del café, deposita la valija sobre un piso y declara con desaliento.

—Mi padre ha muerto...

Una lágrima furtiva empaña sus pupilas.

El mesonero, consternado, considera en silencio al alcalde de la comuna libre y no puede menos que ofrecer asiento a este hijo malaventurado.

—Y ustedes comprenden, explica Max, que una vez sentado a invitación del patrón, Depaquit sin regodeos se deja servir un primer medio litro. Enseguida habla. Habla mucho, pero con la lentitud y la voz apagada y entrecortada que es de uso en los grandes dolores. Y es claro, al primer medio litro sucede un segundo, y al segundo un tercero y un cuarto.

Por fin, después de haber vaciado los vasos y el corazón, Depaquit se pone de pie y coge su maleta. El patrón lo acompaña hasta la puerta y al despedirlo, en un último arranque compasivo, quiere informarse aún:

—De manera que vuestro padre...

—El pobre ha muerto, repite el poeta, el pobre ha muerto... ¡Pero hace ya veinticinco años! *Au revoir Monsieur... Je vous ai eu, n'est ce pas? Au revoir*

Todos reímos, qué diablos. Este Max Jiménez con su aspecto de centroamericano y su mímica tropical, no deja de tener gracia en sus historias. Sin embargo, yo considero con una vaga inquietud la montaña de platillos que en nuestra mesa marca la cuenta de la consumición. Es seguro que nuestros bolsillos están tan vacíos como los del filósofo de Montmartre, y no es de pensar que este patrón nuestro pueda enternecerse a la noticia de la muerte de cualquiera de nuestros padres. Max, que en una rápida ojeada ha hecho la adición y que comparte mis inquietudes declara:

—Pues si aquel patrón invitó a Depaquit, nosotros invitaremos ahora a este patrón... y asunto concluido. Ya verás cómo todo se soluciona. Y levantándose se dirige al *comptoir*. Un momento después aparece en compañía de un hombre grueso, colorado, de gran cadena terciada sobre un chaleco fantástico. Enseguida nos presenta:

—*Monsieur* Delamain, propietario del *Petit Napolitain*, el simpático bebedero que nos alberga en esta cruda noche de invierno. El señor Alberto Ried, escultor, poeta y geógrafo famoso, autor del célebre plano en relieve de la América del Sur. Paschin Bustakoff, danzarín ruso que ha tenido a su cargo los coros del Teatro Imperial de Petrogrado y a quien la revolución bolchevique ha desterrado de su país. Y Rojas Jiménez, conocido pintor flamenco que acaba de inaugurar con todo éxito una gran exposición rusa de la Boetie...

Encantado de estrechar la mano de tal número de eminencias, *Monsieur* Delamain accede a ocupar una silla junto a nosotros. El garzón, a un signo de su señor, llena con solicitud los vasos largo rato vacíos.

—Ahora, exclama Max dirigiéndose al invitado, Rojas Jiménez que ha rehusado hacer el retrato de Herriot, tendrá el placer de hacer vuestra cabeza. Tiene Ud. un carácter estupendo...

Monsieur Delamain agradece complacido y yo, en mi peregrino rol de pintor flamenco, tiro de mi lápiz y al respaldo de una carta en la que se me anuncia la próxima llegada de un giro, esbozo como mejor puedo la encendida testa de comerciante que tengo al frente.

Mientras tanto, Max hilvana una de sus historias tártaras.

—Créame Ud. *Monsieur* Delamain. Jamás abandoné en las trincheras, durante tres años de guerra, aquellas hermosas chinelas que me obsequiara tan gentilmente Anatole France. Puedo asegurar que hice la guerra en pantuflas...

Paschin, aprovechando un silencio, comienza:

—Una noche en Petrogrado, con Gorki y otros bailarines...

Pero yo he terminado mi croquis y Max, presentándose a la víctima, hace su apología:

—Vea usted. ¿No le decía yo? Es maravilloso. ¡Cuánto carácter, qué precisión...! ¡Ah, pintor, tú asombrarás a París! Derain o Kisling a tu lado son un par de zapatillas...

Monsieur Delamain, convencido, confiesa que nunca un pintor ha fijado mejor su fisonomía. Lleno de júbilo, encendido de fervor artístico, pregunta:

—¿No es verdad, señores, que me parezco a Balzac?

Y sacando la mano del bolsillo deposita sobre la mesa un rectángulo de papel. Hay un largo minuto de asombrado silencio. Frente a nosotros hay un billete rosado, más bien lila y azul, de cincuenta francos.

Yo que debo demostrar un elegante desdén, acerco a mis labios la copa de Bordeaux y luego enciendo un cigarrillo.

Max, en rápida reacción y cogiendo el billete dice:

—No, no. De ninguna manera. No, pero ya que Ud. ha tenido esta gentileza, yo me encargaré de destinar este dinerillo a la Sociedad Protectora de Artistas que Ortiz de Zárate acaba de fundar en Montparnasse. En verdad, *Monsieur Delamain*, no se engañan quienes ven en Ud. a un sincero admirador de las Artes. Garzón. *¡Soupe a l'oignon pour tout le monde!* Media hora después, en bulliciosa caravana, descendíamos la tortuosa *rue des Martyres*, bañada por la luz blanquecina del amanecer.

Alberto Ried, del brazo de Max, prometía hacer un nuevo capitel para la Casa de los Diez, en Santiago, en que apareciéramos todos en alegre friso, inclusive el patrón admirable del *Petit Napolitain*.

Y el anciano Paschin, con su boina calada hasta las orejas, cantaba melancólicamente:

*“Auprès de ma blonde
qu'il fait bon fait bon dormir...”*

París 1924

(*El Mercurio*, Santiago, 2 de agosto de 1925, pág. 9).

ARTISTAS CHILENOS EN PARÍS

Entre los treinta mil iluminados que pueblan París, desde las alturas brumosas de Montmartre hasta las orillas plácidas de Luxemburgo, en Montparnasse, una docena de artistas chilenos, llegados hasta esta tierra, después de largos años de sueño anhelante, viven, estudian y trabajan, vinculados a las actividades más diversas e inverosímiles. Vivir. He aquí un verbo que en París toma caracteres insospechados. Yes que el tiempo, cuya carrera demasiado veloz sólo se conoce por el cambio de las estaciones del año en nuestra América virgiliana, en esta tierra esforzada de Europa cobra su verdadero valor de diamante inapreciable.

Una semana, un día, una hora, que pase, requiere aquí buena cantidad de energía humana.

Para el hombre, para el artista que cuenta en la mayoría de los casos con medios limitados de lucha, subsistir, hacerse un lugar en esta atmósfera de trabajo incesante, es cosa de verídico prodigio.

A menudo, si perdemos de vista a un compañero y le encontramos siete días más tarde en la terraza de un café o en el cruce de un *boulevard* no podemos evitar el mutuo asombro:

—¡Hombre!, todavía vivo...

—Ya lo ves. Parece que tú tampoco has muerto...

Es curioso observar aquí el despertar de nuestros artistas al contacto meloso y rudo a la vez de la vida parisiense. Aquí pierden el aire adormecido que les caracteriza en nuestra tierra; amplifican su horizonte y pluralizan y fortalecen sus actividades, reducidas en el país natal a la variedad aniquiladora del corrillo y a la producción lenta y casi siempre anémica.

Yes que en París el artista se siente en su medio. Los efluvios amorosos y la constante

emanación intelectual de la gran ciudad son bien diferentes de la atmósfera de nata gris y de pesada incompreensión del ambiente chileno.

En París, por primera vez y más que en ninguna otra parte del mundo, al artista comprende y se le reconoce su alto valor en la sociedad humana.

No se encuentra aquí la sonrisa estúpida y el desdén imbécil hacia las manifestaciones del espíritu con que se tropieza a cada momento en las ciudades americanas. La ciudad misma, construida por artistas, sembrada de monumentos, parques, jardines, museos, teatros y bibliotecas; el servicio ininterrumpido de exposiciones, de conferencias, concursos y academias; el sinnúmero de sitios consagrados al culto de la inteligencia y la romería incesante de iluminados que llega de todas partes del mundo, no permiten el menor gesto de indiferencia o menoscabo por el trabajo espiritual. He visto en Chile hombrecitos de jugosos apellidos saquear e incendiar valientemente una biblioteca, empastelar la imprenta de un semanario libre y les he vuelto a ver en París a estos mismos hombrecitos entrar con timidez en un café de melenuos de Montparnasse y pasar entre las mesas tropezando con las sillas y mirando hacia el suelo con el aire de perros apaleados. Y no es que la hostilidad cambie de detentores. Es que aquí cada uno toma el nivel que le corresponde. En París, la hostilidad hacia la cultura no se conoce. Y la hostilidad física no desborda los cuatro cordeles de un *ring*, como sucede en nuestras viriles villas de América.

Libre de convencionalismos, frente al espectáculo multiforme de la vida agitada de París, el artista comprende sus funciones, se convence de que para producir es preciso trabajar, y para trabajar despliega energías que habían permanecido ocultas y alumbraba su ingenio con luces hasta entonces desconocidas.

Para muchos de estos artistas ya vinculados al ambiente de París, la sola idea del retorno al país oscuro y de atmósfera intelectual enrarecida es motivo de angustia y de tormento. Nadie quiere tomar el barco del regreso. Todos quieren prolongar, afirmar la estada, que a pesar de la incertidumbre cotidiana, tiene para ellos el encanto de los buenos sueños.

Y no son pocos los que renuncian a la vuelta. Y no falta quien al pisar el barco que había de traerlo, había ya quemado sus naves con un gesto de alivio y de optimismo.

Recuerdo un hombre paliducho, menudo, de traza benaventina, metido en un chaqué diminuto y con un atado de marcos al brazo que me saludó una noche en una callejuela de Montparnasse. Era Francisco Contreras. Acaba de publicar una novela en francés y parece dispuesto a no escribir más en castellano. De Chile no quiere hablar. Recuerda varios años de estériles esfuerzos por hacerse una situación en la patria, como una mala pesadilla. Vive en las cercanías de la Grand Chaumiere, colabora en varias revistas de Europa que le pagan bien, y está por fin tranquilo.

En la misma *rue* de la Grande Chaumiere, N^o 8, está el *atelier* de Ortiz de Zárate. La primera vez que subí sus escaleras recibí una impresión curiosa. Alto, macizo, de grandes melenas, en camiseta azul, el pintor se paseaba entre sus telas cantando *Rigoletto* o recitando a Racine. A menudo tomaba una botella de Bordeaux, hacía una gárgara bulliciosa y comenzaba una historia.

—Paseando en Roma una tarde con la condesa que tú conoces, fue que descubrí, cerca del castillo de Michel Angelo, la luz del sol en la noche. Rojo, azul amarillo... ¡Ah, compañero, es una maravilla este vinito! Rojo, azul, amarillo...*.

*Poseedor o no del codiciado secreto. Manuel Ortiz de Zárate no olvida que si el color es un símbolo, la luz es la realidad. Su pintura es robusta y seria. Con inquietud de buena ley, Ortiz ha buscado la verdad plástica en todos los dominios de la técnica. Esto le ha proporcionado la poderosa simplicidad que aparece en cada obra suya. Sin embargo, a pesar de su técnica simple y sobria, la inquietud, el impulso libre, se manifiestan y asoman continuamente en sus cuadros, especialmente en sus paisajes.

Siempre contento de vivir, exuberante, amador infatigable de las creaturas de Dios, que llamaba el autor de la *Rebelión de los Ángeles*, su suerte está definitivamente echada.

Vivió diez años agitados de bohemia parisiense. Trabajando con antusiasmo, curioso, investigador, inquieto de toda verdad pictórica ha arribado y tiene un nombre cotizabile en los mercados de arte de París. Es el tipo de hombre feliz. Sus inquietudes son únicamente plásticas. El descubrimiento de la luz solar entre las tinieblas nocturnas lo ha llenado, por el momento, de dulce conformidad.

—¿Chile? Ah, sí. Mi padre, que es un gran músico y mi hermano, que es un buen pintor, se ahogan en Chile.

De allá me escribió el presidente de no sé qué sociedad. Me invitaban a concurrir a una exposición. Las cartas menudearon. Yo mandé una tela que habría podido vender aquí diez veces.

Sé que allá también se vendió, pero no he recibido un céntimo. ¡Cosas de la patria, compañero! Rojo, azul... ¡Créeme, no hay como las Pirámides!

En el quinto piso de un hotel de *Avenue* de Maine, vive y trabaja Oscar Fabres, dibujante. Tiene quince años de París. Pudiendo vegetar en algún ministerio de Santiago, jugando al cacho al mediodía y al anochecer, ha preferido sostenerse en Europa donde su apellido ha cobrado un acento nuevo: Fabrè. Ha conocido días amargos, en que una taza de café sabe como un banquete. Casi no puede hablar el español. Su hermano, poeta, vive en Argelia. Él dibuja en las revistas y vive contento. En estos días aparece un álbum suyo de escenas parisienses prologado por Francis Carcò, el romancero de los apaches.

—De la feria luminosa de París, dice, lo que más amo es el circo. Mis mejores amigos son payasos. Y el mejor de mis amigos es Paul Fratellini. ¡Qué tipo! Tiene en su hotel la más completa biblioteca de *clowns* que usted puede imaginarse. ¡Ah, el circo! ¡Recuerdo los domingos de mi niñez, en mi país, cuya única alegría la constituían las piruetas de Fran Brown! A la vista de una carpa de circo, mi corazón palpita de emoción. Aquí en París, las veladas del Medrano, las matinés del *Cirque D'Hiver* son mi mayor regocijo.

Escriba usted un libro sobre la vida de los saltimbanquis y yo lo ilustraré con cariño. La mayor pesadumbre de mi vida, compañero, es que en los últimos diez años he tenido que asistir al entierro de seis payasos...

Al escribir esta crónica, en este *Café des Amis du Montparnasse*, cuyas paredes decoramos ayer entre un grupo de *habitués* y cuya sala pequeña y amable he de recordar por mucho tiempo, casi he olvidado que en una hora más debo abandonar París y tomar el tren de Alemania. Sin embargo, no quiero terminar antes de dedicar unas líneas a uno de nuestros artistas más esforzados y cuya vida contradictoria está llena de detalles interesantes y pintorescos: el pintor Paschin Bustamante.

Paschin es todo un personaje novelable. Quería verificar las teorías que acerca de la

Manuel Ortiz salió de Chile hace veinte años. Veinte años ha pasado en París por español. Sólo Guillaume Apollinaire anduvo próximo a la verdad llamándolo patagón y araucano en uno de sus libros... Y hace veinte días adquirió la ciudadanía francesa.

Para nosotros, artistas de Chile, Manuel Ortiz es un ejemplo y una divisa. Su vida de esfuerzo continuo y entusiasta, el lugar que hoy ocupa en París y que ha ganado sin dobles ni lucro de ninguna especie, nos dan la norma del hombre y del artista. Ha conocido la miseria y los días grises en que el espíritu mejor templado vacila. Ha conocido la envidia del compañero, la mala amistad, ha sido "el extranjero" durante mucho tiempo, pero no ha cedido ni al desaliento ni a la amargura. Su obra es honesta y Ortiz no ha comprado nunca un artículo de prensa. Vale más, muchísimo más que innumerables pintores cuyos nombres alcanzan una cotización inmerecida. Buen camarada, sencillo, lleno de generosa vitalidad, no tiene la pose del maestro, y sin embargo, no son pocos los que le siguen y le imitan.

pintura moderna explayaban Jean Emar y Vargas Rosas, en el sótano del restaurante *Bécquer*, en Santiago, y se vino a París con dos libras esterlinas amarradas a la falda de la camisa.

Hicimos juntos el viaje de Valparaíso a la Pallice. En la travesía del mar Caribe, una turbonada puso a pique de zozobrar nuestro barco. Sobre el puente, algunas arboladuras destrozadas amedrentaban el espíritu del equipaje, y el huracán azotaba los mástiles con ímpetu amenazador.

Paschin, tendido en la litera del camarote, no podía conformarse con el naufragio y el hecho de que yo tomara mate con toda tranquilidad en momentos tan graves, lo ponía fuera de tino.

—¡Ay, Señor, este mundo! ¡No voy a alcanzar a ver a Cézanne! ¡Dios mío! Y Picasso y ese Utrillo que pinta con un blanco desconocido... Pero Cézanne!

El barco no naufragó y Paschin vio en el Louvre a Cézanne, Pissarro, Gauguin y a muchos más.

La vida nos separó, y sólo de tarde en tarde he podido abrazar a este buen compañero. Ya cada vez que nos encontramos, Paschin, en el lenguaje más gráfico que he conocido, me informa de sus descubrimientos y de sus actividades.

Apremiado por la existencia, talló muebles. En las horas que le quedaban libres estudiaba cerámica en el taller de un polaco y salía a pintar.

—He visto el salón de los independientes, me decía el otro día. Es muy malo. Hay aquí muchos simuladores. En los cuatro o cinco kilómetros de cuadros expuestos, sólo dos o tres cosas merecen la atención. Sin embargo, creo que el triunfo del espíritu nuevo es indiscutible. Perotti y Lucho Vargas tenían razón. Pero, no hay que buscar la pintura nueva en las exposiciones. Sólo hay que abrir los ojos y salir a la calle. Hombre, qué cosas he visto.

En Montmartre, en una esquina, había un montón de brujas que sacaban la suerte y unos rusos que comían espadas. Era sublime. Y cantaban y bailaban. Y los automóviles y los chiquillos que corrían como locos Dios mío, qué animación. Y arriba, en el cielo, un aeroplano plateado haciendo tirabuzones... ¡Ahí está la pintura actual! En los contrastes en las agrupaciones. Nada de líneas ni composición ordenada. Mucho movimiento, carácter, expresión.

También hay que ir a los cafés y a los *dancings* de los barrios maleantes. Apaches bailando con mujeres de pelo corto y vestidos como pintados sobre la carne. Curcos que tocan el acordeón. Y los viejos que pasan con bandejas llenas de copas llevando el compás de la música, las luces de colores, el humo, los gritos, todo eso revuelto, mezclado, cortado. Ahí están los cuadros hechos.

Yo voy a pintar un Cristo entrando a *La Rotonde*. Nadie lo reconoce. Las modelos siguen fumando y los judíos discutiendo. Entre el grupo de judíos, voy a meter a Moisés Cáceres*, con su traje de pana y a Unamuno con sus pájaros de papel. Y en una mesa te

*Moisés Cáceres, estudiante chileno que se suicidó cortándose las venas con una navaja de afeitar, en la cabina de un baño público, y no de un tiro de revólver en las puertas del Consulado de Chile en París, como se dijo y aseguró en Santiago a raíz de su trágico fin. Los móviles que impulsaron a Cáceres para tomar la desesperada determinación estuvieron muy lejos de ser la pobreza —que él siempre soportó con orgullosa resignación— o el desprecio porque el Cónsul, en esa época señor Amunátegui, le hubiese negado dinero. En realidad, Moisés Cáceres sufría de una aguda enfermedad nerviosa que llegó a encerrarlo en las oscuras celdas de la perturbación mental. Poco antes de morir, trabajaba en el gabinete de una biblioteca de París. Días antes de suicidarse lo encontré en el jardín de Luxemburgo, y de su conversación incoherente y disparatada deduje que era víctima del delirio de persecución. Quería que yo le prestase mi revólver "para vengarse de ciertas gentes que le hostilizaban y le perseguían".

voy a pintar a ti entre la marquesa y Sonia, con tu pipa y tu blusa de marinero. Y voy a pintar las palabras y los ruidos. Este cuadro se va a llamar *Diciembre de 1925*, y me servirá para alejarme definitivamente de la pensión que me debe el consejo de Bellas Artes.

Dicen que Archipenko hizo un cuadro con cepillos de dientes y pedazos de cretona. Eso está muy bien. Yo voy a hacer un autorretrato con la cabeza recortada en la tela.

Cuando vengan amigos a mi *atelier*, yo me pongo detrás del marco y asunto concluido...

Pero lo que más me gusta en París, es la Feria de Clichy con sus carruseles y sus montañas rusas. Anoche soñé que la *Tour Eiffel* se había doblado. Donde no puedo ir es al *boulevard* de los italianos. Me mareo. Hay tantas sillas en las veredas!

Escuchar a Paschin es para mí una fiesta. Enamorado del arte y de la vida, incoherente, anecdótico, pertenece a la casta de los hombres inverosímiles.

Sus sienes comienzan a blanquear, pero su espíritu se mantiene fresco y ágil.

A veces llega hasta mi hotel, maldice de las escaleras, de la lluvia y del frío; vacía mi botella de tokay, se pinta los labios y las cejas con los lápices de mi compañera y mirándose al espejo exclama anegado de cómica melancolía.

—¡Ay Señor, este mundo! Así era yo hace treinta años... ¡Y ahora hace mucho frío! ¿Se acabó el *tokay*?

(*El Mercurio*, Santiago, 30 de agosto de 1925, pág. 9).

MONTPARNASSE SE MUERE...

Es la verdad. Más corta, más fugaz que la de la legendaria República de Montparnasse, la vida del principado de Montparnasse se desvanece irremediablemente. En un año todo ha cambiado, las figuras más decorativas han desaparecido, las antiguas costumbres han variado y hasta la fisonomía del *quartier* ya no es la misma de hace algún tiempo.

La horda de ingleses y norteamericanos que destruyó el carácter de la colina sagrada a golpes de dólares y libras esterlinas, ha invadido los dominios del Principado inoculándole la muerte.

En los corrillos de los cafés, en las *crémeries*, y hasta en los *bistrot* triunfa la lengua de Whitman sobre la de Racine. Los tradicionales rincones con mesones de zinc y estufas de

Alarmado por los signos evidentes de perturbación que encontraba en sus palabras y actitudes, me puse a hablar con un íntimo amigo suyo, el joven escritor francés J. Gochot, quien logró arrancarle la tarjeta que le permitía acceso al gabinete de la biblioteca—en previsión de una crisis que pudiera tener lamentables consecuencias—y lo acompañó hasta el día que, pretextando estar cansado y querer tomar un baño, se despidió de él y entró en un establecimiento de la *Avenue des Gobelins*, para ser sacado de allí, dos horas más tarde y en estado agónico camino del hospital de Cochin, donde falleció. Con una navaja se había abierto las venas de los tobillos, de los puños y las carótidas.

Entre los estudiantes del *Quartier Latin* y en los cafés de Montparnasse, Moisés Cáceres era bien conocido y estimado. El patrón de un hotel pobre, donde se hospedara durante un largo tiempo, me decía, recordándolo, el día de sus funerales: —“Muy gentil *monsieur* Cáceres, muy gentil. No hacía nunca ruido. Sólo que se lo pasaba leyendo, fumando y me dejaba encendida, todas las noches, la lamparilla de su cuarto... ¡Ah *mon Dieu*, era un soñador!”.

largas chimeneas metálicas cierran sus puertas para que, como por arte de magia, aparezcan en su lugar flamantes bares americanos, de ancho *comptoir* y altísimos taburetes. A las melenas revolucionarias de los *fauves* suceden los brillantes y comedidos peinados del norte, y a los pantalones bombachos y a las holgadas chaquetas de pana, estos nuevos *jerseys Prince of Wales*, y estos nuevos pantalones Oxford, rectos y anchísimos, como chimeneas de transatlánticos.

Montparnasse se muere.

Del *Petit Parnasse*, de *La Rotonde*, rincones de un pasado glorioso, no queda ya sino la leyenda. Hace cinco años, frente a un *comptoir* de tres metros y en torno a cuatro o cinco mesas se amontonaban los hombres, cuyos nombres hoy se cotizan en sumas fabulosas en los mercados de arte europeos.

Un mesón humilde y unos cuantos veladores. Ésa era *La Rotonde* de los buenos tiempos. Lenin y Trotsky forjaron en ese café de mala muerte su esperanza de fuego. Modigliani, Utrillo y Picasso bebieron sobre esas cubiertas pobres muchos vasos de amargura a la espera de la consagración. Entonces Kisling, el mismo que hoy asombra con la fantasía surrealista de sus camisas y fuma capitosos cigarros, andaba en alpargatas y fumaba "caporales".

Pero todo ha cambiado. *La Rotonde* se ha ensanchado. Su patrón, varias veces millonario, viste chaqué y lleva gruesa cadena terciada sobre el abdomen satisfecho. El café es un vasto hangar lleno de espejos y abrumado de luz. Es una inmensa perfumería, puerto obligado de los turistas internacionales y albergue seguro de ese elemento híbrido creado por el cine y las posguerra. Fumistas, falsos artistas, hombres y mujeres que viven del gesto y la mistificación; horda histérica de muchachas equívocas, de pelos cortados, monóculo y bastón y de invertidos de ojos teñidos de *khol* y labios tocados de *rouge*. Semblantes trágicos y rostros arrobados en un sueño simulado. Es la pose de tragedia y vida atormentada extraída de las novelas rusas y es el triunfo de la falsa actitud caída de las pantallas cinemáticas. *Le Dôme* y *La Rotonde*, los dos grandes clubes de "la hora perdida", se llenan cada día y cada noche de esa multitud temporera que acude de todos los rincones del mundo para vivir en Montparnasse su hora de locura.

Rue Campagne Premiere, al costado del "Jockey", *cabaret* americano, donde el negro Jim tañe su banjo sentado arriba de un piano, existió el *bistrot* de *Madame Rosalie*.

En su juventud, esta mujer a quien toda una generación de montparnasianos debe algo de su vida y que reunía en ella la gracia y el ardor de la raza italiana, hizo la modelo en las academias de barrio.

Un pintor de cartel le aseguró un porvenir exento de zozobras y, gracias a la oportuna protección, en el otoño de su existencia, cuando ya sus formas no entusiasmaban a los cultores de la plástica, el mesón de su pequeño restaurante la defendió de los embates de la suerte.

Una pequeña sala de murallas pintadas de ocre, dos mesas de cubiertas de mármol y una docena de sillas de paje constituían el mobiliario y decoración del *bistrot*. Sobre el marco de su puerta no hubo nunca un letrero que anunciara a los transeúntes la calidad del negocio *Chez Rosalie ...* Divisa ambulante que, como ciertos viejos estribillos, caminaba de boca en boca.

El menú, escrito con tiza en una pizarra de madera, de precios al alcance de cualquier artista en apuros y en la que figuraban eternamente los sabrosos *spaghetti*, que a poco devinieron célebres, atrajo desde luego una selecta clientela de súbditos de Apolo.

Utrillo y el malogrado Modigliani fueron fieles *habitués*. Conocieron allí las delicias del crédito largo en tiempos de cruda pobreza y, como este tiempo pareciera no tener un fin razonablemente próximo, pagaron sus deudas pintando cuadros en las murallas, cuyo valor el transcurso de los días se encargó de acrecer.

Madame Rosalie en persona hacía el servicio de la clientela. Para todos tenía una sonrisa y un saludo cariñoso. Una noche, una menuda damita se sentó frente a las mesas. La soberbia elegancia de la visitante apagó el bullicio de los comensales. Sólo *Madame Rosalie* tuvo para la nueva cliente una sonrisa desdeñosa y, como ésta se impacientara por la lentitud del servicio, exclamó dirigiéndose a sus huéspedes:

“¡Mirad, hijos míos, esta pequeña burguesita que no sabe esperar!”. La pequeña burguesita era la condesa de Noalles...

Las anécdotas empezaron a nacer y la gloria creciente del *bistrot* llegó a ensombrecer la de aquel legendario *Albergue del Clavo*, en Montmartre, donde Apollinaire, Picasso y Derain alimentaban las primeras hogueras del cubismo.

Pero todo tiene su fin en este mundo mortal, y, al comenzar la transformación de Montparnasse, *Chez Rosalie* fue la primera víctima.

Una viuda americana compró el local que ya tenía su historia. La nueva patrona introdujo las reformas que matan toda tradición. Las viejas sillas de paja fueron sustituidas por recias banquetas barnizadas; las mesas fueron cubiertas por albos manteles, la lista de precios adquirió nuevas cifras, y, en la ruina creciente, manos profanas, más habituadas al manejo de la raqueta de tenis que al de los utensilios culinarios, se encargaron en adelante de los *spaghetti* del menú.

La clientela misma se dispersó. Ante la invasión de monóculos y de *jerseys* coloreados, huyeron los muchachos de la Grande Chaumière. Modigliani pobre como una rata, moría prematuramente en su cuarto glacial del *boulevard Raspail*. Utrillo entraba en la gloria de los hombres y los cuadros que pintara sobre las murallas que le fueran hospitalarias en sus años de miseria eran arrancados a golpes de barreta y transportados como “cosa muy curiosa”, a un museo de Yanquilandia. *Chez Rosalie*...

Sólo el nombre y el recuerdo quedó de aquel rincón simpático y generoso.

Entre la *Closerie des Lilas*, que naturalmente ya ha inaugurado su correspondiente bar americano y *La Rotonde*, que lo tiene también, existió hasta hace tres meses el café *Amis de Montparnasse*. Los artistas que huían de *La Rotonde*, transformada en colosal peluquería, encontraban en la sala silenciosa y reducida de este café el último refugio del antiguo espíritu montparnasiano.

No podré olvidar las veladas en que Gustave Khan, el padre del simbolismo, recordaba con lágrimas en los ojos su amistad y su ruptura con el viejo Verlaine. No olvidaré tampoco que allí, en las crudas noches del invierno pasado, la pobre Gilberte —que acaba de morir en un pueblecito de Suiza— envuelta en mi capa y tocada de su eterno turbante plateado, encendía la alegría de la reunión cantando a la guitarra las viejas coplas de Paul Dermée.

No se aparta de mi memoria el rostro pálido y los enormes ojos verdes de esta mujer, toda espíritu, toda gracia y toda belleza, y vive aún en mis oídos su voz dulce y grave que la tisis comenzaba a marchitar. El viejo Lescouezec, Manuel Ortiz de Zárate, el español Vidal Salich, el japonés Konichi y el que estas líneas escribe, decoramos los muros desnudos del pequeño café. Aquella tarde se abrió para mí el primer crédito en un *comptoir* parisino, y el vino dorado de Bordeaux mantuvo colmados nuestros vasos durante tres días y tres noches.

Allí mismo mi querido amigo, el pintor griego Niko, me ofreció una fantástica despedida al partir para Alemania, la víspera del doloroso día en que un automóvil habría de matarlo al atravesar *la Place de L'Etoile*.

Era el último refugio, el oasis postrero, y ha desaparecido como tantos otros lugares en que se albergó la vida en extinción de un barrio que fue el corazón del mundo intelectual. Llegó el día en que el *yankee* inevitable extendió sobre el mostrador un libretto de cheques.

—¿Cuánto vale este café?

Una cifra tentadora, una firma sajona y negocio terminado. Dos días más tarde se repartían tarjetas de invitación para el *vernissage* del *Mónaco*, nuevo *American Bar*, dotado de todo *confort*. Las decoraciones habían sido borradas. Un tapiz color tango cubría los muros. La vieja chimenea a cuya vera acostumbraba sentarse la pobre Gilbertte, fue sustituida por cómodas estufas eléctricas. Al estrecho *comptoir* sucedía el alto mesón de cubierta barnizada y encaramadas en empinados taburetes, Florence y Willy, las neoyorkinas más representativas de la horda, adormecen su aburrimiento entre *cocktail* y *cocktail*.

El jazz del establecimiento ataca el *blue* de moda y los banqueros de *Wall Street* y los ases del *baseball* bostezan cada noche sobre la ruina de Montparnasse.

París, enero de 1926.

(*El Mercurio*, Santiago, 28 de febrero de 1926, pág. 8).

NOSOTROS EN PARÍS

Muchas veces he pensado escribir un libro con el título de esta crónica. Sería un libro risueño, anecdótico, pintoresco.

A la feria cosmopolita de París, es Sud América el costado del mundo que contribuye con el elemento social más pintoresco e interesante. Interesante, sobre todo, desde el punto de vista de la caricatura.

Millonarios, aventureros, generales, diplomáticos, literatos, todos los que forman el conglomerado de una colonia, ofrecen figuras que, miradas a través de la lente parisina, son dignas de ser glosadas, comentadas, fijadas en letras de molde.

He hablado de un libro risueño. Para esbozar algunas siluetas, mojo mi pluma en una tinta de color suave y alegre como el que crea el sol al fondo de los vasos del aperitivo, en estas alegres tardes de primavera.

Los salones de lectura del Banco Angio, son el puerto obligado de todos los chilenos que llegan a París.

El Club de la Unión, el Club de Señoras, la calle de los Huérfanos y hasta la plaza de Armas, se condensan allí de once a doce de la mañana. A los que hemos casi olvidado el sonsonete inconfundible con que se habla en nuestra tierra, nos basta con asomar las narices en el Banco y todo Chile, con sus: "¡Ay niña, no me digas!", o sus "Buena cosa mi señor!", se nos presenta de golpe.

—¿"Has ido, niña, al Museo Cluny? Si vieras qué antigüedades más antiguas se ven allí..."

Pasar media hora en la sala del Banco, y encontrarse enseguida en plena *Avenue de l'opera*, me ha parecido siempre una cosa prodigiosa. Algo así como si hubieran quitado el mar. Es indudable que en los veinte tramos que hemos descendido para encontrarnos en la calle están sintetizados los miles de kilómetros que nos alejan de la patria de la empanada y el "Ay, ay, ay".

Allí me encontré una mañana con un muchacho rubio, elegante, que me saludó con cierto asombro. En un principio creí que se trataría de alguien a quien habría conocido en Viena o en Berlín, y respondí en alemán a su saludo.

El soltó la carcajada.

—¡Buena cosa “hom”! ¡Ya te habías olvidado de los amigos!

Era chileno. Imprecisamente reconocí en él a un antiguo *habitué* de Huérfanos *Street*.

—¿No te acuerdas que estuvimos juntos en el Barros Arana?”.

Era efectivo. Ahora recordaba bien. En el Barros Arana habíamos soportado juntos las severidades de *Mr. Robinson*, y los relatos geográficos del señor Bráñez. Pero, de esto hacía muchos años. Era todo un pedazo de mi infancia lo que la presencia de este hombre reanimaba en mi memoria. Volví a ver los patios del Internado, la cancha de *foot ball* (“el picadero”, como la llamábamos), los dormitorios inmensos que una lamparilla azul mantenía en una eterna claridad de amanecer.

Nos estrechamos las manos y él entró luego en confidencias.

Venía de Inglaterra. Había sido nombrado cónsul de Chile en un puerto de las Islas Británicas, y ahora regresaba al país.

Mientras conversábamos, yo lo observaba. Hablaba con una locuacidad admirable, demostrando en sus relatos un conocimiento del mundo y una fuerza imaginativa fuera de lo común. Una banderita chilena adornaba el ojal de su solapa.

—“Ser Cónsul...¡Ah, compañero! Tú no te imaginas cuánta obligación, cuánto compromiso...He recorrido toda Europa. He estado en Egipto y en Turquía. Creo haber dejado en todas partes bien puesto el nombre de Chile.

En Inglaterra, una vez tuve que asistir a un baile de la Corte. La Reina, por deferencia a los diplomáticos presentes, accedió a dar una vuelta de vals con cada uno. Cuando llegó mi turno, ella me dijo al oído. “Oiga Consulito, con Ud. quiero dar dos vueltas...”.

Tú sabes que yo bailo bastante bien. Fue un triunfo.

Otro día fui recibido por el Príncipe de Gales. Al saber que yo era chileno, me dijo en perfecto castellano:

—“Chile, sí. Muy bonito. Las cabras son macanudas. Ligerito voy para allá...”. En Inglaterra lo pasé muy bien. Muchos lores me dieron su retrato”.

Yo no creo en los hombres extraordinarios. Pero estoy convencido que entre mis compatriotas hay ejemplares bastante fantásticos.

Las anécdotas abundan. Al millonario que viene a darse una vuelta por Europa, que entra al Louvre y dice: “¡Oh!”, delante de *La Gioconda*, porque así lo estipula el manual del perfecto turista, suele despertársele el pecaminoso deseo de adquirir objetos de arte que lleven el recuerdo de París hasta la casa solariega. Entonces el hombre se lanza a la busca de los inevitables cuadros con frutas, para el comedor o de las madonas para el dormitorio. Un compatriota que goza de un gran prestigio de *amateur*, en Santiago, me confesó un día sus intenciones de comprar algunas telas de arte moderno.

“Yo tengo en mi casa muchos cuadros, me dijo. Poseo algunos verdaderamente notables.

Hay un retrato con las manos muy largas, por ejemplo, que indudablemente es un Greco... Ahora quisiera llevarme un cuadro de esos que llaman ‘cubistas’”.

Fuimos a una galería y se decidió a adquirir una tela de Braque, con la condición de que el *marchand*, le diera una explicación por escrito de lo que la tela significaba, para pegarla al dorso del marco.

—“Son tan preguntones en Chile, compañero, y yo ya estoy viejo para que me pillen sin perros...”.

Una noche me presentaron en un *cabaret* de Montparnasse a un respetable funcionario, que venía en no sé qué misión de estudios sociales.

Al saber que yo era escritor, me llamó aparte.

—“Compañero, yo no hablo francés y estoy metido en un negocio en el cual se me

presentan algunas dificultades. Si usted quisiera ayudarme a salir del paso, yo le estaría muy agradecido...Se trata solamente de escribir algunas cartas...”.

Acepté, gustoso de poder servir a un compatriota. Me dio su dirección y convinimos en que al día siguiente lo encontraría en su hotel. Fui a la hora fijada, y lo hallé sentado a su mesa de trabajo. Junto al tintero, una botella de champagne ponía una nota de mundana elegancia.

Palabras preliminares y luego mi funcionario entró a explicarme en detalle la índole y manejo de su *affaire*.

—“Para empezar, impóngase del aviso que he puesto en esta revista...”. El espectáculo multiforme de la vida me ha enseñado a no espantarme de nada, pero en esa ocasión confieso que leí con cierta sorpresa el aviso siguiente:

Caballero chileno de alguna edad, con 8.000 francos de renta mensual, desea conocer señora o señorita de bello cuerpo y hermosas facciones. Generosidad. Discreción. Escribir, enviando fotografía.

El aviso aparecía en *Paris Flirt*, revista de buen humor, impresa en papel rosado...

No pude evitar una sonrisa. El respetable caballero chileno, descorchando la botella de *champagne*, explicaba:

—“¡La vida es tan corta compañero! Y no quiero irme de París sin hablar el francés. Y vea usted cómo el método tiene su buen resultado. El avisito salió hace tres días, y hasta hoy he recibido más de ochenta respuestas. No tengo más que elegir. Y como yo no entiendo una palabra del idioma, le ruego me traduzca las cartas y me ayude a organizar el servicio de correspondencia...”.

¡Alegre negocio! Ochenta cartas galantes a traducir y contestar.

—“No hay tiempo que perder, compañero. Impóngase del archivo”.

Cuidadoso, minucioso, ordenado como todo verdaderamente *homme d'affaires* mi compatriota había ya arreglado por orden de llegada y alfabeto las respuestas recibidas.

Entramos a clasificar. Yo, interesado en el sabor pintoresco de la aventura, traducía las cartas en voz alta y “mi jefe” con un lápiz azul o rojo, hacía las anotaciones convenientes al margen de cada una.

Por ejemplo: *Monsieur*. He leído su aviso de *Paris Flirt* y creo que yo soy el tipo de mujer que usted busca. Viuda de guerra, soy todavía joven y bien parecida como usted puede ver en la fotografía adjunta. Vivo en los alrededores de París y poseo una villa con todo el *confort* moderno. Si soy de su agrado, puede Ud. venir a verme cualquier día de cinco a siete de la tarde. En la soledad que me rodea, mi solo sueño... etc., etcétera”.

“Mi jefe” anotaba con lápiz rojo: “Viuda, guerrera y con villa”.

Pasábamos a otra: “Soy rusa, descendiente de una antigua familia del imperio. Vivo en Francia desde hace varios años y hablo perfectamente el idioma. Habiendo perdido mi fortuna y mis joyas en la catástrofe de la revolución bolchevique, la pobreza me obliga aquí a dirigir una casa de pensión. Soy rubia, alta, de ojos claros y al decir de mis amigos, mi conversación es sumamente agradable. Me apresuro a contestar a su aviso, no vaya a ser víctima de alguna de las tantas mujeres calculadoras que pueblan París...”.

Con lápiz azul, “mi jefe” ponía: “Rusa imperial con casa de pensión”.

El archivo era extenso, variadísimo, y de un interés psicológico apreciable.

Después de dos días de copioso trabajo, el servicio de correspondencia quedó organizado conforme a las más modernas exigencias. *Dossier*, para las fotografías, carpetas con índice, copiadores, etcétera.

El “negocio” exigía gran actividad. Contestadas las cartas recibidas, hubo que confec-

cionar un horario y anotar en un carné la hora fijada para los innumerables *rendez-vous* en que mi jefe trabaría conocimiento con las postulaciones que lograban interesarle.

Comenzó para él una vida de extrema agitación... Ocho horas al día un taxi recorría París en todas direcciones para conducirlo a las citas correspondientes. Al *chauffer* se le asignó un sueldo semanal.

Como ya mis servicios le fueran innecesarios, dejé de ver a mi jefe por algún tiempo.

Un día lo encontré a la entrada del Metropolitano, en la *Place de l'Opera*.

—“Hola, ¿qué tal?... ¿Y el “negocio” marcha?”

—“Aquí me tiene secretario. Encantado. Ah, qué vida maravillosa la de París. Término medio, veinticinco cartas al día... Lástima que me llamen de Chile. Voy a tener que irme pronto. Sin embargo, todavía le saco el jugo al avisito. Aquí estoy esperando a una postulante. Como es la primera cita y no nos conocemos, hemos arreglado que yo esté con su carta en las manos. Ella vendrá con un vestido marrón y un número de *Paris Flirt* desplegado...”.

Nos despedimos y volví a perderlo de vista.

Hace una semana, revisando diarios de Santiago, me encontré con su retrato. “Ha regresado al país, después de haber hecho en Europa pacientes y concienzudos estudios sociales, el distinguido y respetado funcionario, señor don Fulano de tal...”.

París, 1926.

(*El Mercurio*, Santiago, 17 de octubre de 1926, pág. 7).

PINTURA NUEVA

A. Rojas Giménez

Un salón marca en París el advenimiento de cada estación del año. Se llama Salón de Otoño, de Invierno o de los Independientes, la impresión global que nos produce su visita, tiene pequeñísimas variantes. Ayer se inauguró el de los Independientes de 1927. Cuatro mil quinientas telas expuestas. Como siempre, uno sale fatigado, abrumado por el número inmenso de cuadros y creemos que por una vez más, se manifiesta el estado de vacilación y de orientación débil de las fuerzas nuevas.

Es inútil, desde hace varios años, preguntarse si el último salón es mejor o peor que el precedente. Hace tiempo que la pintura nueva no ofrece otra novedad que la de nombres desconocidos y la juventud de los exponentes.

Hay demasiada veneración por los maestros actuales. Sin haber en la sala de estos independientes un solo cuadro de Picasso, de Vlaminck, de Braque o de Derain, nos encontramos a cada paso con sus imitadores y discípulos.

Salvo dos o tres excepciones, no más de dos o tres, el resto de los pintores actuales podrían dividirse, o mejor dicho, están divididos en grandes grupos de picassianos, utrilistas, mattisianos, etcétera.

Los jóvenes de hoy olvidan que en su juventud los maestros que hoy veneran se caracterizaron por su combatividad. “Salón de los Independientes”... el nombre parece haberse gastado y va perdiendo su orgulloso significado.

Ya he dicho en una crónica anterior, que recibo a menudo cartas de mis compañeros de Chile que me piden noticias sobre los valores nuevos, sobre los últimos movimientos, sobre el estado actual de la pintura en Francia.

No puedo contestar en detalle. Tengo que abarcar en conjunto y retrospectivamente por lo menos treinta años de pintura. Es, quizá, la edad de la pintura nueva, de la pintura de nuestros días.

Y así tenemos dos nombres que limitan: Cézanne y Picasso. Los que vienen de Cézanne no llegan hasta Picasso. Visitando exposiciones y talleres, hojeando libros y revistas, uno se da cuenta y se convence de que sólo Picasso ha tomado la delantera en la búsqueda, dejando muy atrás, a enorme distancia, al grueso de los artistas de su tiempo.

El corazón de la pintura actual está en París. Ya aquí en París, el nombre que marca el punto de vanguardia a que ha llegado la evolución de los conceptos y de la técnica pictural es el nombre de Picasso.

Viniendo de Cézanne, yo citaré a Othon Friez, quizás el más talentoso discípulo del maestro de Aix; el que se ha servido con más provecho de la lección cezanniana para "devenir él mismo". Y luego Vlaminck, Derain, etc., hasta llegar a Matisse, especie de fiera libre de la pintura, punto intermedio entre Cézanne y Picasso. Para nombrar a este último, pasemos por el grupo de sus compañeros y discípulos: Braque, hagamos una pausa más o menos larga y luego Lothe, Gleizer, Leger, Juan Gris. En Picasso, a pesar de su valor solitario y personalísimo, no se encuentra la gracia liviana de Braque. Picasso nació en España... Braque es francés.

La Escuela Francesa cede su lugar a la Escuela de París. Esto se manifiesta en cada exposición particular o de grupo. Los pintores extranjeros encuentran en París su expresión como lo fueron en su época Roma y Madrid.

Todos los muchachos que vienen de nuestros países con el ansia de meterse en el ambiente artístico parisién, traen en los ojos un retraso de cuarenta años. Yo he visto cómo les es difícil a todos salvar la distancia, ponerse al día, comprender. Muchos se descorazonan. Muchos se ahogan, se pierden, renuncian. Un compañero mío después de una larga y estéril lucha para recuperar el tiempo perdido en nuestras academias, viendo muerto su entusiasmo, agotada su capacidad, hizo pedazos su caja de colores. Esto es tristísimo y el caso no es aislado. En Chile, este muchacho pasaba por ser "una de las esperanzas de más valor". ¿De quién es la culpa? De los que tienen en sus manos la dirección de nuestros museos y de nuestras academias. De los que invierten dinero fiscal en adquisiciones anacrónicas o motivadas por la amistad y el empeño. No hay más culpables. En nuestros centros de arte se respira, como ya lo he dicho en otra parte, el arte viciado de la Europa artística de hace medio siglo. Nuestros profesores enseñan pintura por recetas de cocina. Yo he conocido en Valparaíso a un "maestro" que pintaba e inducía a pintar "a lo Aman Jean"...

Alguien me da la noticia que acaba de proponerse la compra para nuestro Museo de Santiago, de un cuadro de Cézanne. Si la idea se realiza, no ha de ser la generación nuestra quien reciba la lección del solitario de Aix. Mientras tanto, nuestros artistas deben contentarse con el sentido de adivinación, el "sentido cachativo", como lo calificaba Alberto Ried, tan desarrollado en nuestra raza, o con las reproducciones que publican de vez en cuando las revistas, o con grabados deficientes y, en fin, con las cartas entusiastas que firmamos aquí los que hemos tenido la suerte de escapar, de salir, de venírnos, y que llevan hasta la ribera del Mapocho, fuente inagotable de innumerables "manchas de sol", un aliento, un recuerdo, un llamado, una esperanza.

París, enero de 1927.

(*El Mercurio*, Santiago, 13 de marzo de 1927, pág. 7).

Alberto Rojas Giménez

Bajo el mismo techo que albergó las máquinas innumerables del último salón del automóvil y la multitud de cuadros del Salón de Otoño, del año pasado, se alinean hoy las interminables hileras de cuadros que componen este Salón de los Independientes de 1927.

Como de todos los salones de pintura que se abren en cada estación del año, el espectador sale fatigado, abrumado por el número de telas expuestas.

Los cronistas se hacen la pregunta ineludible: ¿Es mejor o peor este Salón que el de los años anteriores? Pregunta que abarca el conjunto y que hace mucho tiempo no encuentra una respuesta precisa.

El Salón de este año no es ni más malo ni mejor que el de los inmediatamente precedentes. Sin embargo, esta línea que podríamos llamar normal, acentúa la impresión de que por una vez más se manifiesta el estado de vacilación y de orientación débil de las fuerzas nuevas.

Hay demasiada veneración por los maestros actuales. Sin haber en la sala un solo cuadro de Picasso, de Vlaminck, de Braque o de Derain, nos encontramos a cada paso con sus imitadores y discípulos.

Los jóvenes de hoy olvidan que en su juventud los maestros que hoy veneran no pecaron por falta de combatividad. Salón de los Independientes... El nombre parece haberse gastado y va perdiendo su orgulloso significado.

En la pintura de hoy día, hay dos nombres que limitan: Cézanne y Picasso. Los que vienen de Cézanne no llegan hasta Picasso. Quiero decir con esto que sólo Picasso ha podido tomar la delantera en la búsqueda, dejando muy atrás, a enorme distancia, al grueso de los artistas de su tiempo.

Yo no sé si todavía en Chile se acepta o se discute el nombre de Pablo Picasso. Al decir que va solo y adelante en la elaboración de su obra pictórica, he querido dar a entender que es el único que, poseyendo la sabiduría técnica de un clásico —recordemos su exposición de 1923— continuó el camino de Cézanne descubriendo e incorporando al mundo plástico continentes imprevistos, conservando siempre una línea estética personalísima que prueba la seriedad de su obra y de su inquietud.

Creer y repetir que Picasso es un fumista o un acróbata de la pintura es pueril y ridículo.

El corazón de la pintura de nuestro tiempo está en París. Y aquí en París el nombre que marca el punto de vanguardia a que ha llegado la evolución de los conceptos y de la técnica pictural, es el nombre de Picasso.

París es el mercado y la escuela de la pintura actual, como lo fueron en su tiempo, Roma y Madrid.

En Francia, la escuela francesa cede su lugar a la escuela de París. Esto se manifiesta en cada exposición particular o de grupo. El núcleo de pintores extranjeros ha encontrado en París su medida y su expresión. No se puede decir, por ejemplo, que Picasso es un pintor español o que Manuel Ortíz de Zárate es un pintor chileno. Y los pintores rusos,

*El artículo "¿Y en Chile? Los Independientes de 1927", es muy similar al anterior, "Pintura nueva". No obstante, en este último, Rojas Giménez aporta nuevos elementos al tema en cuestión.

polacos, yugoslavos, italianos u holandeses que en la atmósfera parisiense devinieron célebres, han ligado sus nombres a la pintura francesa y París reconoce en ellos al hijo legítimo.

Hablando de Modigliani, nacido en Italia, André Salmon, crítico francés, decía: *Notre grand peintre de nous*. Y si a mí me pidieran un juicio sobre el japonés Foujita, cuyas telas alcanzan precios altísimos, yo no titubearía en decir que es el mejor calígrafo parisién...

He visitado el Salón de los Independientes de 1927 y, aunque la crónica presente debiera tener un carácter meramente informativo, no he podido evitar de hacer las reflexiones precedentes. Escribir sobre pintura para anotar un puñado de nombres que en Chile a nadie dirán nada o relatar la crónica social del *vernissage* y recordar la presencia de la condesa tal o del poeta cuál frente a las telas expuestas, no me interesa.

Yo tengo un gran amor por la pintura. Mis mejores amigos son pintores. Recuerdo continuamente a los jóvenes pintores que quedan en Chile y a ellos dirijo estas líneas. Hay entre el grupo que frecuenta nuestra Escuela de Bellas Artes, muchachos de verdadero talento a quienes sólo les falta ambiente, campo de visión y comparación. Se dice y es verdad, que el público moderno comprende tanto de cine como los antiguos griegos entendían de escultura. La razón es sencillísima. A los griegos se les mostraba en las calles y en las plazas la obra de sus escultores. El espectáculo más a la vista que existe en nuestro tiempo es el cine. A fuerza de ver, el público se educa, sigue la línea progresiva del arte y se forma un sentido crítico verdadero. Si con la pintura se hiciera lo mismo, si las exposiciones fueran continuas y populares, la incomprensión de las tendencias, la ignorancia del estado a que llega la técnica y la concepción pictórica, sería pequeñísima. Los muchachos que vienen de nuestros países traen en los ojos un retraso de cincuenta años. Muchos, incapaces de salvar la enorme distancia, se descorazonan y se ahogan. Los demás están obligados a pagar un caro tributo de iniciación. La razón o más bien dicho la culpa, es de nuestros museos y sus direcciones. En nuestras academias se respira el aire que se respiró en Europa hace cincuenta años. Los maestros de nuestras juventudes marcan el paso, todavía, que aprendieron de pintores europeos ya desaparecidos en cuerpo y alma. En 1927 se lanza la idea "revolucionaria" en Chile, de adquirir para nuestro pobre museo una tela de Cézanne. Es bien de temer que si la adquisición llega a realizarse sea la generación venidera quien reciba la lección de Cézanne con sesenta años de retardo.

París, enero de 1927.

(*La Nación*, Santiago, 15 de marzo de 1927, pág. 9).

DE MONTMARTRE AL BARRIO LATINO

Alberto Rojas Giménez

Hay bastante distancia, sin duda, desde *la Place du Tertre* hasta los confines de *Boul Mich*. Y si una *midinette* pone una hora entre uno y otro punto, hay hombres a quienes les ha sido necesario el transcurso de veinte años.

Francis Carcó es uno de estos hombres. Escritor bien conocido, su último libro es el guía anecdótico de este viaje.

Apollinaire decía que Carcó realizaba para el público femenino el ideal del hombre moderno. No es grande: es esbelto y pálido. Canta y danza a la maravilla. Algunos vicios alimentados con discreción, le mantienen en perpetuo olor de santidad sobre el cual es mejor no insistir. Frecuenta el circo y los *bals-musettes*. Gusta de las literaturas simples y busca lo pintoresco en la realidad de las existencias al margen de la sociedad. Vivió la bohemia de los años precedentes a la guerra y conoció a todos los que hoy día en las artes de París tienen un renombre.

De Montmartre au Quartier Latin... Francis Carcó hace el camino retrospectivo de sus recuerdos. Acompañándolo, vamos reconociendo hombres y lugares que nosotros, a pesar de nuestra joven edad parisina, ya hemos aprendido a guardar con cariño al fondo de nuestra memoria.

Es la historia de la bohemia moderna. Es el relato de los años de miseria y de risa que todos los artistas del mundo y de todos los tiempos cuentan en su juventud. La capa de Villon no se ha perdido ni se perderá jamás. Cada generación la lleva sobre los hombros. Ya su alrededor se congregan las horas, los días, la "edad perdida", que forja el espíritu y alimenta la inquietud del artista verdadero.

... ta* de anhelo perdurable que se aparte o reniegue del tiempo en que todo se aprende fuera de los libros y en que los signos de vida se encuentran despreocupadamente, un vaso en la mano, en la errancia de las grandes ciudades, en el hambre, en los diálogos interminables e incoherentes, en la aventura de la noche o en el soliloquio desesperado!

A los veinte años poco se sabe del mundo. Y es sólo en la aventura, en el riesgo, en la existencia sin cálculo y sin límite, en el torbellino inmenso del mundo donde se aprende la palabra justa, la actitud valadera, la ciencia del corazón, el paso decisivo.

Desconfiad del miedoso o del acicalado que proclama el orden cotidiano, la tarea fácil sin poder contar en su vida una victoria o una creación. La obra suya no será sino el pillaje en el ajeno jardín, en la arboleda ajena que soportó sin duda el asalto de la insatisfacción y la malaventura.

Nada se recoge, nada se aprende sino viviendo. Hasta la sonrisa no es sino el fruto de una larga experiencia. Y la vida espera en la encrucijada, más allá de la sopa cotidiana, más allá del sillón confortable, más allá de las pantuflas domésticas.

Utrillo aparece en las primeras páginas del libro. *Monsieur Maurice*, como le llama con respetuoso cariño su protector M.G. Ahí está, callado, frente a su caballete que sostiene una tela cruzada de líneas a la regla. "Mirándolo, dice Carcó, yo experimentaba cierta sorpresa al descubrirlo idéntico a la idea que por su pintura me había formado de él. Algo de exaltado y de penoso, de sumiso, de hostil a sí mismo, de desconfiado, de natural y de confusamente sensible e irónico lo rodeaba, lo precedía".

Luego es Max Jacob que habitaba el 9 de la *rue Ravignan*, en una especie de jaula en la que, como sólo motivo ornamental se veían los signos del zodíaco trazados sobre los muros con tiza verde y rosada. En ese tiempo, Max Jacob no era todavía el santo hombre del monasterio de Saint-Benoist-sur-Loire. Y si alguna vez conducía a sus camaradas hacia el *Sacre Coeur* y se llegaba hasta la capilla de la Virgen donde se arrodillaba, se persignaba y caía en éxtasis, era sólo al día siguiente de alguna orgía, razón suficiente para que los poetas que le acompañaban de ordinario, se durmieran irreverentemente frente a la sagrada imagen y en el santo lugar.

Max Jacob se preocupaba poco de la inquietud de sus vecinos. Rezaba en voz alta,

*Inconcluso en el original.

suplicaba a la virgen de ayudarlo a vencerse, la llamaba María, la tuteaba, le narraba sus miserias. Aquello producía escándalo y sus compañeros lo abandonaban. Luego en los bares de la cercanía un poeta declaraba a las mujercuelas estupefactas: "No hace una hora señoritas, en compañía de Max Jacob yo pedí a Nuestra Señora, la Virgen, que vigilara vuestras noches"...

Mientras tanto, Max Jacob descendía paso a paso la colina y entraba en alguna farmacia, donde se procuraba éter. Era su hábito. Vestido de un largo sayal forrado de rojo, entraba en su jaula, se acostaba, se emborrachaba de éter, veía al Cristo, le informaba de sus trabajos por los que los costureros Poiret y Dorcet se interesaban igualmente y le contaba mil historias fantásticas.

A pesar de su afición a los tóxicos y a su vida desordenada, sus maneras distinguidas y su gentileza sin límites le hacían perdonar sus extravagancias y permanecía sin inquietud en el inmueble. Si alguna pobre mujer del barrio, conocedora de su reputación, venía a suplicarle que fuera a buscar a su hijo y le indujera volver al hogar, se ponía un pequeño sombrero adecuado a las circunstancias y salía en busca del hijo descarriado. Siempre realizaba el milagro de traer al desertor hasta la casa materna. Otras veces, una vecina entraba en su pieza intempestivamente y le rogaba "echar las cartas". Max Jacob abandonaba su trabajo, cogía el naípe y cantaba la suerte de la supersticiosa. La pieza de níquel que la visitante abandonaba sobre sus manuscritos la daba enseguida al primer pordiosero que encontraba en la calle.

Utrillo, Max Jacob, Picasso, Mac Orlan, Apollinaire, todos los jóvenes artistas de ese tiempo alternan en el libro con los dueños de café, los hoteleros indulgentes, los patrones de *bistrot*, y los *cabaretiers* en boga. El *Latin agile* era el cenáculo preferido. Allí se incubó el cubismo, en discusiones febriles, al son de la guitarra del buen Fredé. Picasso pontificaba: "Si quieres hacer un retrato, no olvides de poner las piernas al lado del cuadro". "Y si haces un paisaje, es preciso que aquello se parezca a un plato". Y cada uno aplaudía.

"La carrera de Picasso, debía escribir más tarde Roger Allard, es una obra maestra, una de las pocas obras maestras de nuestro tiempo. Tanta paciencia junto a tanta decisión, tanta aplicación minuciosa bajo una desaliñada fantasía, audacia calculadora, prudencia de aires evaporados, un arte reglamentado en la fuerza y libre en el artificio, es suficiente para componer una personalidad singularmente cautivadora".

"Tiempos felices, escribe Carcó, en que los días se perdían inútiles y nos reuníamos en la noche junto a las mesas y del excelente Fredé. Soportábamos alegremente la miseria, sin inquietud del día venidero ni temor de ninguna suerte porque cada uno de nosotros, empujado por su destino, respondía al llamado. No pensábamos sino en vivir, los más pobres alojando en casa de los otros y pagando en canciones la cuenta creciente".

Luego es la dispersión del grupo. Los pintores que empiezan a conocer el triunfo, abandonan Montmartre y se instalan en el lejano Montparnasse. Los escritores que escuchan el llamado del editor acuden al *Quartier Latin*. Sin embargo, la vida continúa. Se ha hecho una parte del camino, se ha envejecido un poco, pero la existencia es la misma. En Montparnasse como en Montmartre el viento no es más favorable. Limitando con el reinado de Paul Fort, que tiene su asiento en la *Closerie des Lilas*, Apollinaire comienza a reinar a lo largo de la *Rue de la Gaité* y llega hasta el cruce del *boulevard* Montparnasse con el *boulevard* Raspail. Data de entonces la gloria del café de *La Rotonde* y del *Dôme*.

En *La Rotonde*, dibujando incansablemente, aparece Modigliani.

Es el héroe de Montparnasse. Hasta su último día se debatió en la miseria más espantosa. Un mercader de cuadros había creído en él. Trató de lanzarlo, se estrelló contra la incompreensión del público, se cansó y lo abandonó. Modigliani erró en el París hostil, sin

dinero, con hambre, una bufanda roja anudada al cuello. Luchó desesperadamente. Aceptó, para pintar, que un segundo comerciante lo encerrara en una cueva dispuesta como taller y le pagaba cada noche un puñado de francos insuficiente para su sustento. Una fatalidad parecía pesar sobre el artista. Era hermoso; el alcohol y el infortunio lo degradaron; inteligente, orgulloso y dulce, enamorado de su arte, la vida le humilló y le hizo expiar con la muerte la audacia de creer en la existencia de secretos destinos.

Chez Rosalie, rue Campagne Premiere, pequeño restaurante concurrido por los pintores del barrio, él decía a la patrona:

—Tú debes alimentar a los artistas.

—¿Y por qué?

—Porque un artista, respondía Modigliani, no puede ganar su vida. Pinta... ¿Y el resto? Pffft! ¿Quién lo sabe? Mira...

Y tomando su lápiz dibujaba en el muro un croquis formidable. Luego preguntaba a la maritornes:

—¿Te gusta esto?

—Bueno, concluía la patrona siéntate y come...

Durante largos años el hambre en el vientre y bebiendo sin medida, porque un amigo siempre ofrece un vaso, Modigliani llevó la existencia más desordenada. Las mujeres languidecían de amor por él. Pero el pintor las dejaba antes de que el lazo fuera demasiado estrecho.

Murió tísico en 1919. Su última querida se arrojó por el balcón a la noticia de su muerte. Y sus telas empezaron inmediatamente a venderse. Hoy día alcanzan precios fabulosos. Es más: la fortuna de que gozan muchos de sus camaradas que le sobreviven, se debe a los cuadros que él les regaló a cambio de una comida, de una pieza de hotel, de una botella de vino. Detrás de su ataúd que, por una ironía suprema, vacilaba al peso de las coronas y las flores de gran precio, seguía una multitud enorme. Todo Montmartre y todo Montparnasse. Pintores, mujeres, escritores. Los policías, al paso del cortejo, juntaban los talones y saludaban. ¡Los mismos policías que tantas veces lo habrían llevado ebrio a la comisaría! Era la inútil venganza que comenzaba para el artista que, como ninguno de los que le acompañaban en el paseo último, había carecido de todo en la tierra.

París, febrero de 1927.

(*El Mercurio*, Santiago, 20 de marzo de 1927, pág. 7).

MANUEL ORTIZ*

A. Rojas Jiménez

Se exponen en la sala Bernheim sesenta telas de Manuel Ortiz. Es la labor de dos años. Desnudos, retratos, paisajes, naturalezas muertas. Al entrar en la sala una alegre sensación de claridad nos acoge. La pintura de Ortiz es exuberante de color, sólida y simple de construcción.

*Una parte de este artículo aparece en *Chilenos en París*

Hace algún tiempo, en los cafés de Montparnasse, el pintor declaraba haber descubierto el secreto de la luz. En su taller, sobre una muralla, había fijado la fórmula preciosa: Un cuadrado azul encerrado en una esfera roja y ésta contenía un triángulo amarillo.

Poseedor o no del codiciado secreto, Manuel Ortiz no olvida que si el color es un símbolo, la luz es la realidad. Su pintura es robusta y seria. Con inquietud de buena ley, Ortiz ha buscado la verdad plástica en todos los dominios de la técnica. Esto le ha proporcionado la poderosa simplicidad que aparece en cada obra suya. Sin embargo, a pesar de su técnica simple y sobria, la inquietud, el impulso libre se manifiestan y asoman continuamente en sus cuadros, especialmente en sus paisajes.

Manuel Ortiz salió de Chile a los veinte años. Veinte años ha pasado en París por español. Sólo Guillaume Apollinaire anduvo próximo a la verdad llamándolo patagón y araucano... Y hace veinte días adquirió la ciudadanía francesa.

Para nosotros, artistas jóvenes de Chile, Manuel Ortiz es un ejemplo y una divisa.

Su vida de esfuerzo continuo y entusiasta, el lugar que hoy ocupa en París y que ha ganado sin dobleces ni lucro de ninguna especie, nos dan la norma del hombre y del artista. Ha conocido la miseria y los días grises en que el espíritu mejor templado vacila.

Ha conocido la envidia del compañero, la mala amistad, ha sido el "extranjero" durante mucho tiempo, pero no ha cedido ni al desaliento ni a la amargura. Su obra es honesta y Ortiz no ha comprado nunca un artículo.

Vale más, muchísimo más que innumerables pintores cuyos nombres alcanzan una cotización inmerecida. Buen camarada, sencillo, lleno de generosa vitalidad, no tiene la pose del Maestro, y sin embargo, no son pocos los que lo siguen y le imitan.

París, febrero de 1927.

(*La Nación*, Santiago, 22 de marzo de 1927, pág. 9).

ALREDEDOR DE MARCEL PROUST

Alberto Rojas Giménez

Recién comienza en Francia a hablarse con reposo, con serenidad, de Marcel Proust. Su nombre ha llenado las discusiones literarias de los últimos cinco años. Es lo que ha tardado de alejarse de nosotros para ser juzgado con equilibrio. Antes seducía o mortificaba. Seducía demasiado o mortificaba demasiado. Sus períodos interminables, sus descripciones minuciosas, la falta de acción de su obra, ahuyentaban a ciertos lectores. En cambio otros se sentían atraídos por su terrible sinceridad, por el análisis profundo, por la sabiduría de los secretos del corazón que alienta en cada una de sus páginas.

La figura misma de Proust, que había pasado desapercibida en la vida, comienza ya a adquirir el prestigio de la leyenda. En Londres y en Holanda se juntan sociedades destinadas a su lectura y a la difusión de sus libros. Leerlo es algo así como adquirir una nueva profesión. Hasta no hace mucho tiempo se ignoraba que aquel hombre sin conversación y de trazos mezquinos tuviera siquiera talento. Hoy todos saben que padecía del estómago, que el ruido le era intolerable, y que escribía con letra menuda, en el lecho, en una pieza

de muros acolchados que impedían el paso de los rumores exteriores y con guantes negros en las manos.

Marcel Proust es un teórico y un pedagogo del esnobismo. No hay ejemplo de una crónica más justa de este vicio social que sus libros. Víctima del esnobismo a pesar de su fina inteligencia, nadie como él ha sabido analizarlo, describirlo, revelarlo. De ahí que sus obras sean buscadas de preferencia por la gente bien, como un espejo o un retrato fiel y ahí está el atractivo doloroso, la intimidad patética de su obra entera.

En la obstinación y minuciosidad con que describe el gran mundo se adivina que Proust, conociendo los defectos y el peligro, no pudo librarse de la embriaguez y del amor de los grandes nombres. Sus observaciones sociales son de una agudeza incomparable. Pero queda la impresión de que el autor se entretiene demasiado en acariciar el abolengo de sus héroes y esto establece un desequilibrio. Cientos de páginas destinadas al análisis de un vicio que sólo absorbe la existencia de una minoría, es excesivo. A causa de estas descripciones numerosas y extensas, la lectura es lenta y fatigadora. A menudo se pierde la contemplación del conjunto. Hay trozos de la obra de Proust que a mí me han dado la impresión de hacer un viaje interminable o escuchar una conversación adormecedora. Es cierto que éstos son defectos que pudiéramos llamar exteriores. Pero son peligrosos defectos. Peligrosos por el contagio. La influencia de Proust en muchos talentos jóvenes europeos o americanos, es notoria. Muy pocos son los que la han recibido con beneficio.

Sin embargo, ¡cuántas páginas de exaltada poesía, de encendido lirismo! En *La Prisionnière* o en *Albertine Disparue* hay fragmentos insuperables e inolvidables. Allí hasta los mismos defectos, la lentitud, la insistencia del relato, devienen cualidades. Yes que en esos trozos, Proust aborda temas como la decepción amorosa, los celos o la tragedia de la muerte, que no perderán jamás su importancia y su grandeza.

Esnobismo y enfermedad parecen ser los *leits motives* de toda su obra. Y además la sexualidad. ¡Pero cómo es difícil de localizar, cómo es intangible la sexualidad en sus héroes! Toda la obra de Proust nos parece animada de sexualidad. Sin embargo, no sabríamos indicar una página que la condense. (Ya aquí, entre paréntesis, debemos confesar cómo nos parece inexplicable su presencia constante en manos de cierta juventud que divide su tiempo entre el *flirt*, el ocio y *sport* elegante).

En su totalidad, la obra de Marcel Proust es considerable. Sin embargo, la sensación de haber quedado inconclusa, inacabada, es ineludible.

La falta de construcción en un sentido arquitectónico, provoca esa fatiga de que hablaba. La lectura continua de sus páginas es todo un heroísmo. Faltan a su obra los elementos externos que hacen la apoyatura y el descanso. Falta la anécdota que nos refresque y nos limpie el análisis. Se inicia sobre una línea que va desarrollándose indefinidamente, resolviéndose sobre sí misma en espirales, descendiendo a profundidades de oscuridad siempre llevada por una fuerza lúcida y fina: la memoria.

Uno de los mejores estudios sobre Proust que he leído, está firmado por Paul Valery. Valery confiesa conocer apenas algunas páginas de Proust. Y allí está su magnífica originalidad: cualquier trozo de su obra es ella entera.

James Joyce nos da la impresión de bajar a su propia profundidad para dar cuerda a su monólogo interior; pero él queda visible y distinto, coexistiendo independientemente. En tanto que la presencia de Proust está siempre palpable, dolorosamente palpable en todas sus introspecciones.

París, marzo de 1927.

(*La Nación*, Santiago, 19 de abril de 1927, pág. 5).

LA EXTRAÑA MUERTE DE LISBETH KOLOMAK

Alberto Rojas Giménez

Un pequeño libro de edición humilde. Un título: *Muerta por la vida. Confesión de una niña*. Y esto ha bastado para conmover toda la Alemania desde hace dos meses.

Yes que en el prefacio, la Superiora del Convento de las Ursulinas de Haseluenne, quien ha hecho publicar la obra por una editorial católica de Fribourg, anuncia lo siguiente:

“La que ha escrito este libro, murió antes de cumplir los dieciséis años. Tres meses más tarde, su madre encontraba, entre los libros de colegiala de su hija, un cuaderno en que estaban escritas sus memorias. Después de leerlas, la madre añadió los propios recuerdos de los últimos días que pasó al lado de la niña en el hospital y enseguida llevó el cuaderno al maestro de su hija en la esperanza de convencerlo de que su discípula había sido desgraciada, pero no culpable...”

El lector se siente intrigado y voltea las páginas del singular librito. Por un encadenamiento de circunstancias desgraciadas, la pequeña Greta Macham, inocente niña de quince años, es arrestada por la policía y enviada a un hospital con un grupo de mujeres en cuyo número se creyó justo contarla.

¡Pobre Greta Macham! Yo me la imagino con sus trenzas rubias cayéndole hasta la cintura, su frente amplia y pura, sus ojos celestes abiertos al espanto.

Guardada por fuerza en el hospital, médicos brutales la someten a un tratamiento que su cuerpecito joven y limpio de toda mancha no necesitaba. Sus protestas de inocencia no son escuchadas. Greta muere al cabo de pocas semanas en medio de atroces sufrimientos.

Eso es todo, y las páginas que encierran la historia, las páginas sobre las cuales la niña infeliz ha ido anotando sus días terribles, su padecimiento inenarrable, son páginas de una inmensa emoción humana, de una verdad tan cruel y amarga, que el lector no puede evitar un sentimiento de revuelta e indignación.

El libro aparece e inmediatamente los contornos del drama se precisan.

Se descubre primero que la ciudad en que ocurren los dolorosos acontecimientos, y que la autora de las memorias no nombra siquiera, es Bremen. Luego se sabe con certitud que bajo el seudónimo de Greta Macham vive Lisbeth Kolomak, víctima del drama acaecido hace tres años y que la obrita recientemente publicada relata en toda su triste verdad.

El libro comienza a leerse y en pocas semanas alcanza un tiraje excepcional. El público se apasiona por el *affaire* Macham. Los periódicos de la izquierda se interesan en el asunto. Se hacen encuestas. Se interroga a la Dirección del hospital, a la policía, se hace, por fin, una cuestión de política. Alemania entera sobresaltada. En los cafés, en las calles, en los teatros, el nombre de Lisbeth Kolomak se pronuncia con piedad. Y la niña desconocida conmueve el corazón de todos los hombres de su país.

Los médicos del hospital en que soportó su calvario no responden, se niegan a responder con precisión a la encuesta establecida. La policía declara que todo aquello no es sino una leyenda, un puñado de mentiras basadas en testimonios recogidos entre las mujeres públicas de Bremen para atacar a la policía de salud, atraer la atención pública y desviarla de acontecimientos de mayor importancia. Por fin, se arguye que una niña de quince años es incapaz de escribir de la noche a la mañana una obra de un valor artístico parecido al libro en cuestión. Una virgen no ha podido ser la autora de un “documento humano” de

tal importancia. Pero los expertos declaran y certifican que la escritura del manuscrito corresponde a la caligrafía de la niña muerta.

De pronto, un golpe de teatro cambia la faz del asunto. Después de largos interrogatorios, la señora Kolomak, madre de la pequeña Lisbeth, hace una declaración sensacional.

¡Ha sido ella misma quien ha escrito el libro!

Sí; no pudiendo soportar la afrenta de ver a su hija preferida víctima de un error monstruoso; no pudiendo soportar que la maledicencia poblana destruyera el nombre inocente de su hija más querida, ella, la madre, comprende que su deber era defender el recuerdo de la pobre niña y se decide a probar y proclamar su no reconocida inocencia.

Entonces, haciendo esfuerzo de memoria, recordando las confidencias de su hija hasta en sus menores detalles, comienza su obra de vindicación. Día y noche trabaja para llegar a imitar sin dificultad la escritura de la pequeña Lisbeth. Día y noche su corazón y su cerebro tratan de realizar la obra piadosa. Y escribe el famoso cuaderno.

La pobre mujer, que quizás en toda su vida no habría escrito más de una docena de cartas a sus parientes en las fechas solemnes en que en todo hogar alemán hay alguien que sobre una cuartilla o sobre una carta postal desea la alegría y la felicidad a algún ser distante y querido, compone en algunos días la defensa del fruto de su vientre, escribe un diario estremecido de pasión, una obra maestra, quizás única, de literatura realista.

La tarea realizada, la madre infeliz va con su cuaderno bajo el brazo a visitar al maestro de escuela que dirigía la educación de Lisbeth. El maestro escucha la súplica de la mujer dolorida, se cala sus gafas de borde de carey, tose, hojea las páginas reveladoras. Una hora transcurre en silencio. Leída la última línea, el profesor levanta sus lentes, saca un gran pañuelo de sus bolsillos y enjuga las lágrimas que corren abundantes por sus mejillas.

Ha sido el primero en llorar sobre el recuerdo y la verdad terrible.

Luego es la Superiora de las Ursulinas que ha conocido a la víctima desde su más tierna infancia y quien decide vengar de manera absoluta la memoria inocente de Lisbeth Kolomak.

El libro se publica y suscita polémicas. La agitación pública es tal, que la policía interviene y juzga que, siendo toda poderosa, bien puede asegurarse el privilegio de una vigorosa ofensiva.

Una noche, los gendarmes golpean la puerta del convento donde se refugia la madre de Lisbeth, para librarse de la curiosidad pública. Piden hablarla. La invitan a seguirlos. Y aquí viene el epílogo o el entreacto inesperado de este drama.

Un funcionario declara a la pobre mujer:

—Usted ha sido arrestada por existir acusaciones que la culpan de haber sido usted misma quien ha empujado a su hija a la prostitución...

¡*Leben ist so!*, se dice en Alemania. La vida es así... Contradictoria, inesperada caja de sorpresas.

París, marzo de 1927.

(*El Mercurio*, Santiago, 24 de abril de 1927, pág. 5).

SEIS DÍAS

Alberto Rojas Giménez

La ronda de los Seis Días fue una invención americana. De New York vino a Europa. Actualmente, casi todas las grandes capitales del Occidente cuentan en su año deportivo la carrera fantástica que dura seis días y seis noches.

Como en todo espectáculo de nuestra época, un tumulto de intereses, de pasiones y de entusiasmo se desencadena a lo largo de su desarrollo.

En París, el torneo adquiere un interés inmenso. Los equipos en lucha son internacionales. Y el público que llena el recinto en que se realiza la prueba, es el *cocktail* gigantesco que mezcla todas las razas, todas las clases sociales, todas las actividades.

Es la noche del quinto día. Sobre la gran pista de madera del *Vel d'Hiv*, quince hombres dan vueltas sin descanso. Curvados sobre la dirección de sus máquinas ágiles, atentos sólo a la voz ronca y formidable de los altoparlantes, sus músculos que durante una semana han de rechazar la fatiga, van engendrando la velocidad que les es precisa en la carrera sin término.

La multitud reconoce a sus favoritos y el nombre de cada uno vuela de boca en boca, escoltando el paso de los corredores. "¡Ahí va Lacquehay!". "¡Aquel es Van Kempen!".

Durante el día el tren de la carrera es monótono. Se corre para no caer. La tregua que ofrece la ausencia de la muchedumbre se aprovecha para hacer el aseo del Velódromo, Montañas de periódicos, de cáscaras de bananas, de botellas vacías... Es la huella del monstruo de brazos y pupilas innumerables.

Llega la tarde, se alumbran bajo el techo de lona las lámparas eléctricas, la multitud acrece y la fiebre del entusiasmo sube a su grado más alto.

Comienzan las primas. La voz grave de un altoparlante anuncia un premio: "El San Durand ofrece trescientos francos al ganador de seis vueltas!".

El clamor oceánico del público cesa de pronto. Los corredores se agrupan conteniendo sus energías en juego. Suena un disparo y la lucha comienza. Ahora el tren de la carrera es frenético. A una velocidad fantástica los contendores devoran la distancia que los letreros luminosos van marcando. La muchedumbre vocifera, silba o aplaude. Una ovación acoge el nombre del vencedor.

Apenas si hay un minuto de tregua. Las ofertas se suceden. Los grandes establecimientos comerciales, como las *vedettes* de *Music Hall* o los artistas de renombre, todos aprovechan de la *réclame* sonora de los Seis Días. Los premios se multiplican. El aire es denso, humoso, casi irrespirable. Rodeando la pista se elevan las galerías, repletas, compactas. Son los *populaires*, los que mejor gozan del espectáculo, abarcándolo en conjunto. Son los iniciados, los virtuosos, los fanáticos del ciclismo. Los hay que no ceden su lugar antes de veinticuatro horas de afiebrada contemplación. Sin cuello, con el cigarrillo apagado entre los labios y la casqueta inclinada sobre los ojos enrojecidos, allí están, vigilando el juego de sus favoritos.

El centro de la pista está invadido por una multitud diferente. Allí el público va y viene, busculándose, atropellándose, y del cual sólo una parte, la que tiene la fortuna de estar pegada a la barrera, puede asegurar que ve algo.

Pero nada importa. Los que no ven, se contentan con estar allí, con escuchar el bullicio, con beber un vaso de cerveza, respirar el aire viciado, admirar el paso de las mujeres elegantes y, de vez en cuando, divisar por sobre el horizonte de cabezas humanas, las sombras fugitivas de los corredores que remontan un extremo de la pista.

Estar allí. Haber hecho cola durante dos horas frente a las boleterías sólo para adquirir el derecho de estar allí, de formar parte del público de los Seis Días. Es preciso tener desarrollado el sentido pintoresco de la vida para comprender el placer de sentirse un número entre la multitud que llena los recintos consagrados por el esnobismo.

Y para percibir la belleza indiscutible y apasionada de las muchedumbres, basta con ser un hombre de esta época. Nuestros abuelos se extasiaban contemplando el paso lento de las nubes sobre los ocasos de rosa.

El ocaso de nuestros días está acribillado de lámparas eléctricas. Sobre nuestras ciudades, las nubes oscuras del humo de las fábricas han desplazado a las pálidas y vaporosas nubes de otro tiempo. A la carrera melancólica de una diligencia preferimos la segura velocidad de un avión.

El poeta de ayer cantaba el adiós de los veleros al dejar los puertos. Nosotros exaltamos la ronda de los ciclistas que giran invisibles sobre la pista inclinada, vencedores del tiempo y la distancia.

(*La Nación*, Santiago, 31 de mayo de 1927, pág. 7).

TEATRO NUEVO

Alberto Rojas Jiménez

Un arte no se renueva por el exterior. En tanto que la sensibilidad del artista no ha cambiado, las formas que él emplea para realizarse no tienen razón alguna para cambiar. Pero un alma nueva impone nuevas formas.

El teatro nuevo no es el resultado de simples modificaciones del decorado ni la creación de algún *metteur en scene* de fantasía más o menos ancha. Es el producto del espíritu que anima la vida de la posguerra.

En Francia, de Jodelle hasta Bataille el teatro ha evolucionado en línea directa sin otras modificaciones que aquellas que conciernen al tiempo de duración de la obra, a la unidad o multiplicidad de los decorados u otros detalles puramente exteriores. El fondo mismo del drama no se ha modificado. Su única manera de expresión ha sido el texto.

Una nueva visión del mundo, una nueva manera de pensar y de sentir, exigen un teatro que les corresponda. Nuestra sensibilidad no está de acuerdo con el contenido dramático rutinario. Hasta ahora el teatro nos ha dado un esquema del hombre demasiado incompleto. Cada dramaturgo lo ha estudiado desde un punto de vista diferente; se le ha cambiado de situación social y hasta de lenguaje; se le ha hecho marchar a través de las más diversas intrigas. Pero siempre ha quedado el hombre, el individuo analizable, tal que lo inventaron los humanistas. Y el hombre, en realidad, es mucho más que eso. Junto a su vida consciente corre el río de su vida inconsciente. Sus sueños oscuros, su memoria adormecida, sus instintos contenidos, lo complementan. En la sombra de su alma habitan los antepasados y el niño que fue y los otros hombres que hubiera podido ser. Y todo eso no acusa su presencia en el campo de la conciencia sino por breves relámpagos, formando

esa vida sombría y silenciosa que es su otra vida. Materia dramática inexplorada y riquísima.

Los grupos humanos tienen una vida propia, independiente de la de los individuos que los componen. Y al igual que un carácter aislado, cualquiera comunidad es una entidad dramática.

Pero el universo no es sólo el hombre y los grupos humanos. En torno a ellos está todo lo que vive, todo lo que vegeta, todo lo que existe. Toda la vida diaria y su misterio: la silla preferida, el árbol, la puerta que se abre o se cierra, la alcoba, la mesa con su olor a madera vieja, y la lámpara y el lecho y el mecánico corazón del reloj. Son las personalidades inanimadas, como la fábrica, o el navío, el bosque o la montaña. Quedan aún las fuerzas de la naturaleza: el sol, el océano, el viento, el calor, la bruma, la lluvia, más poderosas que el hombre y que lo oprimen, transforman su cuerpo, pesan sobre su voluntad, sellan su alma.

Éstos son los grandes dominios de la nueva dramaturgia. Se extienden hasta el infinito. Después del hombre y de su misterio interior, después de las cosas y su misterio, quedan los misterios más grandes. La muerte, las presencias invisibles, todo lo que está por encima de la vida y de la ilusión del tiempo.

Basta hacer este ligero inventario de toda la riqueza que se ofrece al teatro nuevo para darse cuenta de la insuficiencia de los procedimientos tradicionales en el momento de abordarla.

No se trata de hablar de todo esto, hay que hacerlo sensible. El diálogo no traduciría la vida inconsciente. La sola definición mataría su inconsciencia. Y la vida de las cosas exige un medio de expresión que sea adecuado.

Dice Gastón Baty: "El texto es la parte esencial del drama. Es al drama lo que el carozo a la fruta, el centro sólido a cuyo alrededor se ordenan las otras partes, los otros elementos. E igual que una vez saboreado el fruto, el carozo asegura el nacimiento de otros frutos parecidos, el texto, cuando se han desvanecido los prestigios de la representación, espera en una biblioteca que llegue el día de resucitarlos.

El rol del texto en el teatro, es el rol de la palabra en la vida. La palabra sirve a cada uno de nosotros para formularnos a nosotros mismos y comunicar eventualmente a los demás lo que nuestra inteligencia registra. Exprime directamente, claramente, nuestras claras ideas. Y exprime también indirectamente, nuestros sentimientos y nuestras sensaciones en la medida en que nuestra inteligencia los analiza; no pudiendo dar de nuestra vida sensible una transcripción integral y simultánea, la descompone en elementos sucesivos, en reflejos intelectuales, como el prisma descompone un rayo de sol. El dominio de la palabra es inmenso, puesto que abarca toda la inteligencia, todo lo que el hombre puede comprender y formular. Pero más allá todo lo que escapa al análisis es inexpresable por la palabra.

De nuestros sentidos a nuestra alma hay estrechos caminos que no cruzan la ruta de la inteligencia. La alegría directa, inmediata, que nos da un hermoso cielo, un bello paisaje, un cuerpo hermoso, la volvemos a encontrar purificada, pero no menos directa e inmediata en la obra pintada o esculpida que ha inspirado; y no encontraremos nada de ella en los comentarios literarios que dicha obra suscite; el placer que estos comentarios pueden proporcionarnos será absolutamente diferente. Así, intervienen en ese drama los medios de expresión plásticos, coloreados luminosos. Luego todos los otros: juego, mímica, ritmo, ruidos, música, etcétera.

Gracias a ellos podremos escapar a la rutina, pasar las fronteras, traducir en el drama integral nuestra integral visión del mundo.

París, mayo 1927.

(*La Nación*, Santiago, 5 de julio de 1927, pág. 7).

Crónicas desde Alemania

de Juan José Canals i Ferrer

La vida cotidiana en un mundo de guerra — guerra aérea — comienza a ser ya un mundo nuevo, un mundo de valores diferentes a los que se conocían hasta ahora.

La vida de guerra comienza a ser una vida de guerra. Los valores de la guerra se imponen a los valores de la paz. El mundo de guerra es un mundo de guerra. El mundo de guerra es un mundo de guerra. El mundo de guerra es un mundo de guerra.

La guerra es un mundo. El mundo de guerra es un mundo de guerra. El mundo de guerra es un mundo de guerra. El mundo de guerra es un mundo de guerra. El mundo de guerra es un mundo de guerra. El mundo de guerra es un mundo de guerra.

Los valores de la guerra son los valores de la guerra. Los valores de la guerra son los valores de la guerra. Los valores de la guerra son los valores de la guerra.

La guerra es un mundo. El mundo de guerra es un mundo de guerra. El mundo de guerra es un mundo de guerra. El mundo de guerra es un mundo de guerra. El mundo de guerra es un mundo de guerra. El mundo de guerra es un mundo de guerra.

Los valores de la guerra son los valores de la guerra. Los valores de la guerra son los valores de la guerra. Los valores de la guerra son los valores de la guerra.



EL CHILENO EN BERLÍN

A Joaquín Edwards Bello

En París causaba el asombro de algunos compatriotas conocedores de mi brillante pobreza, invitándolos cada domingo a mis tés de la *rue Vaugirar*.

A mediados de semana, bien podía yo carecer de domicilio, pero al llegar la tarde del domingo, a costa de un poco de ingenio, podía darme el honesto placer de reunir en una pieza, ofrecerles una taza de té, cigarrillos hasta una copa de *champagne* a las personas que distinguía mi aprecio.

La historia era sencilla. El apartamento, situado en un sexto piso, con balcones sobre el Luxembourg y pesados cortinajes, pertenecía a la marquesa de Epardaillant. Ella suministraba, además, un anafe, tazas y un gramófono. Tristán Tzara, el poeta dadaísta y Mohgadam, príncipe y pintor persa, que paseaba sin sombrero por el *boulevard*, contribuían con los cigarrillos. Los pasteles quedaban a cargo de Sonia, "la rusa más hermosa de las rusas viajeras", y se servía el *champagne* cuando mi destreza en el juego de lanzar las argollas ganaba algunas botellas en la feria de Lyon Denfert.

Los personajes más pintorescos del Principado de Montparnasse presidían aquellas reuniones.

Gilbertte, una modelo que hizo la gloria del malogrado Modigliani, aparecía envuelta en sus velos de viuda eterna y tocada con su eterno turbante plateado. Karis, el holandés-islamita, una de las atracciones del café *La Rotonde*, vendía entre los asistentes su autorretrato con el honesto fin de reunir fondos para la adquisición de una nueva levita, que diera a su figura un tono menos verdoso e invernal, y Dena Munroe amenizaba la hora con sus canciones de la vieja Francia.

El comentario de estas reuniones se esparció luego entre la colonia de mis compatriotas y se forjó la leyenda inevitable. Aquello costaba dinero y era reconocido el corto alcance de mi fortuna. En mi conversación se escuchaba con frecuencia el uso de las palabras germánicas, y era bien posible que estuviera en relaciones con los espías.

O más bien con el *Soviet*. Muchos aseguraban haberme visto en un *cabaret* ruso de Montmartre, hablando con hombres de largas y erizadas barbas y yo aparecía envuelto en un amplio gabán de pieles cuya procedencia de la estepa era indudable.

Mi viaje a Alemania debe haber favorecido la primera hipótesis. Y aquí en Alemania, en este Berlín de calles rectas y flamantes, yo he venido, a mi vez, a caer en el asombro que produce la vida inexplicable y misteriosa de ciertos hombres. Y esta vez el hombre se llama Rafael Silva de la Cuadra.

Hace cuatro o cinco años, Rafael Silva paseaba por las calles de Santiago su figura flacuchenta, pálida, encorvada, de grandes ojos oscuros y de pantalones demasiado anchos, colgantes, que le daban el aspecto de vivir como suspendido de una percha.

En aquel entonces estudiaba el piano. Un día desapareció de Santiago. Alguien habló de un viaje. Muchos creímos en su muerte. Era tan delgado, tan agachado, tan pálido...

Y he aquí, que después de varios años, paseando una tarde por las avenidas del *Tiergarten*, un hombre de luenga barba rubia y estirada figura rematada por el monóculo se detiene frente a mí, abre los brazos con estupefacción y exclama:

—¡*Menschenkind!* ¿Sind sie Rojas Giménez?

—*Jawohl, mein Herr.* ¿Und sie?

—Hombre, qué alegría. ¿No me reconoces?

En verdad, no lo reconocía. Aquella barba, aquel monóculo...

—¡Rafael, hombre, Rafael Silva!

Le di un abrazo, como el abrazo que debe darse a un resucitado. Hilvanamos la conversación, llena de preguntas atropelladas que hilvanan siempre dos hombres a quienes el tiempo y la distancia han mantenido largamente separados.

—Y bien, dime, qué haces en Berlín.

—Hombre, es historia larga. No me preguntes. Vivo, estudio el piano... Llevo aquí cuatro años sin ganar un *Pfenig*. Hago gimnasia...

Yo lo observaba. ¡Cuánto había cambiado en cuatro años! Ya no era el débil adolescente de las calles de Santiago. Ahora andaba erguido, con paso seguro y firme. Y la barba, rubia, rizada, le daba un aspecto de Juan Bautista, que no le estaba mal.

De pronto se detuvo y se despidió.

—Perdóname. Un asunto urgente. Te dejo. Ven a verme mañana temprano; seguiremos charlando.

Me anotó su dirección y se fue. A la mañana siguiente fui a verle. La dirección, según mis pensamientos, debía corresponder a alguna elevada buhardilla, en la que el piano y la cama no dejarían espacio para más de un visitante. Por una ventana alta y pequeñísima entraría el aire estrictamente necesario para los pulmones del morador. Y alguna mesa, de dudoso equilibrio, haría las veces de comedor y despacho. La vida difícil de los artistas en las grandes capitales me ha mostrado con frecuencia habitaciones de esta traza: el cuarto de Acario Cotapos en New York, el taller de Lipchitz y la vivienda de Marius André en París.

Pero esta vez debía equivocarme. Rafael Silva vivía en un primer piso, en una de las calles más céntricas de Berlín. Él mismo acudió a recibirme.

—Qué bien que hayas venido, pasa...

Me introdujo en un salón. Era el estudio. Divanes, estantes colmados de libros, cuadros, lámparas de enormes pantallas, *bibelots*, retratos de indescifrable dedicatoria. Preparó el té, encendimos cigarrillos y conversamos.

Del muchacho débil de Chile no queda en él sino el idioma. Y hasta el idioma va transformándose, llenándose de vocablos extranjeros, haciéndose más objetivo y preciso. En cuatro años de Berlín han variado sus fisonomías espirituales y físicas. Como todos los latinos que se radican en tierra sajona, ha pagado, primero, el tributo del choque de la raza. Luego, en la lucha por la vida, entre estos hombres de vida fuerte, ha encontrado el provecho de una escuela.

—“Y quieres que te diga algo de mi vida, dice. Como tú sabes, salí de Chile hace cuatro años. Llegué a Alemania en plena inflación. Entonces, tener un dólar en el bolsillo equivalía a poseer una fortuna. La existencia era atrozmente difícil para los alemanes. En cambio, los extranjeros se daban vida de grandes duques. Con un peso chileno se podía pagar el arriendo de un mes en un lujoso apartamento. Mis primeros quince días de Berlín los viví en un palacio. Escalera de mármol, lacayos de librea, buena mesa... Todo, todo lo que la holgura económica pueda proporcionar. Era el tiempo en que las vírgenes se ofrecían al transeúnte por un puñado de monedas o por una invitación a comer...”

Una noche, en un café de *Unter den Linden*, puse un dólar en las manos de una niña de sorprendente belleza. ¡Si tú la hubieras visto! Se me echó al cuello y me besaba las manos de alegría, loca de felicidad. Se llamaba Lenchen, y hemos continuado siendo amigos.

Las cosas cambiaron de la noche a la mañana; las finanzas germanas se enderezaron, pero aquel dólar oportuno selló entre nosotros la amistad de una vida.

La inflación, la miseria, el hambre... Tú no podrías imaginarte el aspecto de Berlín por aquellos días. Se especulaba con el cambio hasta en las letrinas. Pero ya te digo, de la noche a la mañana todo varió de golpe. Gentes que habían acumulado marcos de papel en la esperanza de un alza repentina, y que se creían multimillonarios, se encontraron de pronto con que no tenían un solo *Pfenig*.

Mis economías habían desaparecido y la vida empezó a serme difícil. Recuerdo haber pasado todo un invierno junto a las estufas del *Romanischen Café*, con el estómago vacío y mordiéndome las uñas. Tú sabes la necesidad aguza el ingenio y mis actividades se multiplicaron. Vendí gramófonos, por cuenta de una casa mayorista. Vendí máquinas de escribir, cuadros antiguos, cintas para sombreros, calcetines. Hice el intérprete para turistas españoles en un hotel central. Por las noches leía las líneas de la mano entre los clientes de los primeros *cabarets* que reabrían sus puertas pasada la tormenta de la guerra. Y así, haciendo el vendedor ambulante, el comisionista, el mago... me sostuve dos años. Ya en posesión del idioma, logré que me aceptaran como comparsa en los talleres cinematográficos. ¡Cuántas veces, vestido de frac, con el estómago vacío, tuve que sentarme frente a una mesa en la que humeaban viandas de utilería! ¡Cuántas noches de invierno, después de haber posado ante el objetivo, envuelto en suntuosos gabanes, salía del estudio sin tener un sobretodo o una bufanda que me protegiera del hielo cortante de las calles, camino de mi cuarto!

¿Pensar en Chile? Sí, pensaba en Chile, pero no en el regreso. Para mí la cosa es sencilla. O se queda uno en América, bien alimentado el estómago y el cerebro muriendo de inanición, o se temple el espíritu para correr todos los riesgos en Europa a cambio de una vida intensa y verdadera. Yo he preferido esto último, y tú también...

Yo no volveré jamás a Chile, si no es por paseo. Chile es un país hermosísimo. Pero los chilenos... Los chilenos tenemos dos características bien definidas: el modito de andar "a lo pato" y la mala lengua, la intriga, la maledicencia. Hace dos años reuní gente en mi casa para pasar la Noche de Navidad. Cada uno trajo lo que pudo para presentar el inevitable árbol de Pascua. Tuve que robar algunas ramas de pino en el *Tiergarten*. La noche se pasó alegremente. Tótila Albert había traído su cítara y nos ofreció un concierto estupendo. Entre los invitados había un solo chileno, un profesor que había venido aquí en comisión gubernativa. Toda la noche se lo pasó averiguándome cómo hacía yo para vivir en un apartamento tan bien puesto. Tuve que confesarle el secreto: el apartamento pertenecía a un amigo que andaba de viaje y yo cuidaba la casa durante su ausencia. ¡Dos meses más tarde se decía en Chile que yo me daba la vida de príncipe, gracias a que mantenía un garito clandestino!".

En el estudio de Rafael Silva he conocido a interesantes personalidades del mundo artístico berlinés. Y en Chile a Rafael Silva nadie lo conocía, nadie lo estimulaba, y para salir tuvo que reunir el dinero de su pasaje a costa de grandes esfuerzos.

En los últimos dos años, ya asimilado a la vida de actividad incesante que lo rodea, ha podido dedicarse plenamente a sus estudios musicales. Ha dado conciertos, en los que se le ha aplaudido y se le ha atacado. Es uno de tantos, en fin, que estuvo a punto de ahogarse en nuestro ambiente rarificado, en el que se pide a gritos a los concertistas que toquen el *Danubio Azul*, en el que se silba a Eric Satie, se desconoce a Acario Cotapos, y se escucha con placer la verborrea de conferencistas más o menos árabes o de poetas ramplones que recorren la América dedicando sonetos a las sociedades de beneficencia. Saliendo de Chile, Rafael Silva ha ganado un ciento por ciento. Es el fenómeno constante. Hay otros que salen y pierden la travesía, la aureola de latón que lleva grabadas estas palabras: GRANDE HOMBRE, MUY PREPARADO. Frasecita que les hizo fácil la existencia en la patria.

He conocido muchos de estos últimos que pasean por Europa, de capital en capital, de hotel en hotel, su aburrimiento y su vaciedad.

A los primeros, a los del viaje heroico, a los que han tenido largos paseos desesperados a orillas del Sena, del Támesis o del Spree, les está asegurado, cuando menos, el cielo ilimitado de la inteligencia.

Y a los otros, vueltos al marco dorado que aquí no encontraron, sólo les queda el comienzo del cuento, a la hora del humo y de la digestión.

—“Una vez en Europa...”. Y no tienen qué contar.

Berlín 1925.

(*El Mercurio*, 27 de diciembre de 1925, pág. 8).

GLOSARIO DE BERLÍN

Alberto Rojas Jiménez

No sé si alguien lo ha dicho ya; pero puede repetirse: Berlín es una ciudad sin tradición y sin carácter.

Todo aquí parece recién hecho: las calles, los edificios, los jardines. Hasta las gentes tienen el aspecto recién lavado y flamante de las casas y los monumentos.

El cielo mismo, de un azul descolorido en los días de fin de verano, da la impresión de ser frotado cada mañana a la hora en que se frotran los parques, las alfombras, las puertas y los vidrios en el interior de los *Wohnung*.

Los ojos no distinguen una columna de humo, elevándose en el espacio. No hay un grupo de nubes en el cielo berlinés en que puedan reposar las miradas. Se diría que hasta los aviones que lo cruzan tienen el temor de imprimir su huella en él, y es por eso que pasan a poca altura, con lentitud, con precaución, para no tocarlo, para no rayarlo.

Las casas de Berlín tienen todas el mismo aspecto de colmenas gigantes. Hay calles en que hasta el color y la dimensión de los edificios es invariable: seis pisos, rojos los techos, de un rojo sin pátina de lluvias ni de nieves. Grises las fachadas y blancos, como acabados de pintar, los marcos de las ventanas y de las puertas.

En los primeros días a mí me costaba un mundo, a pesar del número, distinguir cuál era la mía entre todas las casas de mi calle.

Un español a quien confesaba esta dificultad cotidiana, me decía:

—Hombre, eso no es nada. Figúrese, yo estoy en Berlín hace dos años y no puedo hacer diferencias aún entre el nombre de una calle y el de otra. Todas terminan en *strasse*: Friedrichstrasse, Wilhelmstrasse, Joachimstrasse...

Esta similitud se encuentra hasta en los hombres. El berlinés es generalmente grande, bien edificado, de movimientos seguros y precisos.

Cada berlinés tiene una cabeza absolutamente redonda, pequeña y rapada. Y cada cabeza tiene un par de anteojos y un par de ojos cuya expresión contiene siempre igual dosis de dureza y desconfianza que todos los ojos de berlinés.

En un teatro me presentaron al director de una revista literaria. Departimos amiga-

blemente y al separarnos quedó convenido entre ambos que él me avisaría por una carta el día en que podríamos continuar nuestra interesante conversación en su oficina.

Al día siguiente lo encontré en un *cabaret*. Distraído sin duda por el ritmo de la orquesta y por ligeros y agradables pensamientos, no contestó a mi saludo. A este detalle, naturalmente, yo no le di importancia alguna. Dos días más tarde volvía a encontrarlo en otro *cabaret*. Como la vez anterior, no respondió a mi signo de amistad. Un día después tuve ocasión de verlo tres o cuatro veces en el espacio de dos horas y en sitios diferentes. Siempre con sus anteojos de montura de carey, su abrigo de gabardina verde y su sombrero de fieltro claro. Esta vez, como se obstinara en no responder a mis inclinaciones de cabeza, comprendí que se trataba de un hombre de memoria frágil, para quien la imagen de mi fisonomía se había desvanecido desde el primer momento.

Finalmente, una noche, en un café de Kurfürstendam, un hombre vino a mi encuentro, saludándome con ademanes de extrema cordialidad. Era él.

—*Mein Herr*, qué alegría. He estado diez días en cama y temía que usted se hubiera ido ya de Berlín...

Ocurre que los hombres de otras partes del mundo pueden tener un doble. Un berlinés puede contar con triple, quintuple y hasta óctuple.

La limpieza, la seriedad y los letreros son en Alemania instituciones nacionales.

La limpieza no es esmerada. Es exagerada, infinita, inverosímil. Todo aquí tiene el brillo inmaculado de lo nuevo, de lo recién construido, de lo recién adquirido.

Los pavimentos de los bulevares, como los pisos de las habitaciones, el mármol de las estatuas, el calzado de los transeúntes y hasta las hojas de los árboles, ofrecen un relumbre de espejo que desespera. Si en una avenida, despreocupadamente se os cae un papel inútil, una caja de fósforos vacía, inmediatamente, sin saber de dónde, surge un hombre que recoge el desperdicio y cuya misión es velar por la eterna limpieza del suelo. En un café no es posible terminar un cigarro sin que el *ober* vestido de frac no cambie dos o tres veces el cenicero que tenéis al frente y frote otras tantas la cubierta de la mesa.

A las primeras horas de la mañana los cepillos, los trapos, las pomadas y las escobas entran en actividad. Los pasadizos y las piezas se llenan de ese rumor acompasado que se siente en los barcos a la hora del aseo de las cubiertas. Y dos veces a la semana los patios de las casas son el teatro de un golpeteo inacabable. Son las rubias *Fräulein* que baten los colchones en el marco de las ventanas con un estruendo de fusilería que queda martillando los oídos hasta la caída de la noche.

La seriedad, como la limpieza, es otra característica alemana.

Los diarios traen espesos editoriales y las planas están repletas de sesudos artículos sobre economía, ciencias y filosofía. La información, las noticias del mundo diario tienen un lugar reducido y secundario. Los cafés de París, de Viena o de Florencia, pequeños, íntimos, están siempre llenos de la risa de las mujeres y de sus gestos de gracia y de alegría. En las calles y en los jardines de París, las parejas van abrazadas, besándose, mimándose, con la única preocupación de la felicidad que llevan consigo.

En Alemania, en los cafés de Alemania, vastos y altísimos como catedrales, con mesas pesadas, monumentales, como para gigantes, por entre las cuales circulan mozos rígidos vestidos de militares, una atmósfera de recogimiento y de gravedad lo llena todo. Y en las calles los hombres metidos en sus chaqués doctorales o en sus levitas académicas, van estirados, serios como en un cortejo y saludándose los conocidos con enormes reverencias.

Todo esto no es obstáculo para que en las cervecerías uno se encuentre siempre con un bebedor de barriga cimbreante que le diga: ¡Qué pueblo tan alegre es nuestra Alemania!, ¿verdad?

La primera palabra alemana que cae en nuestros oídos y con la cual tropiezan nuestros ojos en los infinitos letreros que decoran las murallas, que cuelgan de los postes, de los árboles, y que saltan a la vista en los cilindros de los kioscos y en los techos de los vehículos, es la palabra *Verboten*.

Verboten quiere decir prohibido. Y en Alemania todo está prohibido. Y, más que todo, lo que casi no necesita prohibirse por letreros.

Ir en la calle en dirección contraria a la indicada por los reglamentos, está *verboten*. Arrojar al paso de un tren o de un tranvía, está *verboten*. Atentar en la vía pública contra la vida del prójimo, también está *verboten*. Y hasta las muchachas, cuando uno intenta oprimirlas un poco más de lo acostumbrado en el vértigo de una danza, o de acercarse demasiado nuestros labios a los suyos en un momento de intimidad, pronuncian gravemente la palabra de hielo:

—*Verboten, mein Herr...*

Pero, puedo dejar constancia de que sólo en el caso de las rubias “Muchachas *verboten*”, no es el hielo de la palabra demasiado consistente o perdurable.

(*El Mercurio*, Santiago, 29 de noviembre de 1925, pág. 7).

VENTANA EN HAMBURGO

Allá abajo, en el sur, Stuttgart, la ciudad de las colinas y las campanas; más arriba Nuremberg, la ciudad del pasado y patria de las muñecas. Al norte, Berlín, la capital férrea, monótona, con sus calles lavadas y sus atardeceres iluminados de lámparas en las terrazas de los cafés.

Y por fin aquí, cerca del mar, junto al Elba de aguas turbias y lentas, Hamburgo, la Venecia nórdica, ciudad de los canales y los cisnes.

Venecia del norte, pero una Venecia llena de ruido y llena de humo. Venecia sin viejos palacios de mármol, sin campaniles, sin carruajes de ruedas silenciosas, sin góndolas de remeros cantores. Altos, inmensos edificios de fierro y ladrillo rojo. Diez mil ventanas que son diez mil oficinas. La arquitectura moderna alemana, que viene de Holanda y va hasta Yanquilandia, erigiendo colosales colmenas de granito para albergar la fiebre incesante del comercio. *La Chile Hans* abrumador transatlántico de cemento, anclado en el corazón de un barrio que ha levantado el genio de arquitectos actuales.

Las chimeneas de las fábricas, los barcos y las usinas, ennegrecen el cielo de Hamburgo y el cielo destila una lluvia fina y perenne.

La multitud apresurada, los camiones inmensos, los automóviles, los trenes elevados estremeciendo los puentes, ahogando los túneles y llenando las calles y el aire del sordo estruendo de las máquinas en su actividad férrea y continua. Y al centro mismo de la ciudad, oasis celeste, el Alster, el lago máximo de aguas azules en reposo, cruzado de pequeñas barcas silentes, conteniendo la alegre floración de las velas multicolores y la carga liviana de las canoas diminutas y frágiles.

Es el Alster, ánfora tranquila a la que viene a morir la tempestad cotidiana del tránsito ruidoso; el Alster que el invierno congela y cuya superficie de cristal helado rayan los

patines ágiles de estos hombres robustos y rubios y de estas mujeres del norte de carne blanca y dura, de hombros fuertes y cabellos de oro.

Ahora es el comienzo de la estación del viento y de la nieve y desde mi alta ventana, veo los hierros negros de los puentes, los techos oscuros y los brazos desnudos de los árboles, cubrirse de esta harina brillante y fría que lo transforma todo.

He aquí el Ysekanal, a mis pies, inmovilizando su lenta carrera bajo la corteza transparente del hielo. Ya no hay los remolcadores perezosos que me recordaban aquellos del Sena al doblar su roja chimenea para pasar bajo los arcos de Ependorferbrücke. Tampoco las canoas dirigidas por un solo remo y hasta los cisnes huyen ahora, ribera adentro, hacia los estanques artificiales con que la mano del hombre les retiene. Hay ahora el desfile de las gentes entumecidas. Mujeres cubiertas de pieles, niños ahorcados en la bufanda, obreros que mascan la pipa y maldicen de la estación despiadada. Es el tiempo en que a la orilla del puerto las tabernas subterráneas se llenan de los hombres del mar. En torno a las mesas de tabla recia y lavada, frente a los vasos que una mano invisible mantiene siempre colmados, se teje la charla espaciada de los marineros. El piano eléctrico repite valsés cuyo gastado compás sólo revive en las cubiertas de los barcos en las largas travesías. Los nombres de todos los países del mundo se barajan como naipes. Afuera, en el crepúsculo gris cae la nieve y detrás de cada ventana, va alumbrando un sol la niña de las lámparas.

Hamburgo, noviembre de 1925.

(*El Mercurio*, Santiago, 10 de enero de 1926, pág. 8).



Crónicas de Chile

Alfonso Reyes



NAVIDAD

Alberto Rojas

Como hacía siempre después de cenar, aquella noche cogí mi sombrero y salí a la calle. Vería modo de ahuyentar el tedio fumando cigarrillos y dando un paseo, para regresar, luego, y acostarme.

No tenía amigos en aquella ciudad; vivía en un cuarto aislado, y la soledad obligada llegaba a fastidiarme.

Como de costumbre, me detuve en la esquina un momento, encendí un cigarro y avancé hacia la avenida.

Un rumor de fiesta llenaba las calles. Observando que las tiendas y almacenes aún no habían cerrado sus puertas y las vidrieras aparecían iluminadas, recordé que era Noche Buena.

Este descubrimiento me produjo cierto malestar. Pensé que es grato en estas ocasiones estar acompañado; vino a mi memoria el hogar lejano y desaparecido, y mirando los hombres y las mujeres que pasaban a mi lado por parejas o en grupos; adivinando en ellos o en los niños que reían y retozaban enseñando juguetes y aguinaldos de Navidad, un regocijo íntimo y egoísta, me fui dejando invadir por una notálgica tristeza.

La avenida estaba llena de gente; un murmullo de colmena y una densa nube de polvo flotaba por encima de todo. Los vendedores ambulantes pregonaban su mercancía, y de vez en cuando el grito de una corneta o el ruido áspero de un cencerro, rompía la atmósfera pesada y cálida.

Una muchacha me ofreció el tradicional ramillete de albahacas; lo cogí y dejé en sus manos una moneda.

La alegría popular no lograba contagiarme. Hubiera querido hablar a alguien, escuchar la voz de alguien, contemplar un rostro conocido y querido. Sintíendome extranjero entre la muchedumbre, decidí abandonar la avenida y caminar hacia los malecones.

La calle que ahora cruzaba era estrecha, oscura y poco frecuentada.

Del fondo de la calle venían el viento y el ruido del mar. Me di de lleno a mis reflexiones, y aflojé el paso. El recuerdo amable de las nochebuenas de mi infancia llenó mi corazón. Rostros queridos y casi olvidados surgieron en mi memoria, y la pesadumbre de la vida actual, miserable y doliente, me atenazó hasta la amargura.

Al pasar frente a una puerta alguien me llamó y me tomó del brazo.

Pasivamente me detuve. Era un prostituta.

—Oye, ¿quieres venir?

En la penumbra yo veía las manchas pálidas de su rostro y de sus manos.

Repentinamente me sentí menos solo. En la noche de tedio y de tristeza, alguien me hablaba y estaba junto a mí, siquiera un segundo.

Ella insistió:

—Entra, chiquillo...

Y tiraba de mi brazo. Tenía una voz suave y ronca.

Palpé en mi bolsillo el dinero que me restaba y objeté que no era suficiente.

Ella contestó:

—No importa... Las demás han salido, llegarán muy tarde y estoy sola... Podremos tomar cerveza...

Me dejé convencer y la seguí.

Atravesamos un pasadizo oscuro y luego ella empujó una puerta. La sentí avanzar y encender la luz.

Era un aposento pequeño con una ventana alta. Las paredes estaban cubiertas de grabados sacados de revistas. Había algunos retratos: hombres de la más diferente fisonomía; rameras cuya dormida ternura había desbordado en las dedicatorias. El lecho, muy ancho, ocupaba la mitad del cuarto.

Sobre la mesa vi una caja de polvos abierta, unas tenacillas y el espejo apoyado contra un florero.

La mujer vino hacia mí. Tenía el pelo rubio y cortado, las cejas arqueadas y los ojos pintados de carbón. Su cara, su mirada casi inexpresiva llevaba el sello inconfundible de las prostitutas, pero con todo, resultaba de una simpatía indudable.

–Siéntese... –me dijo–; yo voy por cervezas.

Salió y volvió enseguida con vasos y botellas. Mientras escanciaba le pregunté por su nombre.

–Me llamo Nelly– respondió. Y por esa costumbre tan general entre las rameras de reír a cada momento y sin motivo, soltó la carcajada.

Bebimos.

Una pantalla roja cubría la bombilla eléctrica, y una mariposa, en vuelos torpes, se estrellaba contra ella.

Nelly se echó de espaldas en el lecho, me pidió un cigarrillo y me invitó a que me tendiera a su lado.

Mi angustia había desaparecido casi por completo; sólo me embargaba una suave tristeza. Nada acompaña tanto en el mundo como la sola presencia de una mujer.

Yo tenía y acariciaba entre las mías, una mano de Nelly. Ella habló:

–Lo he visto a usted a menudo... Pero siempre va solo...

Respondía que no tenía a nadie y que sólo hacía un mes que había llegado a la ciudad.

La mujer calló pensativa, y luego movida por ese afán de confidencias tan natural en las prostitutas, empezó a hablarme de su vida.

Ella también era forastera.

Su pueblo natal estaba muy lejos, bajo el cielo del sur, y volverlo a ver era su sueño de oro.

–Tengo allí a mi vieja –decía– y a una hermanita menor... Ahora estarán en la iglesia...

La iglesia de mi pueblo es chiquita, blanca y en el altar anidan las golondrinas... Cuando yo era pequeña, por Navidad, había fiesta en el pueblo. Mi padre me sentaba en sus rodillas y haciéndome cabalgar, cantaba:

*De prisa van los Reyes
a ver al niño en Belén...*

Yo lloraba de risa y de gozo. Ahora está todo tan lejano...

La mujer continuó tras una pausa:

–En primavera, el campo se cubría de florecitas amarillas... En el santo de mi padre la casa se llenaba de convidados y hacían que yo cantase en la guitarra... Llevaba trenzas, entonces... Ahora...

Ese “Ahora”, lo explicaba todo. En esa palabra se encerraba la felicidad pasada y perdida y la miseria amarga y presente.

Alargó el brazo y volvimos a beber.

El gemido angustiado de una sirena llegó desde el mar, y luego un coro de campanas ascendió y resbaló sobre los techos.

—Es la media noche— dijo Nelly. Se enderezó y juntó sus manos en oración. Yo sabía a qué atenerme. Tenía ante mí a una muchacha tierna, apasionada y triste.

El recuerdo de mi infancia volvió a invadirme. También yo, siendo niño juntaba mis manos y rezaba. Con una nitidez maravillosa surgió ante mí el cuadro familiar: la madre, la abuela, la imagen en alto, los cirios encendidos, el brasero, y envolviéndolo todo como una gasa impalpable, el aroma de los azahares...

La mujer me miró a los ojos y vio en ellos la tristeza.

Reclinó mi cabeza en su hombro y acarició mis cabellos con ternura, con esa suave, infinita ternura de que son capaces las mujeres abandonadas.

Inclinándose, murmuró:

—¡Pobrecito mío!

Luego saltó de la cama, revolvió en un baúl y sacó un paquete. Era un pan de Pascua. Llenó los vasos, partió el pan y me ofreció.

Encendió un cigarro y volvió a hablar del pasado:

—Por las tardes yo cogía una varilla y salía al monte en busca del ganado. Regresaba con las primera estrellas... ¡Cuánto qué hacer me daban mis ovejas!

Igual que los ruidos de la calle, escuchaba su voz, lejana y adormecida.

Habló mucho tiempo.

De pronto calló y quedó pensativa.

Seguía la mariposa trazando círculos vertiginosos en torno a la luz. Al estrellarse contra la bombilla, le arrancaba leves sonidos cristalinos.

Las manos de la ramera tornaron a acariciarme. Se apretó contra mí y oí que decía:

—Y tú... ¿por qué no dices nada?

En la noche las campanas...

(Claridad, N° 114, Santiago, 17 de noviembre de 1923, pág. 6).

EL SALÓN OFICIAL DE 1928

Alberto Rojas Giménez

Ante todo, debemos felicitarnos por la juventud e independencia de este salón. Todos menores de cuarenta años, los exponentes de este conjunto logran por primera vez en la crónica del arte nuestro, una significación doblemente homogénea.

Es la nueva generación que afirma sus pasos sobre un camino nuevo.

Los jóvenes de hoy han comprendido la necesidad de romper con las fórmulas rutinarias que mantenían nuestra pintura a treinta años de distancia del estado que actualmente ocupa, en su evolución constante, el arte plástico universal.

Y esta convicción no ha llegado de repente al espíritu de nuestra generación. Han sido necesarios varios años de estudio, de búsqueda, de inquietud*. Hasta hace poco tiempo,

*Y aquí es deber nuestro recordar con gratitud la labor de desbroce que hace seis años efectuó aquel Grupo Montparnasse —Jean Emar, Julio Ortiz, Camilo Mori, Luis Vargas Rosas, Henriette Petit, José Perotti y Manuel Ortiz— que, en la apatía de nuestro ambiente, personificaron los precursores heroicos de la nueva sensibilidad.

en nuestras academias se respiraba el aire viciado que hace un cuarto de siglo ahogaba las academias europeas. La generalidad de los maestros de entonces se contentaban con poner en manos de sus alumnos la receta fácil, la fórmula simple que ellos habían aprendido de maestros extranjeros, sin lograr contaminarse de esa divina inquietud que guía al artista verdadero y lo lleva a través de cada obra hacia una nueva conquista en los dominios estéticos.

El nacimiento y evolución de innumerables tendencias que han tenido por base la continuidad de la investigación en materia pictural, ha ido envejeciendo conceptos que ya hoy nada tienen que aportar a la realización del arte vivo. Entiendo por "arte vivo", el arte que no adolece de estagnación, de sopor, el arte que requiere para su gestación elementos y formas capaces de exteriorizar el ritmo y el espíritu del tiempo que le corresponde.

Esta verdad, cuya posesión alcanza toda nueva generación, es fatalmente rechazada por toda generación que declina o ha cumplido su destino. ¡Cuánta agilidad mental, cuánto honrado entusiasmo son necesarios al artista ya maduro para desentenderse de una conquista lograda y enderezar sus pasos hacia una nueva distancia!

Es esto, justamente, lo que no ha conseguido ninguno de los pintores chilenos que recogieron de Europa y trajeron a nuestra tierra la fórmula impresionista (¡puntualicemos!) y cuya pereza mental les hizo creer y continuar creyendo que la pintura no iría nunca más allá de la "mancha de color" o de "encerrar atmósfera" en un cuadro...

Felizmente, los muchachos se han dado cuenta a tiempo de que el rol que les corresponde desempeñar no era el de marcar el paso a la manera de tal o cual europeo, muerto ya en cuerpo y en alma, como fue y es el deseo y oficio de todo un grupo de pintores retardados que hoy día ven amenazada su tranquilidad y satisfacción, basadas en la convicción ingenua de ser ellos únicos dispensadores de la verdad artística, verdad consagrada, hereditaria e inmutable.

Y ésta es la causa, éste es el origen de tanto enconado ataque con que estos artistas, irremisiblemente postergados, han querido obstaculizar el avance de los jóvenes exponentes del Salón Oficial de 1928, salón que por fin nos muestra un conjunto homogéneo de fuerzas juveniles, de curiosidad bien encauzada, de correspondencia con los problemas estéticos de la hora, y no pocos valores bien definidos, dueños enteros de una legítima orientación. Es ineludible que nosotros americanos, hijos de europeos, tengamos que aceptar la pauta estética que nos impone la investigación europea. La tradición americana no nos pertenece. La Conquista destruyó el arte americano e impuso las teorías y formas artísticas del viejo mundo. Es imposible para nosotros continuar la tradición de un arte de cuya primitiva fuente —destruida y cegada— nos separan varios siglos de distancia.

Pero si es cierto que desentenderse de Europa sería un error, no es menos cierto que, poseyendo un espíritu apto para percibir y exteriorizar conceptos estéticos que la velocidad de la vida contemporánea ha hecho devenir universales, la producción de un arte rezagado e inánime constituiría un estéril esfuerzo.

Hasta ahora, el arte nuestro ha adolecido de anacronismo, su vida ha sido lánguida, su personalidad desteñida.

Causas mayores de este raquitismo han sido la enorme distancia que nos mantiene alejados de los grandes centros culturales del mundo, las dificultades materiales que nuestros artistas jóvenes tienen que salvar para lograr vincularse a un ambiente propicio, la pobreza de nuestros museos en los que no es posible hallar una documentación adecuada y el descuido en que hasta hace poco se mantuvo nuestra enseñanza artística.

El hecho de que un puñado de hombres jóvenes de espíritu alerta, limpio de prejuicios y acorde con el espíritu que anima nuestra época tenga actualmente a su cargo la

orientación y enseñanza de los alumnos de nuestra Escuela de Bellas Artes, nos hace concebir una fuerte esperanza de renovación y de labor oportuna.

El Salón Oficial de 1928 es ya una fuerte y clara manifestación de libertad y de conciencia bien encauzada.

Críticos o seudocríticos que durante veinte años no han hecho otra cosa que literatura de *boudoir* en torno a la precaria producción pictórica que comprende un cuarto de siglo de nuestra vida artística, han acusado al Salón de 1928 de ser la exteriorización de un movimiento que va contra las reglas establecidas, contra la belleza consagrada.

Esto es, precisamente, uno de sus mayores méritos. Ir contra la rutina, demostrar que la belleza no es inerte y que es cambiante como la vida misma, destruir moldes que limitan y son inservibles para contener la libre expresión estética de nuestro tiempo, es la primera tarea que con alegría y satisfacción realizan nuestros pintores jóvenes.

Reprochar o querer ver en las obras expuestas en este Salón falta de sinceridad o de disciplina, carencia de originalidad o equivocación y desvío de conceptos, es causa, sencillamente, de haberse quedado dormido como un trompo sobre doctrinas plásticas de hace treinta años, mientras la evolución natural del arte producía hombres como Paul Cézanne, muerto en 1906 y cuya obra, ha sido una fuente inagotable de caminos abiertos frente a un horizonte ilimitado y nuevo. Los nombres de Matisse, Derain, Vlaminck, Picasso, Braque, Juan Gris, etc., legítimos continuadores suyos, llenan buena parte de la época moderna, rejuvenecen con su labor el pensamiento, muestran los nuevos derechos de la fantasía y demuestran a su turno, en formas inéditas, que constituye un absurdo querer fijar la pintura en un aspecto determinado. Ella evoluciona sin cesar y sin cesar ella aporta su tributo a los descubrimientos en el campo que le es propio. No pudiendo permanecer extraña a los grandes problemas de la época, los reflejará necesariamente. Es inútil pretender en nombre de añejos cánones o de un academicismo rancio, que la pintura escape al hálito y a las aspiraciones del presente o a la acogida de todos los gérmenes activos en medio de los cuales se desarrolla, y nuestro siglo que es testigo de tan milagrosas realizaciones en todos los dominios de la actividad humana, no puede tener un arte que no esté en contacto con todas las energías que él crea.

Deliberadamente he evitado particularizar juicios sobre las obras y exponentes del Salón de 1928. Sólo he querido establecer someramente en mis palabras, lo que importa para el porvenir de nuestra pintura, el nacimiento de una nueva conciencia plástica en los jóvenes que con sus obras integran este salón, y cuya reciente manifestación no tiene por qué desmerecer ante la realización artística de buena parte del mundo.

(*Revista de Educación*, año 1, N^o 1, Santiago, diciembre de 1928, págs. 42-47).

CÉZANNE Y EL IMPRESIONISMO

Alberto Rojas Giménez

En 1874 se reúne en París una decena de pintores cuyas obras han sido rechazadas del Salón Oficial por haber sido realizadas, según conceptos en pugna, con los que en esa

época propiciaba la enseñanza artística del Estado. Este puñado de excluidos organiza el primer Salón de los Artistas Independientes.

Nombres que la historia de la pintura francesa retiene hoy día con orgullo, integraban ese grupo: Édouard Manet, Degas, Pissarro, Renoir, Cézanne, Sisley, Claude Monet...

Su aparición marcó el comienzo de una era nueva. La actitud que les animaba era una actitud de rebeldía. Se les atacó con pasión; el público, que en toda época ha amado lo rutinario, les encerró en un anillo de hostilidad. La crítica les señaló como enemigos del arte codificado.

Uno de los cuadros expuestos, obra de Monet, llevaba este título: *Impresión*. Una etiqueta sirvió para denominar a estos independientes y aislarlos del grueso de los pintores que persistían en el cultivo de un arte basado en fórmulas y recetas de academia. Esta etiqueta ponía: Impresionistas.

Al paisaje inmóvil, al cuadro que era el producto de sabios y disciplinados estudios, en los que las escenas de la vida se hallaban reglamentadas por un arte que podríamos llamar de escenografía, los impresionistas opusieron lo imprevisto, la aparición, el paisaje o la figura surgiendo y pasando en la luz.

Muchos años antes, esta manera de ver y de realizar había sido intentada por pintores como Rubens, Rembrandt, Velázquez y Corot. Basta observar obras suyas para personificar en ellos a los verdaderos precursores del impresionismo. Aun en Claude Lorrain y en Chardin, se encuentra la manera de abordar el color que fue característica de los impresionistas: análisis cromático de las masas luminosas dentro de una misma atmósfera y escrupulosa descomposición de las tonalidades sombrías.

Apoyándose en la realidad científica que demuestra que un color puro no existe estando bañado por la atmósfera, puesto que él participa, más o menos, de los tres tonos básicos: el rojo, el azul y el amarillo, los impresionistas se dedican a analizar, no el tono local de un objeto o de una figura, sino la multiplicidad de tonos que influyen la figura o el objeto, dado el medio en que éstos se hallan situados.

Así, Claude Monet, en quien se ha querido ver el más poderoso representante del impresionismo, nos da la sensación de la nieve en una tela en la que el azul domina sobre todo otro color. Auguste Renoir, que al final de sus años declaraba no ser ya más un impresionista, realiza con grises coloreados en su *Jeune fille endormie*, la robusta encarnación de un desnudo femenino.

Según estos principios, el colorista no es aquel que ponga en la tela los colores más violentos, sino el que sepa darle el máximo de vibraciones.

Poseedores de una verdad saludable, llegando en su sincera convicción hasta eliminar de la paleta colores compuestos como la tierra de Siena y las tierras de sombra, elementos que se prestaban para conseguir efectos fáciles y de los cuales se había abusado ya en demasía, la técnica de los impresionistas estaba basada en una gama simple y cada pincelada suya era producto de una ilimitada franqueza.

Sin embargo, el público y la crítica veían en ellos un puñado de revolucionarios en desequilibrio, a los cuales era preciso eliminar. Revolucionarios lo eran, en efecto, al levantarse contra un arte establecido e inmutable, contra un arte estagnado y hereditario de profesores a alumnos, quienes llegada su hora, devenían los dispensadores de la fórmula consagrada.

Como los paisajistas de 1830 que, rompiendo con los preceptos de su tiempo, imponían un estudio más directo de la naturaleza, los independientes de 1874 iban hacia un conocimiento profundo de la forma y el color, de los seres y de las cosas.

El concepto resultante, empapado de juventud y de fuerza desconocida, tenía forzo-

samente que estrellarse contra los hábitos de visión y de gusto que sostenían la mentalidad plástica de la época.

La batalla fue dura. Los excluidos, a quienes los maestros de esa hora anodina y la prensa subordinada a su dictamen pusieron en cuarentena y denunciaron como un peligro para el arte reglamentado por los pedidos y las recompensas, se empeñaron en la lucha más heroica de que haya memoria en la historia de la pintura.

Vendiendo sus obras por un pedazo de pan o por un puñado de monedas que apenas les permitía adquirir colores, bastidores y pinceles; aislados de todo y de todos durante largos años, obtuvieron por fin el resultado prodigioso de poner el arte en libertad.

Hoy día es cosa fácil para nosotros ponernos de su lado. Ellos nos legaron una verdad triunfante. Sus obras han sido arrebatadas por todos los museos del mundo, han alimentado la literatura de medio siglo y, por mucho tiempo, sus producciones han llenado y prestigiado revistas y periódicos que, en los momentos del combate, se negaron hasta mencionar sus nombres.

La cohesión perfecta que los agrupó, la valentía y la honradez que los mantuvo, triunfaron plenamente. La influencia de los impresionistas comenzó a hacerse sentir. La escuela tan combatida conquistaba adeptos. "Se nos fusila, declaraba Degas en los comienzos heroicos, se nos fusila, pero se nos registran los bolsillos".

Casi todos vivieron lo bastante para ser testigos de la vindicación. Y uno de ellos, Claude Monet, el padre, el que dio nombre justo y fuerza duradera al movimiento, se ha sobrevivido hasta ver apagarse, junto con la luz de sus ojos que fueron cazadores de la luz, los últimos resplandores de la llama gloriosa.

Existen todavía el Salón Oficial, el Salón Anual y el Salón de los Artistas Franceses. Pero junto a esos salones en que se almacena la pintura anacrónica, la pintura muerta, hay el Salón de los Independientes, el de Otoño y el de las Tullerías, en los que se alberga y se muestra la pintura animada, del arte vivo de nuestros días.

Año a año, las exposiciones y galerías particulares se multiplican. Hoy, en París, la pintura se expone en carácter permanente.

Es el resultado fecundo de aquella primera presentación pública realizada en 1874.

Allí reconquistó el arte su libertad. A nadie falta hoy un sitio donde proclamar su fe, su triunfo o su error.

Es innegable que el cielo de los impresionistas está cerrado ya. Pero, seguramente, no existe un solo artista que desconozca el tributo que se les debe. Gracias a ellos, la pintura actual encuentra espacio suficiente para mostrarse en su deseo y en su ardor de analizar, de construir y de expresar la verdad que le pertenece.

En la alborada de los impresionistas, las obras del grupo ofrecían entre ellas múltiples puntos de similitud en cuanto a su realización. Yo recuerdo haber visto dos paisajes, uno de Renoir y otro de Monet, pintados en una misma época, cuyo parecido es verdaderamente notable.

Desde la fecha en que el grupo organiza su primera presentación pública en casa del fotógrafo Nadar, *boulevard des Capucines*, pasan varios años antes de que la personalidad de cada cual pueda surgir y manifestarse. La técnica se enriquece, los hallazgos son cada vez más numerosos, y, por fin, todos logran desarrollar su propia manera, todos llegan a poseer su propia evidencia.

A través de toda la obra de Renoir, se advierte el esfuerzo por simplificar la visión del color en beneficio del volumen. Pissarro modifica muchas veces su técnica para volver al fin, en cierto modo, a su manera inicial. Sisley persiste en la unidad visual. Monet avanza siempre animado de la fuerza agresiva y sutil que jamás le abandonara.

Sólo Cézanne aparece aislado, aún dentro del grupo. Paul Cézanne, el coloso solitario de Aix Provence, de quien arranca y en el cual se apoya toda la pintura moderna.

¡Paul Cézanne! Al hablar de pintura viva, su nombre es ineludible, su recuerdo inapartable.

Para construir su biografía, decenas de volúmenes guardan en sus páginas hasta los detalles más insignificantes de su vida íntima. Su fotografía nos es familiar. Ella no lo pone ante nuestra vista con el cuello ceñido por una corbata sensacional, ni vemos sobre sus hombros la capa de amplio ruedo que Carolus Duran paseaba por el barrio Latino. Tampoco su traza era la de un hidalgo esbelto y fatal. Porte de campesino entrado en carnes, calvo, barbas que él suponía más largas que su talento. Exterior apacible y sólido de hombre que sabe su vida asegurada y a la que no turbará nunca ni la sombra de una inquietud material.

Salvo una larga estadía en París que le dio oportunidad para tomar contacto con su siglo y aprender a detestar la sociedad de los cenáculos de café, Paul Cézanne no volvió a salir de su provincia si no fue para regresar a ella casi inmediatamente.

En la agitación de los corrillos parisienses, su apatía encontraba demasiados obstáculos inútiles y su timidez demasiadas ocasiones de morderse la lengua o de indisponer en contra suya a quienes su inteligencia no se confió jamás en toda su entereza.

Para él la verdad no rodaba como un dado de marfil sobre las mesas de los cafés, ni se erguía entre la humareda de las pipas literarias.

La verdad estaba allá lejos, bajo la luz natal, en la soledad protectora de los campos, dentro de la cual podía encerrarse desde el alba hasta la noche, con su caballete y sus pinceles.

En las obras iniciales de Cézanne, en las que predominan el gris y los tonos sombríos, aparece el recuerdo de Daumier junto al de los maestros españoles. Luego, el lenguaje del color comienza a serle familiar. Martiriza la materia hasta sacar de ella calidades esenciales. Es la época en que Manet, revolucionario poseedor de un sentido profundo de la tradición clásica, llena de admiración.

Por este tiempo una estrecha amistad le une al pintor Pissarro. Cézanne ha encontrado ya su verdadero camino. Es imposible, sin embargo, negar la influencia que ejerció Pissarro en este período de su labor. Hay un cuadro suyo *La Maison du pendu*, que lo revela abiertamente.

Al cabo de algunos años, su factura muestra la huella de un estudio disciplinado. La relación de los colores entre sí toma a sus ojos tanta capital importancia como la calidad propia de un tono.

Cézanne y su manera definitiva nacen del impresionismo. Sin embargo, una diferencia fundamental lo separa del grupo con el cual mezcla sus obras y las expone. Los impresionistas, absorbidos por la preocupación de analizar el color local de un objeto, descuidaron la solidez de la forma, la exactitud de los valores, el sentimiento del volumen, principios que constituyeron el objetivo primordial de Cézanne y a cuya entera posesión dedicó toda su vida de pintor.

A la perspectiva atmosférica, Cézanne prefería la realidad y la densidad de los cuerpos. Atento al tono local de un objeto, suprimía el punto brillante que la luz provoca sobre los relieves, a fin de no aminorar la unidad de coloración.

La mayoría de las obras de Cézanne, especialmente sus acuarelas, dan la impresión de no haber sido terminadas. En muchas de ellas, que tuve la ocasión de ver en la exposición retrospectiva de su labor, efectuada en París hace dos años, los colores están como indicados por una sola pincelada. Hay que recordar el cuidado con que preparaba cada tono en

su paleta y la indecisión y timidez, nacidas de su tremendo afán de sinceridad, con que llevaba ese tono a la tela.

No hay ejemplo en la historia de la pintura moderna de un artista que haya sido un cultivador más exigente de su técnica. Nada le satisfacía. Su modestia ante el natural no conoció límites, y la muerte lo sorprendió con los pinceles en la mano, luchando con todas sus fuerzas para penetrar en los secretos del mundo de las formas y de los colores. Al final de su vida, después de haber realizado una labor copiosa, luego de haber descubierto y legado un camino a la pintura de hoy día, declaraba a quien quisiera oírlo, no haber hecho sino lentos progresos.

En su lucha constante conoció horas de amargura. Su genio sufría momentos de impotencia que lo llenaban de cólera. "¡El contorno se me escapa!", decía a su amigo Emile Bernard. Y ahí está la explicación de ciertas deformaciones suyas en el dibujo, debidas a un equilibrio anormal, impuesto por su ansia de colores vivientes.

Y como ha pasado siempre, los imitadores, que no pueden atrapar sino exterioridades, han asimilado, en el caso de Cézanne, más que sus cualidades, sus defectos más notorios.

Compleja es la factura de Cézanne. Compleja e inestable, fruto de una rebusca perpetua. De los pintores que componían el grupo de los impresionistas, sólo con Renoir podríamos establecerle puntos de contacto. También Renoir posponía la visión del color en favor del volumen. Hay, además, otro trazo común: la influencia que en el comienzo de ambos ejerció Delacroix. Copiando cuadros suyos aprendieron ambos a pintar. En Cézanne esta influencia no persistió largo tiempo. Por otra parte, su inquietud y su sinceridad lo hacían huir y mantenerse alejado de todo camino que no fuera el que su constante esfuerzo le demostrara. De ahí su voluntario y perenne aislamiento. Tuvo siempre plena conciencia de la originalidad de su factura y se guardaba de contactos estériles.

Sin mirar con indiferencia el movimiento que llevaba hasta él a tanto joven adepto, se mantuvo hasta el final de su vida a larga distancia de la agitación que provocó su labor. Llegó hasta negar que fuera un revolucionario.

Y en efecto no lo era. Su aporte consistía en una visión y una técnica nueva, no en un arte nuevo. Y este aporte tuvo tan grande consistencia y tan grande amplitud que ha determinado una orientación insospechada al arte moderno. Murió a los 67 años, bien lejos aún de haber realizado todo lo que de él se podía esperar.

(Revista de Educación, Santiago, abril de 1929, págs. 334-341).

LA VIDA APASIONADA Y LAMENTABLE DE PAUL GAUGUIN

Alberto Rojas Giménez

Para trazar el destino miserable y sublime de Paul Gauguin, pintor, se hacen necesarias palabras de emoción y de piedad.

Nadie como él soportó con valentía los golpes de todos los oscuros vientos de la desventura y la soledad.

Nace en París en la mitad del siglo pasado. Pequeño aún, su familia, por reveses de fortuna, abandona la tierra de Francia, cruza el océano y se establece en el Perú. Toda su vida Gauguin recordará como un sueño su estadía de cuatro años en Lima. La ardiente y luminosa naturaleza del trópico le embriagó el alma y la retina por el resto de sus días. Su abuela era originaria del Rímac. ¿No es posible que la herencia de la sangre haya contribuido a encender en su espíritu ese deseo constante por los "países extraños" que condujo su existencia a través de viajes innumerables?

Después de cuatro años de residencia en Lima, su madre regresa a Francia y se radica en Orleans. Paul Gauguin inicia sus estudios en un seminario y enseguida en el liceo de la villa. En 1865, no atreviéndose a ingresar a la Escuela Naval, se embarca como pilotín en un barco que lo trae hasta Río de Janeiro. Tres años más tarde se engancha en la Marina del Estado, y transcurren otros tres antes de que pueda conseguir su liberación. Su tutor, antiguo coleccionista y mercader de cuadros, le proporciona un empleo en una casa de cambio. Durante once años ocupa una situación casi envidiable. Entretanto, ha contraído matrimonio y tenido tres hijos.

¿Fue acaso cerca de su tutor que Gauguin adquirió el gusto por la pintura? Sus ganancias en casa del cambista le permiten comprar obras de Manet, Cézanne, Renoir, Pissarro, Sisley, Jongkind: los más destacados componentes del grupo de los impresionistas que, por aquel tiempo, empezaban su dura batalla.

Obedeciendo a un impulso que se hacía mayor cada día, toma los pinceles y pinta. En el Salón de 1876 expone por primera vez. Conoce a Pissarro, quien lo presenta al cenáculo de impresionistas del café *Guerbois*, y en 1880 expone con ellos en la *rue des Pyramides*. Un desnudo de tendencias realistas, le vale un artículo *par-dessus les toits*, de Joris Karl Huysmans.

Cansado del comercio, deseoso de entregar a la pintura todas sus fuerzas, abandona su empleo. Viajes a Rouen y a Copenhague. Sus obras no encuentran comprador y la vida comienza a hostilizarle. Se separa de su mujer y cae en brazos de la miseria. Para ganarse el pan, llega hasta pegar carteles por las calles de París.

En busca de una naturaleza menos áspera, se dirige a Pont Aven, en Bretaña. De allí data su voluntad de simplificación, su inextinguible deseo de síntesis. Regresa a París y conoce a Vincent van Gogh. Luego después se embarca para las Antillas. Su anhelo de luz tropical, de costumbres sencillas y primitivas, le retienen por un año entre los indígenas de la Martinica.

En 1928, a mi paso por la isla, un francés, *Monsieur Delamain*, me invitó a la casa en que había residido Gauguin durante su permanencia en Fort de France, cuarenta años antes. En medio de un bosquecillo de palmeras, una casa ya derruida. Espesas murallas de adobe, piso de ladrillos en las dos únicas habitaciones que restan del edificio. Sobre el marco de madera de una ventana, en la pieza que quizá sirvió de taller al pintor, un nombre grabado a cuchillo: Eugène-Henry-Paul Gauguin. Y una fecha: 1888. Es en aquel año que, a causa del clima al que no pudo adaptarse, Gauguin emprende un regreso obligado.

Breve estadía en París, donde recibe la hospitalidad de su amigo Schuffenecker. Inquieto, en pugna ya con las teorías y principios impresionistas que lo habían formado, toma el camino de Bretaña. En los días de aislamiento que siguen a este viaje, se resuelve el desenvolvimiento definitivo de la estética en que realizará su obra posterior.

En contraposición con los impresionistas, las leyes armónicas del color que a partir de esa época sustentó Gauguin, estaban basadas sobre los derivados y no sobre los complementarios. Para Gauguin, el arte era más que "un trozo de la naturaleza visto a través de un temperamento". La idea de que las disonancias no debían ser sino meros accidentes

en un cuadro y no una regla general de armonía coloreada, llenaba su pensamiento. Preocupado por la composición, trabajando constantemente, llega a una "expresión decorativa", según la frase de Eugène Carrière, y con ella alcanza todas las tradiciones plásticas. Y, lógicamente, es en el arte primitivo donde él va a buscar la tradición.

Los calvarios bretones le proporcionan algo de lo que busca. Pero no le basta. Recuerda que existe un arte aún más antiguo, un arte que conserva intacto el sabor y el sello de la sensibilidad popular. En el curso de sus viajes ha visto ídolos y fetiches que lo atestiguan. Desde entonces el deseo de partir a Tahití le obsesiona.

Partir... pero, ¿cómo? Sus escasos recursos no le permiten realizar tan largo viaje. Vuelve a París y efectúa una exposición de sus últimas obras, sin resultado apreciable.

Sufre una crisis de neurastenia que le impide todo trabajo. Se dirige a Arles para reunirse con Van Gogh que lo llama. Los dos amigos, que como pintores se estiman sin restricciones, no logran acordar sus caracteres. Un día, Van Gogh, en un acceso de locura, persigue a Gauguin con una navaja de afeitar. Sorprendido por éste, huye y se esconde en su hotel. Por la noche se corta una oreja y es hospitalizado a la mañana siguiente. Gauguin regresa a París.

Una carta del poeta Mallarmé lo pone en contacto con Octave Mirbeau. El crítico escribe un prólogo entusiasta para el catálogo de una nueva exposición de las obras de Gauguin, cuyo producto constituye la sola esperanza de poder realizar el viaje tan deseado.

La venta de los cuadros proporciona una decena de miles de francos y por fin, en los comienzos de 1891, Gauguin parte a la Oceanía en busca de una tierra más virgen que Bretaña, más próxima aún de la naturaleza primitiva.

Tres meses de travesía, tres largos meses en que el artista apoyado a la borda escruta el horizonte al encuentro de la tierra soñada. La tierra aparece, por fin, y una mañana de junio el pintor desembarca en Papeete. Corta permanencia en el puerto. Huyendo de la civilización europea que ya le es insostenible, agravada allí por la estulticia de los funcionarios coloniales, se dirige al interior de la isla y se instala entre los indígenas, en una choza que ellos le ayudan a levantar.

Helo al fin lejos, muy lejos del negocio y el maquinismo de la vida europea. La isla de la dulzura le acoge y le hace suyo. A pie desnudo, desnudo de medio cuerpo arriba, recorre el territorio. Transcurre el tiempo sin más horario que la ronda de los astros, de tan luminosa plata, de oro tan refulgente en el profundo cielo ecuatorial.

No tardan en caer en sus oídos las primeras palabras del idioma maori. Y la *Vahiné*, que lo inicia, el cuerpo dorado de la compañera que le depara el destino en su voluntario destierro, será en adelante la carta geográfica que fije los puntos de su continente estético.

Ya en Bretaña, Gauguin acordaba los gestos de las figuras que pueblan los cuadros de aquel tiempo a la actitud de los calvarios y los *vitraux* medievales. Ahora tiene frente a sus ojos hermosos animales humanos de líneas casi siempre estáticas, de movimientos reposados y precisos. Todo lo que en una época anterior había de voluntario en su pintura, deviene ahora de una legítima naturalidad. La vida que le rodea, regida por leyes seculares y simples, de ordenada dulzura y ordenada pureza, facilita su tarea y la hace fecunda.

Corren para Gauguin las horas de su existencia más llenas de ventura: los hombres y las mujeres de sus cuadros viven en una atmósfera de paraíso, en un jardín de flores maravillosas y diáfana tranquilidad.

Su paleta se hace diversa y simple al mismo tiempo. Se ha querido ver literatura en el arte de Gauguin. Sin embargo, ¡quién más fiel a la naturaleza que él, atravesando mares, huyendo de los continentes estridentes al encuentro de las leyes esenciales y legítimas!

Pero hasta en la Oceanía le alcanzan las obligaciones materiales y su pobre economía le obliga al regreso.

Vuelve a Francia y expone en París la labor de su primer período tahitíniano. De cuarenta y seis obras pintadas y esculpidas, sólo once encuentran comprador.

Para prolongar en Europa la ilusión de Tahití, se hace acompañar de Annah, hija de las islas. En un puerto bretón se querella con un grupo de marineros, a causa de la bella oceaniana, y recibe una herida en un tobillo.

Vuelve a París obsesionado por el recuerdo de Tahití. A pesar de la veneración y la amistad que le ofrecen los artistas que frecuentan su taller, él no se siente en confianza con ellos y su pensamiento vive como ausente.

Intenta partir de nuevo. Expone, vende y se embarca una vez más, en la primavera de 1895.

A su llegada a Tahití, piensa alejar los contratiempos económicos edificando una choza y explotando los árboles del terreno que le pertenece. La mala ventura le persigue. Las dificultades de dinero aumentan, y la herida de su pierna se transforma en una enfermedad incurable. Desesperado de todo, en los comienzos de 1898, pinta su tela más grande: "¿Qué somos? ¿De dónde venimos? ¿Adónde vamos?".

En plena fiebre, agotado, esta obra constituye su testamento de gran artista. Luego se dirige a la montaña, toma una fuerte dosis de arsénico y se acuesta sobre la tierra para esperar la muerte, con la esperanza de que los buitres harán desaparecer su cadáver. Pero la muerte no llega. Vuelve a su choza, más enfermo y desalentado que nunca.

Renace el valor y acepta de nuevo la vida. A los cincuenta años, solicita un empleo y, a pesar de su enfermedad cruel, se arrastra cada día camino de su oficina para ganar los seis francos que le permiten subsistir.

Es el período más fecundo y doloroso de su existencia. Por intermedio de un amigo logra vender algunas telas y parte para las Islas Marquesas. Se instala en Hiva-Hoa y continúa trabajando. Su actitud independiente le indisponen con los indígenas: Los funcionarios le acusan y le persiguen.

Su enfermedad agrava día por día. Las innumerables torturas, física y morales, concluyen con su organismo. El 9 de mayo de 1903, Paul Gauguin muere de un ataque cardíaco, rodeado de desgracia y soledad. Un europeo encuentra su cadáver y junto a él a Tioka, un nativo —su único y último compañero— mordiéndole el cráneo para, según la costumbre maorí, despertarlo del gran sueño, alejar los malos espíritus y volverlo a la vida.

(*Revista de Educación*, Santiago, julio de 1929, págs. 554-558).

PINTORES CHILENOS EN EL EXTRANJERO

A.R.G.

Ilustran nuestras páginas algunas reproducciones de cuadros firmados por Marcos Bontá, pintor chileno que desde hace dos años se encuentra en París. Anteriormente hemos publicado en nuestra revista, muestras de la labor de varios de nuestros artistas que trabajan en el extranjero. Los nombres de Isafas Cabezón, Jorge Caballero, Camilo Mori, etc., no son desconocidos de nuestros lectores.

Para quienes conocieron la labor de estos artistas antes de que salieran del país, la

contemplación de sus obras recientes les depara una grata sorpresa. Al contacto de un ambiente superior y gracias a una rápida vinculación con ese mismo ambiente, la pupila de nuestros artistas se libera de visiones añejas y logra captar con extraña justeza la exterioridad técnica de las actuales tendencias pictóricas.

Y esto que para muchos y, lo que es peor, para esos mismos artistas significa un salto adelante en la realización de su obra, para nosotros, lejos de señalar un progreso consciente o un natural desenvolvimiento de la personalidad, sólo marca la existencia de un peligro evidente y, por desgracia, de difícil remedio.

Pintores que antes de salir del país aplicaban a su trabajo y durante largos años, una fórmula importada y ya anacrónica, sin demostrar jamás una íntima inquietud ni la capacidad de avanzar sin guías en el territorio desconocido que cada artista tiene ante sus pasos, trasponen el océano y a los pocos meses de estar en París, corazón de la pintura actual, realiza el milagro de una inesperada renovación.

Queremos constatar que la obra de estos artistas no va más allá de la asimilación. Asimilación o imitación de formas empleadas por aquellos que han seguido una línea evolutiva verdadera, nutriéndose en sólidas fuentes culturales, impulsados por una legítima inquietud.

Cada uno de los pintores que actualmente ocupa un puesto de avanzada en el arte europeo o que puede señalar en su obra el fruto de una búsqueda personal, ha necesitado recorrer un largo camino del que cada etapa ha correspondido a un estado de íntima madurez y del que cada obra es un fruto oportuno.

No hay en el artista europeo lagunas de estagnación o ceguera ni saltos prodigiosos hacia un horizonte que sólo el propio y consciente esfuerzo habría de poner a su alcance.

Asimilar trucos de técnica o maneras de hacer no tiene valor alguno. Labor de papagayos. Lo esencial es poseer una concepción personal. El oficio es sólo un medio de traducción.

No hay que olvidar que la mayoría de nuestros pintores una vez vueltos al país, alejados del ejemplo y las academias europeas, hacen marcha atrás, pierden la orientación y envejecen con una fecha en la memoria: la fecha en que tomaron el barco del regreso.

(*Revista de Educación*, Santiago, agosto de 1929, págs. 584-586)

EL SALÓN OFICIAL DE 1929

Alberto Rojas Jiménez

Preliminar necesario

Producto del pensamiento, correspondiente a su movilidad constante, la pintura no puede ser fijada en una forma dada.

Evoluciona sin cesar y su presencia viva conforma el tributo a la actualidad en el campo que le es propio.

No pudiendo permanecer extraña a los grandes problemas de la época, los reflejará necesariamente. Es inútil pretender en nombre de añejos cánones o de un academicismo rancio, que la pintura escape al hálito y a las aspiraciones del presente o a la acogida de todos los gérmenes activos en medio de los cuales se desarrolla, y nuestro siglo que es testigo de tan milagrosas realizaciones en todos los dominios de la actividad humana, no puede tener un arte que no esté en contacto con todas las energías que él crea.

Hablar de "arte nuevo" o "arte moderno", es tan falso como decir "vida nueva", estando, como están, el arte y la vida, recargados de intelectualismo y velocidad.

Frente a nuestra existencia, frente a nuestra actualidad, producto de ella, sólo hay el "arte vivo", arte que no adolece de estagnación, de sopor, arte que para su gestación requiere elementos y formas capaces de exteriorizar el ritmo y el espíritu de nuestro tiempo. Y este "arte vivo", pese al espanto o a la incomprensión del público, pese a los gritos alarmados de quienes viven en retraso o con los ojos vueltos al pasado, no es otra cosa que la consecuencia lógica del arte de ayer, como el de ayer lo fue del de antes de ayer. Evolución continuada, irrefrenable, ritmo respiratorio de la vida que, si pudiera detenerse, sólo engendraría la muerte del espíritu.

Cada dos o tres generaciones forman un límite, un ciclo de características bien definidas dentro de la evolución general del arte. Y cada ciclo comienza siempre por reaccionar en contra del precedente, aun cuando encierre dentro de sus límites varias y diversas tendencias. Razones para estas reacciones sucesivas: el agotamiento o la degeneración de una técnica; la estrechez de un concepto predominante; el descubrimiento o la presencia de nuevas posibilidades de investigación.

Así, hacia 1525, vive Italia los días centrales del Renacimiento, mientras la gloria del *quattrocento* no se ha extinguido todavía. Pero también hacia 1525, con Miguel Ángel y su escuela, apunta el barroco. Cuando aún no había sido el barroco entendido —y mucho menos extendido— hacia el mismo año de 1525, brotaba ya el rococó con el *Corregio*. Ahora bien, renacimiento, barroco y rococó son, en apariencia, tendencias tan esencialmente distintas como impresionismo, expresionismo y posexpresionismo.

Las ideas plásticas que se engendran en los comienzos del siglo XVI, hubieron de ser realizadas, perfeccionadas y agotadas aisladamente, en el transcurso de los siglos posteriores. Labor de varias generaciones. No es raro entonces que las tendencias de nuestra época que nacen con los primeros impresionistas (¡qué raro!, ¿verdad, señor Yañez Silva?), hacia 1847, proporcionen materia a muchas generaciones de pintores.

Separar netamente uno de otro el impresionismo, el expresionismo y el posexpresionismo, conduce sólo a un error: el creer que estas tendencias son diametralmente opuestas. En el fondo, y en verdad, estas tres tendencias tienen fundamentos comunes que el tiempo hará claramente visibles, como en el caso de las tendencias de 1525.

Forman un frente único contra la producción extrínseca del mundo, quieren dominarlo, apropiarse de él: el impresionismo, por la perespiritualización de la luz y el aire; el expresionismo, gracias a la esquematización cubista de toda intuición y el posexpresionismo mediante la separación y solidificación rigurosa de los objetos.

Basta haber visto obras de estas tres tendencias y haberlas observado con ojo despierto, para estar convencido de que cada una ha nacido poco a poco de la anterior, hasta el punto de que los años y las obras limítrofes pueden ser incluidos en dos escuelas. Así nos explicamos el caso de Paul Cézanne, exponiendo y laborando con el grupo de los impresionistas y siendo considerado como uno de los suyos, cuando, en realidad, aportaba conceptos nuevos, previendo que el estudio de los volúmenes primordiales abriría horizontes insospechados a la investigación pictórica.

En la línea evolutiva de la pintura, luego que Cézanne reacciona contra el realismo, todavía superficial de Courbet, Pablo Picasso, a su vez, reacciona contra el virtuosismo de Monet.

Picasso, inventor del cubismo, perseguía el análisis estricto del objeto. Ésa fue la razón y fin del cubismo.

Consecuencia del cubismo –la tendencia más interesante y combatida de nuestra época– ha sido el rejuvenecimiento del pensamiento y los cubistas, con su labor, han logrado mostrar los nuevos derechos de la fantasía y demostrar, a su turno, en formas inéditas, que constituye un absurdo querer fijar la pintura en un aspecto determinado.

Sólo por capricho o por ignorancia se pueden negar los nombres de Picasso, Derain, Vlaminck, Modigliani, Braque, Juan Gris y Matisse. Y el negarlos constituye desconocer y negar a Manet, Degas, Sisley, Cézanne, Pissarro, Renoir y Claude Monet...

Para que no hubiere nacido el cubismo, habría sido necesario que el impresionismo no hubiera existido.

Y AHORA, EL SALÓN

Ha sido necesario este preliminar como respuesta a los ataques que, con motivo de nuestro Salón Oficial, se han dirigido a la pintura, producto de nuestro tiempo. Como siempre, se han barajado palabras, denominaciones (cubistas, modernistas, voluministas, etc.) y, por encima de todo, se ha hecho derroche de ignorancia y de encono. *La vache enragee...*

Alguien llamó a Cézanne un impotente, un blufeador; a Picasso, un desequilibrado. Lo de siempre. Ya no puede extrañarnos.

Para nosotros existe un problema mucho más cercano y de interés mucho más alto: la situación y porvenir de las artes plásticas en nuestro país. La situación, porque es un punto poco claro. Y el porvenir, puesto que el pasado lo conocemos y el presente nos deja descontentos.

En mi crónica del Salón de 1928 (*Revista de Educación*, dic. 1928), dije: “Es ineludible que nosotros, americanos, hijos de europeos, tengamos que aceptar la pauta estética que nos impone la investigación europea. La tradición americana no nos pertenece. La Conquista destruyó el arte americano e impuso las teorías y formas artísticas del Viejo Mundo. Es imposible para nosotros continuar la tradición de un arte de cuya primitiva fuente –destruida y cegada– nos separan varios siglos de distancia.

Pero si es cierto que desentenderse de Europa sería un error, no es menos cierto que, poseyendo un espíritu apto para percibir y exteriorizar conceptos estéticos que la velocidad de la vida contemporánea ha hecho devenir universales, la producción de un arte rezagado e inánime constituiría un estéril esfuerzo”.

Ahora bien, así situados, no puede interesarnos manifestación artística alguna que revele estagnación o anacronismo. Por sobre todo, debemos exigir correspondencia con la expresión estética de nuestros días. Desgraciadamente al hacer el memorándum de este Salón de 1929, ¡cuán pocos son los pintores que pueden ocupar nuestra atención!

Tres nombres sobresalen de ese océano de *amateurs* que integran el Salón: Luis Vargas Rosas, Graciela Aranís, Armando Lira.

Vargas Rosas, de quien conocíamos casi la totalidad de su obra, nos aparece en el punto más interesante de su evolución. Recordamos la tenacidad de sus investigaciones, (hubo una época en que sólo trabajó con negro y blanco hasta llegar a dominar ampliamente el volumen) y se nos revela un pintor de sinceridad innegable.

Alguien nos dijo, cuando los envíos de Europa llegaron al Salón: “Lucho Vargas se ha

querido reír de nosotros... Ha mandado una pitanza!". *Mon vieux. Souvenirs de ton pays. Ça te donne la mesure!*

Graciela Aranís, verdadera sorpresa con sus envíos, dominadora del dibujo, sobria con el color, armoniosa en la composición. Es curioso encontrar en una mujer tanto poder de asimilación y tanta cualidad reunida.

Armando Lira, otra sorpresa. Sus siete telas demuestran a un trabajador infatigable. A pesar de la diferencia enorme que hay entre su labor anterior y la presente, mediando entre ambas apenas un año, hay en todos sus cuadros un mismo aspecto, una misma seguridad. De los buenos maestros actuales franceses (de Othon Friez, sobre todo), ha sabido tomar una lección de severidad y constancia digna de elogio.

Citemos enseguida a Isaías Cabezón, para decir, sin alegría, que su envío desmerece de todo lo que antes habíamos visto firmado con su nombre. Dibujo pobre, descuido, demasiada confianza en algo que sus manos no sujetan con debida fuerza. Hasta el colorido, cualidad innegable en su pintura, aparece aquí apagado, sucio. Isaías habrá sido el primero en lamentar lo fugaz del tiempo que tenía por delante para presentarse a este Salón.

Camilo Mori, que fue hace diez años el valor más seguro de nuestra pintura joven, ahora le vemos desorientado, buscándose en los terrenos más opuestos y sólo su *Naturaleza Muerta* (Nº 462), nos lo muestra con sus cualidades sobre buen camino.

Jorge Caballero, estudioso, serio en sus trabajos, pero echando mano de elementos ajenos a lo que se trata de hacer. ¿A qué esos tonos vagos, sin sostén, que parecen puestos allí para relleno de algunos rincones de la tela? Modigliani solía gritar en Montparnasse: *Le flou pour les photographes!*

Marcos Bontá, armonioso en la composición y rico en ella. Buen dibujante. Ardiente en el color, pero demostrando demasiada paciencia en la técnica, demasiado *petit metier*. La mayoría de sus grandes bocetos hechos con más espontaneidad, nos mostrarían a un pintor en posesión de todas las facultades para realizar una obra duradera.

Julio Ortiz de Zárate, tímido, enamorado de ciertas armonías de color que le restan fuerza al modelado de sus figuras, con mucho de anécdota en el cuadro, poseyendo, sin embargo, la clave que muchos buscan la mayor parte de su vida.

Y nos quedan todavía algunos nombres: María Valencia, de gran fantasía en las artes decorativas; Jorge Madge, tranquilo, buen colorista; Inés Puyó, de factura simplísima; Laureano Guevara, constante, sin pretensiones; Waldo Vila, sin temor a la materia, dominándola, de gran fantasía, y cuyo *Estudio* (Nº 388), nos recuerda a Gauguin, ardiente de color y valiente en su composición. Arturo Valenzuela, que presenta un conjunto de telas uniformes en su luminosidad y en su factura; Enrique Mosella, de técnica muy personal y en quien la curiosidad y el interés en la investigación pueden llevarle a un lugar destacado. Usando de bagatelas, sin embargo, para dar "ambiente nuevo" a sus cuadros, cuando, dando mayor libertad a su fantasía, lograría lo que desea. María Herrera de Anguita, vigorosa de color, de construcción descuidada. Y María Aranís que en su *Naturaleza Muerta* (Nº 10), logra destacar sabiamente los volúmenes empleando colores de gran fineza. ¡*Et c'est tout!*

(*Letras*, Nº 15, Santiago, diciembre de 1929, págs. 1 y 2).

NOMBRE DE UNA ESCRITORA

Alberto Rojas Giménez

Transparente, llena de clara fragancia, la voz de Blanca del Prado vive en su poesía y de ella se evade y perdura, acompañándonos.

Poesía de elementos menores que cabe sin esfuerzo en las noticias de ternura que son la medida de sus poemas.

Femenina y grácil, distante del artificio, esta dulce niña atrae a su escritura la imagen de un mundo sencillo y diáfano: valles de sueño, árboles inmateriales, aves del cielo, toda la alegre riqueza vigilada por la infancia.

Nacida en el Perú, Blanca del Prado agrega la más fresca y pura expresión a la actual literatura peruana. En ella no hay afán sospechoso ni actitud desmedida.

Y la palabra amor es una abeja joven que volotea sobre su cabeza adolescente.

(*Letras*, N° 18, Santiago, marzo de 1930, pág. 15).

EL SALÓN OFICIAL DE 1930

Alberto Rojas Giménez

Es verdad que la crítica debe ayuda y protección a los artistas. Pero, si el crítico pasa de ser un hombre aficionado a las simples nomenclaturas y al vocabulario de taller, tan traído y llevado en la extensa literatura que encuentra su pretexto en las artes plásticas, el crítico debe estar, como artista verdadero, dedicado al culto del arte, que es una cosa seria y grande, y en cuyo ejercicio encontrará la necesaria autoridad para conceder o exigir.

Hay mucho que exigir de los artistas. Otra actitud significa dispensarles un flaco servicio y traicionar al arte, en cuyo nombre se habla o se escribe.

En Chile, la crítica pictórica no ha guardado nunca una posición de honrada contemplación y, cuando no ha sido reaccionaria a ultranza, ha usado de una inefable condescendencia. Y, en ambos casos, ella ha estado subordinada a servir intereses muy ajenos a los que con justicia debiera haber dedicado su atención: intereses del arte y sus cultores.

Es cierto que al adoptar un lenguaje de franqueza se corre el riesgo de rasguñar vanidades y encender inútiles rencores. Pero esto no debe tener importancia. Y no la tiene.

En realidad, es tarea ingrata la de escribir sobre pintura en nuestro país. La mayoría de nuestros pintores tiene un concepto primario de lo que debe ser la pintura. Aquí bastan la aptitud natural y cierto dominio del oficio para hacer un pintor y que éste se sienta satisfecho. Son rarísimos los casos en que la inquietud y la investigación señalan su existencia en la obra de nuestros artistas.

Viéndoles vivir en un verdadero ostracismo intelectual, alejados de todo centro cultural que signifique un valor en el panorama artístico universal, sin museos que puedan proporcionarles la debida educación visual y mostrarles con legítima documentación el

desarrollo de las artes plásticas a través del tiempo, se llega a comprender el doloroso anacronismo de su producción.

Así, no nos extraña que las salas de nuestras exposiciones anuales se vean invadidas por un océano de telas que sólo revelan la buena intención de captar una figura o un paisaje y fijarlos por medio del dibujo y del color, sin que este esfuerzo denote ser la resultante de un problema (planteado a sí mismo por el autor), resuelto o en camino de resolverse.

La pintura, como todas las artes desde su nacimiento, ha seguido una línea de evolución que nada ha podido ni podrá detener, como no podría detenerse el movimiento de un organismo con quien mantiene íntima correspondencia en su constante movilidad.

Expresión de la vida, producto del pensamiento humano, la pintura, como la literatura o la música, refleja, ineludiblemente, el ritmo que anima a cada época.

Es inútil pretender que la pintura, o el arte en general, escape al contacto estrechísimo del presente que expresa.

Y esto que aparece evidente y lleno de claridad para quienes viven acordes con su tiempo, qué difícil es hacerlo comprender a tanto retardado que se obstina en fijar moldes a la expresión estética o en acatar fórmulas añejas de tantos años.

Ahora bien. Determinada nuestra situación –cosa que de idéntica manera hemos hecho en años anteriores– se comprenderá que hagamos una referencia tan sumaria del Salón Oficial de 1930.

Contrarios al fervor criollo de señalar defectos, desdeñando cualidades, nos habría parecido de mayor significación poner de relieve las facultades y bien encauzadas condiciones que, con gran interés, hemos tratado de encontrar en la producción pictural de este año.

Desgraciadamente, al recorrer las cuatro salas que integran este Salón Oficial, ¡cuán pocas son las firmas que logran llamar la atención!

Melancólico paseo el del crítico que, animado de la mejor voluntad, trata de descubrir a lo largo de las salas colmadas de cuadros, la obra que ha de proporcionarle alegre satisfacción.

Cuatrocientas telas. Ciento cincuenta firmas. Ya podemos constatar dos cosas: 1º. Existencia increíble de pintores en una ciudad como Santiago, de ambiente artístico por demás rarificado; 2º. Bondad excesiva del Jurado de admisión.

Luego, en rápida ojeada, notamos la presencia en este Salón, de obras que ya han sido expuestas en salones anteriores o en exposiciones particulares. Detalle que no deja de tener su importancia.

Además, presentar obras de arte aplicado y decorativo –cerámica, tejidos, metales laborados– en un Salón de pintura y escultura, nos parece fuera de lugar. La retina del espectador se fatiga en la contemplación de medio kilómetro de cuadros y no puede dedicar la atención que merecen las obras de aquella rama del arte que, por sí solas, reclaman un salón especial.

Consecuentes con nuestra intención fundamental de no juzgar sino aquello que delate un esfuerzo encaminado a la expresión del espíritu nuevo, debemos dejar de lado la desconsoladora impresión que nos producen las obras de tantos pintores académicos o pseudoacadémicos, a quienes creíamos ya desaparecidos o, por lo menos, gozando de bien merecido reposo, y que, sin embargo, reaparecen este año luciendo ropajes que el tiempo ha desteñido y ajado. Son los fantasmas de una vieja guardia. Les debemos un ceremonioso saludo y en paz. Pero hay algo que no podemos dejar sin delación. Es la presencia inexplicable, en medio de esta afluencia de cuadros, de un muchacho joven, poseedor de una técnica sólida y perfecta. Los cuadros de Guerrero Cood son un triunfo del esfuerzo y la paciencia. Pintura convencional y rancia, exánime e inactual. Pero sabiamente ejecutada.

Y si estuviéramos en el caso de oponer un valor más realizado a la obra de Guerrero Cood, alguien que, usando la técnica, con vasto dominio, alcance una expresión de más alta y actual inteligencia, escribiremos aquí el nombre de Pablo Vidor. En sus cuadros existe la seguridad de un joven maestro. Trabaja Vidor con elementos depurados y la salud de su pintura está en la eliminación constante de la bagatela. Lo superfluo no encuentra lugar en su retina. No conoce el éxtasis ni el arabesco. Es sobrio como todo buen pintor.

Luego, dejando a un lado el catálogo y el orden geográfico de las salas, recordemos todavía los nombres de José Perotti, de Laureano Guevara y de Enrique Mosella, tres nombres que en este Salón marcan la temperatura cardinal del conjunto, considerados sus puros resultados. Perotti, a la izquierda, logra cada vez un mayor conocimiento de la materia que trabaja en los ritmos más diversos. Su pintura es la preparación de una técnica llena de recursos cuyo empleo en todo su registro hay que aguardar para ver su excelente condición; Mosella, a la derecha, ha aprendido solo, sin influencias visibles, un oficio demasiado acabado, que, por esto mismo, no deja lugar a una perspectiva más amplia y característica. El objeto en sus manos adquiere una realidad hermética y convencional, sin mayor porvenir. Finalmente, Laureano Guevara representa el equilibrio entre una técnica personal y el control de sus efectos más dispares. Sus cuadros mandados a este Salón no agregan, sin embargo, tanto como esperábamos a su interesante labor.

(*Revista de Educación*, año II, N° 24, Santiago, diciembre de 1930, págs. 832-836).

LA PROCESIÓN DEL PELÍCANO EN QUILLOTA

Yo nací en Valparaíso. Más que en Valparaíso, en la bahía de Valparaíso, a bordo de un barco. ¡Una de las tantas maneras de nacer!

En un barco... De ahí la inquietud y el incansable movimiento de mis pasos. Nacer sobre el agua, y sobre el agua del mar, imprime a nuestra vida un constante movimiento de marea, que sube y baja, y mucho de las sostenidas fugas de las olas.

Desde niño amé todo lo que huye, todo lo que se liberta. Amé el curso de los ríos, el paso invisible y poderoso de los vientos, el vuelo caprichoso de las aves del cielo. Y, por sobre todo, amé el humo. El humo que asciende y en el espacio infinito se desvanece.

Mi primera infancia transcurrió en un pueblo polvoriento del valle central. Este pueblo era Quillota. Pueblo de casas blancas como quesos de cabra, de huertos verdes y sonoros como las islas del trópico, y de campanarios católicos que en los crepúsculos quillotanos apresuraban la caída de la noche.

Mis primeros recuerdos de Quillota son imprecisos como las primeras estrellas de la tarde o los primeros besos de la adolescencia.

Mis recuerdos posteriores acumulan imágenes que forman ese libro maravilloso de la niñez, libro de estampas que el tiempo ilumina con prodigio y que con tan profundo y melancólico regocijo hojeamos pasados los treinta años.

Quillota. Allí fue asesinado mi padre y allí mis manos rompieron las primeras flores que todo niño rompe en el año triste en que la muerte entra en su conciencia con tremendo espanto.

Quillota... Allí, a los cinco años, aprendí a leer en los títulos de *El Mercurio* y *El Chileno* de Valparaíso. Y allí también me colocaron las primeras alas de ángel, alas de papel dorado que luego he perdido, y que me sirvieron entonces para subir sobre las andas de la procesión del Pelicano.

La procesión del Pelicano, en Quillota, dejó tan profunda huella en mi memoria, que ni la Semana Santa de Sevilla con sus tétricos encapuchados ni la Pasión de Oberammergau, en Alemania, han logrado desvanecer.

Quillota, en vísperas de la procesión famosa, se transformaba. Acudían visitantes de todo el centro de la República. Los hoteles no bastaban para albergar a la caravana de curiosos y éstos eran alojados en las casas particulares y hasta en los conventos del pueblo.

Quillota, que en los demás días del año tenía un aspecto somnolente de villorrio árabe, cobraba en la Semana Santa un aire de fiesta y jolgorio.

Llegaba el Jueves Santo y al caer la tarde las andas simbólicas salían del convento de Santo Domingo en hombros de gentes piadosas e infatigables. Dos, tres horas tardaba el cortejo en recorrer las cortas calles del pueblo. En cada esquina se detenían, y del interior de las casas, las voces de las niñas y de las señoras de Quillota saludaban su paso con cánticos religiosos de indescriptible melancolía.

La romería, en la noche, con sus antorchas encendidas, el estallido de los petardos, el tañer de las campanas y el aspecto fantástico de los "cucuruchos" vestidos de negros sayales y puntiagudos del Pelicano. Era un enorme pájaro de madera recubierto de espejuelos, cuyo cuello se doblaba sobre el pecho herido por su propio pico, de donde manaba una sangre que la leyenda popular adornaba de esotéricas virtudes.

El terremoto de 1906 destruyó todos los elementos de aquella popular mitología, sepultando las andas preciosas bajo los escombros del viejo convento.

Hay un cerro en Quillota, el Macaya, en cuya cima se conserva todavía una enorme cruz. En el mes de mayo se celebraba allí una extraordinaria ceremonia: el "baile de los chinos". Yo nunca he podido saber de dónde salían estos chinos ni lo que significaba el rito que oficiaban. Los "chinos" eran hombres ataviados de rarísimas vestimentas, con polleras de colores y unos sombreros altos e inverosímiles con espejos y campanillas. Estos hombres bailaban en torno a la Cruz una danza salvaje que duraba tres días y tres noches. Se acompañaban con unas flautas de caña cuyo sonido lúgubre y monótono recordaba el sonido de la "quena", instrumento que tocan los indios de las sierras, en el Perú. La danza tenía mucho de báquica. El aguardiente y los gritos guturales de los danzarinos no conocían límites. Después de tres días, los "chinos" caían por tierra, víctimas de su paroxismo y de su borrachera sideral.

Sería curioso averiguar de dónde provenía esta ceremonia. Cultos populares que ningún texto de folklore anota en sus páginas.

Esta tradición quillotana se ha perdido. Actualmente el pueblo duerme todo el año ese sueño letárgico de la mayoría de los pueblos chilenos. Estoy seguro de que en las fiestas patrias de ahora, las astas de Quillota ya no ostentan aquellas enormes banderas que yo conocí en las fiestas patrias de mi infancia. Todos los quillotanos rivalizaban entonces en el tamaño de sus banderas. Las había riquísimas, de seda, de colores inimitables. La bandera de mi casa medía quince metros. Nunca vi más tarde un blanco de seda más blanco, ni un escarlata más escarlata, ni un azul más conmovedor. ¡Y la estrella de la bandera de mi casa! Para mí, ha sido y es todavía la única estrella solitaria de Chile...

(*La Nación*, Santiago, 10 de junio de 1934, pág. 4).

El poeta en Valdivia



A la pintoresca, distante y lluviosa ciudad de Valdivia llegó en los primeros años de la década "del treinta", un poeta.

Se llamaba Alberto Rojas Jiménez y venía aureolado con el prestigio de las viejas capitales. En París había conocido a Radiguet y a Breton. En Madrid, con Unamuno, había conversado largamente mientras éste hacía innumerables pajaritas de papel.

El vasco infinito le preguntó admirando su apostura.

—¿Usted es griego?

—No, señor, soy chileno— le contestó Alberto Rojas Jiménez orgullosamente. Ya había publicado el bello libro *Chilenos en París* y "Carta-Océano"; su famoso poema circulaba por todos los cenáculos de la república.

En el primero, el poeta relata su origen:

—"Yo nací en Valparaíso, más que en Valparaíso, a bordo de un barco, una de tantas maneras de nacer".

Habla también en ese pequeño libro extraordinario de la ciudad de Quillota donde transcurrió parte de su infancia; de una nerviosa y vibrante entrevista hecha en París a Vicente Huidobro; y de la navidad de los pintores, huérfanos de mecenas y salones, que exponen sus telas a orillas del Sena.

A veces como estribillo regresa esta inolvidable frase suya:

"Pobres navidades, la de los pintores pobres, sin fiesta, sin música, sin niños de alegría".

Venía a Valdivia a desempeñar el cargo de redactor en uno de los diarios locales.

Su llegada causó conmoción y él, por su parte, procuró mantenerla y aun avivarla, elevando ligeramente el consumo per cápita de vino tinto y de chicha de manzana y estimulando las vocaciones poéticas.

Su primera inclinación le tornó popularísimo en los lugares en que se expendían esas sabrosas bebidas, particularmente si estaban servidas por muchachas.

A la más bella le decía:

—Niña, yo que he estado en todos los lugares de la tierra, que he conocido todo y me ha pasado todo, nunca he visto unos ojos negros tan lindos como los tuyos. Tráeme un botellón y un vaso.

Las muchachas se pirraban por servirlo.

Costaba llevarlo al diario. Empero, puesto frente a la máquina de escribir, elaboraba unas crónicas impecables.

Su segunda inclinación, el estímulo de la actividad poética era, pese a todo, menos inocente que la primera y sus efectos resultaron muchas veces deplorables.

Uno de los favorecidos con su protección literaria, dedicado normalmente a la ortodocia, escribió un poema que comenzaba:

Estos versos no están hechos con la inspiración de un poeta sino con la de un mecánico dental.

Testigos presenciales expresaron que al escucharlos Rojas Jiménez habría experimentado un estremecimiento.

Otro, de profesión agente viajero, confeccionó unos versos bastante chocarreros dedicados a un amigo que naturalmente le negó el saludo.

Decían así:

*Vitoco se le llamaba al joven como bombilla
El pueblo le veneraba sus cualidades sencillas
Bueno para el levante enamorado de oficio,
Bebía como elefante sin el menor sacrificio.*

A éste lo bautizó Alberto Rojas Jiménez con el nombre de poeta fluvial.

Las damas tampoco escaparon a su influjo. Se esponjaron convocando a las musas.

Se trataba de jóvenes señoritas y de otras no tan jóvenes, pero todas con algunos atributos comunes: sólidas prendas morales y la carencia de esos atributos que precipitan a los hombres a la bebida o al suicidio.

En el año 1934, cuando llegamos a Valdivia, el poeta ya había regresado a Santiago, sólo nos acogió su leyenda.

En esa ciudad alguien nos dijo: Valdivia es menos sin la presencia de Rojas Jiménez.

Le encontramos razón; a veces, la ausencia de algunas personas desmejora la geografía de las ciudades.

(Carlos León, *Algunos días...*, Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1977, págs. 97-100).

MÁS SOBRE ALBERTO

David Ojeda Leveque

Alberto Rojas Jiménez estuvo todo un verano en Valdivia, trabajando como redactor de *La República*, un diario nuevo de impactante impresión tipográfica por iniciativa y trasnochadas de Lisandro Arriagada, un verdadero apóstol del periodismo honrado, ameno y culto. Todavía se divisaba por el Calle Calle el lento avance de las balsas de rosadas maderas hacia el puerto de Corral. Cada tarde conformaban un espectáculo milenario. De bruces venía el recuerdo de los balseros del Marañón con su heroica destreza para enfrentar los rápidos.

Las crónicas dominicales de Rojas Jiménez y sus diarias notas sobre acontecimientos y personajes extranjeros captaron de inmediato un público selecto, aunque era prácticamente un desconocido como poeta y autor de *Chilenos en París*, editado bajo el epígrafe de "La Novela Nueva" y por cuyo trabajo le abonaron ciento cincuenta pesos, atendiendo sus propias confidencias. Por algún medio simbolizó la miseria de los artistas en poemas de alada y penetrante congoja. No olvidarse que fue un gran poeta, según medulares expresiones del crítico Hernán del Solar.

Ancló de pensionista en el Hotel Royal ubicado en la histórica calle Camilo Henríquez, a cortos pasos de la nocturna y trepidante calle Carampangue, entonces con nombradía nacional por el nunca descifrado crimen de Manuel Salazar Hoffmann, ocurrido en uno de sus *cabaret*. Existían el *Gato Negro*, la *Casa Blanca*, donde se editó un tiempo el diario *La Jornada Comunista* y funcionó más tarde un templo de ruidosos pentecostales. Y

el *Moulin Rouge*, relativamente espectacular con sus inquietas aspas que daban color y nervio a la noche valdiviana.

Con sus charlas sobre la vieja Europa y "esta dulce América", con sus gestos y ademanes mágicos agrupó allí una serie de espontáneos admiradores. Más de una mujer nocturna quedaba soñadora y nostálgica.

Una vez causó asombro ciudadano en plena plaza de la República, obsequiando naranjas a un grupo de bomberos en uniforme de parada. La actitud de Alberto, luego de expresar que en París todos los bomberos percibían sueldo, nos significó una dura amonestación de Julio Araos Díaz, director del diario, ministro de la Corte de Apelaciones y recién casado con la Coralia Aburto Orostegui, hermana de Rodrigo, en su época subdirector de *El Diario Ilustrado*.

Pocos días antes de la desaparición de *La República*, Rojas Jiménez regresó a Santiago, encontrando una súbita e inesperada muerte, muy sentida en los círculos intelectuales por sus infortunadas aristas.

Impactamos con alguna emoción entre sus amigos y admiradores leyendo "Alberto Rojas Jiménez viene volando", el sobrecogedor poema de Pablo Neruda aparecido en edición dominical de *El Mercurio*. Acario Cotapos, en una entrevista concedida a la extinta revista *En Viaje*, recordó que Neruda escribió el poema con un lápiz carpintero en el reverso de una carátula de conserva, en Madrid, en la Embajada de Chile en Madrid.

(*El Diario Austral*, Valdivia, 23 de enero de 1983, pág. 2).

HA MUERTO EL DETECTIVE INGLÉS

A.R.G.

-Ja! Ja! Ja!

Con voz de trueno resonaba en las calles de Santiago la risa cascada y estentórea de Mr. Alick Forbes Lackey, "el detective inglés".

Llegó a Chile con los remezones violentos del terremoto de Valparaíso en 1906. Por Valparaíso llegó a Santiago, como el ferrocarril, como la prensa, como todos los fragmentos de civilización europea que cayeron en la capital colonial.

Fue profesor de su idioma natal en varios colegios para niños bien. Casó con chilena, debilidad de muchos extranjeros. El moño criollo y renegrido, los ojos de expresión oscura y la piel de canela fragante de una chilena le hicieron perder la flema británica y la razón bien templada de legítimo descendiente de los celtas.

Pero cayó en las redes ásperas del *cafard*. La nostalgia de su isla nebulosa se le infiltró como un veneno sin remedio. Para acercar los paisajes de su tierra, aumentó con exageración la dosis del *whiskey* que destruye, y que es como la sangre cotidiana e imprescindible de todo inglés bien inglés.

-¿Una taza de té, Mr. Alick?

-No tomo té.

-¿Una taza de café, Mr. Alick?

-No tomo café.

-¿Un *whiskey and soda*, Mr. Alick?

-Oh, *yes*, como *nou*, pero... no tomo *soda*!

Así era Mr. Alick Forbes Lackey, en sus últimos tiempos. Visitante nocturno de todas las redacciones de los diarios de Santiago. Amigo de todos los periodistas. Terror de las señoritas que no podían resistir sus ojillos grises de inocente escrutinio. Con la razón perturbada, Mr. Alick llegó a creerse el mejor detective del mundo. "Yo soy un detective inglés!".

Se detenía en las esquinas, el calañés echado al ojo, el bastón en la diestra y la mirada clavada sobre sospechosos imaginarios. El asesino fantástico que perseguía se hacía humo. Y él, el terrible detective, estallaba en su carcajada inaudita: "Ja! Ja! Ja!...". Daba un golpe con la contera de su bastón en las lozas del pavimento y proseguía su camino, que era siempre una persecución sin objeto.

Todos lo conocíamos y lo queríamos. En los restaurantes nocturnos, en los cafés, donde hubiera un piano, Mr. Alick encontraba sitio, frente al piano se transfiguraba. Cantaba con voz temblorosa la dulce canción *Home, sweet Home*. Suspiraba por su hogar británico, por su dulce y lejano hogar, el pobre y triste Alick Forbes Lackey.

Anoche, cantando sobre la elevada tarima de un local nocturno, perdió el equilibrio y rodó escaleras abajo, hasta un subterráneo.

De allí lo sacaron sus amigos con el cerebro hecho pedazos.

Murió cantando.

El ángel que lo reciba más allá de la muerte, tiene la obligación de invitarlo:

-¿Un *whiskey*, Mr. Alick?

Y él, en pleno Paraíso, creyéndose aún en el casino de *La Nación* o del *Diario Ilustrado* responderá:

-Oh, *yes*. Como *nou*!

(*El Correo de Valdivia*, Valdivia, 9 de julio de 1933, pág. 3).

BALAZOS EN UN CABARET

En un teatro de París se daba una revista, uno de cuyos cuadros presentaba una "farra" criolla. Aparecía en escena la sala de un *cabaret*. Profusión de espejos, de lámparas, de botellas de marca. Mujeres ondulantes. Tango.

La escena pasaba en Buenos Aires o en Santiago de Chile. Los hombres vestían con elegancia impecable, con superelegancia, lo que equivale a decir, con la engominada y la falsa elegancia sudamericana.

Todo iba bien hasta que se descorchaba la tercera corrida. En ese instante preciso, sonaba un tiro, una botella vacía volaba hasta un espejo que caía hecho trizas. Se producía la batalla general e imprescindible en el *cabaret* criollo. El telón bajaba mientras crecía la ovación del público. ¿Qué aplaudían los parisienses? El cuadro no tenía argumento. Pero en cambio, con la trifulca, los espejos quebrados, los disparos y la batalla increíble, se lograba, con perfección, el "color local", el ambiente del *cabaret* criollo. *Epatant, mais ceux sont des sauvages!*, exclamaban los franceses.

En Europa no nos conciben divirtiéndonos sin peleas, ni balazos, ni vajilla destrozada. Y tienen razón. La hembra y el alcohol, en Europa, avivan la alegría de vivir, y los *cabarets* están llenos de canciones y de amables jolgorios. En nuestra América, el alcohol y la hembra despiertan la ferocidad y el espíritu de batalla. No concebimos la juerga sin pelea. Nuestra hombría no consiste en contener los bajos impulsos sino en darles libertad de huracán.

Entrar a un *cabaret*, en Santiago especialmente, significa en realidad, algo así como embarcarse en una peligrosa aventura. Los hombres bailan con semblantes de fiera y acechándose como mortales enemigos. Una mirada, una palabra, una sonrisa fuera de tiesto y se arma la gresca.

Es por eso que la atmósfera de nuestros *cabarets* pesan como la atmósfera de un cementerio. Entre un baile y otro, apenas la música cesa, cae sobre la concurrencia un silencio de piedra.

Así como nos falta la conversación, nos falta la risa, la alegría sin ficción, el sentido pintoresco de la vida, que es como la válvula de escape de un organismo disciplinado y bien ajustado.

La educación de la risa, la escuela del liviano espíritu, no han fructificado aún en la tierra americana, tan fecunda en cactus ásperos y espinosos.

Acribillado a balazos cayó antenoche en Santiago, sobre el *parquet* del *Chanteclor*, *cabaret* criollo, Pedro Pablo Cid, nueva víctima de nuestra alegría nocturna.

(*El Correo de Valdivia*, Valdivia, 10 de julio de 1933, pág. 3).

BAR INTERNACIONAL

Yo había soñado muchas veces con un bar maravilloso, de botellas innumerables, de fórmulas infinitas, al borde de cuyo mesón encontrara alivio la sed más exigente y de más ancha fantasía.

Y mi sueño se ha convertido en realidad.

El Bar de la Conferencia Económica Mundial reúne todas las cualidades del Bar Ideal. Al borde de su mesón, todas las lenguas del mundo son comprendidas y las fórmulas de todos los tragos de la tierra pierden allí su secreto.

Los sedientos delegados atracan a la orilla de ese mesón acogedor, seguros de encontrar el licor preferido, el *cocktail* de más extraña preparación, la botella de forma más difícil.

El trago de siete colores que los mesoneros del *Colón* preparan con paciente sabiduría, poniendo en el vaso, uno sobre otro y sin mezclarles siete alcoholes diferentes, se sirve allí con su sabor legítimo y exacto.

Allí está el *Gin-Pahit*, *cocktail* de Birmania, que ahuyenta la fiebre de los trópicos; el *vodka* ruso, que despierta el deseo de saltar o de cantar o de besar; el *arrack* de Arabia, que aviva la imaginación hasta el más perfecto silencio. Todos los alcoholes, en fin, todas las mezclas alcohólicas imaginables tienen allí su nido.

Este Bar gigantesco y múltiple está atendido por mesoneras de todas las nacionalidades. No hay temor de no ser comprendido. Allí se hablan todos los idiomas.

Sólo que sobre este Bar que tiene mucho de Paraíso, y no poco de Torre de Babel, gravita la terrible sospecha de haber sido la causa del fracaso de la Conferencia...

(*El Correo de Valdivia*, Valdivia, 13 de julio de 1933, pág. 3).

UN DEDO DEL ZAR...

Maklakoff, ex Embajador de Rusia en París, durante el fugaz gobierno de Kerensky, ha revelado a un periodista la existencia de una reliquia corpórea de inapreciable valor.

Señora: los rusos blancos, refugiados en París, guardan un dedo del difunto Zar Nicolás II.

“Un dedo y dos pedacitos de carne humana”, ha dicho el ex Embajador. Tiene algo de macabro este recuerdo tangible. Si se hubiera conservado el bigote de larga y oscura guía, o la patilla sedosa y terminada en punta del “padrecito” de todas las Rusias, la reliquia no tendría ese aspecto terrorífico que yo le supongo.

Porque no puedo evitar de imaginarme ese dedo del Zar, guardado en un estuche de terciopelo y momificado cetro del desvanecido poder de los Romanoff.

¡Cómo debe asustar a las hermosas rusas desterradas, ese dedo estirado y de horrible inmovilidad!

En las noches orgiásticas de *Caveau Caucassian*, ese dedo muerto y terrible debe erguirse fantasmal y amenazador en la mente turbada por el *vodka* o el *champagne*, de los rusos trasnochadores.

Sus frentes se inclinarán hacia el pozo helado de la nostalgia que el dedo del Zar, desde más allá de la muerte, les señala como único refugio.

Yentre el llanto de infinita tristeza que acongoja el cuerpo triangular de las balalaikas, sobre las canciones melancólicas que atraen el recuerdo de la estepa y ante el delirio febril de los cosacos que tragan espadas, ese dedo debe levantarse con el gesto, ya inútil, de autoritaria voluntad que no supo encontrar la vida.

(*El Correo de Valdivia*, Valdivia, 14 de julio de 1933, pág. 3).

¿CÓMO LE GUSTA UN DIARIO?

Al abrir un diario de la mañana, abrimos una ventana sobre el mundo. Lo que sucede a nuestro lado y lo que pasa lejos de nosotros, aparece en el diario. Durante la noche y nuestro sueño, un grupo de hombres ha estado ordenando en columnas la pulsación de la tierra que ellos reciben por el cable, por el telégrafo y por el teléfono.

Estos hombres son los periodistas. El periodista debe ser múltiple en sus cinco sentidos. Su oído y su vista deben estar desarrollados diez veces más que en el común de los

mortales. Gracias a esta especie de elefantiasis o exageración de los sentidos del periodista, el lector encuentra ese desayuno nutrido y espiritual que debe ser un buen diario.

Pero este desayuno debe escapar a la monotonía. Un diario no debe semejarse a un enorme plato de arroz o de tallarines sin mayor condimento. El cuerpo del diario debe estar dividido en secciones: noticias, que son la base y el esqueleto de ese cuerpo. Informaciones, que llenan el lugar estomacal del diario y, por fin, página de redacción, muestrario de ideas, que ocupan el lugar cerebral de la hoja cotidiana.

Si alguna de estas secciones básicas falta, el diario adolece de un grave defecto. No es un diario viviente, no es el cuerpo animado ni el desayuno completo.

Después de la noticia extranjera o local, enseguida de la información nacional o regional, el lector pide ese alimento liviano de la página de redacción. Allí debe encontrar el comentario amable de algún suceso que las palabras escuetas del cable o del telegrama no alcanzan a formular. También el lector desea encontrar la voz del diario, el editorial, el artículo que define su ideología o la actitud en que se coloca la frente al problema de actualidad. Y, además, la crónica, esa especie de conversación que el lector sostiene o desea sostener, camino del taller, de la fábrica, de la oficina o de su despacho, y que puede ser el impulso que dé movimiento inicial a sus primeros pensamientos del día.

El mejor diario será aquel que ofrezca todos estos elementos, bien dispuestos, bien armonizados, al apetito matinal del lector que lo adquiere.

(*El Correo de Valdivia*, Valdivia, 16 de julio de 1933, pág. 3).

MEDIA HORA DE CHARLA CON LA SEÑORA LUISA DE MECKES

Impresiones de su largo viaje alrededor del mundo

A.R.G.

De un marcado parecido con la poetisa alemana Laska Schuler, de cabeza voluntariosa a la vez que llena de voluntad y simpatía, la señora Luisa de Meckes, recién llegada de un largo viaje alrededor del mundo accede confiarnos las impresiones recogidas en el extenso itinerario de sus andanzas.

Viajar, ha dicho Paul Morand, es un arte y un oficio. La señora de Meckes agrega: un arte provechoso y un oficio colmado de delicias.

En un castellano salpicado de vocablos extranjeros que lo hace más expresivo y variado, la señora Meckes nos dice:

—Salí de Chile el año 1925, el término de mi primera travesía fue Hamburgo, la Venecia del Norte. Aunque es demasiado conocida la topografía y el encanto de esa gran ciudad, no puedo dejar de recordar sus canales brumosos, sus edificios cubiertos por la pátina del tiempo y el Alster, el lago maravilloso, que es su mayor belleza. (Por mi parte yo no olvido los setenta y dos cisnes que cada uno con su número al cuello, circulan por entre las innumerables canoas que cruzan los canales, todas llenas de cojines y en las que

no falta nunca junto a la rubia indolente *gretchen* que las guía con un remo de dos palas, un cacharro de flores siempre frescas.).

Hecho el crucero de Alemania, continúa nuestra entrevistada, luego de pasar por el flamante e inmenso Berlín de calles rectas y espejeantes, de avenidas y parques cuyos árboles y estatuas parecen recién lavados, pasé a Francia e Italia.

En Berlín tuve el agrado de encontrarme con dos compatriotas: el señor Arnulfo Schütz y señora, con quienes viví momentos de inolvidable cordialidad.

En fin, de todas las ciudades de Alemania, la que me ha dejado un más grato recuerdo es Múnich, con su ambiente alegre y despreocupado, con sus museos y sus centros de arte. Y ahora, París... El París que es la obsesión universal y que a mí, en aquel tiempo, tan próximo aún a la guerra me dejó una impresión penosa: mucha miseria en las calles, mucha gente vestida de negro.

Recorrida Italia y Austria, volví a Múnich después de descansar tres meses en Berchdesgarden, rincón maravilloso que no me cansaría de señalar a quienes tengan la oportunidad y el deseo de hacer un viaje por Alemania. Allí me encontré con don Eduardo Kunstmann y señora, con quienes recorrí gran parte de mi itinerario europeo.

Y llega por fin el momento de mi partida para el Oriente, que era el objeto principal para mi viaje.

Desembarcada en Alejandría, tuve ocasión de visitar las milenarias tumbas de los reyes, y naturalmente la legendaria Esfinge y las Pirámides inevitables. En Luxor conocí la tumba de Ramsés y Tutankamon, fabulosas por las inmensas riquezas que de ella se han extraído. Luego viene la Palestina sagrada y sus sitios consagrados por la leyenda cristiana. En Port Said tuve un curioso encuentro: a bordo del tren en que viajaba apareció una dama de imponente presencia. Algo inusitado había en ella y es que sobre su cabeza llevaba tres sombreros superpuestos. Intrigada por tan extraña *toilette*, no pude dejar de interrogarla. "Es por pura comodidad, me respondió. Los llevo así para evitarme viajar con cajas que estorbarían". Reí de buena gana. Supe más tarde que esta señora era una notabilidad médica alemana.

En el vapor que me condujo a la India tuve ocasión de conocer al poeta hindú Rabindranath Tagore, quien viajaba acompañado de su hijo, el profesor Tagore, de su nuera y de su encantadora nietecita Nandina. En mi álbum de recuerdos conservo un retrato del gran poeta oriental firmado con amable dedicatoria.

Enseguida, aparecen en mi memoria Ceylán, Bangalore, Bombay. Ceylán con su mercado de elefantes. Bombay con su Torre del Silencio. En lo alto de esta Torre, son depositados los muertos de Bombay y una bandada de aves carniceras —especie de inmensos jotes— se encargan de devorarlos en media hora. Manera primitiva y original de hacer desaparecer los cadáveres. Luego Delhi y el Fuerte de los hamaratchas con sus harenes de lujo indescriptible. Y Agra con la tumba de una favorita en cuya construcción, que demoró 28 años, trabajaron diariamente dos mil obreros. Benares y el famoso baño de los ancianos en las márgenes del Ganges, el río sagrado que preserva de la muerte. Al amanecer de todos los días, más de cinco mil temerosos de la muerte, acuden a recibir el beneficio de sus aguas. En Calcuta asistí a la fúnebre ceremonia de un crematorio. Se trata más bien de una pira en la que es colocado el cadáver que se va a incinerar y encima de éste, un catre cuyo costo varía según la fortuna del muerto. Antes de prender fuego a la pira, se acercan tres mujeres al cadáver y le lavan la cara y los pies, ritual que se ha conservado a través de millares de años. Luego, el fuego hace su labor en menos de diez minutos. Las cenizas son echadas al Ganges y es posible ver, a lo largo de su ribera, innumerables restos de los ritos mortuorios.

Avanzando hacia el Himalaya, el viajero se da cuenta cómo la raza, al acercarse a la China, va tomando los rasgos mongoles y perdiendo los rasgos que le acercan a nuestro concepto occidental de la belleza humana. Cerca del Himalaya, que es imponente, pero de un clima escalofriante, hay un curioso templo en el pueblo de Dargelin. Se trata de un rústico templo hecho de simples varillas de quila, sobre cuya corteza los fieles van grabando sus oraciones nunca más extensas de cinco palabras.

Y llegamos, luego de atravesar vastas regiones, a la Isla Bali, lugar maravilloso de la tierra. Ahí conocemos a la princesa Fátima, única sobreviviente de las ocho favoritas de un magnate que, según la costumbre, debían ser quemadas a la muerte de su señor. La princesa Fátima huyó del lugar del sacrificio y se lanzó al mar logrando llegar a nado a una isla lejana.

A mi paso por el Japón, que recorrí con singular agrado tuve una sorpresa. En Kobe, entre una multitud inmensa de nipones, encontré dos rostros conocidos: los japoneses que tenían en la plaza de Valdivia su pintoresco comercio.

Los japoneses son corteses y afables. Nunca siente el viajero su calidad de extranjero en esa tierra florida. ¿Recuerdos del Japón? Su teatro, que considero del mayor interés por la técnica de sus realizaciones, el Rudah gigante de Kamakura en cuyo interior pueden caber más de cien personas y de la campana más grande del mundo, cuyo tañido atrae la felicidad a quien lo escucha.

Y ya venimos de regreso. Han pasado tres años, de variadas y múltiples emociones. Ante nuestros ojos han desfilado los más opuestos panoramas y los rostros más diferentes. El viaje a Estados Unidos, el paso por Suecia y Noruega, la travesía de Dinamarca y por fin la ruta definitiva hasta el país natal, no logran desvanecer las imágenes que el Oriente misterioso y legendario prendiera en nuestras pupilas ávidas de las bellezas innumerables que encierran todos los rincones de la tierra.

(*La República*, Valdivia, 21 de mayo de 1933, pág. 3).

VARGAS VILA

A.R.G.

A los 73 años, después de una breve enfermedad, se ha apagado en Barcelona la vida coruscante de José María Vargas Vila.

Muere lejos del trópico que lo engendrara y le infundiera ese acento exuberante y desmedido que anima cada una de sus páginas. Panfletario de grandes voces, poeta sensual, novelista fecundo y luchador incansable, todas sus actitudes estuvieron inflamadas y su vida entera no fue sino una inmensa hoguera de roja luminaria.

El adjetivo rebuscado y la frase ampulosa, sirvieron de engaste a su pensamiento siempre en batalla. Sus libros innumerables envenenaron a toda una generación de jóvenes sudamericanos. Cantaba al pecado con el entusiasmo desorbitado, que puso

siempre en todo empeño. Hubo una época en que los suicidas morían balbuceando su nombre. "Aura o las Violetas", "Flor del fango", "Alba Roja", o "Las Rosas de la Tarde", constituían el brevario pagano de la juventud que rendía culto a sus inocentes aspavientos tropicales. Porque Vargas Vila no fue más que eso: genialidad tropical, ademán teatral, egolatría sin límite. Y al fondo, seguramente el corazón de un hombre que fuera del circo se sentía solo.

Alguien me lo mostró una tarde en las ramblas de Barcelona, "Ése es Vargas Vila". Y, ese alguien, era su compatriota y su discípulo, ponía en sus palabras el mismo acento de admiración y respeto de quien hubiera dicho: "Ése es el César".

Y el César Vargas Vila, de americana entallada, zapatos charolados, monóculo y pulsera de cadenilla en la muñeca, pasaba a trancos menudos indiferente a la multitud, pensando acaso en la muerte que lo esperaba a él, inmortal por propio designio, y escuchando en su memoria el coro de homenaje entonado por cien parejas de labios gruesos y cabellos negros de menudo rizado.

Debió morir en Roma, la ciudad que le era tan querida, pero se ha extinguido en Barcelona, en su departamento de dos piezas, rodeado de sus cuarenta volúmenes y frente a la estatua de yeso que lo representaba, ceñida la frente de laurel y con una inscripción en el pecho:

"Vargas Vila, vencedor de los tiranos".

(*La República*, Valdivia, 27 de mayo de 1933, pág. 3).

TODO LO TUVO Y LO PERDIÓ TODO...

Naturalezas de espíritu luzbéllico son éstas que pasan por el mundo poniendo amor fugaz sobre todas las cosas, aprisionándolas un instante entre sus manos ávidas y dejándolas luego, sin cansancio, sin hartura, sólo para correr tras otras en una nueva distancia.

Millonario, conductor político, propietario de diarios, de caballos de carrera, empresario teatral, gran *viveur*... todo lo tuvo en su vida Sir Horacio Botomley y llegó al final de su vida con las manos desiertas y con los bolsillos vacíos.

Pertenece sin duda a esa clase de hombres que ignoran el día y la fecha en que se despiertan cada mañana, el número de años que llevan sobre la espalda y hasta el nombre y el color de los cabellos de su última querida. Estos hombres ignoran la memoria de la desgracia y una sonrisa los acompaña hasta que sus ojos se cierran para siempre.

Son los verdaderos sabios de la tierra y de las cosas de la tierra. Todo les pertenece, todo lo saborean y todo lo dejan.

Su sabiduría consiste en no permanecer con nada aferrado al corazón. Son los cómodos viajeros a los que ningún equipaje estorba en sus movimientos.

Sir Horacio pudo ser Primer Ministro, pudo ser un modelo de padre de familia, pudo fundar un reino.

Todo lo tuvo y lo perdió todo. No deja nada. Ni fortuna, ni reino, ni descendencia.

Al morir, sonreía.

CUMPLEAÑOS DE REINA

Sesenta y seis años ha cumplido la reina María de Inglaterra. Escribo estas líneas con una vaga melancolía. Cuando yo tenía cinco años me enamoré de la reina María. Fue mi primera novia. La novia del retrato, la novia intangible, alta, rubia y ausente. Las revistas inglesas la acercaban a mis ojos de niño y mis ojos se agrandaban de asombro y de amor al contemplar su imagen siempre blanca, tocada la noble cabeza con esos enormes sombreros *jardiniere*, delgado y grácil el cuello, delgada la cintura, delgados los tobillos cual corresponde a una Reina.

Ayer ha cumplido sesenta y seis años. Sus mejillas estarán marchitas, su mirada mucho más lejana, sus cabellos habrán perdido el fulgor dorado de antaño.

Rodeada de sus seis hijos, como una Reina de cuento, la reina María de Inglaterra ha recibido los regalos del aniversario. Viejas porcelanas *chine*, como las llaman los ingleses. Son su pasión de la primavera desvanecida. Y, entre todos los regalos, un fragante ramillete de rosas, regalo del Rey.

Y estas palabras desmadejadas que nunca llegarán a su oído.

Porque, ¿a qué negarlo? Un poeta tiene derecho a enamorarse de una Reina. Y una Reina, al revés de todas las demás mujeres del mundo, tiene el derecho de envejecer.

(*La República*, Valdivia, 28 de mayo de 1933, pág. 7).

ESPIRITISMO, MAGIA Y OTRAS COSAS

Siendo yo muy niño, trabé conocimiento con los espíritus. Fue en un verano en Viña del Mar. Aquel año estuvo de moda en el balneario para distraer las horas nocturnas, ya que entonces no existía Casino ni ruleta, invocar a los "amados espíritus". *Sport* elegante y apasionante. Para conseguir contacto con el más allá sólo se necesitaban dos cosas: paciencia y una diminuta mesita de tres patas. Esta mesita, sólo ahora lo sospecho, debe ser el invento de algún desocupado ingenioso. Tenía la forma de un pequeño triángulo de madera ligerísima, como la que sirve para la confección de cajas de labores. En dos de sus vértices, dos pequeñas bolitas de madera. Y, en el vértice restante, un orificio, en el que se colocaba un lápiz. Este inofensivo instrumento se colocaba sobre un papel blanco, y sobre el instrumento, las manos de los que deseaban comunicarse con el plano astral. Nada más sencillo. A los diez minutos de silencio y concentración, la mesita crujía débilmente, el lápiz que hacía la tercera pata garabateaba un poco, primero en desorden y, luego, con cierta caligrafía. Al producirse esta primera manifestación sobrenatural, los oficiantes (niñas nerviosas y solteronas desveladas, en su mayoría), exhalaban un, ¡ay...!, suspirante y lánguido, lleno de la más auténtica sorpresa ante el misterio. Yo enmudecía aterrorizado. Enseguida la confianza con los espíritus se establecía y éstos eran interrogados como a visitantes de todos los días.

—¡Espíritu que estás ahí, dinos quién eres!

Y el espíritu, cortés, respondía por medio del lápiz:

—¡Soy Napoleón!

Y si no era Napoleón, espíritu bastante asiduo a esta clase de reuniones, era Julio César, o Bismarck, o el presidente Montt. De todos modos, siempre era una personalidad, quien se sometía a una serie de preguntas que a mí —pobre niño ignorante—, nunca dejaron de parecerme irrespetuosas. Por ejemplo: “Espíritu de don Pedro Montt, dínos si Fulanita se casará este invierno” o, “espíritu de Lord Byron, dínos si mi tía Aurora, morirá pronto”, etcétera.

Mis sueños de aquel verano estaban poblados de fantasmas históricos y domésticos. Más tarde, corriendo los años, he tenido frecuentes contactos con los desaparecidos. Mi curiosidad, por lo que hay detrás del “largo sueño” no ha hecho sino acrecentarse. Todo lo que se relaciona con el misterio, la magia, la videncia, y hasta la telepatía y el magnetismo me apasiona.

Voy a contar en breves líneas algunas de mis experiencias.

En las Antillas, sobre todo en la Isla de la Martinica, se practica entre los negros una extraña ceremonia o rito que proviene del África. Me refiero al *Voodoo*, especie de religión o secta religiosa de lo más hermética. Nunca ha podido un blanco penetrar en su misterio. Sin embargo, yo pude darme cuenta de su existencia real. Debido a relaciones personales con un nativo de la isla, pude llegar hasta cierta plantación del interior, alrededor de la cual corrían extrañas leyendas. Una mañana vi, yendo acompañado de mi guía de color, una cuadrilla de obreros que cultivaban la tierra. Eran todos negros y, cosa rara en aquel paraje, estos negros trabajaban en silencio, sin canciones —como es allí la costumbre— y como ejecutando un bailable, es decir, con gestos y actitudes acompasadas, llevando todos un ritmo perfecto. Hice notar a mi acompañante esta circunstancia y éste sonrió eutrápélicamente:

—Ésos que ves ahí trabajando son todos muertos!

Quedé estupefacto. ¿Muertos?

—Muertos, sí. El amo practica el *voodoo* y gracias a ello consigue hacer salir de su sepultura a éstos que en un tiempo fueron seres vivientes. Todos le obedecen como autómatas y le proporcionan trabajo barato. No tiene obligación de alimentarlos ni de pagarlos. Una vez terminada la jornada diaria, él los libera y los vuelve a sus fosas...

¿Quién ha oído hablar de Hannussen?, austríaco de nacimiento, fue en un tiempo reportero de un diario neoyorquino. Una tarde pasó frente a un teatro y vio el anuncio de un mago moderno. Compró un billete y entró. El espectáculo le interesó tanto, que salió decidido a abandonar el periodismo por la magia y hacerse vidente. Estudió con ahínco y consiguió su objetivo.

El profesor Kruger, que actualmente está en Valdivia y que conoció muy de cerca a Hannussen, me ha referido algunas anécdotas suyas.

Durante la guerra europea, estando el profesor Kruger en Serbia, contaba entre sus soldados al famoso Hannussen. Acampados cerca del Karst, región árida parecida al norte de Chile, un día se hizo imperiosa necesidad el hallazgo de fuentes de agua. La sed atormentaba al ejército. Era cuestión de vida o muerte para millares de hombres.

Pero, ¿dónde encontrar el agua tan deseada? Las montañas eran rocosas y la región desértica. Se recurrió al vidente. Éste, que militaba como soldado raso, exigió para llevar a efecto su experiencia, que se le proporcionaran facilidades y rango de oficial. El Comando del ejército vaciló un poco, pero como estaba de por medio la vida de una multitud, accedió al fin. Y Hannussen, el oscuro reportero, ayudado de una varita mágica, descubrió las fuentes de agua necesarias a la salud de sus compañeros de armas.

En otra ocasión, hallándose Hannussen en Sarajevo, los diarios dieron la sensacional noticia de un desaparecimiento. La víctima era un turco acaudalado y prestigioso. La policía investigó en vano, durante largo tiempo, el paradero del turco. Hasta que apareció

Hannussen... Subió en un automóvil y se hizo acompañar de varios detectives y de un pariente del turco desaparecido. Hannussen tomó la muñeca del deudo y le dio la orden de partida. El auto recorrió en caprichosos itinerarios toda la ciudad. Hannussen ordenó salir a las afueras y continuar viaje. Entre sus manos apretaba siempre la muñeca del pariente de la víctima. La carrera duró varias horas. Todos estaban ya fatigados y la ruta parecía no tener un fin razonablemente próximo. Pero Hannussen ordenaba al *chauffer* con extraña obstinación: ¡Siga adelante!

Habían devorado centenares de kilómetros. La noche se venía encima, llegaron al pueblo de Agram, y, por fin, frente a una casa de aspecto vulgar, Hannussen hizo detener el vehículo. Entraron en la casa y la registraron de punta a cabo. ¡Nada! La desilusión se apoderaba de la comitiva, Hannussen repetía: Busquemos aún. Bajaron al subterráneo. En un cuartucho, ya descompuesto, fue encontrado el cadáver del turco.

Todo esto no prueba sino una cosa: que es posible cultivar fuerzas ocultas en nosotros para ponerlas en servicio de nuestra voluntad. La telepatía, el magnetismo animal, la videncia, pierden su misterio para los iniciados. Yo mismo he efectuado experiencias de transmisión con alegre resultado.

Hace algunos meses, nuestro gran poeta Pablo Neruda dio un recital de sus últimas producciones en un teatro de Santiago. El poeta se hallaba oculto detrás de una gran máscara oriental, en medio del escenario. Sólo su voz llegaba hasta los espectadores. En medio de la recitación de uno de sus más bellos poemas, formulé *in menti* una orden, estafalaria. Yo pensaba: "En medio de un verso, Pablo debe intercalar estas dos palabras: *pipiritiuque* y, *Herregud!*". El pensamiento era absurdo. Sin embargo, no pude evitarlo. Cuál no sería mi sorpresa y la del auditorio, cuando Neruda dijo:

*"Déjame sueltas las manos pipiritiuque,
y el corazón déjame libre, Herregud!"*

Sólo Neruda, que obraba con absoluta inconsciencia, no ha creído jamás en la autenticidad del fenómeno.

(*La República*, Valdivia, 28 de mayo de 1933, pág. 2).

NUESTRA PRIMERA FIRMA

Los bancos de la escuela, el patio lleno de sol, los cuadernos llenos de borrones y de manchas, tal vez la primera vez que se trenzó en una pelea descomunal y espantosa, recordó el Presidente de la República cuando vio de nuevo a su primera maestra.

Esos días imborrables de la primera infancia, no sólo reaparecen cuando nos visita doña Martina Latorre, la anciana profesora de una escuela rural. En el ajetreo de la vida diaria, cuando el espíritu tiene un instante de reposo, se detiene de repente en los cabellos rubios de una muchacha que vimos ha muchos años, cuyo nombre no sabemos, cuya vida fue un misterio. Y así como con la muchacha de nuestro primer amor, vamos lentamente recordando cada día con mayor precisión, los breves segundos que fue nuestra niñez y nuestra juventud.

Un día aparecieron las primeras canas, y alguien nos dijo que estábamos viejos. No es posible. Seguimos siendo jóvenes, y cuando nuestra profesora, aquella que nos enseñó a

leer, y a escribir con unos garabatos horribles y espantosos nuestro nombre, aparece como un fantasma del pasado, a recordarnos que aquellos días alegres de risas claras, no fueron una ilusión, le damos un largo, un emocionado abrazo que es como una despedida y un adiós.

(*La República*, Valdivia, 2 de junio de 1933, pág. 3).

RESTAURANTES

Siempre un restaurante nos dará un aspecto característico de la ciudad en que está ubicado. Junto a la mesa del restaurante se revela la desnuda alma urbana de la ciudad, por intermedio del público que llena sus restaurantes, se nos entrega en cándida intimidad.

¿Cómo olvidar esos restaurantes parisinos, a precio fijo, repletos de estudiantes y grisetas, de mesas largas y angostísimas con mantel de papel blanco, garzones de albo mandil y paredes cubiertas de espejos como colosales peluquerías?

Entre la sardina que inicia el menú, y el *petit suisse* de los postres, debemos hacer prodigios de equilibrio para no tocar con nuestros labios la frente o los ojos de la modistilla que come frente a nosotros. Las palabras *pardon* y *merci* llenan las conversaciones de los comensales y revolotean por sobre las cabezas del público como intangibles y ligeras mariposas.

Todo el Barrio Latino está lleno de estos restaurantes módicos, de menú restringido y estricto, pero de una inolvidable atmósfera familiar y alegre. Allí vimos por primera vez al francés que, una vez consumida la inevitable perdiz *faissandé* de los domingos, se enjuga los labios y sigue en línea ascendente, enjugándose la frente y por último la calva lustrosa y venerable. Gesto *standard* del verdadero parisiense, clientes del restaurante de precio fijo. A su lado, una modistilla reúne las migas de pan que están al alcance de sus manos y que luego irá a echar a los gorriones del Luxembourg o de las Tullerías.

Junto a estos merenderos, que nos ofrecen la intimidad nutritiva del "hombre de la calle", hay un ceremonioso restaurante del plato único, verdadera capilla del *gourmet* que se respeta. *La Tour D'Argent* establecimiento centenario, ha hecho su gloria y su leyenda ofreciendo a su clientela "el pato mejor cocinado de Francia".

Comerse un pato en *La Tour D'Argent*, es un acontecimiento memorable en la vida del viajero que visita Lutecia. ¡Cuánta ceremonia, cuánto preparativo! El cliente elige el pato de su apetito, con un día de anticipación. Enseguida es presentado a un cocinero de largas barbas y empinado bonete que, con sus maneras de gran señor y el albo delantal que lo cubre, tiene todo el aspecto de una celebridad quirúrgica. A sus manos expertas estará encomendada la difícil confección del inocente volátil. Su ciencia encontrará la fórmula precisa para que la salsa del pato tenga el sabor requerido.

Llega la hora de engullirlo y a la vera de la mesa ritual habrá cuatro garzones atentos cada uno en su oficio. El del pato, el del jugo del pato, el del pan y el encargado de servir los vinos. Un pato cocinado y comido en *La Tour D'Argent* cuesta doscientos francos sin incluir las propinas. Pero uno puede contar con orgullo: "Yo me he comido un pato en *La Tour D'Argent*", y, para convencer al auditorio de semejante aventura, sacar una tarjeta que le ha sido obsequiada al abandonar el célebre restaurante, y que muestra la fotografía del pato, su número correspondiente y el retrato del cocinero que tuvo a su cargo la preparación de semejante deleite...

Hay también el restaurante exótico. El turco, el japonés, el ruso.

Yo recuerdo el célebre *Dyiguita*, atendido por auténticas princesas rusas, desterradas en Francia por la revolución bolchevique. Una orquesta de *balalaikas* ameniza la cena o el almuerzo. El "Volga, Volga" o "Los bateleros del Volga"; son canciones que quedan para siempre en nuestra memoria, junto a los gestos imperiales de la pálida princesa que nos ha servido un plato de huevos a la rusa y un vaso de vodka.

Los restaurantes chinos o japoneses de Berlín o de Lima merecen también un recuerdo. En esos restaurantes no se come pan ni se bebe alcohol. Una inmensa fuente de arroz graneado sustituye el pan. Los guisos, complicadísimos e innumerables, son servidos en pequeñas tazas de porcelana. Tampoco hay cubiertos. El mayor encanto del local consiste en manejar esos palillos de ébano que para el profano resultan un agrio tormento. Los palillos se escurren entre los dedos, caen al suelo, no atrapan nada al manejarse con torpeza y terminan por ponernos en ridículo a los ojos oblicuos de nuestra vecina mesa.

Hay, por fin, el restaurante criollo, como aquel *Huaso Adán* de Santiago o ese *Copihue* de Concepción. Los platos nacionales, la sabrosa malaya o el tremendo caldillo de congrio, el venerable charquicán o el reconfortante valdiviano, son platos que es preciso gustarlos en casa del *Huaso Adán*.

El *Copihue* de Concepción, está ubicado en una esquina colonial pintada de celeste. Su comedor es pequeño y tiene el aspecto de un museo. Estatuas de los padres de la patria, retratos de nueve presidentes, aves embalsamadas, jaulas con canarios trinadores, botellas que encierran un buque, una pecera con su inevitable pareja de pececillos transparentes y, dominándolo todo desde la cima de un trinche, un retrato al óleo de don Malaquiás Concha.

El *Copihue* cuenta con el trío de guitarras más acreditado en la región y su dueña tiene manos de ángel para cocinar la corvina. Un plato de corvina consumido en *El Copihue*, nos libera de todo pecado y nos hace acreedores al sueño de los justos.

(*La República*, Valdivia, 4 de junio de 1933, pág. 2).

CHÉ TALADRID, CÓNSUL Y ARTISTA

Nació en Buenos Aires y sus primeros paseos lo condujeron a ese barrio tumultuoso y pintoresco que es la Boca. Junto a los barcos de la carrera transatlántica y en el ajetreo de colmena férrea del puerto, Eduardo Taladrud conoció las primeras inquietudes y se desarrolló en su espíritu un formal deseo de expresión.

Allí se hizo pintor y amigo de un pintor. Quinquela Martín, el gran marinista argentino fue el compañero de sus primeras andanzas y el amigo predilecto de sus primeros ensueños. Más tarde, ya crecidos y con opuestos destinos, la vida los separó. Quinquela Martín se entregaba de lleno al arte de colorear telas y Eduardo Taladrud ingresaba a la carrera diplomática.

A pesar de sus obligaciones oficiales, no abandonó la caja de colores ni el pincel. Fruto de diez años de esfuerzo y búsqueda incansable, son los cuadros que con merecido éxito expone hoy en Santiago.

—En Chile me hice pintor, confiesa a un periodista. En Chile comprendí que la pintura era mi más legítima manera de expresión. Y la belleza de los paisajes australes ha sido el incentivo de diez años de labor.

Ha sido secretario de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de Argentina, ha viajado mucho por el viejo continente, ha conocido los más variados territorios. Nada le cautiva tanto como la naturaleza del sur de Chile.

Su exposición, en Santiago, ha sido consagrada por la crítica. Y Eduardo Taladrí debe sentir un íntimo regocijo al escuchar las palabras del elogio.

Cónsul de su patria en Valdivia, algo de su triunfo nos pertenece.

Durante diez años ha vivido a nuestro lado. Intérprete de nuestras bellezas naturales, es un amigo por dobles razones. La de su nacionalidad y la de su arte.

MONUMENTO AL CANILLITA

Tenía que ser en Río de Janeiro, la ciudad de las libélulas, del Pan de Azúcar y de los enormes cigarros verdes, que el canillita tuviera su primer monumento.

El alma de Río de Janeiro es melodiosa y sentimental. Las alcobas están tapizadas de alas de mariposas gigantes. Allí todas las cocineras se llaman Emperatriz, los guardias urbanos se llaman Napoleón y, por las noches, los noctámbulos retrasados juegan al ajedrez sobre el pavimento a cuadros negros y blancos de las *ruas* de Río.

Durante la última sublevación de la Escuadra, la Aviación salió a combatirla. Sobre los *dreadnoughts* en rebeldía, los aviadores dejaron caer... ¡rosas!

Las mujeres de Río de Janeiro tienen un habla dulce de flauta eglógica. Los niños no lloran en Río como en otra parte del mundo. El gemido allí no existe. Al llorar producen las bocas infantiles un gemido o murmullo suave y apagado que traspasa el corazón.

Hasta la luz eléctrica de Río de Janeiro tiene un color diferente al del resto de la tierra. Las grandes lámparas que iluminan sus avenidas floridas y fragantes, ostentan un color de canela fosforescente que no daña la vista y ayuda a bien pensar. ¡Y el idioma! Las palabras más corrientes, las palabras más usuales, ese *moito obrigado* que no encuentra traducción en otra lengua del mundo, están impregnadas de café y de almíbar.

¡Brava gente brasileira...! Sobre la decoración de teatro suntuoso y tropical que es Río de Janeiro, el canillita, el humilde vendedor de diarios, tendrá su estatua. Debe ser una estatua transparente y alada, y musical. Debe ser una estatua con cuerda. A pesar de la inmovilidad que toda estatua requiere, esa estatua del canillita estará siempre en movimiento, en el lento movimiento que adquieren en el cine las imágenes al *ralenti*. Movimientos de danzarina sonámbula.

En medio del paseo de ensueño que es Copacabana, el monumento al canillita estará gritando con dulce acento: "¡A Noite...!" . "¡O País...!" .

Y la enorme luna de Río de Janeiro y las grandes mariposas nocturnas, detendrán su lumbre y su vuelo junto a la estatua del canillita brasileño.

(*La República*, Valdivia, 5 de junio de 1933, pág. 3).

UN EDITORIAL

¿Quieren Uds. un buen editorial?

Ahí va: La gran dificultad existe en encontrar el tema, como quien dice, los síntomas de la enfermedad.

Porque la prensa, siempre será, una receta, una salvaguardia, para la salud del lector.

¿De qué adolece Ud.?

¿Insatisfacción en la ciudad en que vive? ¿Malestar de la provincia?

Nada me es ignorado. Nada. ¿Necesitamos pabellones en Valdivia que nos favorezcan de la lluvia? ¿Puentes que nos unan a la Isla Teja?

Bueno. He encontrado el gran proyecto: un puente.

¿Se imaginan Uds. lo que sería Valdivia unida a la Isla Teja con un robusto y férreo puente de acero?

Hudson River, Támesis, Sena, Neva, todos los ríos del mundo se nos aparecen en un *film* optimista y seguro. ¡Un puente!

¡Unir los hombres a los hombres!

Y nada más. Todo estaría en camino derecho con un puente. He sido confidente del ex Alcalde, señor Adolfo Oettinger. Su sueño de todos los días era un puente. ¿Qué esperamos? ¿Capitales? Antes que nada, la fantasía y el buen deseo: realizar un sueño que todos lo han tenido y que pocos se acuerdan de él.

Nada de esas lanchas cargadas de miseria que abordan el malecón cada tarde. Nada de páginas de Gorki. ¡Queremos un puente! Un robusto puente. Un férreo puente que nos una con la tradición de Valdivia.

Y sería saludable realidad el ver agacharse a las chimeneas de los vapores "moscas", al cruzar bajo la sólida potestad de un arco que uniera la isla y el continente de esperanzas, que es el grueso de Valdivia, con su Correo, con su Plaza, con sus calles centrales y el resto que forma la ciudad.

¿Es una utopía?

Todo se puede en la vida. Basta paciencia y constancia.

(*La República*, Valdivia, 6 de junio de 1933, pág. 3).

DON ALFONSO, REY SIN CORONA

A Viña del Mar sólo le faltaba un Rey. Le faltaba un Rey para alcanzar la estatura de Dauville, de Biarritz, de Niza, de San Sebastián. Las playas sin Rey, pierden algo o les falta algo imprescindible para su atractivo. Una playa con Rey es más playa, su arena es más de oro, su cielo está más al alcance de la mano, su "aire de playa" peina mejor los cabellos y revuelve de manera más alegre las hojas de las palmeras que nunca deben faltar en los casinos de la playa con Rey".

Don Alfonso, Rey de las Españas a pesar de haberlas perdido, vendrá a jugar polo a Viña del Mar. Don Alfonso por haber sido el último Rey, no ha dejado de serlo. No se podría llamar Ex, a un Rey juguetón y despreocupado, que por matar pichones del cielo, nunca supo cuál era su exacto lugar en la tierra. Fue y sigue siendo el Rey aéreo y esportivo, sin corona, sin reino, pero con carta propia en la baraja disminuida de la realeza universal.

Viña del Mar acogerá a don Alfonso y será el postrer y fugaz dominio de sus reales pasos. Los torreones flamantes de los castillos viñamarinos adquirirán el sello de legitimidad y la pátina que les hace falta. Al paso del Rey, envejecerán y entrarán en la leyenda de los verdaderos castillos.

Y la elegancia de Viña dejará caer la etiqueta del precio, para adquirir ese grado de natural elegancia que tienen las *toilettes* gastadas, los nombres de fácil pronunciación, los ademanes y el gesto que son la traducción de una interna elegancia.

Y, al terminar estas líneas, no olvidemos a las colegialas o a las rubias o morenas adolescentes que se dormirán en las noches del próximo verano, con este recuerdo perturbador: "Ayer, el Rey...".

(*La República*, Valdivia, 7 de junio de 1933, pág. 3).

PÁJAROS ERRANTES

Somos un pueblo nómada. El chileno nunca está arraigado en parte alguna. Sobre todo el chileno del pueblo.

Chile tiene la forma de un inmenso malecón frente al Pacífico. Todos nacemos mirando al mar, en esta tierra, y en cada uno de nosotros alienta siempre el deseo y parten. Y los que no logran traspasar el océano se contentan con pasearse a lo largo del embarcadero. Hombres del norte, del centro y del sur, están siempre en continuo movimiento. "Me voy pa'l norte..." o "me voy pa'l sur...", son frases que están continuamente en labios del chileno humilde.

¿Quién no ha visto alguna vez esos individuos que viajan a pie, de un pueblo a otro, siguiendo la línea del ferrocarril? Un atado a la espalda y en los ojos la voluntad de llegar a otra parte, son todo el equipaje de esos pájaros emigradores.

Venciendo a la fatiga y la distancia, el caminante va cumpliendo un designio oculto e inherente a la raza: emigrar.

"A quién se muda, Dios lo ayuda...".

O no lo ayuda. Tal ha sido la suerte de Fidel Gatica Reyes, chileno de veinte años, vagabundo. Entre Osorno y Valdivia, siguiendo la línea del tren, encontró la muerte.

EL PELUQUERO DE HINDENBURG

Desde hace cincuenta años el viejo Mariscal frecuenta una pequeña peluquería de la Wilhelmstrasse, en Berlín.

En los días dorados del imperio, siendo uno de los más jóvenes capitanes del ejército más poderoso del mundo, Hindenburg se hizo cortar el pelo a la *carré*, por la primera vez, en esa pequeña tienda.

Y la misma lealtad que guardó a su Emperador, la tuvo para el humilde Figaro que ha dado a sus cabellos, durante medio siglo, el corte cuadrado y enhiesto, tan caro a los hombres de espada.

Los peluqueros de toda la tierra son conservadores. Al manipular las tijeras y el peine, van dejando caer en los oídos del cliente las noticias del día, el último comentario, el cuento de actualidad.

Es de imaginarse las charlas que sostendrán el padre de la República Alemana y su peluquero. Charlas que para el Primer Mandatario de la nación germana tendrán no poca utilidad. Con su peluquero, Hindenburg está en contacto directo con la masa del pueblo, conoce todo lo que se dice en la calle, ausculta el corazón de sus conciudadanos.

H. Goetz es el nombre de ese fiel servidor del Mariscal. Y su nombre pasará a la historia como el de un ministro humilde, anónimo, pero de perdurable ministerio.

(*La República*, Valdivia, 8 de junio de 1933, pág. 3).

CON MIL SETECIENTOS FRANCOS...

El Príncipe don Gonzalo de Asturias ha escrito a su abuela la Infanta doña Eulalia una carta en la que le asegura que no le tiene miedo a la vida ni amor a los reinos de la vida. Él quiere casarse. Y quiere casarse con la señorita San Pedro. Ésa es su real gana.

Desposeído de su herencia principesca, sin automóviles que lo paseen por los caminos de Europa, sólo le quedan mil setecientos francos como única renta.

Y es con estos mil setecientos francos que el Príncipe don Gonzalo quiere hacer frente al presupuesto conyugal. Su gesto de rebeldía familiar le ha conquistado las simpatías de todo el mundo. Su exigua renta es el precio irrisorio de su felicidad.

¡Cuidado Niño Gonzalo...! La felicidad en el amor se viste de seda.

En vez de dirigirte a la abuelita que hasta en el convento en que vive recluida lleva sobre la garganta el más soberbio collar de esmeraldas, debiste conversar con esa tía tuya, la princesa de Borbón, desposeída de su rango como tú lo estarás en breve, por compartir el amor de un pintor italiano.

Yo la conocí en París, sorda y envejecida, pintando cigarreras, rodeada de sus hijos que son *chauffeurs* y habitando un hotelucho de tercer orden en el barrio de Montparnasse. La juventud, el amor... Todo pasa, Niño Gonzalo...

Pero tienes toda la razón. Amor, juventud, valen más que el más extenso reino de la tierra.

Y así pasan el amor y la juventud, que dejan honda huella en tu corazón de Príncipe Azul. Amén.

(*La República*, Valdivia, 9 de junio de 1933, pág. 3).

CORONADO DE ROJAS AMAPOLAS...

Fundador del "Partido Chiquitito", que es el más grande partido del mundo, el campesino Kovatchevitch, serbio de nacimiento y borracho de profesión, ha permanecido durante tres días y tres noches coronado de rojas amapolas.

Es el premio y el distintivo para quien ha sabido vencer en el más húmedo campeonato que se puede imaginar. El "Partido Chiquitito", de Belgrado, está compuesto por sólo

tres miembros, que son algo así como los monarcas de la sed y su remedio, en aquel país pintoresco.

Cada año los *bekrijas*, que así se llaman los miembros del jugoso partido, se reúnen en un sótano poblado de toneles.

Allí beben y cantan la canción de los compañeros alegres.

Verdaderos Caballeros de Ekebú, cantan y beben sin descanso. La sed que atormenta sus gargantas tiene algo de eterno que mueve a respeto. Nada puede calmarla ni extinguirla.

Los *bekrijas* se encierran en su sótano al comenzar la primavera y los grandes vasos de tierra cocida que emplean en su alegre ceremonia no están nunca vacíos. Pasan los días y tras los días pasan las noches. Los *bekrijas* beben. No hay horario ni límites que los detenga.

Por fin, ronco de tanto cantar y de tanto beber, la cabeza del primer *bekrija* cae sobre un barril con un golpe seco y definitivo.

Ya quedan sólo dos en competencia.

Sus ojos se escapan de las órbitas, sus rostros están enrojecidos como dos lámparas, sus brazos al levantar el vaso, vacilan. La canción a dos voces continúa, hasta que cae la cabeza del segundo *bekrija*...

El sobreviviente de tan pagano ritual es proclamado vencedor. Se le pasea en triunfo montado en un tonel, semidesnudo y con un cerco de rojas amapolas sobre la sudorosa frente.

Frágil corona para tan rudo esfuerzo...

(*La República*, Valdivia, 10 de junio de 1933, pág. 3).

LA "CRUZ SWÁSTIKA"

Las aspas luminosas del *Moulin Rouge*, girando sin descanso en la noche de París, turban el sueño de los turistas, se adentran en sus ojos con su ígneo voltaje, y, largo tiempo después de que el viajero abandona la capital del pecado, aún giran en su corazón con nostálgica lentitud.

Algo parecido ocurre actualmente en Alemania.

Una cruz de diamante ha aparecido en el cielo alemán: la cruz Swástica.

A un signo de Hitler, "el bello Adolfo", como lo llaman las rubias *gretchens* entre dos suspiros, la flamante constelación, fuego de maravilloso artificio, deja caer cada noche sobre la tierra de Sigfried una lluvia luminosa de menudas crucecitas.

Cruces juguetonas, estas pequeñas cruces que, al nacer el día, ya han encontrado donde posarse y permanecer.

Todo, en Alemania, está marcado hoy día con la Cruz Swástica. Los corazones, las banderas, las armas, el brazo de los nazis.

La cruz de complicada arquitectura luce en las calles, en las puertas de los teatros, de los *cabarets*, en las enormes tortas del cumpleaños, en los juguetes de los niños.

Pero hay más. Las salchichas, las fragantes, las robustas, las jugosas y rosadas salchichas de Frankfurt—que es la patria legítima de las salchichas— lucen con inmóvil y tibio orgullo la cruz inevitable.

Yo me imagino esas amplias "Casas de la Cerveza" de Frankfurt, en las que toneles cortados por la mitad hacen las veces de veladores y en las cuales nunca falta la buena

música y la sana alegría, ofreciendo a la clientela regocijada el plato preferido: un par de salchichas como dos soberbios habanos, en cuyo anillo de oro resaltará el signo nazista.

Los bebedores entonarán con voz potente y múltiple la canción en boga:

*La Swástica vencerá
a la estrella del Soviet...*

No faltará, sin embargo, una pequeña desgracia. Alguien perderá algún día la cuenta de los vasos, y, entre el vapor dorado y grato de la cerveza, al acercarse a la boca el trozo de salchicha, la cruz, cansada de su inmovilidad, comenzará a girar...

Y al engullir el bocado sabroso aquel bebedor señalado por el destino caerá por tierra, víctima del más inexplicable y misterioso degüello...

LA FELICIDAD EN LAS PATAS DE UN CABALLO

Así encontró la felicidad León Biepobedi, fogonero genovés residente en Buenos Aires. El *pur-sang* que ganó el Derby de Epsom, ganó la carrera a pesar de llevar enredada entre sus patas la suerte de un fogonero.

¡Quién sabe qué misteriosa, qué ocultas correspondencias pueden haber entre el destino humilde de un fogonero y la velocidad de los cuatro remos de un caballo!

Biepobedi, que durante muchos años había manejado la pala del carbón sin lograr elevar sus manos renegrecidas hasta las válvulas del vapor, cobró treinta mil libras esterlinas con un pedacito de papel: un boleto del Derby.

¿Qué irá a hacer el afortunado genovés con esa cascada dorada de monedas inglesas? ¿Alcanzarán las exigencias de su vida, por grandes que sean, a agotar el raudal de oro?

¡*Chi lo sa!*

Por lo pronto, después de ingerir durante quince años la mala comida de los fogoneros, León Biepobedi, hombre humilde que no había conocido nunca sino el rostro descarnado y adusto de la miseria, tuvo sólo un deseo al tomar posesión de su fortuna: comer. Comer bien.

Y para bien comer, invitó a cinco camaradas del hollín y entraron juntos en un restaurante elegante de Buenos Aires.

Pidieron los más apetitosos manjares: trufas, caviar en hielo, faisán dorado. Y como vinos, *Tokay*, *Veuve Clicquot*. Y el *Chianti* ineludible. Y terminaron, naturalmente, con el ponderado *Vieux Cognac Pressac*...

Todo iba bien hasta que pidieron ranas. Esas ranas juguetonas y verdes que aparecen en los menús de todo restaurante *a la page*.

Sólo que cuando León Biepobedi dijo con voz tonante:

—¡Garzón! ¡Tráigame ranas...!, las ranas dieron ese salto inaudito que conservan en las listas, y se escaparon del menú.

(*La República*, Valdivia, 12 de junio de 1933, pág. 3).

UN CUENTO DE RAMÓN

Cuando Ramón Gómez de la Serna estuvo en Santiago, un grupo de escritores jóvenes le ofrecimos una comida en *La Tacita de Plata*, taberna que, al día siguiente de la comida, quebró y cerró sus puertas.

A la hora del café, alguien pidió al escritor español que relatará alguna de sus aventuras. Ramón contó la siguiente: "Siendo yo estudiante de Leyes, en Madrid, ocupaba un cuarto en una pensión modestísima.

Como vecino de pieza tenía a un joven matrimonio. Él era un golfo; un 'niño de los pañuelos'. Ella, modistilla, guapa y pálida.

Mientras yo por las noches, trataba de ingerir el Código, ellos reñían con entusiasmo conmovedor. A las agrias palabras sucedían los golpes propinados por el hombre con diligencia y sin contemplaciones. Y a los golpes, sucedían los gritos desgarradores de la mujer, y el llanto incontenible y las atroces injurias de rigor.

Una noche la cosa subió de punto, y sucedió la horrible tragedia, que toda casa de pensión de tres al cuarto cuenta a su haber.

Él la mató a ella. Yo oí con perfecta claridad, a través del delgado tabique, el ruido seco de la navaja al entrar siete veces en el cuerpo de la pobre modistilla. Era un ruido comparable al que produce una aguja al ser raspada sobre un trozo de raso... ¡Siete veces, helado de espanto, escuché el inconfundible crujido de la carne rasgada!

Cerré mi Código, y en un salto estuve al frente de la puerta maldita.

Llamé a los guardias. Abrimos. Dentro no había nadie...

Los guardias creyeron en una broma de mi parte y quisieron marcharse.

—¡Pero, señores, grité; vean ustedes esta sangre!

El piso estaba cubierto de sangre fresca.

No había duda. El asesino, el feroz asesino, había huido en un relámpago. Pero, ¿y el cadáver? ¿Y el cadáver de la desgraciada modistilla? Yo había escuchado su último suspiro y el, ¡ay!, desgarrador con que se despidió de la vida. Buscamos por todas partes, bajo la cama, bajo el sofá...

Nada. No había cadáver.

Iban a marcharse los guardias con grave disgusto, cuando yo miré hacia el armario de luna.

—¡Ahí está! —vociferé— ¡Ahí está! ¡Miradla!

Los guardias avanzaron. Allí estaba, en efecto, pálida, con su última palidez.

El asesino, para ocultarla, la había echado al agua del espejo...".

(*La República*, Valdivia, 12 de junio de 1933, pág. 3).

CHÉ DE LA CROIX

Ya cayó. Cayó, pero se escapará. Venía de las novelas cosmopolitas que son la expresión de la hora cinemática que vivimos. De allá venía, trayendo además la prepotencia que por raza le corresponde.

—¡Ché, me gusta el juego y los *cabayos* de carrera! Yo paré de un tiro la ruleta de Monte Carlo... Me cansan las pebetas, me aburre la milonga. ¡Ché, este Chilécito es una *mara-viiya!*
Y por las noches, camisa de seda a cuadros celestes, brillante en el meñique, y el naipe en las manos, perdía montones de miles con la displicencia que acercaba a sus labios la copa de *cocktail*.

—Hagan juego, señoras y señores... ¡Y tú ché Benito, preocupáte de las fichas! *Croupier* de alta escuela, ganaba perdiendo. En Santiago, grande aldea de casas altas, Enrique de la Croix, argentino y petulante, vivía de prepotencia.

La palabra millonario lo designaba con mayor propiedad que su propio nombre. Y caían los incautos. ¿Cuántas serán las víctimas del hábil estafador? No se sabrá nunca. A las mujeres les cerraba la boca con un beso. A los hombres con un vaso.

Cayó, es cierto. Pero no se le probará nada. Trabajaba con demasiada inteligencia. El dueño de caballos de carrera, poseedor de estancias al otro lado de los Andes, de maneras elegantes y de manos ensortijadas, ¿acusado de estafa? No puede ser. Y no será.

Nunca nadie lo oyó contar el cuento del entierro. Y sus maletas lucían las etiquetas de los grandes hoteles del mundo.

Pero ché de la Croix lo supo al nacer: "El mundo es de los audaces".

Y engominado, exagerando su calidad de extranjero en este país de listos ingenuos, ejerció con suerte la "prepo" que seduce a las mujeres y a los tontos.

—¡Este Chilécito, Ché!, ¡qué *mara-viiya!*

(*La Republica*, Valdivia, 14 de junio de 1933, pág. 3).

DON FERNANDO OHDE

Dedicó su existencia al estudio y observación de las aves del cielo, este sabio naturalista que se llamó don Fernando Ohde.

Sin ambición de gloria, ignorando la envidia y la mezquindad que enturbia siempre entre los hombres el horizonte de cualquiera actividad, fue con curiosidad amorosa y noble desinterés que se adentró en el territorio de las ciencias naturales.

Pasó por la vida casi en silencio, y las palabras que más a menudo aparecían en su vocabulario eran las palabras latinas que denominan las especies innumerables de las flores y que ayudan a la exacta catalogación de la ornitología.

Las aves y las flores fueron sus más leales compañeras y la preocupación que absorbió su tránsito terrenal.

Todos los senderos de la región conocieron sus pasos de investigador y es de creer que los pájaros de Dios le querían bien, le consideraban algo de los suyos y a él se entregaban con amistosa confianza.

Gracias a su cariño y a su cuidado y a su ciencia, innumerables patos silvestres, choroyes bulliciosos y lloicas de pecho escarlata, siguen existiendo aún después de muertos, en esa existencia estática y de expresión única que adquieren las aves embalsamadas.

Don Fernando, sabio ornitólogo, humilde y ausente de toda cofradía de sabios mundanos, paseaba con cariño sus miradas por entre los rangos de su vasta colección. Él conocía como nadie las costumbres bizarras del pájaro carpintero, la voracidad del águila

y el lirismo ingenuo de las diucas inocentes. Y los pájaros de su colección le mirarían con cierto asombro supersticioso en sus ojillos de vidrio, a él, hombre bueno que las sustrajo un poco a la pérdida anónima e irremediable.

Autor de numerosos artículos publicados por la *Revista de Ciencias Naturales*, que dirige ese otro sabio que es don Carlos Porter, no logró nunca reunir el grueso de sus preciosos apuntes y ha muerto aquí en Valdivia, lejos de la Alemania de su nacimiento, rodeado sólo de un gran cariño y una sola admiración: la admiración y el cariño de sus hijos.

Le alcanzó el tiempo de su vida para acumular y estudiar con detención hasta treinta y seis especies de aves de rapiña.

Conocía sus menores secretos y ha muerto ignorando aquel que guía y aprieta la más temible garra: la garra de la muerte.

HISTORIA DE AMOR

Entre el fregar y el barrer transcurría la existencia de Dolores Vásquez. Vida humilde y sedentaria, amaba, por contraste, las grandes distancias y las grandes velocidades. Su ideal era un ciclista. Su mayor distracción el cinema. El cinema que es viaje inmóvil y prodigioso.

Si Dolores Vásquez hubiera vivido en Santiago, se habría enamorado de uno de esos ágiles muchachos que “combinan” las películas entre un cine y otro. El *film* y la bicicleta. La velocidad y la distancia bajo la visera de una gorra.

Pero Dolores vivía en Buenos Aires, donde los “combinadores” no existen. Y se enamoró de Nemesio Rodríguez, mozo de restaurante.

Como la de su amada, la vida de Nemesio era incolora y estática. Y, como ella, amaba la velocidad y la distancia.

Yahí estuvo lo malo. En sus cortos paseos, en vez de mirarse o acariciarse, perdían el tiempo y acercaban la desgracia hablando de aviones, de trenes veloces, de automóviles delirantes...

Obstaculizados en sus sueños por el destino, detestaban los obstáculos más pequeños que existen hasta en las palabras. Odiaban la letra R y la letra J, que impiden un suave y rápido deslizamiento en las palabras amorosas.

Decían, por ejemplo: “Mifito, mifita, coneo, pafarito...”.

Una noche, en la sala de un cine, la imagen de una veloz motocicleta apareció ante sus ojos. Sus manos se buscaron y se apretaron con la alegría de quienes han encontrado la solución inesperada.

—¡Mifito!

—¡Mifita!

—¡Una moto!

—¡Claro, una motocicleta!

Y al día siguiente, sumando los ahorros de ella a los suyos, Nemesio Rodríguez, garzón de restaurante, compraba una flamante motocicleta. Una moto con *Side-car*. La felicidad para los dos.

Aprendió a manejarla con ardorosa impaciencia, hasta que llegó el día tan esperado. El día de la gran carrera.

Alegres de indescriptible alegría, devoraban los kilómetros en velocidad creciente. Dolores gritaba: “¡Más lifero, más lifero!”. Y Nemesio aceleraba.

De pronto, lo inevitable. Un farol en la ruta, la pequeña vacilación necesaria y el choque tremendo.

¡Pobres muchachos! Se apresuraron demasiado para entrar a la muerte, ellos que en la vida sólo fueron dos pájaros enjaulados en la rutina.

(*La República*, Valdivia, 15 de junio de 1933, pág. 3).

LA MUERTE DE HUÉRFANOS STREET

A. Rojas Giménez

La Dirección General de Carabineros ha puesto en práctica en el centro de Santiago, una medida que prohíbe las aglomeraciones y obliga el tránsito continuo.

Es una medida de urbanismo necesaria, no hay duda, pero que levantará huracanes de protestas. Prohibir en el centro de Santiago que se formen esas largas hileras de hombres que admiran el paso de las mujeres, es destruir con crueldad el friso de la galantería callejera.

Las esquinas del centro y las vitrinas de los almacenes de lujo tienen cada una, en Santiago, su clientela reconocida. Ahí está la esquina de Huérfanos con Estado, antigua calle del Rey, que era la peña de los literatos. Los bigotes galos de Mariano Latorre, la elevada estatura y la capa de Préndez Saldías, la mímica exuberante de Ricardo Latcham y el abdomen prominente y los lentes de ancha cinta de Augusto Iglesias, eran, en esa esquina, acogedora, contra la luz de la Librería Francesa, el afiche de las bellas letras santiaguinas.

La puerta del Lucerna abrigaba bajo su amplia marquesina a los más característicos de los jovencitos bien de la capital. Las polainas rosadas, las cabezas engominadas que recuerdan el vientre de las mandolinas, las corbatas más inverosímiles y el único bigote comparable al de Adolfo Mejou que existe en Santiago, se ofrecían a las miradas admiradas de las santiaguinas en ese lugar que era el auténtico escaparate de la gomosería metropolitana.

Queda todavía la famosa esquina de los cómicos: la esquina de Merced con el Portal Mac-Clure. Allí se estacionaban los actores con o sin contrata. Allí se escuchaban los chistes más atroces y el pelambre más ardiente. ¡Los cómicos! Nemesio Martínez, cariátide envejecida de la escena nacional; Pepe Vila, el embalsamado; Evaristo Lillo, el esférico, y toda la innumerable corte de satélites llenaban esa esquina con voces airadas o risueñas y ademanes descomunales que no hubieran cabido en la más amplia escena.

¡Y la puerta del Correo! La puerta del Correo Central en Santiago, era algo así como la Puerta del Sol en Madrid. Allí se citaban los amantes sin refugio, los compadres sin dinero para pagarse un *chop*, los extranjeros de negocio rápido.

Todo eso ha desaparecido de golpe. La orden es estricta: "¡Circular, señores, circular!".

Adiós las mañanas primaverales de la calle Ahumada, en que las mujeres elegantes y bonitas, con sus *toilettes* claras y alegres, ponían algo de ambiente de playa en la más típica calle santiaguina.

Ojalá que esta medida urbana redunde en beneficio de "La vida de la calle". En Santiago faltan los grandes cafés con terrazas descubiertas, que son el encanto de las grandes capitales. La terraza del café al aire libre y en contacto con el ajeteo de las calles, son el refugio amable de los contemplativos, de los enamorados platónicos y de todos aquellos

que encuentran placer en recibir, cómodamente sentados frente a un vaso, ese fluido incomparable y saludable que emana de las multitudes en movimiento.

El espectáculo de la calle visto desde la terraza de un café nos enseña más sobre el carácter y el alma de una ciudad, que diez guías o el más completo Baedeker.

En Santiago no habrá ya más aglomeraciones de curiosos. Es la ocasión para que los dueños de Salones de Té o los patrones de los lujosos bares del centro, saquen a las veredas las primeras mesitas y las primeras sillas que acojan a los paseantes del crepúsculo y del mediodía santiaguino, desalojados de sus sitios de reunión por una orden violenta, pero necesaria.

(*La República*, Valdivia, 16 de junio de 1933, pág. 3).

EL AIRE, DOS PAVOS, UN BAJATIVO Y UNA SONRISA...

Nuestros aviadores tienen pintada en el semblante la sonrisa con que saludan a la muerte que llega o... que no llega.

Nuestra raza tiene bien desarrollado el sentido "cachativo" que los no iniciados confunden con el "humor" o con el *esprit* o con la gracia.

Varios tragos, muchos tragos, uno, dos pavos; la cabeza y el peinado en desorden y allí tenéis a varios bravos muchachos con novia y apellido y veinte años a la espalda, que están dispuestos a pilotear un avión como si fuera un carro Catedral para irse a tomar un bajativo en compañía de sus colegas de la aviación francesa.

Bravo gesto. Ésta es la raza. No importa que se maten. Chile tiene, hoy por hoy, la más alta mortalidad infantil, es cierto, pero también tiene la más alta natalidad del mundo.

Por el aire, cantando, en busca de esos gringos o de esos gabachos adustos, para enseñarles "a hombres". Es decir, para enseñarles a matarse después de una vida vacía. Ellos, los gringos o los gabachos nunca sabían ni comprenderán que se pueda pasar por el mundo con una carcajada en los labios y con la existencia —el precioso don, el único don—, a la espalda como un saco desierto.

¡Pero, somos tan gallos!, morir. ¿Qué más da? Hay un retrato nuestro sobre el piano de la novia, una cuenta en la casa del sastre y en la cantina más próxima un bajativo que lleva nuestro nombre.

La gracia, el *esprit*, el ingenio, la cachativa de la raza... ¡Saluuud!

(*La República*, Valdivia, 17 de junio de 1933, pág. 3).

LA AMÉRICA EN FLOR

Un amigo me dice:

—Al hablar de Rio de Janeiro, en uno de tus "kaleidoscopios", le sueltas demasiado la rienda a la fantasía. Mira tú que esas mariposas gigantes, y esos mulatos jugando al ajedrez, por las noches, en el pavimento a cuadros de las calles de Rio...

Decididamente, mi amigo carece del sentido pintoresco de la geografía y de la étnica. La América del Sur, nuestra América, es uno de los continentes que más se presta al juego de la fantasía de un cronista, apoyándose siempre en la realidad. Yo no he exagerado nada al hablar de Rio de Janeiro y de su decorado. Y digo "casi nada", porque creo que a un cronista le está permitido mentir un poco, acentuando el carácter del paisaje o de los tipos que introduce en la crónica. La crónica, para ser tal, debe tener algo de alas, algo de cine. El movimiento y el color de las imágenes de la crónica constituyen su mayor mérito.

Y al hablar de América, es imposible que a un cronista, por corto de fantasía que sea, no se le vaya la pluma por ese camino de extraña flora y de extraña fauna, con mucho de "fondo de mar muy habitado", que es la realidad exuberante de nuestra América.

En Europa se tiene una idea de América, falsa hasta cierto punto. Pero de una falsedad grata, pintoresca, de irresistible encanto. Recién ahora, debido a los viajes continuos de conferencistas y escritores europeos que nos visitan, esta idea fantástica va adquiriendo una realidad más estricta.

Hasta hace poco, al llegar un sudamericano al Viejo Mundo, la sorpresa se pintaba en el rostro del europeo. En sus ojos se leía la pregunta: "¿Y las plumas?, ¿y las flechas?, y...".

Yo he visto en las librerías del viejo Sena, mapas de América que son todo un documento maravilloso. Los mares americanos aparecían poblados de delfines, de ondinas, de ballenas monstruosas, de enormes peces voladores, de bestias y de seres absurdamente mitológicos. La ingenuidad del dibujante poblaba el continente con indios de extrañas vestimentas, que corrían por las playas devorando mujeres blancas, víctimas de algún naufragio. Las sirenas tocaban sobre las rocas de nuestro litoral, grandes caracoles cuyo sonido debía recorrer, seguramente, la distancia que separa el Atlántico del Pacífico.

El Cabo de Hornos tocaba en el Polo Sur y allí comenzaba una tierra de maravilla, habitada por hombres de hielo, transparentes y de ingrata temperatura...

Verdaderamente para mí, que adoro la fantasía, es una lástima que la verdad geográfica, la "verdad real" no sea la de esos mapas de sueño.

Pero debemos consolarnos. Queda mucho, muchísimo, en nuestra América, para satisfacer la fantasía más exigente.

Tomemos al azar algunos aspectos, algunas imágenes de la vida americana.

Trasladémonos al Ecuador, tierra de fiebre, de grandes mosquitos, de sol de doble ancho y de costumbres atrabiliarias. Yo he estado en Guayaquil y nadie podrá desmentirme que allí la vida tiene aspectos imprevistos. Las calles de Guayaquil, que por las mañanas aparecen cubiertas de desperdicios, al medio día relucen como espejos. ¿Se trata de una policía municipal de rara eficiencia? Nada de eso. Por las calles de Guayaquil se pasean enormes bandadas de zopilotes, pájaros de voracidad extraordinaria, cuya misión en el puerto ecuatoriano es la de comerse cuanta basura encuentran a su paso. Una vez limpiadas las calles, estas bandadas alzan el vuelo entre un formidable coro de graznidos satisfechos y son tan numerosos los benditos pajarracos, que a veces oscurecen ese sol rojo de dieciocho picos, que luce sobre Guayaquil.

Las casas de Guayaquil son todas de bambú, de un bambú sonoro, que el viento que llega del mar estremece y hace vibrar como arpas. Los portales, las avenidas, todos los edificios de Guayaquil son musicales y temblorosos. A sus balcones están asomadas las bellas guayaquileñas, vestidas apenas con tenues muselinas, con los ebúrneos brazos y los hermosos rostros de color canela plagados de las picadas de los mosquitos. Los ojos de las guayaquileñas son grandes como la luna, pero como una luna negra, de terciopelo fosforescente y atrayente como el imán. Mirar a los ojos de una guayaquileña entraña un grave

peligro. Uno se queda pegado a esos ojos como una pobre mosca en el *tangle-foot*. ¡Oh, peligro dulce y encantador!

Al interior del país existe una tribu de indios voraces llamados "jíbaros", cuya más fructífera industria consiste en cortar la cabeza de sus enemigos y, gracias a procedimientos cuyo secreto ignoramos, la reducen al tamaño de una nuez. Lo curioso es que el parecido físico no se pierde.

Esta operación se llama *Sam-sa*. En las vitrinas de anticuarios, en Santiago de Chile, se exhiben continuamente estas cabezas reducidas por los jíbaros. Son carísimas. Valen por lo menos cuatro o cinco mil pesos. Yo traje una de Quito. Se llamaba Juan Martel y como su compañía me atrajera la malaventura, se la regalé a Joaquín Edwards Bello. Y éste desconfiando de las virtudes de la *Sam-sa*, se la traspasó a Pablo Neruda. Actualmente no sé que será de ella. Seguramente Diego Muñoz...

Salgamos del Ecuador, pasemos al Perú y detengámonos en Arequipa, la ciudad blanca cuyas casas están construidas con lava de volcán. Todas las casas de Arequipa huelen a azufre y en su interior se adquiere la certeza de que en el centro de la tierra se fabrican esos fósforos que han dado en llamar Bengala, cuando en verdad son de Arequipa.

En cierta época del año se produce en Arequipa una extraña enfermedad. Este mal, cuya procedencia aún se ignora, se llama "la nevada", y consiste en una especie de locura colectiva que ataca a los gatos, a los perros y a todos los habitantes de la hermosa ciudad.

Cuando llega "la nevada", todos los arequipeños se vuelven locos, bailan en las calles, profieren las más atroces injurias y su delirio termina siempre por una ascensión al Misti, el volcán que proporciona el material de edificación y la convalecencia del extraño mal... Me imagino lo que debe ser casarse con una arequipeña atacada de "nevada". Estos datos me los proporcionó el poeta peruano José Santos Chocano...

Lleguemos a Chile. Un escritor francés, Jean Giraudoux, describía en uno de sus hermosos libros, la naturaleza del norte de Chile. Apuntaba que en La Serena, tierra de claveles del tamaño de un plato y de burritos blancos y diminutos como corderos, existían unas ranas de color de ámbar cuyo canto poseía la virtud de hacer crecer la hierba y ahuyentar al león. Yo he estado mucho tiempo en La Serena y confieso que no he visto las tales ranas. Pero no dudo un instante de su existencia.

En otro de sus libros, este mismo autor francés describe una revolución en Santiago. Según él, los revolucionarios se subieron a la cordillera de los Andes y desde allí dejaron caer sobre Santiago más de mil locomotoras en desenfundada carrera. La Moneda quedó hecha polvo y los revolucionarios entraron a Santiago cantando el "Cielito Lindo", cubiertos de escarcha y coronada de copihues...

Todo esto es fantasía, naturalmente. Pero hay que constatar que, "detrás del diáfano manto de la fantasía", como decía "Eça de Queiroz", "aparece el rudo tejido de la realidad".

(*La República*, Valdivia, 18 de junio de 1933, pág. 2).

CAMILO MORI

Ha sido necesario que yo vea un retrato de Camilo Mori en *El Mercurio*, para que yo recuerde una vieja deuda: la de poner algunas palabras cariñosas bajo su nombre.

Camilo Mori, pintor, encarna lo que de más pintoresco existe en nuestra juventud artística. Con sus camisas atrabiliarias, con su cabellera blanca y con sus treinta años apenas contados, Camilo Mori trae el recuerdo de toda una juventud ardorosa y entusiasta. Con un pie en Chile y otro en Europa, este pintor es la imagen exacta de la inquietud y del esfuerzo.

A su lado o a su espalda, aparecen acompañándolo Luis Vargas Rosas, Isaías Cabezón, Laureano Guevara. Son la brillante falange que trajo la renovación a nuestras artes plásticas.

Y hay que imaginarse todo el caudal de valentía y de sacrificio que representa haber pasado la mitad de la vida junto a las fuentes estéticas europeas. Largas noches y largos días de desgaste continuo y de continuo renunciamiento. La habitación reducida, la alimentación precaria, y toda la voluntad puesta en su objetivo: prolongar la estadía en el extranjero, aprovechar el minuto que transcurre.

Gracias a esos bravos muchachos, la pintura chilena tiene exponentes que están de acuerdo con la expresión estética de la hora presente. Las academias de París y de Berlín contaron entre sus alumnos distinguidos a estos peregrinos indagadores de la belleza.

Camilo Mori regresa al país trayendo la experiencia de más de diez años en Francia y Alemania. Actuó como miembro del Jurado del Salón Otoño de París y sus telas alcanzan merecida cotización en los mercados de arte europeos.

Con su simpatía a flor de piel y su ancha camaradería, llega a Chile denunciando una verdad: no es necesaria la presencia de un gran pintor chileno desconocido entre nosotros, Manuel Ortiz de Zárate.

Hace treinta años que Manuel Ortiz salió de Chile y tiene en Francia la aureola de un maestro. Su venida al país en esta hora de vacilaciones y de entusiasmos dispersos, significaría el reconocimiento de sus méritos y el comienzo de un ordenado movimiento artístico. Manuel Ortiz, Isaías Cabezón, Camilo Mori, son valorizadas realidades del arte nacional.

(*La República*, Valdivia, 22 de junio de 1933, pág. 3).

INVIERNO

A la hora en que se encienden las lámparas domésticas en estos largos crepúsculos de invierno, es grato sentarse frente a una estufa bien caldeada con un cigarrillo en los labios y enhebrar esas charlas sin objeto en que aparecen los recuerdos amables, los nombres queridos y todas esas palabras dulcemente inútiles que atrae el calor familiar.

Las ventanas, tras de cuyos cristales comienza la sombra, dejan ver fugaces imágenes de hombres y mujeres que viajan apresurados a través de la lluvia, del frío o de la niebla.

¡Agradable regocijo, egoísmo despreocupado y perdonable de los que reciben el hálito reconfortante de la llama!

Uno piensa en tierras distantes, en ciudades lejanas. Los inviernos franceses, con nieve, con interminables lluvias, con árboles de sueño. Los inviernos de Alemania, con pipas de porcelana, con canciones en que aparecen la buena amistad y esos nombres que todavía emergen en nuestra memoria: Hildergard, Lenchen, Mariale...

La estufa de las noches de invierno tiene algo de viaje inmóvil y las aventuras que encienden en nuestras pupilas las llamas de la estufa, están saturadas de melancólica inocencia.

El fuego, como el alcohol o la música, despierta fantasmas adormecidos que se acer-

can hasta nosotros con esa actitud lenta y apacible y esos pasos de silencio que son del uso exclusivo de los fantasmas.

Antes de morir, yo quiero tener una estufa grande y acogedora en la que encuentre lugar toda la nocturna colección de sombras que acompañaron mi juventud.

¿Es un deseo romántico o pueril? ¡Quién podría decirlo! Deseos que sugiere el cuerpo tembloroso y rosado de las llamas.

(*La República*, Valdivia, 24 de junio de 1933, pág. 3).

LA SEÑORITA KINDERMANN

A. Rojas Giménez

Proponía Vicente Huidobro para salvar al país, la venida de enormes contingentes de emigrantes rubios y blancos, y de ojos acerados y músculos de hierro, cada uno armado de un gran puñal y con esta consigná inflexible: degollar al chileno que le saliera al paso y procrear en las chilenas la futura raza.

“¡Es la única manera de que seamos un país grande y fuerte!”, gritaba Huidobro. Pero no hay que olvidar que Vicente Huidobro es poeta y que como tal, “su fantasía exagera lo que toca”.

Sin embargo, algo hay de razonable en sus palabras. En realidad, hay mucho que degollar, en cada chileno. Somos un pueblo lleno de grandes vicios y grandes cualidades. Pero los vicios nos llevan a la mejor parte.

Nuestra mentalidad es una mentalidad de jugadores y carecemos de *mesure*. Nuestra conversación es pobre y nuestra imaginación desorbitada. Carecemos de constancia, de espíritu de continuidad, de esfuerzo disciplinado. No conocemos el control sino para economizar los palos de fósforos. Yo he conocido, y muy de cerca, muchachos de vida apacible, de cultura desarrollada, de esmerada educación, a quienes una botella de vino hacía perder toda línea y los lanzaba en la más desenfrenada carrera, pendiente abajo. Todos conocemos las borracheras siderales, catabólicas del chileno. Son seis, siete, diez días de completo abandono y de suicidio continuo. Después viene el arrepentimiento, los juramentos vanos, el horrible sufrimiento moral. Pero esto pasa, y perdemos la memoria de nuestros yerros. Reincidimos. Todo chileno es reincidente en sus defectos. Éstas son palabras muy negras, pero se ajustan a la realidad de nuestra raza.

El remedio o una parte del remedio existe. Y está en asimilar “el contraveneno” en razas sobrias y fuertes. El contacto de la sangre depura y espurga. El injerto produce flores de enorme belleza. El contacto con pueblos de costumbres metódicas y sanas, nos haría un bien enorme e incalculable.

La prueba de lo dicho la encontramos a la mano. Los obreros del mineral El Teniente usan camisas limpias, fuman buen tabaco y conocen el ahorro, virtud esta última inencontrable en la mayoría de los chilenos. El Teniente es “zona americana”.

En las salitreras del norte ocurre igual cosa. Y en el sur, justamente aquí, en Valdivia, la infiltración de buenas costumbres, gracias al contacto extranjero, es notoria.

En el norte, en Santiago, por ejemplo, aldea grande absolutamente chilena, sería imposible encontrar el caso de la familia de un vendedor de peques que, a la muerte de

éste, colocara en los diarios el aviso de su defunción invitando a sus funerales. Este caso se ha producido en Valdivia.

En ninguna ciudad de Chile las festividades de Navidad se celebran "en familia", como aquí. Me refiero a las clases populares. Por Pascua, en el muelle de Valdivia, se establece un mercado de arbolitos de Navidad. Cada familia del pueblo, en cada hogar popular, luce el simbólico pino con bujías encendidas y "cabellos de ángel", que agrupa a su alrededor el regocijo familiar.

Aquí, el obrero sabe lo que es una buena taza de café y una tajada de *kuchen* en las tardes dominicales. Y, algo más sorprendente en Valdivia, no hay una sola agencia de empeños.

Todos estos detalles saludables provienen de la enseñanza germánica.

Los "pioneers teutones" que imprimieron vida a la ciudad primitiva e instalaron sus industrias progresistas en la región, han legado e infiltrado en los nativos no poca parte de sus hábitos mejores. El roto valdiviano usa impermeable y en todas las ventanas de Valdivia hay cortinillas de muselina o de cretona. Las cocinas de una gran parte de los hogares pobres de Valdivia, están inmensamente mejor tenidas que las cocinas de mucha gente acomodada de la capital. Y la cocina es el barómetro del carácter y las costumbres de los moradores de una casa.

Detalles, sí, pero detalles agradables que hacen pensar con reconocimiento en aquellos que con su ejemplo edificaron y educaron en parte los hábitos populares.

El desaparecimiento de *Fräulein* Elfriede Kindermann, su vida entera dedicada con amor y generosidad a esta tierra que fue su segunda patria, nos han sugerido las reflexiones anteriores.

La señorita Kindermann fue parte de aquel primer contingente rubio y heroico que hace ochenta años llegara a Valdivia desde Alemania. Para ella, el trabajo fue un culto, como para su padre y los compañeros de su padre. Ha muerto después de una vida "acabada", esto es completada. Todo lo que tenía que hacer, lo hizo.

Agradezcamos en su memoria la introducción del respeto a las flores, las gráciles cortinillas, el *kuchen* de los domingos y esos árboles de Navidad que lucen cada año en los hogares valdivianos.

(*La República*, Valdivia, 27 de junio de 1933, pág. 3).

EL RELOJ DE LA INTENDENCIA

La señorita pregunta:

—¿Qué hora son?

Y levanta sus ojos de aguamarina hasta la esfera pálida del reloj de la Intendencia. Las manecillas del reloj marcan una hora absurda en la tarde dominical.

¿Las once y diez? No puede ser. A las once y diez la banda de músicos no estaría haciendo sonar sus bronces ni las señoritas estarían dando lentas vueltas en ese carrusel de inocente galantería que son los paseos de toda plaza provinciana.

No hay duda de que el reloj de la Intendencia está detenido.

¿Y por qué está detenido? ¿Desde cuándo, en qué día o en qué noche sus manecillas han quedado inmóviles?

¡Las once y diez! ¿Y por qué causa ese reloj se ha detenido a las once y diez? Cualquiera se imagina que ese reloj ha dejado de medir el tiempo porque se le ha terminado la cuerda.

Pero ésa no es la verdad. Basta fijarse en la palidez cenicienta de la cara del reloj que se le termina la cuerda, se le caen las manecillas con extremo cansancio, con increíble fatiga, y se le quedan extendidas hacia abajo, a lo largo del cuerpo redondo del reloj, hacia las seis y media.

Y las manecillas del reloj de la Intendencia están levantadas en una actitud de asombro, de muda admiración, de grande espanto.

¡Las once y diez!

¿Qué habrá sucedido en la plaza, a esa hora precisa, frente a la esfera del reloj, para que la muerte lo inmovilizara en ese gesto desesperado?

(*La República*, Valdivia, 27 de junio de 1933, pág. 3).

MARINEROS

Ya no podrán jurar los marineros de la armada norteamericana. Una orden estricta lo prohíbe. Cada juramento, cada palabra gruesa en labios de un marino será considerada como una ofensa a la dignidad nacional.

¡Pobres marineros de la América del Norte!

Es una cruel prohibición, difícil de acatar, justamente en las primeras noches que sobre la tierra americana la cerveza derrama su espuma de nieve temblorosa.

Y varios vasos de cerveza, entre el pecho y la espalda de un marinero, llaman la interjección, la palabra peluda, el dicterio que encierra la alegría, la rabia, la fatiga o el desdén.

Cuando un compañero de travesías, golpeando el hombro que soporta una íntima congoja, sobre la mesa de un *sailor's bar* de Baltimore o de Frisco, grite:

—¿*Hellow, Johnny?*

Johnny no podrá contestar con la voz de trueno que es de uso en las tabernas marinas:

—¡*Go to Hell, Bob!*, porque estará prohibido. Enviar al infierno a alguien, aunque éste sea un hermano de cruceros, significará “una grave ofensa para la dignidad nacional americana”.

¡Pobres marineros! Quitarle el derecho de la palabra gruesa a un marino es como arrancarle un galón, o dos galones, o todas las estrellas y el ancla de su brazo izquierdo. Es como arrebatarle la pipa, que un marino quiere más que a su novia.

Los marineros de Norteamérica, sin interjecciones rudas y sabrosas, caerán en profunda nostalgia, en irremediable *saudade*.

Las juergas marineras perderán algo de su ardiente colorido.

Las palabras *Pardon me!*, *Thanks!* y *Please*, en boca de auténticos marineros, provocarán la risa y aparecerán en su verídica y horrible insipidez.

Y vendrá la nostalgia del juramento, nostalgia que alcanzará las proporciones de una enfermedad, como aquel terrible *cafard*, enfermedad de los legionarios del desierto.

Y como antes de la “humedad” hacían los marineros para beber, ahora, para jurar a gusto, atravesarán el mar. En los mesones de Cuba, chocando los colmados y grandes vasos Johnny y Bob, se desearán larga vida.

-¡*Cheer up*, Johnny!
-¡*Go to hell*, Bob! ¡*Cheer up*!

Y la interjección, largo tiempo contenida, subirá hasta el techo de la taberna como un cohete verde y luminoso.

(*La República*, Valdivia, 29 de junio de 1933, pág. 3).

MIL...

Durante mil noches, como en la leyenda árabe, la Sheredzada de nuestra Empresa ha llegado de la calle, trayendo en los labios la noticia y la información necesaria, ha venido corriendo sobre los hilos del telégrafo -fantástica equilibrista del circo cotidiano-, se ha sentado frente a la máquina de escribir, ha hecho escuchar su voz vibrante en el auricular del teléfono, y ha descendido al taller de nuestra imprenta para ofrecer al lector, en el alba de mil días, su cuento siempre renovado: un número de *La República* cada mañana.

El de hoy es el ejemplar número mil.

Todo lo que ha pasado en la ciudad, lo que ha pasado en el país y en el mundo entero, ha encontrado su lugar en la historia que cada noche, nosotros, los periodistas, ordenamos para el día siguiente.

La alegría y la tristeza, la lágrima y la sonrisa, la vida y la muerte de cada hora de la tierra, encuentran su expresión en las palabras de pequeñas letras que llenan las columnas del diario.

Hoy, que *La República* cumple su primera etapa de mil jornadas continuas, es preciso que tú, lector despreocupado, tengas un momento de recuerdo, para los que, con febrilidad disciplinada e infatigable, vamos ordenando la pulsación del mundo en las líneas por las que tus ojos se pasean, cada mañana, en busca del fruto sabroso o amargo, dulce o agrio de la diaria noticia.

¡La noticia! He ahí nuestra consigna. He ahí el pie forzado de nuestra Sheredzada.

La noticia es nuestra señora implacable y de ella somos esclavos. La noticia, en su variedad innumerable y en su múltiple aspecto, es la sangre negra que alimenta las arterias de nuestro diario. Nuestro corazón de siete columnas que es cada página de nuestro diario señala su vitalidad por el número de sus noticias.

Lector: no podrás negar que cada mañana te ofrecemos un corazón bien templado y de acelerada palpitación.

(*La República*, Valdivia, 30 de junio de 1933, pág. 3).

TORCIDO DESTINO DE JACK MANING

Jack Maning nació de las tinieblas y vestido con la piel de las tinieblas. Los ojos de Jack eran de carbón y de nieve fosforescente. Los dientes de Jack eran del marfil más brillante

y duro. Sus labios recordaban los morados frutos de la higuera. Sus cabellos causaban el espanto de las moscas distraídas que por allí pasaban y quedaban aprisionadas hasta la muerte, entre las hebras finísimas y crespísimas del cabello de Jack.

Jack Maning era negro y originario de La Habana. Un negro de alma blanca, las palmas de sus manos y las plantas de sus pies, únicos sitios del cuerpo de Jack en que las tinieblas se rompían, recordaban, por su color rosado, ciertas islas de coral pálido que emergen en el mar de oscura tinta de que nos habla Marco Polo.

Blanca era el alma del negro Jack, y su corazón estaba lleno de sueños y de anhelos. Sobre el corazón de Jack, desde su infancia como una paloma transparente y fantástica, gravitaba el anhelo de ser blanco.

¡Ser, blanco, blanco, tener la piel blanca como la piel de la leche! ¡Blanco como el algodón o la harina!

Pero no llegaron los recursos de la ciencia ni el poder de la magia a desteñir el color que era su desgracia.

Negro había nacido y negro lo encontraría la muerte. Proscrito por su propia voluntad, Jack Maning huyó de los hombres y de las ciudades. Huyó a la selva. Se alimentó durante años de raíces vegetales. No bebió sino el agua de los manantiales.

En la soledad, los anhelos de su corazón elevaron el vuelo, uno a uno, como pájaros atemorizados. Atemorizados por la soledad de la selva y sus rumores.

Un día... la raíz de que se nutría, de sabor desconocido, de jugos resbaladizos y de aroma que, según el mismo Jack, recordaba con vaguedad el aroma de los cabellos rubios y el de las habitaciones largo tiempo cerradas, el aroma de la noche de las grandes ciudades y el de las nubes últimas del otoño, esa raíz prodigiosa, realizó el milagro tan esperado. La sorpresa de su hallazgo, de su sabor y de su fuerza es tan grande, que Jack Maning palideció para todo el resto de su vida. Era tan pálida la palidez que lo envolvió y lo penetró, que hasta su sangre tomó el color sin color de los vinos blancos desvanecidos.

Jack Maning volvió a la ciudad y el primer espejo que lo reflejó envejeció de espanto y se veló como una placa fotográfica expuesta a la luz del sol.

El espanto de los espejos, ante su imagen, se comunicó a los hombres que lo veían pasar.

Blanco como ningún hombre lo fuera antes, con el corazón sin anhelos ni afectos de ninguna especie, el alma blanca de Jack se oscureció de amargura y de fastidio.

Después de estrangular a su madre, en una cárcel de Cuba espera la muerte Jack Maning, blanco de alma negra.

(*La República*, Valdivia, 1 de julio de 1933, pág. 3).

MUERTE DE LA RISA

Sacando la pistola de su último bolsillo, del bolsillo que es el apellido de la vestimenta del hombre, del bolsillo del pantalón, Roscoe Arbuckle, fabricante de risa, mató a Roscoe Arbuckle. Esto sucedió "bajo el cielo de Frisco" y bajo el techo de un *speakeasy*, bebedero clandestino de las noches de San Francisco.

Al matar a su mujer, Roscoe, *Fathy*, mataba a su propia sombra, a su íntimo fantasma.

Yo he visto, junto a un ramo de violetas, el cadáver de Max Linder, en una mesa de hospital, en París. No he visto a Tripitas muerto, pero lo adivino. Hinchado el abdomen, hinchado para contener el corazón que desbordaba tristeza, espuma de alegría, cerveza del espíritu, engaño de la cotidiana amargura.

¡Pobre Tripitas! Como los bueyes que por beber agua en demasía se ahogan, él por tanto engordar, ahogó su corazón. Ataque cardíaco, dice el cable. Yo, que conozco los secretos de los hombres y de las cosas del mundo, sé que la noticia es falsa. Tripitas murió de muerte natural y voluntaria. Tripitas se suicidó.

Y se suicidó, estando solo, cosa que no comprendo. El suicidio debe ser un acto espectacular. Petronio fundó e inventó la traición. Todos los suicidas solitarios son "hombres que están fuera de las reglas del juego", son traicioneros. Cuando yo me suicide —y será la segunda vez— enviaré una circular, una invitación indeclinable. Quiero que todos mis amigos vean la sonrisa eutrapélica con que me despediré de la vida... a quien tanto debo.

Bueno: Tripitas murió solo. Y en un cuarto de hotel. Es decir, sin amigos y con una factura por delante. ¿Qué habrá pedido *Fathy* en sus últimos segundos sobre el mundo de los hombres? ¿Un espejo? ¿Un cigarrillo? ¿Una copa de helados?

No lo creo. Debe haber pedido oxígeno con voz tonante y sin eco.

—¡Oxígeno!, habrá gritado Tripitas. ¡Oxígeno! Ya su grito postrero y sin consecuencias, habrá respondido el fantasma de su mujer, rubia, que desde más allá de la muerte, por puro y constante amor, sólo podía ayudarlo con el oxígeno que adulteraba sus cabellos.

¡Tripitas, yo te comprendo! En tus funerales yo habría pronunciado el más entusiasta y alegre discurso. Ése que se canta sobre la tierra fresca de toda sepultura, sin amargura con satisfacción, con la egoísta y suprema satisfacción del que queda de pie sobre un regocijado recuerdo. *Fathy*, te comprendo, pero no te perdono.

Moriste por falta de cuerda. La risa tiene su cuna en el corazón. Y la cuerda de tu corazón se cortó. Eras un hombre desprevenido y sin justificación. Ten la bondad de creer que he escrito tu nombre y mi firma con tinta morada, con tinta, ¡"obispa"!, y en estas palabras cariñosas encontrarán la merecida cruz de violetas que yo te debo y te envío.

(*La República*, Valdivia, 2 de julio de 1933, pág. 7).

HOMBRE DESPIERTO

Los horrores de la gran guerra, la horrorosa carnicería incomparable, el infierno de cuatro años de trinchera, ahuyentaron el sueño del teniente húngaro Fritz Kern.

Hace dieciséis años que este hombre no duerme. Dieciséis años que sus ojos no se cierran. Y es porque el sueño tiene algo de antesala de la muerte y porque él vio tan de cerca y tantas veces el rostro ingrato de la muerte, que vive aferrado a las imágenes de la vida.

Además, el horrible drama espantó de su corazón hasta el sueño más frágil. Y los ojos se cierran para dormir o para soñar. Sin sueño y sin ensueños, el teniente Kern es el espanto andando. Otros perdieron la memoria o la vista o el oído, Fritz Kern perdió el reposo. Con su aspecto de aparecido, con su aire de hombre que ha vuelto de entre los muertos, Fritz Kern ha logrado comunicar una parte de su insomnio a muchas bellas mujeres.

Su aureola de hombre despierto y sin fatiga, conmueve la curiosidad y la tentación

femenina. Ni el hombre más hermoso ni el más inteligente han encendido nunca en corazón de mujer un anhelo más imperioso.

—¡Yo lo quiero para mí!, grita una millonaria americana, separada de él por un océano de sueño.

—¡Para mí lo quiero!, gritan innumerables mujeres de todos los rincones del mundo.

Fritz Kern es el ejemplar único, sin par, sin imitación, que ninguna mujer logrará jamás ni en una *toilette*, ni en una joya, por extraordinarias que éstas sean.

Hombre al fin, a pesar de sus ojos abiertos, sin descanso, llegará el día en que el hombre más despierto de la tierra caiga en los brazos que le reserva el más dulce y prolongado estrangulamiento.

Y en los brazos del amor, Fritz Kern, huyendo de la muerte, encontrará el sueño definitivo, el postrer sueño, el sueño de los sueños.

(*La República*, Valdivia, 5 de julio de 1933, pág. 3).

AUTOMÓVILES Y BICICLETAS

“El automóvil es el símbolo del poderío, porque es el cuerpo mismo del movimiento”, define Waldo Frank.

Se conoce al hombre en realidad por la marca del auto que maneja. La ambición de millones de seres humanos puede cifrarse en la esperanza de pasar del tipo Ford, rezongón y chicharra, al Packard muelle y silencioso.

En Chile, con malos caminos y escasas fortunas particulares, el servicio del automovilismo no tiene justificación.

Un empleado público con grado de Oficial Primero, apunta en su libreta: garaje, bencina, repuestos... Y luego, a considerable distancia: lavandería, pensión, sastre... ¡Antes que nada el rápido vehículo! Enseguida el cuello o la camisa limpia.

Es la herencia indígena. El claxon y las broncerías o niquelerías del auto, producen en el chileno el mismo efecto que los collares de vidrio o las joyas de relumbrón producían en el indio en los tiempos de la Conquista.

Un hombre “con auto”, en Chile, es un buen partido y el terror de los enamorados “sin auto”, al mismo tiempo que el encanto de las doncellas flaperianas y de las comadres complacientes.

América del Sur, en general, es el mejor mercado del auto, americano del norte. Allí se fabrica el vehículo ad-hoc para el continente del sur, como también se fabrican especialmente esos benditos “parches porosos”, que sólo tienen consumo en esta parte del mundo.

En cambio, en países de mayor cultura y más honda tradición, para satisfacer la necesidad de comodidad en el transporte, en el traslado y aún de la velocidad, se emplea la humilde y práctica y asequible bicicleta.

Yo he visto en Holanda la apoteosis de la bicicleta. Se dice que en Amsterdam hay una gran bicicleta enterrada bajo la plaza principal de la ciudad. Allí, las empleadas que van de compras, cada mañana, usan el cómodo artefacto de dos ruedas. Allí, los graves funcionarios de flotantes barbas y enormes pipas corren a sus quehaceres en bicicleta. Y en

bicicleta pasean los enamorados holandeses, con gracia y velocidad de patinadores, uno junto al otro, y con los brazos enlazados sobre los hombros. En Europa entera, la bicicleta reemplaza al automóvil con ventajas para la economía de cada uno.

¿Por qué en Chile, con la escasez de dinero, con la escasez de bencina, no tomamos el hábito del equilibrio sobre dos ágiles ruedas?

Sería el equilibrio del cuerpo y las finanzas particulares.

Y el amor en bicicleta, no me lo nieguen, tiene sus delicias...

(*La República*, Valdivia, 6 de julio de 1933, pág. 3).

PALABRAS EN LIBERTAD

La señorita pregunta:

—¿Sobre qué escribirá hoy?

Yo me quedo pensando. Pensando y mirando sus ojos de gacela y el *foulard* de espuma azul que envuelve su garganta.

¿Sobre qué escribiré hoy?

Hay tardes en que los temas huyen como aves atemorizadas. El cable no nos trae la noticia que esperamos glosar. Nada ha pasado hoy en el mundo. Ningún trono ha caído. Ninguna doncella ha muerto de amor. ¿Sobre qué voy a escribir? Hoy es el día de fiesta, la vacación inesperada de las palabras. No hay el tema que las conduzca ni ordene. Las palabras están en libertad.

Pero el vuelo de las palabras tiene regreso. Ellas retornan al caleidoscopio igual que los canarios habituados a su jaula. La fuga y el espacio inmenso les infunde pavor.

Aquí las veo, posándose ante mis ojos, poco a poco. Vienen de vuelta de su corto viaje. Ahí está la palabra "siempre", de voluntad segura y lealtad insospechable. Ahí está la palabra "olvido", que parece hecha de un algodón negro y espeso. Y la palabra "muerte", de intensa e incomparable palidez. Y mis palabras preferidas: "amor", "nube", "recuerdo", todas ellas de colores suaves iluminadas por dentro como diminutas linternas. Y esas que van siempre aparejadas, como matrimonios de las palabras: "infinita tristeza", "profunda soledad", "anhelo incontenible".

Todas van llegando, pero aún faltan muchas. Faltan aquellas de poca simpatía, aquellas que usamos poco y que se esconden en nuestra memoria con pereza, con magia, o que se disfrazan de otras palabras para escapar a nuestro alcance.

Por ejemplo, las palabras "mentira", "odio", "araña", todas ellas de semblante cetrino, palabras ojerosas y peludas, palabras de sangre venenosa y de piel desagradable.

Y ahora, señorita, ¿qué hago con las palabras que han vuelto, cansadas de su libertad?

No alcanzan para un poema o para una carta. Sin embargo, ensayaré de juntarlas: "Siempre olvido". "Profunda soledad, anhelo incontenible..."

¿Verdad que no se entiende? Algo falta. ¡Claro! Falta la palabra de mayor bondad, aquella que siempre está dispuesta a servirnos, la palabra "etcétera"...

¿Se entiende ahora?

(*La República*, Valdivia, 7 de julio de 1933, pág. 3).

Anecdótico



Alberto Rojas Jiménez, óleo del maestro Isafías Cabezón.

“Por allá por 1930, o un poco antes, la sobremesa de un banquete a que yo asistía, se prolongó más allá de la medianoche. Algo así como a las dos de la madrugada nos retirábamos con un amigo por la calle Bandera cuando la sed nos obligó a subir hacia un club o bar nocturno. Alberto Rojas Jiménez, con quien me había encontrado ligeramente en dos o tres ocasiones, se hallaba ubicado junto a una mesita, con otro escritor conocido, a quien le hacía compañía una mujer joven. Saludos en voz alta al pasar. De salida con el amigo, media hora más tarde, Rojas Jiménez vino a rogarme que los acompañara, para conversar de literatura. Accedí gustoso. Transcurrida otra media hora, en alegre charla, me condujo un momento aparte para decirme que había invitado a aquella pareja con unas copas, y que se hallaba en la desairada situación de no tener cómo pagarlas. Se trataba de una modesta suma, que le facilité de muy buen grado. Y seguimos en amable plática tal vez por otra hora.

Seguramente, en varias ocasiones cruzó por igual episodio, lo que le acarreó una fama acrecentada por la maledicencia, de ser lo que en jerga vulgar se llama un “sablista”. Pero no lo era, en realidad. Existía en él el orgullo y la dignidad del hombre que se sabe más inteligente que el común de los mortales. Pero lo cogió desde joven la bohemia, y abandonado en brazos del engañoso veneno, no trabajaba regularmente y ello le traía continuos apuros económicos. Pero tras esa voluntad débil debajo de esa incurable abulia, se escondía una gran riqueza espiritual.

(“Recuerdos”, *El Mercurio*, Santiago, 25 de enero de 1942, pág. 3).

CARLOS POBLETE

En París, animó su vida con las más increíbles aventuras; como la de recorrer el corazón de Montparnasse con una botella atada a una cuerda, como si fuera un perrillo. En esta ciudad se hizo popular tanto por su figura, su capa y su sombrero cordobés.

Pero el acto que motivó su anécdota más celebrada ocurrió en Francia, de cuya capital nos da una pintoresca visión en su ágil libro de crónicas *Chilenos en París*. Rojas Jiménez se encontraba estudiando allí cuando, en 1924, murió rodeado de la admiración de su patria y del mundo, ese maestro de la literatura y de la sátira social que se llamó Anatole France. Su muerte tiene los caracteres de un duelo nacional. Al lugar en que se velan sus restos concurre lo que se llama la “elite” de Francia: representantes del gobierno, diplomáticos, académicos, en fin, todo aquel que se cree con la jerarquía social suficiente para penetrar como quien dice, en el reino de la gloria. De pronto, un joven desconocido se abre paso entre los brillantes personajes, se acerca audazmente al cadáver del gran Anatole France, y en medio de la expectación general, tomándole fuertemente la nariz y remeciéndosela, le dice en un tono de reconvención amistosa, como si se dirigiera a un antiguo conocido: “¡Ah, viejo pícaro!”. Es de imaginar el escándalo que se produce entre tan encopetados señores. Se llama a la policía y el atrevido joven es sacado a viva fuerza. Los diarios informan indignadamente: “Un estudiante sudamericano profanó el cadáver de Anatole

France. El 'profanador' no es otro que el poeta Rojas Jiménez, quien, en un rasgo de humor extraordinario, quiso despedirse del maestro".

("La nariz de Anatole France", *Los poetas malditos que tuvo Chile*, en *Zig-Zag*, N° 2.686, Santiago, 15 de septiembre de 1956, págs. 38 y 39).

ULISES (LUIS MERINO R.)

Un recado apremiante dice: "Alejandro*: Te ruego me facilites diez pesos. Tú comprendes, recuerdos de la infancia, calles, calles, una hetaira, un poco de trago y ya sólo me queda un veinte. ¡Sueño! ¡Sueño! Me he comido dos huevos fritos, 1/2 vino y nada más. Te lo ruego, ayúdame. Estoy en el Hotel Quillota, esperando mi salvación de mañana y de esta noche (fdo.) Alberto".

(*La Nación*, Santiago, 8 de julio de 1962, pág. 2).

JULIO BARRENECHEA

Salía a veces en viaje a desarrollarse en nuevos medios, donde aún estaba vigente el recuerdo de su nombre literario. Pero estos viajes solían terminar mal, porque sus hechos resultaban inauditos para el ambiente... Llegó así a la ilustre e ilustrada ciudad de Concepción. Su arribo había sido anunciado con grandes caracteres por la prensa, y se atribuía a su visita gran importancia intelectual. La universidad le programó una conferencia, y lo más granado de la inteligencia penquista ocupaba las primeras filas del salón, en espera del conferenciante. Pero pasaban los minutos, los cuartos de horas y éste no aparecía. Por fin se hizo presente en el escenario; pero no solo, sino con un marinero, que se iba de un lado a otro como si estuviera en un temporal. Con el marinero como decorado de fondo, Alberto Rojas Jiménez avanzó hacia la mesa del conferenciante, y tomando en su mano la botella de agua, se dirigió a don Enrique Molina, el ilustre fundador y rector de la Universidad de Concepción, y le dijo a manera de reproche: "¿A mí con agüitas, don Enrique?". Éste, y las tres primeras filas de notables, se pararon y se retiraron del recinto.

* Se trata de Alejandro Vásquez A., médico cirujano recibido en 1922. Escribió en revistas y en el año 1929 editó su libro *Poemas*, en el que, motivado por la enfermedad, la vida o la muerte en los hospitales, coge el dolor de los humanos.

Con residencia en Quillota, amigo de numerosos escritores, entre ellos Alberto Rojas Jiménez, a cuya casa llegaba continuamente sorprendiéndolo con alguna gracia. En una ocasión lo hizo depositario de originales. La señora Laura Godoy de Vásquez, viuda del doctor, donó a un novelista nacional un original del poeta, y este recado escrito en un formulario del Seguro Obrero con una fotografía de un hijo, fechada en París. Estas piezas bibliográficas fueron donadas por el novelista a un museo del escritor que se encontraba en formación.

Los estudiantes avanzaron felices. Alberto Rojas cambió el tema de la conferencia, e improvisó una extraña y surrealista disertación sobre el "Plumerito verde y colorado".

(*Frutos del país*, Santiago, Ed. Zig-Zag, 1965).

WALDO VILA

Se cuenta que llegados a París Paschin y Rojas Jiménez, el primero enfermó de gripe, debió meterse a la cama, en un pequeño hotel cercano a una estación del Metro. Tentación esta última, que Rojas Jiménez no pudo resistir, ya que no se resignaba al encierro a esa hora en París. Salió resuelto a conocer el *Boulevard des Italiens*, sin saber una palabra de francés y con sólo veinte francos en el bolsillo, ya que el resto lo habían consumido en comer sardinas, que era la única palabra que comprendieron en el menú. Instalado nuestro flamante viajero en el Metro, hizo el recorrido total por más de una vez, sin saber cómo bajarse ni cómo preguntar la dirección. Interpelado por el nervioso empleado del subterráneo, solamente supo decir *Boulevard des Italiens*. Una muchacha comedida y elegante, que les estaba escuchando, le tomó del brazo y lo encaminó al famoso *Boulevard*. Feliz, nuestro poeta se paseaba a las doce de la noche, entre el inmenso gentío, cuando de improviso divisa a su amigo, el cantante chileno Cuto Oyarzún, que residía varios años en París. Le detuvo a la chilena, de un codazo, y el asombrado compatriota celebró largamente el encuentro, y cuando llegó el momento de separarse, le preguntó a su amigo dónde vivía. El inefable Rojas le contestó impávido: "Esto es lo que yo también me digo. ¿Dónde vivo?".

(*Una Capitanía de Pintores*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1966).

LOS CANSADOS DE LA VIDA

Sergio Atria

A Enrique Espinoza

Esto sucedió hace muchos años.

Un muchacho vestido de negro paseaba por las avenidas del Parque Forestal. Era una mañana de fines de mayo, y el otoño envolvía los árboles amarillentos en una bruma azul que hacía más profundas las avenidas al par que amortiguaba el rumor de los carruajes.

Ese adolescente era yo. Con la *Apología* de Sócrates bajo el brazo —entonces mi libro favorito— deambulaba sintiendo crujir las hojas bajo mis pies mientras soñaba en esas cosas inmortales con que sueñan los mortales cuando son jóvenes.

De mi abstracción me arrancó de cuajo un muchacho enjuto y desmelenado que, desde la costanera que bordea el río, me llamaba a gritos. Era José Santos González Vera

quien, con jubilosos aspavientos, me instaba a reunirmele. Accedí a separarme de mis acompañantes irreales para acudir donde este gárrulo amigo que voceaba mi nombre enriqueciéndolo con otros que no eran precisamente de pila.

Mi afecto por González Vera era muy grande y no provenía de ayer no más. Hacía cinco años, en 1911, nos habíamos conocido en los patios del viejo Liceo Santiago, allá en el silencioso barrio Recoleta. Éramos dos chicos que se asomaban, curiosos, al mundo. Y, aunque nuestras experiencias diferían —la mía era angelical, la de González Vera no tanto—, nos unían la edad y cierta rara comezón de conocer más de lo que nos enseñaban en las aulas los polvorientos profesores.

Por esta mutua simpatía desembocamos en la más pura amistad, y cuando a fines de ese año mi amigo debió abandonar el liceo, yo seguí viéndolo, no como a un réprobo sino como a un camarada irremplazable. Me juntaba con él los domingos en la tarde y nos íbamos al cerro Santa Lucía. González Vera hacía casi todo el gasto de la conversación, limitándome yo a escucharle, embebido. Allí, a la sombra de los pimientos olorosos, percibiendo el hálito de la ciudad, González Vera me recitaba poemas de énfasis volcánico, me noticiaba de sus lecturas de Zola, Gorki, Kropotkin, y se refería con unción a sus hermanos los anarquistas. En esto último disentíamos amistosamente. Mientras para mí los anarquistas eran seres peligrosos, preocupados sólo de disminuir el número de reyes, para mi amigo eran iluminados que poseían el secreto de la redención social. Creo que ambos estábamos honestamente equivocados. Otras veces, González Vera sacaba rugosos papeles de sus abultados bolsillos y me leía cartas de sus hermanos de credo. Recuerdo nítidamente uno que le escribía: "Aquí estoy, hermano, en Valparaíso, buscando pega. Mientras tanto vivo en los palacios de oro del silencio...". Encontré de acabada perfección esta imagen relativa al silencio, y muy cumplidamente pedí permiso a González Vera para usarla en mi correspondencia, a lo que mi amigo accedió con el desprendimiento de un príncipe.

En estas reuniones dominicales, González Vera me leyó sus primeros balbuceos literarios. Se estrenó con una estampa sobre Semana Santa que estuvo a punto de provocar nuestra ruptura. En aquel esbozo, González Vera describía su visita a una iglesia, y refiriéndose a una ceremonia ritual de Jueves Santo, decía: "Los frailes abrían y cerraban los hocicos mascando letanías...". No me pareció pulcra ni ajustada la expresión "hocicos" y así se lo hice ver. Mi amigo la defendió con ardimiento y, como ninguno de los dos cediera, nos separamos fríamente. Mas al domingo siguiente nos volvimos a juntar, olvidados de todo. Otra vez González Vera me leyó un apunte que había escrito para una novela que, según él, tenía en barbecho; contaba entonces dieciséis años. Era un retazo de conversación que trataré de reproducir tal como lo conserva mi memoria:

"El hijo del burgués. Padre, fui a la Exposición de Animales y vi el cerdo premiado, pesa cien kilos y es lindo".

"El burgués (como rumiando). ¡Hum! Cien kilos a \$ 50 el kilo hacen \$ 5.000. Buena plata".

Cuando empezaban a prenderse las farolas de la ciudad, bajábamos del Santa Lucía y aquí venía una parte embarazosa para mí. González Vera, asiéndome fuertemente de un brazo, se dirigía al centro entonando en voz alta la Internacional:

Arriba los pobres del mundo;
de pie, los esclavos sin pan...

En esta guisa llegábamos hasta la plaza de Armas, González Vera cantando con inextinguible brío y yo pidiéndole con mucho comedimiento que morigerara el tono.

Nuestras entrevistas se suspendieron un día, no recuerdo por qué, y ya hacía un buen par de años que no lo divisaba cuando aquella mañana de otoño nos encontramos en el Parque Forestal.

Me acogió, como queda dicho, con desbordante alegría.

—¡Venga para acá!, ¿qué se había hecho el pequeño bribón?

Antes que le contestara, me llevó donde un muchachón que, agachado sobre una acequia de riego, mojaba su selvática cabellera negra.

—Voy a presentarle —prosiguió González Vera— al mejor amigo de mis últimos tiempos y que también lo será de Ud.

Mientras hacía el panegírico de su amigo, éste se incorporó lentamente. Era un gigante de dieciocho años, de rostro moreno, rudo e impasible. Parecía tallado en piedra. Sus ojos negrísimos, bajo la maraña de las cejas, miraban con gravedad. Me tendió, en silencio, su manaza y yo sentí crujir los huesos de la mía.

—Me llamo Manuel Rojas —dijo y calló.

González Vera acotó:

—No le tenga miedo. Es así. Sólo cuando está muy locuaz dice hasta diez palabras seguidas.

Paseando bajo los plátanos orientales cuyas hojas tostadas caían, incesantes, sobre nuestras cabezas, González Vera dijo que ya que el azar nos había reunido, debíamos formar una hermandad literaria. Yo accedí fervorosamente. Manuel Rojas emitió un gruñido que González Vera tradujo:

—Dice que está de acuerdo.

Desde entonces empezamos a reunirnos regularmente los días lunes, sin sospechar por cierto que ese día ya lo había inmortalizado Sainte-Beuve. Sus *Causeries du lundi* tuvieron, pues, una moceril versión chilena en un rincón del Parque Forestal de Santiago.

En nuestras reuniones se platicaba de libros y autores, se derribaban ídolos literarios, se erigían otros pocos y se leían páginas de autores inéditos.

La concurrencia iba variando constantemente. Aparte de los tres fundadores, los más asiduos eran Aurelio Centurión, que después fue alto funcionario de la universidad, Carlos Caro, que años más tarde iba a asumir la dirección de la revista *Claridad*, el escultor Cruz, Julio Barahona, a quien nadie le conoció el metal de voz sin ser mudo, y muchos otros que se han ido desvaneciendo en la sombra del tiempo.

Al comienzo asistió también Antonio Acevedo Hernández. La primera vez que apareció, me sentí sobrecogido ante su desmesurada melena y sus alpargatas apostólicas. Nos empezó a repartir higos que sacaba de un bolsillo del pantalón y que los presentes masticaban con precaución. Yo no me los comí porque los encontré muy calientes. Mientras repartía sus frutas, hablaba de sí mismo, embargado de admiración. Una tarde llegó diciéndonos:

—Muchachos, acabo de terminar mi tragedia bíblica *Caín*. Es una obra maestra, una de esas obras que, después de escribirlas, hay que matarse.

Empero determinó seguir viviendo.

Acevedo Hernández fue raleando sus visitas hasta desaparecer. Nos privó de su gustosa presencia y también de sus higos con calor de humanidad.

Otro que pasó como un meteoro fue Domingo Gómez Rojas. Asistió una sola vez. Escuchó un rato en silencio, con una sutil sonrisa colgada del bigotillo. Luego se largó a hablar, y como no tuvo ningún disturbio respiratorio, nadie más pudo meter baza. Era un charlador inagotable, munificente, maravilloso. Partiendo de cualquier minucia, se remontaba a lo más excelso del universo. Le gustaba pasmar a sus oyentes con sus inauditas

acrobacias verbales. Domingo Gómez Rojas no volvió a nuestros lunes. Éramos demasiado pequeñitos para el joven maestro de *Arx*.

Cuando en las reuniones ya se habían cambiado bastantes críticas y anécdotas y se había demolido una cuota adecuada de viejos, González Vera se trajinaba los bolsillos, murmurando:

—No sé si me acordé de traer lo último que he escrito. ¡Vaya!, aquí está.

Nos mostraba unas hojas de cuaderno escolar garrapateadas con su letra angulosa que parecía trazada con aguja de sismógrafo. Sin preguntarnos nada, se ponía a leer esas páginas que, andando el tiempo y con las debidas enmiendas que han hecho de él un estilista, se convertirían en *El Conventillo**. En realidad, la suya no era una lectura corriente; era más bien una representación, ya que, a medida que aparecían los personajes, González Vera adoptaba los acentos y ademanes característicos de cada uno. La fidelidad asombrosa con que González Vera reproducía las voces y los gestos del pescadero, de la tísica, del remendón, de Margarita y demás moradores del conventillo, herían de tal modo mi imaginación que solían acometerme accesos de risa incontenible. Este insólito homenaje a su arte múltiple, no siempre el homenajeado lo recibía con benevolencia y en términos folklóricos me pedía más circunspección.

Aparte de González Vera, leía, aunque a las perdidas, Manuel Rojas. Sus originales estaban escritos con su letra ancha, regular y poderosa en grandes hojas. Sólo nos leyó versos y, entre ellos, recuerdo "Abs" que todavía conserva vigencia poética. Sus estrofas nos las aprendimos de memoria, especialmente:

*Nunca podremos darnos de lleno en la canción;
siempre ha de quedar algo dentro del corazón.
¿Quién sabrá la belleza de lo que no se pudo
mostrar al sol y al viento, como un cuerpo desnudo?***.*

En otra ocasión nos leyó con su voz lenta y ronca un verso. ¡Un solo verso de cierto poema que se proponía escribir sobre el alba! Ese verso, el único salvado de un mar de versos tachados, puesto cuidadosamente en limpio, decía:

Yo soy como el principio de la diafanidad...

En cierta oportunidad, Manuel Rojas nos narró con potente colorido una aventura vivida por él en plena cordillera al pasar cuando muchacho de Argentina a Chile. Tiempo después esa travesía la vertió en el relato *Laguna*, y no pude ocultarle mi decepción al comparar lo narrado con lo escrito. El metal en fusión que, con todas sus impurezas bulle como un torrente de fuego, no es comparable con el mismo metal ya apagado y frío.

Un lunes, Manuel Rojas nos dijo, sacando un libro de la faltriquera:

—Anoche casi he llorado leyendo un cuento que sale aquí. Se trata de un estudiante serbio que va a proseguir sus estudios a una universidad rusa; pero sus compañeros no lo quieren, lo hostilizan y le instan a que se vaya. Una noche, un estudiante canta una canción transida de sentimiento cuyo estribillo es:

*Este relato, junto con *Una mujer*, los publicó González Vera en 1923 bajo el título de *Vidas mínimas*.

**El poema "Abs" se publicó por primera vez en la fenecida revista *Selva Lírica* correspondiente a agosto de 1918.

pero es mejor que les lea el cuento.

Y en medio de un hondo silencio, bajo los árboles del Parque nos leyó *El Extranjero* de Andreiev. Con el ánimo ya predispuesto, se habló después de lo corrosivo que es el pensamiento, de la soledad que acompaña al hombre durante toda la vida y de la inutilidad de todo. Uno de los presentes sugirió: ¿por qué no asociarnos para irnos acostumbrando a desaparecer voluntariamente? Nos miramos. Cada cual creyó ver en los demás alguien que con seguridad nos iba a preceder, e invadidos de tierna piedad por ellos, aprobamos la sugerencia.

—Esta hermandad debe llamarse “Los cansados de la vida”, concluyó Manuel Rojas.

Y fue así como, en un transparente atardecer con olor a polen y entre muchachas apetecibles que pasaban al alcance de nuestros sentidos, nació este modestísimo club de suicidas.

Fueron sus fundadores Manuel Rojas, González Vera, Carlos Caro y el que escribe esta crónica*. Por decisión unánime se estatuyó que los que quisieran incorporarse a esta hermandad y estuvieran acordes con sus fines, deberían ser iniciados conforme un rito que dejara indeleble recuerdo en el nuevo hermano.

Nos llovieron las solicitudes de ingreso. Nunca creímos que hubiese tanta gente desesperada en el planeta. Honramos con la primacía a Alberto Rojas Jiménez, poeta casi niño que, por lo mismo, sería bien acogido por los dioses.

La iniciación de este primer prosélito se efectuó en el cuarto que ocupaba González Vera en un conventillo de la calle Dardignac.

Abierta la sesión, Manuel Rojas leyó a la temblona luz de una vela (el morador no disponía de otra clase de alumbrado) la historia de alguien que nos había precedido en el gran viaje. Era, según dijo, un mozo estoico que paso a paso había llegado hasta la puerta tras la cual Ella aguarda, en perenne vigilia. Sin que le flaqueara el pulso, aquel hermano había abierto la puerta voluntariamente...

Se hizo un silencio. Luego Manuel Rojas, con adusta entonación anunció:

—Esta noche se va a iniciar un nuevo hermano, y este privilegio ha recaído en el poeta Alberto Rojas Jiménez. La iniciación será personal y secreta.

Abandonamos el cuarto, y Manuel Rojas, que se había quedado adentro, después de extinguir la vela salió. Dirigiéndose a Rojas Jiménez le dijo, mientras le pasaba con solemnidad una cajetilla de fósforos:

—Entra. En esta cajetilla hay un solo fósforo. Cuando estés en la pieza a oscuras, enciéndelo, y si lo que vean tus ojos eres capaz de resistirlo durante cinco minutos sin gritar, te recibiremos como hermano. Serás un “cansado de la vida” más.

Titubeó un instante el poeta mirando alternativamente el cuarto en tinieblas y el fósforo solitario. Penetró, por fin, sin apuro.

Con el corazón palpitante, esperamos afuera. Mas no habían transcurrido ni treinta segundos cuando a los gritos de, ¡abran, por favor! Manuel Rojas debió abrir la puerta que estaba con llave. Salió el poeta niño, pálido, sacudido por nervioso temblor y con la frente mojada de transpiración.

—¿Y? —preguntaron todos.

—No sé... no me atreví a encender el fósforo... ¡Tuve miedo!

*Los cuatro continuaban vivos en el verano de 1966.

Hubo disimulados reproches por esa falta de coraje; pero nadie se ofreció a entrar en su reemplazo.

Si el poeta Alberto Rojas Jiménez hubiera encendido el único fósforo con que entró al cuarto, ¿qué habría visto?

Habría visto en la mesa, sobre un paño negro, la mano ensangrentada de una mujer, con los dedos crispados como garras. Nada de particular. Después de todo, una mano en tal actitud felina habría sido más peligrosa en una mujer viva.

¿Dé dónde salió esa mano? Se va a aclarar aquí el misterio de un crimen que durante casi medio siglo ha estado en la penumbra.

Yo estudiaba a la sazón medicina, y se me confió el honor de procurarme una pieza anatómica para presentarla en la primera iniciación. En la hermandad "Los cansados de la vida" no se discutía, se obedecía. Me fui, pues, al pabellón de Anatomía de la vieja Escuela de Medicina, me puse mi delantal y, armado de bisturí y tijeras, desarticulé la mano de una viejecilla yacente.

Esa mano, de trágico aspecto para un profano, pero todo un tesoro para un estudiante de medicina, fue la que no se atrevió a contemplar nuestro amigo poeta. Malograda la iniciación, regresé con la mano en el bolsillo a mi casa y me dormí como un ángel. Temprano, me despertó la tremolina que hacía doña Blanca, mi gata, tratando de abrir el envoltorio de la mano. Alcancé a quitárselo a tiempo.

A eso de la oración, me anunciaron visita de Héctor Cáceres, ex condiscípulo y pintor bohemio. No encendí la lámpara y lo saludé con gran efusión. El pintor sofocó un grito al apretar –según dijo– una pegajosa mano de hielo. Escamoteé la mano de la viejecilla y, prendiendo la luz, le mostré la mía al estupefacto bohemio.

–Es raro... –balbuceó.

Yo moví la cabeza como lo hacen los moralistas mientras le decía:

–Veo que empiezas a sufrir alucinaciones, Héctor, déjate de malas juntas.

Al filo de la medianoche, salí a pasearme orillando el parapeto del Mapocho. Había neblina y yo iba y venía como un fantasma entre los árboles velados y el río invisible. Cuidadosamente empaquetada con papel nuevecito y una cinta de color, dejé escurrir la mano hasta el suelo.

Al otro día aparecieron en la prensa titulares como éstos que pusieron nerviosísimas a ciertas señoras tenidas por virtuosas: "Nuevo crimen. Hermosa mujer descuartizada por amor. Sólo se ha encontrado una mano. La policía busca las demás partes de la bella asesinada. Más detalles mañana".

Desde entonces han pasado cuarenta y ocho años. Creo que es demasiado tarde para entregarme a la justicia.

(*Atenea*, N° 412, Concepción, abril-junio de 1966, págs. 205-212).

DAVID OJEDA LEVEQUE

El periodista David Ojeda Leveque contaba que encontrándose en la ciudad de Valdivia, en la redacción del diario *La República*, una noche llegó Alberto Rojas Jiménez, y que conversando aspectos de la ciudad él le habló de la "Animita" de Serafín Rodríguez,

hombre de prontuario responsable de la muerte de una familia boer en Gorbea por una disputa en relación con un cobro de salarios de limpia de terrenos. El proceso fue rápido y se le condenó a muerte, por homicidio, siendo fusilado a las seis de la mañana del 6 de septiembre de 1906.

Según se afirmó, el asesino fue un hermano menor de Serafin, al cual éste quiso salvar, dado que era padre de ocho hijos y le parecía injusto, ya que era su primer delito, y como él tenía varios asesinatos, cargó con la culpa de su hermano.

Este hecho de sacrificarse le connotó frente al pueblo y lo dejó cercano a los mártires.

Cuando aún no caía la noche, sobre su miserable ataúd, depositado en una sepultura en tierra, ya estaban las velas.

Empezó a tener *devotos*, el pueblo le hizo su *santo* y sus mandas adquirieron perfiles de *milagros*.

La sepultura en tierra se convirtió en mausoleo y en las paredes aparecieron las placas de agradecimientos, exvotos, flores y velas que lloran permanentemente su lágrima.

El poeta se impresionó con la historia. Y le dijo: ¡Tienes que llevarme inmediatamente ahí!

—Pero mira que llueve, Alberto.

Era tan dominante el poeta que me vi obligado a encaminarlo. Llegamos hasta el cementerio y frente al mausoleo se persignó y rezó hicándose en el barro, mientras la lluvia y los relámpagos nos acongojaban. Rojas se trajo un resto de vela como amuleto.

(“La Animita en la superstición popular”, *En Viaje*, N° 326, Santiago, 1960).

ENRIQUE BUNSTER

En Berlín encontré una vez un hermoso pez dorado que gozaba jugando con los rayos de luz que se quebraban en el agua de su pecera. Como yo siempre he sido curioso de los misterios marinos, todas las tardes le hacía preguntas sobre su vida acuática, y de ese continuo contacto nació una amistad tan profunda que el bello pez no quiso seguir en su pecera y uno de tantos atardeceres brincó a mi mano y me pidió que lo llevara conmigo. Satisfecho de su amor, lo paseé por toda la ciudad, mostrándole los sitios que más podían gustar a un pez viajero: las fuentes, los viveros, los museos zoológicos...

Pero, nada de esto interesaba a mi amigo. Él se preocupaba de los aviones y de los pájaros, y su pasión por el aire llegó a ser tan fuerte que el solo contemplar el agua de mi vaso le producía náuseas. Todos los días me acompañaba a comer y charlábamos de las maravillas del mundo que los hombres curiosos van descubriendo con tan íntimo placer.

¡Ah, pero esta bella y extraña existencia no podía durar mucho! Un día, el descuido de un garzón lo hizo caer al agua, y el pez, aquel hermoso e inteligente pez dorado, se ahogó.

(*El Mercurio*, Santiago, 6 de julio de 1969).

Por Paschin, su amigo entrañable, conocí en *El Hércules* a Alberto Rojas Jiménez, recién vuelto de Europa. En diez minutos fuimos viejos amigos. Y confieso que he frecuentado pocas veces un ser con tanto “ángel” y con tal don de simpatía. Bien formado, bajo de estatura, lo llamábamos *El Pequeño*, delgado, fino, comedido, buen compañero; con gran sentido del humor y de la humanidad.

Muy cuidadoso de su presentación buscaba que su peinado se mantuviera permanentemente correcto: con una raya perfecta lo dividía en dos porciones desiguales y lo peinaba en melena hacia atrás. Gustaba usar irreprochable el nudo de su corbata y que sus zapatos brillaran impecablemente lustrados. Generalmente nos reuníamos en *El Hércules*, donde la jarana se hacía más y más estimulante a medida que avanzaba la noche. Principes del misterio y la alegría, el mundo nos sobraba por todos lados.

Un día cualquiera, sin rumbo fijo nos largamos territorio adelante. Fuimos sedientos conferenciantes, posibles incendiarios, víctimas de puristas del lenguaje; aprendices de bombero, confesores de beatas, agentes de propaganda, detenidos; con “Copito”, músico de guitarra y batería, animadores de fiestas en casas *non* santas; exigentes catadores de vino, huéspedes de un fundo, obligados pintores de brocha gorda, profesores de “cabezas de pescado”, titiriteros de los imposibles... Relataré uno de tales episodios.

La necesidad de ingerir licor que padecía Alberto y nuestro afán de rodar de una a otra aventura nos impedían consolidar la economía, lo que no nos desesperaba. Una madrugada en que bramaban los ásperos toros del invierno cordillerano nos encontramos sin dinero y sin cobijo, deambulando por las calles cercanas a una estación de ferrocarril. Todas las ciudades son hoscas en la alta noche y más las pequeñas y más aún aquellas cuyas “picadas” no conocemos. Hambrientos y cansados nos dirigíamos a dormir en los agrios escaños de la boletería de la estación. Nuestras barrigas vacías borboteaban pidiendo una taza de café caliente o un vaso de buen vino.

Al doblar una esquina vimos un trozo de pavimento iluminado, una puerta abierta y dos hombres que intentaban colocar un letrero de ciertas dimensiones. Desde lejos leímos: *Bar Nocturno*. Era como haber encontrado la lámpara de Aladino y sin ponernos de acuerdo acudimos a ayudar en la maniobra. Rojas Jiménez estuvo perfecto dando voces de mando para que el adminículo quedara en la verticalidad y horizontalidad necesarias.

Concluido el trabajo nos convertimos en clientes, pero uno de ellos que resultó ser el dueño nos hizo servir un trago de vino y unos sándwiches, “Atención de la casa”. Era costumbre de su tierra festejar de ese modo a los primeros clientes que llegaban. Era cumplir un rito que traería buena suerte al negocio. Mientras engullíamos departimos con el anfitrión: italiano, enorme, locuaz, soldado en Abisinia, un puntazo de bayoneta en la cara le dejó un tic que le levantaba un carrillo y le cerraba un ojo. Ser simple, se jactaba de su fortaleza física y su éxito con las chinitas del barrio y sentía que el negocio era un fracaso porque a las seis de la mañana aún no llegaba un cliente. Rojas lo convenció de que éstos sólo aparecerían al mediodía, que era necesaria una propaganda racional y que lo mejor que podía hacer en ese instante era irse a descansar para aplacar los nervios y estar fresco en el momento oportuno.

Quedamos solos. El mozo, que era un babieca, se fue a dormir en un sillón de paja ubicado en el fondo de un pasadizo desde donde se podía observar el movimiento de la

puerta y la posible pasada de algún cliente a la parte posterior del mostrador donde lucían como las imágenes de un altar las vitrinas, las vituallas, los licores. El italiano se había preocupado inteligentemente del asunto: los jamones colgaban del techo, longanizas y prietas hacían guirnalda sobre un fierro horizontal, pernils, pebres, ensaladas, fiambres, peces y mariscos vivían cazados en amplias vitrinas. Las botellas de vino se presentaban impecables como en un desfile militar. Era el suplicio de Tántalo ya que lo que se nos había servido sólo había aguzado nuestros apetitos.

—Sentémonos y comamos. Creo que tengo dominado al patrón y de otras peores hemos salido con bien...

Una hora después era visible el hoyo que nuestra voracidad había causado en aquella voluptuosa naturaleza muerta. Ahíto, intentamos el “perro muerto” una y otra vez, pero como si un mecanismo desconocido por nosotros funcionara matemáticamente cada vez que nos acercábamos a la puerta nos interceptaba el paso el grandulón. Lo que nos obligaba a mirar parsimoniosamente las viandas y a seguir pidiendo.

—Entre apaches la comprensión es rápida (era un remoquete que usaba Alberto cada vez que tenía un problema)... este tano ni siquiera es de la mafia. No sería raro que tratara de estropearnos los huesos. Estudiemos filosóficamente el panorama: —¿Cuál es la cualidad sobresaliente de su raza? Contestación: —¡el amor por el arte! Entonces hay algo que nos une... ¡Ven, Sócrates, en mi ayuda...! Eureka... Decoremos el local. Si se presentan dificultades posteriores usaremos la dialéctica y como que existen estrellas nuestro bienestar está asegurado por unos cuantos días. Manos a la obra que las sorpresas forman parte de la victoria. Materiales no nos faltarían. Mis bolsillos eran una caja permanente de carbonilla, tizas y papeles. Rojas dibujaba y más de una vez se había ganado el puchero haciendo ilustraciones. Manejaba cuatro o cinco motivos. Un Chaplin sobre cuyo hombro recostaba una *midinette* su melenita a la garzón; un arco de triunfo y atrás la torre Eiffel; palmeras sobre una playa, el mar, un botecito; rascacielos en líneas dinámicas. A mí me encantaba realizar figuras de can-can y cacharritos chilenos. La pared, resplandeciente de cal invitaba a realizarse.

—Es un sostén que Miguel Ángel no rechazaría, argumentó Alberto tanteando la calidad del muro. Después se sacó la chaqueta, se arremangó los puños de la camisa, se trepó sobre el respaldo de una silla que yo la mantenía en equilibrio sentado en ella. Lo vi que como fray Angélico —cosa desusada en él— se santiguaba antes de dar los trazos iniciales. Primero fue una greca de chaplines; después, equilibrando su distribución, una hilera de Arcos de Triunfos y Torres Eiffels. Y más allá otros motivos típicos de su habilidad. Para dar mayor calidad a la obra hacía las medias tintas a saliva y carboncillo, lo que les entregaba una calidad aterciopelada e imborrable.

Pronto me tocó a mí pasar con mi can-can motivo que por mi mayor habilidad artística centraba el muro. El trabajo rápida y eficazmente realizado según nuestras autocríticas aparecía magnífico.

Alberto daba en el equilibrio inestable de su silla que yo le sostenía algún retoque final a una de las figuras cuando entró el dueño, quien desconcertado de lo que veía salió a la calle para cerciorarse por el título que aquél era verdaderamente su negocio. Yo vi venir la embestida y avisando del peligro a Rojas me guarecí en un ventanuco falso que se abría a un par de metros del suelo donde apenas cabían mis glúteos y me quedaban las piernas colgando.

Desde mi platea veía la persecución digna de uno de esos cortos que hacía Chaplin al principio de su carrera. Alberto interponía obstáculos y su perseguidor los apartaba yéndole a los alcances. De repente, extenuado, el italiano cayó asesando sobre una silla lo que aprovechó el poeta para enfrentarlo:

—En *La Rotonde* su compatriota, el pintor Modigliani, en una de sus noches de borra-

chera, trazó cuatro rayas sobre un muro. A pedido del dueño las firmó. Vino un magnate yanqui y adquirió ese trozo de muro por miles de dólares. ¿Cuánto le darán a Ud. si le firmamos estos hermosos frisos?

La verdad es que esta perorata la debió hacer entre descansos y corridas. Y por indicación del mozo que impasible veía la "safacoca" el itálico se percató de mi ubicación y colgándose de una de mis piernas me atrajo estrepitosamente al suelo, peripecia que permitió huir a Alberto y escabullirme milagrosamente a mí.

Tres o cuatro días después, al torcer una esquina, nos topamos a boca de jarro con nuestro ex anfitrión quien con una amplia sonrisa pidió parlamentar con nosotros:

—Los he estado buscando. Uds. son las únicas personas que pueden ayudarme. Los clientes son escasos y las deudas muchas. No les pesará darme la mano.

A nosotros que nos sobran tiempo e ideas y que nos faltaba todo, aquellas palabras sonaron a campanas de resurrección.

Y pusimos mano a la obra.

A la hora propicia de la sed y la cazuela deambulábamos cerca del *Nocturno* y apenas encontrábamos un huasito nos avalanzábamos sobre él:

—¿Cómo está don Lucho? ¡Cómo está la familia! ¡Que bien lo pasamos en el último encuentro! ¿Se mejoró el enfermo?

Lógicamente, pronto ambas partes reconocían estar equivocadas, pero que la conversación nos había dado sed y lo mejor era departir un "huascazo" en algún bar cercano. Así dimos clientela y gloria al *Bar Nocturno* de Los Andes. Lógicamente que nuestras invitaciones y lo que consumíamos lo pagaba el cliente.

Una tarde pensamos que lo mejor era volver a la cálida matriz de *El Hércules* y regresamos. Tuvimos inmediatas colaboraciones en algunos periódicos y otros trabajos. Un día que nuestras finanzas estaban florecientes hasta intentamos dejar ahíto al chileno más glotón que hemos conocido, a Antonio Roco del Campo. Queríamos obligarlo a decirnos:

—Gracias, ya no puedo más. Éste fue episodio digno de un trabajo de "Hércules". Pero es otra historia como diría el viejo Kipling.

(Archivo Oreste Plath).

OSCAR LANAS

Una noche empeña en un restaurante de lujo un retrato al óleo que le ha hecho el pintor Isaías Cabezón. Y otra noche, en compañía de un amigo lo descuelgan y huyen con él. El incidente terminó en la Comisaría y el mismo dueño del restaurante acude y zanja el asunto con felicidad para el poeta y su amigo.

¿Dónde está el retrato?*

*Este retrato fue realizado en Santiago, ¿el año 1920? Sus dimensiones eran: 0,54 x 0,73 y estaba firmado por el pintor Isaías Cabezón. Materia y material. Óleo sobre tela. Este cuadro era más una composición que un retrato. El personaje principal, el poeta, sentado con sus brazos entrecruzados al borde de una mesa de café, vestido de trinchera clara. El fondo describe el ambiente de café parisien en gamas azuladas. En último término "Bistrot" o mesón donde hay un grupo de *midinettes*.

Su propiedad es desconocida, obra que se extravió en el ir y venir de la vida del escritor.

“En una ocasión se juntó con el periodista y escritor Oscar Lanas, después de cambiar algunas palabras, lo invitó a servirse una copa, pero le manifestó que no tenía dinero; estamos los dos en la misma situación le manifestó Oscar Lanas. De repente, se separó y lo vio conversando con un carabinero. Luego regresó y le dijo, vamos al bar. Y con qué dinero pagamos, y la respuesta fue, el carabinero me habilitó”.

(Archivo Oreste Plath).

UN RECUERDO DE NAVIDAD CON ALBERTO ROJAS JIMÉNEZ

Francisco Coloane

El recuerdo fugaz de un ser que uno tuvo la suerte de conocer por una vez, semeja una de esas puertas giratorias tridimensionales por donde uno sale y entra confundiendo sujetos y objetos entre paralajes oscuros y cristalinos. Tal vez las puertas del Banco de Chile de aquella navidad de 1930 no sean las mismas que las de ahora; pero las del “*Lucerna*”, café y restaurante que funcionaba al frente del Banco de la calle Ahumada, ya no están ni sé cómo eran. Su dueño, vasco-francés, tenía garzones que hablaban otros idiomas. Ya iban a cerrarlo cuando pasé a tomar mi último trago de cola de mono y encuentro a un hombre solitario en su mesa. Me hizo un gesto invitándome y luego llamó a un garzón en francés o en alemán, no lo recuerdo. Me senté y bebimos por su cuenta una botella de cola de mono. “¡La última!”, nos advirtió el mozo. Mi anfitrión le pidió dinero para pagarla. El mozo se lo facilitó y le prestó algo más. Salimos. Era un hombre mayor que yo, de mediana estatura, rostro oliváceo, más bien una cara azul con las luces del *Lucerna*, y unos ojos profundos. En la calle tenía un andar de torero. Pasos y pases teníamos que dar para seguir hacia la calle San Pablo y atravesar los puentes del Mapocho. En la otra orilla nos encalamos en la cantina *El Huaso*, quedaba frente a la entrada principal del Mercado de la Vega Central. Había que penetrar por un pasillo de conventillo para escapular hasta donde se internaba la cantina. Allí pasamos del cola de mono a las últimas chichas de Curacaví. Debo haber pagado yo, porque en esa época ganaba \$ 350 mensuales como reportero policial, más algunos vales de comida cuando hacía turnos de noche. Para un joven de veinte años no era mal sueldo, si pagaba \$ 150 de pensión en un cuchitril de la calle Dávila. Del *Lucerna* de la calle Ahumada a la cantina *El Huaso* en la orilla norte del Mapocho, para Alberto Rojas Jiménez, seguramente fue como ir bajo los “viejos puentes de París”. Yo no lo conocía a él, ni él a mí. Tampoco París, ni la cantina *El Huaso*. Pero desde un comienzo se estableció una táctica comunicación de marineros que buscan trasbordo. Mi viejo amigo de la época, el pintor Julio Ortiz de Zárate, nos advertía siempre que “nunca hay que mezclar”. Al principio no lo entendí siendo que en su paleta él se inmortalizó mezclando; pero esa noche navideña la mezcla del cola de mono con la chicha tardía hizo sus efectos. En el mesón, Alberto Rojas Jiménez me contó que en Alemania cuando los matrimonios iban al mercado, los maridos quedaban en las cervecerías bebiendo, y cuando sus mujeres pasaban a buscarlos, habían bebido tanto que hinchados como globos flotaban sobre las pipas y tenían que sacarlos con el mango de sus paraguas... Yo le conté que una vez que navegábamos en un cúter por el archipiélago de las Wollanston, donde está el verdadero

Cabo de Hornos, sentimos una música navideña detrás de una isla. Fuimos en una chalana y era un barco que se había quebrado sobre las rocas. Traía un cargamento de pianofortes y cajas de música de esas que se apornaban en la pared, desde Hamburgo. Las bodegas habían vaciado su carga entre piedras y arenas, y las olas de "La Tumba del Diablo" venían a tocar sus propias mazurcas, polonesas y valsos de esa época.

Quizá tan extremados recuerdos de navidades pasadas y de las porvenir hicieron que Alberto Rojas Jiménez me hiciera el último pase de su fulgurante torería real e imaginativa. Cuando salimos del *Huaso*, ya la gente traficaba por esa esquina de La Vega, y una vendedora de leche "al pie de la burra" se estacionaba en medio de la calle frente al pasadizo de nuestra salida al pleno sol de diciembre. La ubérrima tierra chilena había desbordado su canasta frutal, y las tetas de la burra eran ordeñadas allí mismo para dar un vaso de leche a los transeúntes malos del cuerpo como nosotros, con la mala leche del cola de mono. Costaba veinte centavos el vaso. Para Rojas Jiménez del *Lucerna* al *Huaso* y a la burra no hubo más que un paso. Pagó, pero rechazó el vaso, y ante mi asombro y el de los transeúntes, se tendió en el pavimento de piedra canteada, y se puso a mamar como si fuera un borriquito. La gente se detuvo a mirar, unos riendo, otros disgustados, como ocurre con todo espectáculo insólito; pero era el día del primer rayo de luz que vio junto a un borrico el niño de la Virgen María allá en el pesebre de Belén, ¿por qué Rojas Jiménez no tenía derecho a resucitar en ese día a una vida más recta con la leche al pie de la burra después del cola de mono y la chicha huasa que nos hizo desaparecer?

Santiago, abril 1977.

(Archivo Oreste Plath)

LA NOCHE DE LOS CHALECOS

Juan Florit

Alberto Rojas Jiménez vivió su vida inquieta en trasnochadas, vino, poesía y anécdotas. Vamos a recordar una de éstas que está en nuestras vivencias. Fue en un invierno que ya había avanzado en el tiempo, disminuyendo hojas en el calendario. Sitúo el recuerdo en un *cabaret* de mala muerte, oscuro, tenebroso y mal oliente, ubicado en la calle Eyzaguirre, entre San Diego y Gálvez. Dueña de él era una gorda y fofa mujer, a la que apodaban *La Ñata Inés*. Tenía un pequeño escenario, donde unas bailarinas, casi siempre flacas y huesudas, vestidas con pocos atuendos, en bailes descompasados, no atraían las miradas de los contertulios. Al local lo alumbraban débiles ampolletas, escasas en luz por la neblina de los cigarrillos que apestaban. En las mesas desvencijadas y sucias, humedad de vasos volcados. Cruzábanse palabras de charlas incoherentes. Risas étlicas... En la noche que evoco, los amigos que habitualmente nos reuníamos, éramos veintidós, alrededor de una mesa bien provista de licor. La mayoría poetas. Dos o tres pintores. Un escultor y un tony... Nombro primero al autor de la famosa "Carta-Océano", Alberto Rojas Jiménez. Sus acompañantes, el *cadáver* Valdivia, Alejandro Gutiérrez, Federico Ricci Sánchez, Antonio Roco del Campo, S. Letelier Maturana, Fenelón Arce, J. Moraga Bustamante, Rosamel del Valle,

E. Estrada Gómez, Julio Walton, Fredy Jarvis, Neftalí Agrella, Tomás Lago, Rafael Hurtado, Guillermo Acuña Zañartu, Omar Cáceres, Canut de Bon, el loro Gilbert, Nicolás Maturana, y un poeta del sur que recién salía de las sombras carcelarias... Las conversaciones eran múltiples. Se recitaban poemas con más de algunas interrupciones, por chirigotas salpicadas de palabras que no caben por su vulgaridad soez, en este recuerdo. Se bebía a destajo el vino no etiquetado, negro y áspero como el pipeño. Pero engañando a nuestra sed, eso bastaba. Ya la noche iba en avance. La figura principal era Alberto. Para algunos un mago. Para otros un catálogo de aventuras increíbles y poetizadas por él. Unas vividas en París: Bohemia en desorden. Amores volanderos con *midinettes*. Y hasta un casamiento con una marquesa de cabellera rubia como una Walkiria. Confesaba que su bohemia parisién tenía altos y bajos. A veces lujosa o en *ateliers* de pintores pobres, o cambiando pajaritas de papel por un vaso de *bon vino*. Esa noche invernal –podemos afirmar– era la *vedette*. Recitaba ya en francés o en alemán. Malabarista de mentiras, lo escuchábamos en silencio. No se le hacían bromas. Lo oían, también curiosos –o incrédulos–, los bebedores cercanos a nosotros. El licor disminuía por las repetidas libaciones. Fue entonces cuando el más vividor de los Albertos poetas (los otros Valdivia y Moreno), se le ocurrió que debíamos empeñar nuestros chalecos (prenda vulgar en esos años). Según Rojas Jiménez, innecesarios e inútiles. Alegre, dijo que lograría pignorarlos donde “la vieja de los colgajos”. Varios de los poetas quisieron saber quién era ese personaje, salvador de nuestra sed. Y Alberto nos expresó que la apodaban así, porque todo lo que recibía por sus préstamos, pendía de mohosos y ganchudos clavos en lo alto de su sórdido negocio... Y salió –con qué apresuramiento–, apretando ávidamente contra su cuerpo, los veintidós chalecos... Quedamos, dudosos, en espera. A los pocos minutos volvió con plata, tortillas y huevos duros. Se siguió bebiendo y bebiendo. Y de nuevo, en corto tiempo, los escuálidos pesos siguieron su fuga a las faltriqueras de *la Ñata Inés*, anchas como ella. Eran las cinco. Cerrado el *cabaret* nos fuimos a un clandestino de la calle Gálvez. Ya los primeros tranvías –carromatos con imperial– que venían de San Bernardo, pasaban moliendo el silencio del alba, con su estridencia de fierros sueltos, y el sol era una mancha indecisa, en esa calle miserable del suburbio...

Mayo de 1977.

(Archivo Oreste Plath).

¡VIVA EL DIABLO!

Sherlock Holmes (Raúl Morales A.)

En aquel tiempo, a más de cincuenta años atrás del calendario, yo andaba a tres cuartos y un repique, escapando de mi casa con los primeros pantalones largos, sufriendo más perrerías que la sábana de abajo, indigente de pan, techo y abrigo de modo constante y cotidiano. Fue entonces cuando me hice yunta de los poetas Alberto Rojas Jiménez y Antonio Roco del Campo, tan unido a ellos en todos los azares como calzoncillo y tambembe. Era simple el motivo de este imperio. Los poetas me solucionaron dichosamente todos los problemas. Las exigencias digestivas y bebestibles se arreglaban solas, de admi-

rable laya natural, en la capitosa noche santiaguina de antaño donde nunca faltaron los amigos y hasta los desconocidos que nos invitaban a sus mesas de largos manteles alegres. No teníamos, desde luego, un peso en los bolsillos, ni siquiera para hacer cantar a un ciego. Pero comíamos y bebíamos como ángeles o bandidos, siempre amaneciendo despacio en la obligada trasnochada. Nos sorprendíamos de esta manera a las siete de la mañana, ya con el sol alto, apremiados por la urgencia de reposar los huesos. Pero tampoco había en ello ningún inconveniente. Sólo nos bastaba dirigirnos a la Catedral del Nuevo Extremo. La Catedral era nuestro hotel complaciente y gratuito.

Allí dormíamos, cada cual en su respectivo confesionario elegido de antemano, sumidos en una suave penumbra realmente seráfica, aceptando los beneficios de un sueño sólo alterado esporádicamente. Los riesgos ocurrían cuando las beatas nos despertaban con la voz que susurraba a través de las rejillas: "Acúsome, Padre". Pero aún esto tenía su remedio. Los tres habíamos sido alumnos de colegios congregacionistas. Podíamos, pues, pronunciar sin tropiezos el *ego te absolvo*, apercibidos de feroces penitencias para que no volviésemos a incomodarnos. Así, con jocunda irreverencia, tal como lo cuento, despertábamos a las cuatro de la tarde, una hora conveniente y apropiada para irnos de nuevo a la calle y a la bohemia.

Pero también fuimos expulsados de éste como breve y exclusivo paraíso que nos ofrecía el templo. Nos sucedió para una Semana Santa, de cuyo tránsito religioso estábamos olvidados tal vez por culpa del vino. Ese demonio que habita en las botellas fue también el reo responsable de que llegáramos con excesivo atraso a nuestro hotel. La Catedral estaba desbordante de una compacta muchedumbre de fieles cuando sus tres insólitos clientes licoreados encontraron que todos los confesionarios estaban ocupados, con los contritos pecadores haciendo cola frente a cada uno para descargar sus culpas y obtener el perdón del Buen Dios. Entonces estalló la furia enloquecida de Alberto Rojas Jiménez. El poeta no se resignaba a que lo despojases así no más de su reposo habitual. Fue por eso que lanzó un terrible grito sorpresivo para expresar su rebeldía:

—¡Viva el Diablo...!

Una multitud de beatas y de beatos cayó de inmediato sobre nosotros, ellas, uñas en ristre, y ellos, a su vez, con los puños bombarderos. Era como otra versión modernizada de la espada de fuego del arcángel justiciero, exiliándonos del edén.

Nunca más volvimos a la Catedral.

(*Las Últimas Noticias*, Santiago, 2 de diciembre de 1978, pág. 5).

EMMA JAUCH

con Rojas Jiménez

El poeta Rojas Jiménez y el pintor Pedro Olmos han pasado una noche en blanco (o en tinto...) por el barrio de Independencia. De regreso al centro y atravesando el Mapocho, Rojas Jiménez va muy molesto porque le han robado los zapatos y tiene un calcetín roto. Para desviar la atención del público confecciona una pequeña huasca con un palito y un

cordel, la que maneja golpeando una botella que sostiene con la otra mano, como si fuera un caballito: "Arre...".

El último viaje y la última conferencia

(Emma Jauch, *De remembranzas y olvidanzas*, Talca, Ed. Universidad de Talca, 1994).



SALUDO Y DESPEDIDA DE UN POETA A LAS MUJERES DE ANTOFAGASTA

Alberto Rojas Giménez

Para deciros, para traducir la íntima satisfacción de un poeta, como lo soy, gracias a mi padre y a mi madre, debo emplear palabras como la seda y el viento, como el azúcar y la morena y delgada canela, fragantes, trémulas y capitosas.

¡Sí, mujeres de Antofagasta!

¿Nadie ha cantado a vuestros pies? ¿Nadie, elevándose en la actitud del hombre, en su verídica estatura, os ha dicho que sois las verdaderas, las auténticas, las merecedoras mujeres de la República de Chile?

No es necesario ser poeta —dispensador hechicero de la fantasía— para que estas palabras caigan con dulce acento en vuestros oídos de caracol marino.

Y digo caracol marino, porque estos sabios y malaventurados caracoles tienen la arquitectura exacta de la poesía y de la fatalidad: como la arquitectura fatal, poética y exacta de la mujer.

Juego terrestre, juego de hombre, y de la mujer misma.

Mujeres nortinas: yo quiero elevar en mi mano vacilante de agradecimiento, de ternura y de cariño, el nombre colectivo de todas las mujeres de Antofagasta.

¿Cómo hacerlo?

Así:

¡Salud! Antofagasta, madre de esta savia de oro transparente, que das expansión a los secretos y sensuales brotes morenos de este pedazo de Chile.

Gracias a la hora de bienaventuranza en que yo, poeta de todas las tierras, pues que todas me pertenecen como el agua a los peces y el aire a las aves, conocí y admiré y me enamoré de las formas y las palabras y los gestos de gracia y embeleso que vosotras, mujeres de Antofagasta, encerráis y contenéis y regaláis.

Claro está que tengo mi preferida entre vosotras, mujeres de Antofagasta.

Yo soy un hombre del sur, del centro, de aquí mismo. Pero tengo mi preferida.

No me preguntéis cómo se llama ni cuál es.

Os confesaré su estatura, en la que cabe lo poco y lo mucho de terrestre y de celeste felicidad que yo anhelo.

La estatura de la palabra "Amor". El oscuro alcance de la palabra "olvido".

Pero, ¡basta!

Un poeta tiene el derecho de que muchas mujeres no lo entiendan.

Pero hay, siempre, una mujer que tiene la obligación de comprender al poeta.

¡Mujeres de Antofagasta!

Hermano, novio, hijo, más que novio, algo de vosotras se va conmigo.

Antofagasta, enero de 1934.

(*Áncora*, N° 3, Revista de Cultura Universitaria, Antofagasta, s.f., págs. 61 y 62).

(fragmento)

Andrés Sabella

...Entre enero y febrero de 1934 residió con nosotros en Antofagasta*. Sus anécdotas constituyen una caja caudal de simpatía: a nuestro padre lo enternecía, hablándole de su Jerusalén natal..., ¡sin haber pisado nunca sus callejuelas legendarias! Le prestamos, para que lo admirase, un álbum en colores de Tierra Santa, y, sin sospechar, le dimos, así, una llave preciosa para triunfar sobre la gravedad de nuestro padre. A Rojas Giménez no le faltaba imaginación: ¡qué descripciones conmovedoras le escuchamos de los lugares sagrados, en el escritorio de la joyería, mientras el melancólico caballero palestino volvía a su niñez de campanero del Santo Sepulcro!

En Antofagasta, Rojas Giménez compuso, tal vez, los últimos poemas de su vida: una especie de autorretrato y un saludo a las muchachas de la ciudad. El primero lo dedicó al artista obrero Víctor Labra Valenzuela, director de un conjunto teatral llamado "Los Barrabases". El nombre gustó al poeta y, una noche, en el cabaret *Continental*, pidió papel y, rápidamente, trazó el fondo de su ansiedad:

*La vida mejor no está en nuestras manos. Está
en nuestros sueños.*

De París llegó Alberto llagado por un amor y por un hijo. Siempre escribía su nombre; interminablemente, en las márgenes de sus libros, leíamos: Serge. Bebía y, bebiendo, entró a su agonía y a su muerte. Fue un día viernes. Recordamos que al leer el telegrama que anunciaba la noticia, nuestro padre, que no era blando de ojos, lloró, comentando, simplemente:

—¡Qué pena! Alberto era, verdaderamente, un hombre.

(*Las Últimas Noticias*, 25 de mayo de 1964).

ALBERTO ROJAS JIMÉNEZ. EL POETA DE TODOS LOS TIEMPOS

Luis Fuster Morris

Acodado en una vieja mesa de un viejo *cabaret* —*El Continental*— bebíamos cierta noche, cuando uno de los acompañantes derramó su copa de vino. Alberto tranquilamente, se puso en pie y dirigiéndose, como un padre, al descuidado le enseñó:

*En 1934, Alberto viajó hasta Antofagasta, dispuesto a ir, como corresponsal de guerra, a la del Chaco. Naturalmente, no pasó de un hermoso propósito de aventura. Prefirió las conferencias, evocando sus pasos mágicos por Europa y escribiendo en las servilletas de papel un nombre amado: Serge, el hijo que lo esperaba en cierto hogar de París. Se enamoró de Victoria, una niña de campanillas. Ella, a su vez, se enamoró. Alberto, al despedirse de Toya, escribió una bella prosa, asegurando que para cantarla y cantar a las mujeres de Antofagasta,

–“Todo podemos hacer con el vino muchacho... ¡menos perderlo estúpidamente, como tú lo acabas de hacer”.

Sus anécdotas abarcaban desde lo cómico hasta lo dramático. En Antofagasta, cruzando una baranda contigua al muelle viejo, estaba el Club de Pescadores. Solía quedarse ahí hasta rayar el alba. En cierta ocasión, ya retirados del local los hombre del mar, se le acercó el concesionario, diciéndole:

–Don Alberto, ¡ya es hora de marcharse!

–¿Cómo puede echarme a mí? –respondió el poeta–. Piense que soy forastero, y, ¡son apenas las cinco...! Y allí, en pleno amanecer, se quedó fumando cigarrillo tras cigarrillo.

Una noche lo encontré apoyado en el mostrador del Bar *Shanghai*, de capeta, mezclado con toda clase de gente. Cuando él llegaba a la vara, ese lugar despertaba como una colmena. Hacíamos un cerco a su alrededor y nos contaba diversas historias. Aseguraba que un *marchand* famoso adquirió cierta vez algunos cuadros de Toulouse Lautrec y la persona que los vendió lo hizo bien intencionada, pero después resultó que eran falsos. El *marchand* habló con Lautrec y le aconsejó querellarse contra los falsificadores.

–“¡Jamás! –exclamó el pintor– ¿Falsos Lautrec? ¡Eso es el beso del triunfo!, si pudiera, ¡animaría a los falsificadores!”.

En una calle apartada de Antofagasta, cerca del “puente” ferroviario, había un *cabaret* llamado *La Rata muda*. Allí Rojas Jiménez, como un símbolo de la vida nocturna, regalaba a la clientela pajaritas de papel y, acto seguido, sin hacer ningún alarde, gustoso hablaba del *boulevard* Saint Michel, del café del *Dôme*, de los hoteluchos de la Villete, de los clubes nocturnos de la calle Saint-Antoine y de los pintores de Pigalle.

(*El Diario Ilustrado*, Santiago, 31 de marzo de 1968, pág. 19).

ALBERTO ROJAS GIMÉNEZ

(fragmento)

Andrés Sabella

...Compartiendo sus mesas, le conocimos hasta en sus desgarramientos, cuando la nostalgia de Miky y de su hijo Serge se le venían encima, por las madrugadas, “fatigado de irremediables destrucciones”. De las cuatro mujeres que lo amaron, en Europa –Lyson, a quien llamaba “La marquesa”; Heddy, la de “la carne rubia”, hija de Vater Georg; *madame* Schaffer y Miky– sólo esta última persistió en su ternura de “Hombre de mundo”. Cuando vivió, en febrero de 1933, próximo ya a su muerte, en Antofagasta, escribía obsesivamente en los libros, en las mesas, en la palma de su mano, los nombres amados: Miky, Serge, Miky, Serge...

Luis Fuster Morris decidió alojarlo en su casa, por algunos días. Alberto no trajo a

debía “emplear palabras como la seda y el viento, como el azúcar y la morena y delgada canela, fragantes, trémulas, capitosas”.

nuestra ciudad sino su cuerpo y su alma, nada de equipaje. En cambio, trajo un secretario, Gabriel Sepúlveda, un nombre para la historia verdadera que habrá que contar de Alberto cuando alguien se decida a trabajar con fuego; el secretario debía preocuparse de las cosas de la intimidad del poeta (máquina de afeitar, el atuendo, que se reducía a una holgada camisa rusa con la que iba a todas partes, aún a las conferencias). Así como una visita al pasar, entró a la casa de Fuster... ¡y se quedó un mes disfrutando de la calidad de un verdadero huésped real! Se alteró completamente el horario de Fuster Morris, quien ahora, recorría, hasta el alba, del brazo de Alberto, las tabernas y los *cabarets*, en mágica alianza de vino, de sorpresa y de poesía activa. Cuando estaba con un pie en el barco que lo traería a Valparaíso pidió que nos retratásemos en un grupo de héroes, exigiendo que la pose fuese de bataclana, con una pierna en el aire; allí quedamos, en el instante ganado y perdido de ese día, Oscar Fuenzalida, Espinoza, Luis Fuster Morris, Santiago la Rosa, ebrios de mar y de felicidad. Era en marzo de 1934. Alberto se llevaba de Antofagasta una tierna memoria de niña, de Toyita Orchard Gaytán, para la que escribió (y hoy lo revelamos), su "Saludo y Despedida de un Poeta a las Mujeres de Antofagasta", en que descubrió "lo poco y lo mucho de terrestre y de celeste felicidad que yo anhelo". Al recibir el telegrama que nos anunciaba su muerte, el 25 de mayo de 1934, le lloraron en casa mi padre, mis tías y más lejos, las gaviotas del puerto. También le lloró el retrato de Apollinaire, porque Alberto poseía, como Guillaume de Kostrowitzky, la misma sangre; sangre de escaladores de los altos picachos del arrojo y de la fantasía.

(*La Nación*, Santiago, 22 de julio de 1973, pág. 8).

HOTEL NUEVA YORK

Andrés Sabella

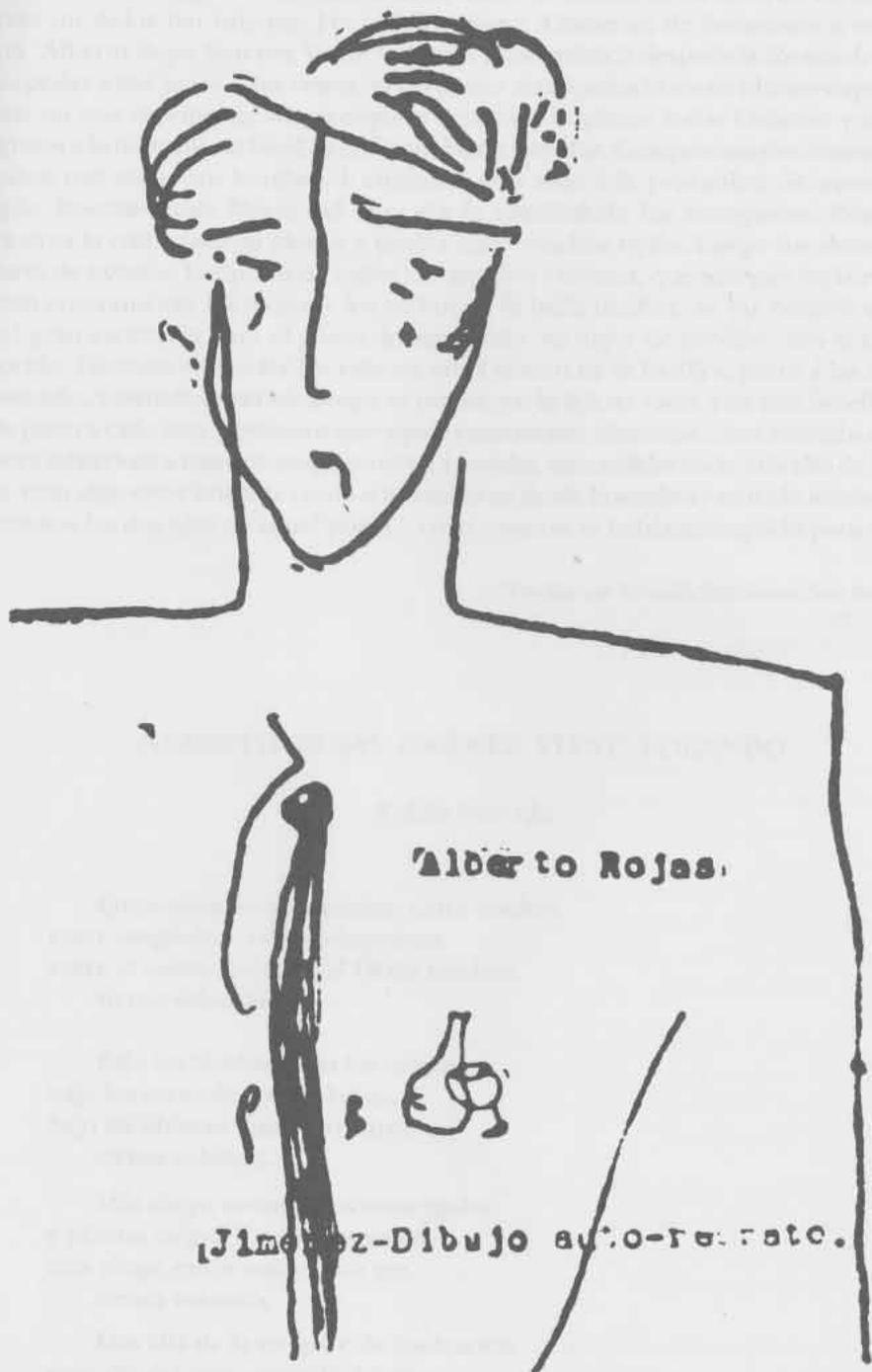
...Para nosotros, el recuerdo más alto de este hotel vive en la estada del poeta Alberto Rojas Jiménez en Antofagasta. Llegó, a principios de enero de 1934, vistiendo camisa rusa y..., ¡acompañándose de un secretario! Ninguno traía sino lo puesto". Los amigos les alojamos en el "Nueva York".

No tardó en convertirse en cuartel general de nuestras historias. A la hora de mayor tráfico, al mediodía, Alberto, mostrándose desde el balcón de su pieza, asombraba a los transeúntes, por su gallardía y su extraño atuendo. Aquella camisa le concedía un algo de gitano y un algo de príncipe de opereta.

Cierta mañana, decidió dirigir la palabra a las gentes que cruzaban la calle y costó persuadirlo que se desistiera de su idea. De todos los discursos que se oyeron en el "Nueva York", habría sido el mejor.

(*Revista Nuevaaurora*, Santiago, año 1, N° 5, 1977).

La noche enlutada



Alberto Rojas.

¡Jiménez-Dibujo auto-retrato.

"Yo estaba recién llegado a España cuando recibí la noticia de su muerte. Pocas veces he sentido un dolor tan intenso. Fue en Barcelona. Comencé de inmediato a escribir mi elegía "Alberto Rojas Jiménez Viene Volando", que publicó después la *Revista de Occidente*. El no poder estar junto a sus restos, el no poder acompañarlo en su último viaje, me hizo pensar en una ceremonia. Me acerqué a mi amigo el pintor Isaías Cabezón y con él nos dirigimos a la maravillosa basílica de Santa María del Mar. Compramos dos inmensas velas, tan altas casi como un hombre, y entramos con ellas a la penumbra de aquel extraño templo. Porque Santa María del Mar era la catedral de los navegantes. Pescadores y marineros la construyeron piedra a piedra hace muchos siglos. Luego fue decorada con millares de exvotos; barquitos de todos los tamaños y formas, que navegan en la eternidad, tapizan enteramente los muros y los techos de la bella basílica. Se me ocurrió que aquél era el gran escenario para el poeta desaparecido, su lugar de predilección si la hubiera conocido. Hicimos encender los velones en el centro de la basílica, junto a las nubes del artesonado, y sentados con mi amigo, el pintor, en la iglesia vacía, con una botella de vino verde junto a cada uno, pensamos que aquella ceremonia silenciosa... nos acercaba de alguna manera misteriosa a nuestro amigo muerto. Las velas, encendidas en lo más alto de la basílica vacía, eran algo vivo y brillante como si nos miraran desde la sombra y entre la sombra y entre los exvotos los dos ojos de aquel poeta... cuyo corazón se había extinguido para siempre".

(*Confieso que he vivido*, Barcelona, Seix Barral, 1974).

ALBERTO ROJAS JIMÉNEZ VIENE VOLANDO

Pablo Neruda

Entre plumas que asustan, entre noches,
entre magnolias, entre telegramas,
entre el viento del sur y el Oeste marino,
vienes volando.

Bajo las tumbas, bajo las cenizas,
bajo los caracoles congelados,
bajo las últimas aguas terrestres,
vienes volando.

Más abajo, entre niñas sumergidas,
y plantas ciegas, y pescados rotos,
más abajo, entre nubes otra vez,
vienes volando.

Más allá de la sangre y de los huesos,
más allá del pan, más allá del vino,

más allá del fuego,
vienes volando.

Más allá del vinagre y de la muerte,
entre putrefacciones y violetas,
con tu celeste voz y tus zapatos húmedos,
vienes volando.

Sobre diputaciones y farmacias,
y ruedas, y abogados, y navíos,
y dientes rojos recién arrancados,
vienes volando.

Sobre ciudades de tejado hundido
en que grandes mujeres se destrenzan
con anchas manos y peines perdidos,
vienes volando.

Junto a bodegas donde el vino crece
con tibias manos turbias, en silencio,
con lentas manos de madera roja,
vienes volando.

Entre aviadores desaparecidos,
al lado de canales y de sombras,
al lado de azucenas enterradas,
vienes volando.

Entre botellas de color amargo,
entre anillos de anís y desventura,
levantando las manos y llorando,
vienes volando.

Sobre dentistas y congregaciones,
sobre cines, y túneles y orejas,
con traje nuevo y ojos extinguidos,
vienes volando.

Sobre tu cementerio sin paredes
donde los marineros se extravían,
mientras la lluvia de tu muerte cae,
vienes volando.

Mientras la lluvia de tus dedos cae,
mientras la lluvia de tus huesos cae,
mientras tu médula y tu risa caen,
vienes volando.

Sobre las piedras en que te derrites,
corriendo, invierno abajo, tiempo abajo,

mientras tu corazón descende en gotas,
vienes volando.

No estás allí, rodeado de cemento,
y negros corazones de notarios,
y enfurecidos huesos de jinetes:
vienes volando.

Oh amapola marina, oh deudo mío,
oh guitarrero vestido de abejas*,
no es verdad tanta sombra en tus cabellos:
vienes volando.

No es verdad tanta sombra persiguiéndote,
no es verdad tantas golondrinas muertas,
tanta región oscura con lamentos:
vienes volando.

El viento negro de Valparaíso
abre sus alas de carbón y espuma
para barrer el cielo donde pasas:
vienes volando.

Hay vapores, y un frío de mar muerto,
y silbatos, y meses, y un olor
de mañana lloviendo y peces sucios:
vienes volando.

Hay ron, tú y yo, y mi alma donde lloro,
y nadie, y nada, sino una escalera
de peldaños quebrados, y un paraguas:
vienes volando.

Allí está el mar. Bajo de noche y te oigo
venir volando bajo el mar sin nadie,
bajo el mar que me habita, oscurecido:
vienes volando.

Oigo tus alas y tu lento vuelo,
y el agua de los muertos me golpea
como palomas ciegas y mojadas:
vienes volando.

Vienes volando, solo solitario,
solo entre muertos, para siempre solo,
vienes volando sin sombra y sin nombre,
sin azúcar, sin boca, sin rosales,
vienes volando.

(*Obras completas*, segunda edición aumentada, Buenos Aires, Editorial Losada, 1962, págs. 226-229).

*Rojas Jiménez era llamado "El Marinero" por estar siempre de viaje, usaba a menudo un suéter de rayas transversales que evocaba el cuerpo de una avispa.

“CARTA A LA MUJER RUBIA”

(Fragmento)

“Te diré que se me ha muerto mi amigo, el poeta Alberto Rojas Giménez, Oliverio lo conoció. Era un ángel lleno de vino; un acompañante ideal para mí y Norah y Amado. Cuando murió me morí de pena, lloraba mucho con ataques de pena y no sabía qué hacer, porque se hubiera muerto aquí habría estado con él y por lo menos me hubiera consolado. Entonces me fui en Barcelona a una gran Catedral de marineros. La Basílica de Santa María del Mar, inmensa, oscura, llena de piedra y de pequeños barcos votivos y de huracanes barrocos. Pero como no sabía rezar fui a buscar a un amigo católico, que rezó en cada uno de los innumerables altares: en la oscuridad sólo ardían los cirios de un metro que compré para mi amigo, en el altar mayor, y yo, de rodillas, me sentí contento. Entonces escribí una poesía que se llama “Alberto Rojas Giménez Viene Volando”, y que te mando aparte en una revista que la ha publicado. Es un himno fúnebre, solemne, y si lo lees en tu casa, ha de hacerlo Amado Villar, con voz acongojada, porque de otra manera no estaría bien”.

Madrid, 19 de septiembre de 1934.

(*El Sur*, Concepción, 22 de mayo de 1983, pág. III).

ALBERTO ROJAS GIMÉNEZ

Juan Uribe Echevarría

No sabemos si él tenía un falso concepto de la vida, o la vida tenía un falso concepto de él.

Joven fue siempre y joven ha muerto. Juventud americana, llena de promesas en un paisaje demasiado potente, y por lo mismo casi inútil.

Rojas Giménez, fundador de *Claridad*—cuna de una falange literaria y política que hoy va en plena ascensión— representaba a toda una generación, y dentro de ella poseía tanta individualidad como para no parecerse a ninguno.

Fue a Europa... A su regreso publicó *Chilenos en París*, libro que hacía recordar a un Gómez Carrillo, quizá más ágil y nuevo. También Alberto Rojas hizo por allá bellos alardes americanos: mujeres, amigos y algún hijo.

Desde París enviaba artículos sobre arte nuevo a *La Nación* (la famosa página Montparnasse, en la que colaboraban también Vargas Rosas y Jean Emar), al *Mercurio* y a muchas revistas.

Su primera labor como poeta la había recogido en un libro—*Solnei*— que conocieron algunos amigos y que nunca hizo imprimir.

En la revista *Educación* se reveló como un buen crítico de artes plásticas y *Atenea* recibió

desde temprano parte de su labor como poeta y fino conocedor del arte moderno ("Crepúsculo en el mar", "Dos poemas", "Elementos de Teatro Nuevo", "Siete capítulos para una novela", y diversas traducciones). La revista *Letras* lo tuvo entre sus mejores poetas y dibujantes.

Hace algún tiempo había entregado un libro de crónicas, *Color de París*, a la Editorial Ercilla; un libro de poemas *Carta-Océano*, a la Editorial Walton, y la traducción de *Le Negre* de Souppault, en colaboración con Tomás Lago, a la Editorial Zig-Zag.

Sin embargo, toda su última labor la realizaba empujado por los amigos. "¿Triunfar? ¡Para qué!". Viajaba por los pueblos del sur dando conferencias y contándoles a huasos estupefactos la estética de Picasso o las aventuras de *Petit Louis*, el terrible apache parisino. Después quiso irse al Chaco, y en Antofagasta no lo dejaron subir. La aventura por la aventura, o por el recuerdo que deja. Se conformaba con muy poco, un gesto leal, una sonrisa amable: "Mozo, dos copas. Una noche en Hamburgo...". Bebía, sí, bebía. Bebía para estar más agudo y recordar mejor, y hacía beber a los demás para ponerlos más humanos y más amables, para que olvidaran un momento la calle y la obligación.

Rojas fue siempre el niño que no cree en los juegos de los mayores. Le faltó egoísmo para triunfar. Nunca se supo tomar en serio, y eso no se lo perdonaron.

Desde hace algún tiempo, y a pesar de su dinamismo habitual, recordaba cada vez con más frecuencia a los amigos muertos: al pintor Meza, al poeta Egaña, a Joaquín Cifuentes Sepúlveda, a Domingo Gómez Rojas... La vida se hacía cada vez más dura y agria. Todos corrían tras el éxito, y la juventud se iba. "Vivimos días terribles", decía con fino humorismo. Lo llamaban Alberto, Luis, Federico, Sergio, y cada nombre era una ciudad lejana, un amor, o una bella fantasía.

Se murió y los ríos se despertaron y el agua se hizo violencia. Alberto Rojas Giménez, pese a su cara de perpetuo adolescente y a su sonrisa traída de Europa, era una fuerza americana, que para desgracia de todos se desvió sin encontrar cauce.

(*Atenea*, N° 107, mayo 1934, págs. 428-430).

ROJAS JIMÉNEZ, UNA ORIGINAL FIGURA DE NUESTRAS LETRAS

Con su muerte se ha roto un jirón de la más alegre y despreocupada bohemia literaria.

El 25 de mayo pasado dejó de existir en esta capital el poeta Alberto Rojas Jiménez.

Como poeta, dejó una breve, pero selecta obra lírica y su nombre figuró con honra en las principales revistas nacionales.

Paralelamente a su labor poética realizó la de *chroniqueur* fino y original. Numerosas crónicas publicadas en *El Mercurio*, durante los años de su permanencia en Europa, así nos lo dan a conocer.

Dibujante de acentuada personalidad y crítico de arte, comentó y contribuyó a difundir en Chile doctrinas y noticias de los grandes pintores, escultores, músicos y literatos de vanguardia.

Rojas Jiménez nació en Valparaíso el año 1900. Hizo sus primeros estudios en el Internado Barros Arana. Como alumno universitario perteneció a la Escuela de Arquitectura y a la de Bellas Artes.

Su infancia, que transcurrió en Quillota, fue muchas veces evocada por el poeta en crónicas y versos.

Niño aún, su inquietud lo llevó a vivir lejos de sus familiares; permaneció algún tiempo en Valparaíso; luego se le encuentra en los minerales de Rancagua.

Se establece en Santiago el año 1920 y se incorpora en esa época a los grupos intelectuales. Luego es uno de los fundadores del periódico estudiantil *Claridad*.

Desde Santiago, en distintas épocas hace repetidas fugas a las provincias, dejando a su paso el recuerdo de su carácter jovial, al mismo tiempo que sus crónicas, versos y anécdotas.

Se dirigió a Europa en 1923, viviendo allá cinco años; de París, Berlín, Hamburgo, Zurich, Madrid nos llegó la emoción del viajero que sabía advertir aspectos nuevos en la vida de los hombres y de los pueblos. Estuvo en 1928, de regreso a América, en Cuba y en la Martinica. De nuevo en Chile, colaboró asiduamente en trabajos de diversa índole, en *Revista de Educación, Atenea, Zig-Zag, Gaceta de Chile, Revista de Arte*, etcétera.

No abandonó, sin embargo, su afán de andanzas y en los últimos meses que precedieron a su muerte, Rojas Jiménez realizó una gira a través del país, dando recitales y dictando conferencias en las principales ciudades.

Vivió con loco apresuramiento, como animado de un anhelo de expresar alegremente su existencia ajeno a todo trascendentalismo.

Rojas Jiménez ha muerto en su hogar, en medio del afecto de sus familiares y la admiración y cariño de sus amigos. Su recuerdo pertenece a la historia literaria de Chile.

Un grupo de amigos ha resuelto como un homenaje al poeta, publicar una cuidadosa recopilación de su obra literaria, hasta ahora dispersa en diarios y revistas del país, en la cual se incluirá su libro póstumo *Carta-Océano*. Esta edición insertará diversos juicios críticos, estudios y evocaciones de la vida y obra del poeta, ilustrada con numerosas fotografías y autógrafos de mucho interés.

Unamuno le enseñó el arte de hacer pajaritas de papel.

Y de vuelta en Chile, Rojas Jiménez infundía a sus creaciones el "soplo vital".

En Montparnasse un hombre viejo y alto —según ha contado Rojas Jiménez— doblaba con atenta mirada y con delicados pases, trocitos de papel blanco; sus anteojos se dirigían de una a otra de las pajaritas que decoraban la mesa del café. Alberto Rojas le observaba. Luego estaba a su lado. El hombre de los anteojos le miraba en silencio.

—¿Es usted griego?

—No; sudamericano, de Chile.

—¡Ah, Chile —dice el otro—; algo conozco de esa tierra.

Mientras tanto don Miguel de Unamuno continuaba entreteniendo su hora de café en la manufactura de sus célebres pajaritas de papel.

Charlaron largo rato y, entretanto, don Miguel doblaba y doblaba el papelito, que se movía entre sus manos. La figura de una minúscula garza se destacó de entre sus dedos.

—He aquí un recuerdo para usted, le dijo.

—Mejor recuerdo es el que usted me enseñe a hacerlas, respondió el poeta.

Pacientemente, durante una larga hora, don Miguel enseñó a Rojas Jiménez el secreto de las pajaritas.

Posteriormente, en Chile, Rojas Jiménez, cada vez que estaba con sus compañeros, en los cafés o los bares, llenaba las mesas de graciosas garzas, que animaba diciéndoles:

Infundiré en tu cuerpo el "soplo vital".

Soplaba en ella y la pajarita se hinchaba y parecía entonces que la garza, al cobrar vida, emprendía el vuelo...

(*Las Últimas Noticias*, Santiago, 6 de junio de 1934, pág. 14).

ROJAS JIMÉNEZ, EL MAGO

Diego Muñoz

Alberto era, sin duda, un joven Mago. A veces pienso cómo es posible que haya estado tan cerca de nosotros. Toda su vida fue mágica. También, su muerte. Desapareció por arte de magia; de repente, sin que alcanzáramos a darnos cuenta de ello. Por esto pienso que también de repente aparecerá de nuevo a nuestro lado; tal vez en este mismo instante, en el rincón desde el cual escucha mis palabras.

Era, efectivamente, un Mago. Se sentaba a una mesa y con el sortilegio de su charla comenzaban a brotar personajes nunca vistos, sucesos que jamás hubieran podido imaginarse, todo lleno de colores que cambiaban de uno a otro y de luces cuyo origen maravilloso no podía conocerse exactamente. Alberto llevaba siempre en los bolsillos una pequeña sorpresa para sus amigos.

Un pez, un gato, el ancla de un buque minúsculo, copas de papel de plata. A nadie hubiera extrañado que tuviese una manzana de oro o que pusiera una estrella en la frente de una pobre niña. Era un Mago y debía repartir todas esas cosas.

Contaba —y debemos creerlo— que su amistad con un pez dorado que encontró en Berlín llegó a ser tan íntima, que el pequeño cautivo acabó por vivir en uno de sus bolsillos. Un día la imprudencia de un garzón lo hizo caer al agua. Y el pequeño pez dorado, que lo había acompañado durante tanto tiempo, se ahogó.

Hacía garzas de papel, a las cuales infundía “un soplo vital” para que pudieran volar. Bastaba cerrar los ojos para escuchar el aleteo rítmico y lento de las garzas que emprendían el vuelo hacia los lagos. Si Alberto no hubiese trabajado tanto, ya no quedarían garzas en el mundo.

Era un verdadero poeta. Un poeta mágico.

Nada se negaba a sus manos. De un pequeño saquito invisible extraía maravillas que no se agotaban jamás. Ahí están sus versos.

Pero todo esto debió fatigarlo, sin duda. Era demasiado trabajo para uno solo llenar de seres mágicos el mundo. A pesar de haber recorrido tantas millas de distancia de una a otra parte de la tierra, no pudo hacer todo lo que debía. Una mañana fabricó la última garza dentro de su propio pecho y la dejó salir.

Hace muchos días que vuela hacia lo eterno.

—Volverá, tal vez. Ciertamente, volverá otra vez.

Hace falta. Es necesario.

(*La Nación*, Santiago, 10 de junio de 1934, pág. 4).

ALBERTO ROJAS JIMÉNEZ. EN EL ANIVERSARIO DE SU MUERTE

Oreste Plath

¿Cómo olvidar al poeta en otro aniversario más de su muerte? ¿Cómo no recordarlo en el mes que se fue para siempre de entre nosotros?

Amigos le despidieron en los días de su partida. Esos recuerdos los hacemos revivir hoy; de las palabras de luto que se pronunciaron y de momentos del poeta que describieron Diego Muñoz, Julio Barrenechea y otros, se nutre este recordatorio. Recordatorio que ellos lo hacen pintoresco, anecdótico, mágico. Nosotros asociaremos siempre el nombre de Alberto Rojas Jiménez, a lo trágico. Todo lo de él se incrusta en nuestro recuerdo como una maravillosa locura de personaje de tragedia.

Lo vemos en el fondo neblinoso de Valparaíso, su Valparaíso, subiendo, ascendiendo un cerro y llevando sus zapatos al hombro. Está demasiado distante la casa de Novoa Orellana (El perita) mecena; lo vemos trajinando por la calle Blanco, haciendo el *marchand* de las obras de un pintor conocido, obra de cuya autenticidad, él sólo respondía. Rojas Jiménez era un buen dibujante.

Lo encontramos en nuestro recuerdo acompañado del poeta Moisés Moreno (Felipillo) viviendo en los bares marítimos un viaje. Siempre estaba de partida. Nos sorprende otra mañana muy temprano, a medio calzar, se había accidentado de un pie e iba con una chinela. ¡Si había perdido el zapato o lo había disparado!, lo cierto es que varios días lució una elegante zapatilla.

¡Cuántas veces llegó a aquella casa de la calle Bellavista 238! ¡Cuántas veces miré su sueño en pleno día! Después está en mí, para siempre, con aquel horrendo accidente de María Bellet, y en la mañana que habló en el Cementerio despidiendo sus restos. Su boca bebiéndose las lágrimas que le daban su sal, sus palabras cruzadas de angustia quedaron en mí como un eco.

Después supe de su muerte, del crimen que fue víctima...

Entremos ahora en la vida del poeta, del *chroniqueur*, del crítico de arte y del dibujante de acentuada personalidad.

Así trazó él su biografía: "Yo nací en Valparaíso. Más que en Valparaíso, en la bahía de Valparaíso, a bordo de un barco. ¡Una de las tantas maneras de nacer!".

Literariamente formó parte de la generación más brillante de poetas chilenos de 1920, junto a Joaquín Cifuentes Sepúlveda, Armando Ulloa, Alejandro Vásquez, Rubén Azócar, Pablo Neruda, Raimundo Echavarría Larrazábal.

Todos ellos eran innovadores y querían librar a la poesía de sus ligaduras retóricas. Rojas Jiménez fue adelante en muchas iniciativas en esa época.

A este respecto se recuerda que siempre tenía en proyecto la fundación de una revista.

Desde luego, él fue Director y primer propietario del periódico *Claridad*, verdadero pórtico literario de toda una generación poética. Pero el autor del manifiesto "Agú", el poeta del grupo "Uremia", el ultrista Rojas Jiménez, prefería expresar en verso dulce y transparente —que le era característico— su visión mágica de las cosas.

En efecto, su poesía se hizo notar por una sensibilidad especial para ciertos sentimientos del alma, que él iluminaba con vivos colores. Amaba lo imaginativo y pintoresco.

De este tiempo es su colección de versos que, con el extraño y melodioso título de *Solnei*, circuló, de mano en mano, en unos pocos ejemplares copiados a máquina. Verso libre, cadencioso, unido interiormente a cierta música asonante muy propia.

Estaba a punto de imprimirse este libro, cuando el autor partió a Europa, en viaje a Francia y Alemania. En el extranjero escribió *Chilenos en París* —que se publicó en Santiago de Chile en 1930— tomo de bellas crónicas llenas de graciosa finura y de penetrante sabor que la crítica recibiera con general beneplácito.

En virtud de las influencias naturales del medio en que vivió fuera de Chile el poeta Rojas Jiménez experimentó cambios fundamentales en el tono de su poesía. Así lo dice *Carta-Océano*. Rojas Jiménez fue el creador lleno de gracia de una serie de modos, adema-

nes, simples gestos que luego circulaban entre los escritores de su generación con gran lucimiento. Se gozaba de inventar apariencias triviales, con echar a correr frases hechas, con hacer la moda literaria en el vestir.

A este respecto, ciertas epidemias de vestuario característico –que comentaristas mal informados achacaron siempre a poetas en grado de celebridad– venían directamente de Rojas Jiménez, como su padre legítimo. (En un tiempo los sombreros cordobeses, las corbatas tejidas, los abrigos de cuello militar).

Ahí está su letra de raro tipo, sus dibujos de anclas, de peces, de la hoz y el martillo y su curiosa representación de la América del Sur con estas frases: “Ésta es la dulce América” y “Aquí está el poeta”, señalando Chile con una flecha.

Toda su vida fue mágica. También su muerte, desapareció por arte de magia, de repente sin que alcanzáramos a darnos cuenta de ella.

El 25 de mayo de 1934 fallecía en la capital chilena. Vivió con loco apresuramiento, como animado por un anhelo de exprimir alegremente su existencia, ajeno a todo trascendentalismo.

En importantes revistas aparecieron trozos de novela que señalaban a este poeta como un interesante escritor. Estos fragmentos lo presentaban con las mejores credenciales. Su labor como poeta quedó diseminada, no ha sido coleccionada –tarea difícil– ya que él hizo de su vida un modelo de desorganización, desorganización que estuvo en todos los pasos de su existencia. ¡Ah! Si Rojas no hubiera poseído esa inquietud...

Su canto “Carta-Océano” es uno de sus poemas más definidos; en él está la emoción, todo el ritmo, todo lo que constituyó su sensibilidad poética herida por el cosmopolitismo.

(*La Nación*, Santiago, 21 de mayo de 1939, pág. VI).

JUSTICIA PARA UN POETA Y SU OBRA

Evocación de Rojas Jiménez

Andrés Sabella

La brújula enloquecida que rugía en la frente de Alberto Rojas Jiménez no ha perdido el dominio de sus cenizas; es ella la que le llevó por bosques de azar y lo sumergió en aguas de soledad; es ella la que, ahora, encguece a quienes debieran levantar el resplandor de su poesía, puesto que Alberto, el bienamado de las sillas anochecidas de la bohemia, fue el acreedor de todos en el juego fascinante de la aventura.

¿Quién reunió en torno a sus fábulas y a sus gestos de duendecillo ultraico, mayor tertulia y mayor luz de admiraciones? ¡Y sin embargo, su poesía parece haber descendido en su chaqueta de muerto a los sótanos tremendos, donde los toneles del vino maldito no acaban nunca de vaciarse...!

Cada camarada de sus días de diamante falso y de sus noches de trágicos carbones, vive en deuda con Alberto, y, mientras no aparezca su *Carta-Océano*, de traslúcidas fibras, él podrá escupir nuestro corazón, llamándonos, desde su silleta de parroquiano de la taberna lunar:

—¡Miserables perros del olvido!

Y nosotros deberemos agachar el honor avergonzado, porque a un poeta como a Rojas Jiménez no se le pudo inferir peor ofensa que entregar a la amarillez los originales vivaces de su poesía, tatuada de nostalgias infinitas, leve como el ramo de rosas con que saludamos a la primera novia y que nos da la dirección del suicidio, aquella dirección que, poco a poco, dejamos que se destiña en la cotidiana infamia ilusoria y en el cotidiano renacimiento de las mentiras.

Perdido, sediento, insatisfecho.

Extranjero enamorado de las cosas y su canto.

La brújula enloquecida que rugía en la frente de Alberto Rojas Jiménez, ha sido nefasta en su muerte, como fue pródiga y maravillosa en su vida de pequeño Rimbaud, de trovador en los hilos telefónicos del infierno.

Alguien dirá:

—A poetas como Alberto les cuadra la desmemoria de los tipos de imprenta. Está admirablemente bien el que se lo sepa como a un ser de leyenda.

Es probable. Pero arde el precepto ciceroniano de la letra vuelta eternidad. Y es necesario que, si el hombre entró ya a la mitología, sus poemas no se extravíen en el dédalo de nadie y de nada, pues no son de aquellos que pudieron volverse pasta de anónimo, para existir en la lengua popular, a la manera de un romancillo de ojos muertos.

Los poemas de Alberto exigen posteridad de tinta de imprenta: van siendo los desharapados de las antologías, los del monótono calco; el encontrar, invariablemente, los mismos versos de Alberto, nos parece monstruosa traición a su figura de radiante y de múltiple, de diverso y disparejo, de anti todo y de enemigo jurado de las momificaciones.

Fui el adolescente de los cinematógrafos, lector incansable de novelas tristes.

Decía a menudo: *Cansado... quiero irme...*

Invocamos en este otoño de 1946, cuando se cumplen doce años de su muerte, la reivindicación de su poética de signos centelleantes, de adormideras diminutas, de ingenuos nudos de infancia:

Hallé mi primer amigo al fondo de un espejo.

Los amigos de Rojas Jiménez podríamos formar la sociedad que apadrinarían los rayos y las esquinas del mundo: la sociedad que se propusiera la edición de *Carta-Océano*, como el objetivo inaplazable honroso y cordial.

No debe permitirse que el tiempo venza a quien hizo astillas los minutereros, saboreando la dulce locura de los viajes y de los sueños, en arrogantes balandros de audacia y de charla, la charla más espumosa y brillante que oyeron copas chilenas, auténtica charla de ángel escapado del plantel celestial:

Yo era el poeta vestido de niño,

en el año triste en que los niños rompen las flores.

Cuando bebamos en los sitios que frecuentara Alberto, cuando recordemos su ademán desplegado, pensemos en lo que resulta imperativo de hermandad: la edición de su poesía.

¡Que no sea por laxitud moral de los que le acompañaron en séquito de imperiales ilusiones, que *Carta-Océano* quede en fantasma de la literatura chilena!

(*Las Últimas Noticias*, Santiago, 23 de mayo de 1946, pág. 2).

Alberto Rojas Jiménez fue el amigo predilecto de Pablo Neruda. Era muchacho de hermoso rostro, simpático desde el primer momento, muy natural, con un dejo poético y una inquietud que le inducía a cambiar de empleos y lugares. Estuvo de funcionario en el Ministerio de Educación, empleóse en una librería, trabajó en el mineral de El Teniente, buscó avisos, viajó, dejó pasar el tiempo de cualquier manera.

Con atributos para ser alguien, por desapego vivió sin plan, sin deseo persistente de cosa alguna. Como no estuvo sujeto a citas, compromisos o proyectos, hizo de sus horas lo más placentero.

Dejó poemas sueltos, cartas y un pequeño libro: *Chilenos en París*, revelador de sensibilidad y don literario.

Influyó, posiblemente, en la caligrafía de Neruda. Hay semejanza en la letra de uno y otro. Los unió una profunda simpatía, acaso por lo distintos que eran.

Hacia Rojas Jiménez ciertas cosas como jugando. Entraba a la tienda de un peninsular, que jamás gastó un diez en propaganda, para solicitarle una página. El español negábase. Rojas Jiménez insistía con su voz melodiosa. El peninsular, ceñudo, expulsábale. Alberto Rojas Jiménez se mantenía inflexible. El tendero echaba mano a la vara. Entonces Rojas Jiménez retrocedía despacio, sonriendo y le advertía que volvería cuando lo notara tranquilo. Al asomarse nuevamente, el godo se mostraba amenazador. A la semana, Alberto Rojas Jiménez había conseguido desmoralizarlo y obtenía el aviso.

Murió por la brutalidad de un mesonero al que no pudo pagar el consumo. Éste le obligó a dejar su vestón en prenda. Rojas Jiménez salió al aire, avanzada la noche, en lo más crudo del invierno y le atacó una neumonía de la cual murió rápidamente.

Pablo Neruda le dio lo que él no quiso concederse: el derecho a perdurar. El poema que escribiera en Madrid (Alberto Rojas Jiménez viene volando) es, fuera de los "Sonetos de la Muerte" de Gabriela Mistral, la obra más patética de nuestra poesía.

(*Cuando era muchacho*, Santiago, Ed. Nascimento, 1956, págs. 255 y 256).

RETRATO CANTADO

ALBERTO ROJAS JIMÉNEZ

Andrés Sabella

Partiste en cuatro el azar,
bizarro Alberto,
capitán de los sin puerto,
gnomo del Mar.

Viniste desde Utopía,
hijo del Viento,

para alzar el monumento
de tu alegría.

Embriagaste a las veletas,
pintaste peces
en la frente de los jueces
y los poetas.

Inventor de todo el vino,
en su consumo
lo bebiste hasta en el humo,
¡nuevo Aladino!

(*Mapocho*, tomo I, N° 3, octubre, 1963, pág. 214).

ALBERTO ROJAS GIMÉNEZ, EL QUE VIENE VOLANDO

Luis Enrique Délano

En la breve vida de Alberto Rojas Giménez hay tres etapas bien visibles: la primera, comprende los días anteriores a 1925, el año en que se fue a Europa; la segunda, París; la tercera, el tiempo de bohemia que vivió de regreso en Chile, hasta su muerte, ocurrida en 1934. Yo lo conocí hacia 1929, a poco de su vuelta. Quiero decir, lo conocí en persona, porque antes había leído sus versos y oído hablar de sus muchas hazañas. Fue una noche en que ambos estábamos invitados a comer en casa de Salvador Reyes, en la avenida Recoleta, que fue centro de no pocas iniciativas literarias, entre otras la importante revista *Letras*.

Me encontré con un muchacho delgado, color mate, alegre, hábil para contar historias raras, de aire surrealista. Muy correcto, fino, nada de extravagante en su persona o en sus modales. No tenía mucho que ver con la leyenda del Rojas Giménez de 1920, del inventor del movimiento literario "Agú", del fundador de la revista *Claridad*, del poeta que producía murmullos a su paso, en los bares de la bohemia santiaguina, cuando se le veía entrar con capa, sombrero alón "más alón que Díaz Arrieta", larga melena y corbata flotante.

¡París! ¡París!

Se había ido a Europa gracias a la buena amistad del pintor Abelardo Bustamante (Paschin). Éste tenía pasaje oficial, dado por el gobierno, en primera clase de un barco. Los amigos se las arreglaron para cambiarlo por dos de tercera. "Tuvimos que falsificarle la firma al intendente de Valparaíso", me dijo riendo Rojas Giménez. Luego me contó que al llegar a París, Paschin dividió salomónicamente el dinero que tenía y le dio un billete de diez francos. Rojas se fue a Montparnasse a recorrer bares y cafés bohemios, y al fin de la noche tenía solucionados sus problemas más apremiantes.

La leyenda francesa habla de una mujer que lo quiso y de un hijo que tenía pocos años cuando Rojas, apremiado por las necesidades, tuvo que regresar a Chile. Digo "tuvo que regresar" porque en aquella época, los poetas, los artistas que lograban llegar a Europa, ¡París! ¡París!, no mostraban mucho interés por la vuelta a la patria. Cuando debían hacerlo, temblaban, echaban pestes, hablaban de su mala suerte, se ponían histéricos. París era el centro, París, París. La patria no operaba en la forma perentoria y tirante en que lo hace hoy. Esto hay que atribuirlo quizás a que las ideas no invadían el mundo con la fuerza tempestuosa de hoy, y que ellos ponían por encima de todo el arte, sus personas: se creían *par dessus de la mêlée*, por encima de la pelea, olímpicos espectadores en la lucha de los hombres y de las clases.

Poeta sencillo y fino

Rojas Giménez había escrito desde París algunas hermosas crónicas que se publicaron en *El Mercurio*. Me impresionaron mucho cuando las leí. En 1930 las reunió en un pequeño volumen, *Chilenos en París*. Fue casi todo lo que escribió en prosa, aparte de artículos y crónicas que alguien debería reunir, tirándose a nado en el océano de los periódicos chilenos. Esas cosas las hace muy bien Raúl Silva Castro, pero me imagino que no se sentirá interesado por la producción de Rojas.

En verso escribió también poquísimo. Se habla de un libro suyo, un mítico libro titulado *Sobnei*, que no he visto nunca.

Sus poemas más reproducidos en artículos y antologías son "Pequeñas palabras" y "Carta-Océano", este último con una fuerte carga autobiográfica: su infancia en un medio pueblerino, la muerte violenta de su padre, el despertar poético y erótico de la adolescencia.

*Alumno sin talento, desgracia de las madres,
caían a mis pies pájaros de papel marchitos.
Era la fuga del tiempo y yo tenía quince años.
Fui el adolescente de los cinematógrafos,
lector incansable de las novelas tristes,
Decía a menudo: "Cansado... quiero irme...".
Guardaba en mi cartera el retrato de una niña...*

"Pequeñas palabras" es un poema íntimo, sencillo, escrito con transparente claridad, nada más que la fijación de un minuto de paz amorosa:

*Las cosas que tú dices
no tienen importancia.
Tus palabras
son débiles, pequeñas.
Sin embargo yo amo tus palabras.*

La bohemia

Sobrellevaba su bohemia con dignidad y era fino aun bebido, en momentos en que a otros se les caen el vocabulario y la razón. Tenía trabajos esporádicos en el periodismo, en Santiago y en provincias. Estuvo un tiempo en Valdivia, en Valparaíso, en otras ciudades. Sus más cercanos amigos eran Tomás Lago, Pablo Neruda, Diego Muñoz. Además era

amigo de todo el mundo, un hombre cordial, de irresistible simpatía: estar con él era una fiesta y siempre lo invitaban a casas de amigos, a tertulias o bares, donde aportaba una charla animada, relatos de curiosas aventuras, reales o inventadas, recuerdos parisenses.

Solía visitarme en una editorial donde yo trabajaba y también anduvimos mucho juntos porque cortejábamos a dos hermanas. Una vez me regaló una pequeña figura africana, otra vez un dibujo suyo, a lápiz, que estuvo en mi poder cerca de cuarenta años. Se lo regalé hace poco a Pablo Neruda. Dibujaba muy bien, con gracia y con la técnica de los artistas franceses de la época. "Yo debí haber sido pintor", decía a menudo. Los tipos de sus dibujos eran marinos, poetas y mujeres flacas, con aire pecador, vasos, botellas y mucha melancolía. Hacía también con habilidad pajaritas de papel. Contaba que le había aprendido el arte a don Miguel de Unamuno, en un café de Montparnasse.

Vivía, por esos años, en un cuarto al otro lado del río. Cuenta la leyenda que en su pobreza, se echaba encima, en las noches de frío, una bandera chilena a guisa de frazada. Tomás Lago lo ayudaba pacientemente, lo llevaba al médico, lo protegía de sí mismo, lo cual era sumamente difícil en medio del desorden increíble en que Rojas vivía.

Yo creo que la última vez que lo vi fue a comienzos de 1934, en vísperas de embarcarme para España. Lo encontré una noche en la Posada del Corregidor, vendiendo números de rifa de un retrato suyo, pintado por Isaías Cabezón. Le tomé uno: diez pesos. En la monografía sobre Isaías escrita por Héctor Fuenzalida aparece una fotografía de ese cuadro, con la siguiente mención: "Retrato del poeta Alberto Rojas Giménez. (Obra extraviada)".

La dura muerte

El poeta sensible, el bohemio de París y de Santiago, el insurgente encerrado en la universidad con los estudiantes y los comunistas en los días sangrientos de julio de 1931, murió en el invierno de 1934, a los 35 años, "con su celeste voz y sus zapatos húmedos". Había nacido en 1899, pero le daba terror pensar que era del siglo XIX y siempre fijaba 1900 como el año de su venida al mundo. Una noche de frío intenso y lluvia, deja la chaqueta en un bar, en prenda por unos vasos bebidos. Una rápida bronconeumonía acabó con la vida de ese bohemio tremendo, un poeta verdadero que no alcanzó su plenitud. Conocí los dolorosos detalles por una carta que le escribió Tomás Lago a Neruda, a España.

Cuando llegó allá la noticia de su muerte, Pablo Neruda e Isaías Cabezón, que se hallaban en Barcelona, fueron a encender en su memoria un cirio en la catedral marinera de Santa María del Mar. Después, en Madrid, Pablo habría de escribir la extraordinaria elegía intitulada: "Alberto Rojas Giménez Viene Volando".

(Suplemento, *El Siglo*, Santiago, 14 de octubre de 1969, pág. 13).

ROJAS JIMÉNEZ Y EL PINTOR PASCHIN

Orlando Oyarzún

Más o menos entre los años 1920 y 1934, no había tarde sin que un grupo de muchachos, la mayoría venidos de provincia, dejáramos de reunirnos ya sea en la plaza de Armas o en

algún sitio cercano para hacer comentarios de la actualidad y también para tratar de ayudarnos en lo que fuera más necesario. En realidad, por aquellos tiempos y a esas horas de la tarde la Plaza de Armas capitalina era el mejor punto de encuentro y el más apropiado para charlar de cualquier asunto, sentados cómodamente en alguno de los muchos escaños que rodean este paseo.

Nuestro grupo, que se había ido integrando espontáneamente, estaba formado principalmente por muchachos que eran o habían sido estudiantes universitarios y también por más de algún empleado público de alguna oficina de la vecindad. Otros asiduos eran profesores y alumnos de la Escuela de Bellas Artes.

De este grupo, no obstante, salió lo que, con el tiempo, se ha venido identificando como “la generación del año veinte” y que vino a ser la célula *mater* de una nueva actitud ante la poesía, el arte y la acción humana y social de gran parte de la juventud chilena.

A este grupo concurríamos Pablo Neruda, que recién había llegado de Temuco, Rubén Azócar, Tomás Lago, Álvaro Hinojosa, Joaquín Cifuentes Sepúlveda, Rosamel del Valle, Humberto Díaz Casanueva, Homero Arce, Federico Ricci Sánchez, Luis Emiliano Figueroa, Jorge Sauré, Álvaro Yáñez, el poeta Alberto Rojas Jiménez y el múltiple artista plástico Abelardo Bustamante Paschin, a quien llamábamos cariñosamente, “el viejo Paschin”. Tanto por su ingenio y buen humor y por su originalidad, estos dos últimos compañeros eran, se puede decir, el centro de nuestras reuniones.

37 años después

Es justamente del inesperado y prematuro fallecimiento de ellos, ocurrido en el mismo mes de abril de 1934 de lo que quiero hablar en esta “esquina”, ya que su muerte estuvo rodeada de circunstancias extrañas y penosas, de las que no se olvidan y que creo vale la pena recordar en esos días de abril de 1971, es decir, 37 años después.

Se ha dicho frecuentemente que cada cual busca su destino y parece que tal cosa fue la que ocurrió con la muerte de estos dos amigos tan queridos. Porque ella fue la consecuencia de la celebración, acaso demasiado prolongada, de un triunfo, es decir, de un galardón pecuniario obtenido por el pintor (junto con el escultor Germán Montero) en un concurso de artes plásticas auspiciado por la Universidad de Concepción.

Paschin y Rojas habían sido siempre grandes camaradas. Ya el año 1925 habían ideado un curioso viaje a Europa, contando con un solo pasaje de Primera Clase en un *steam* de la Cía. Inglesa de Vapores, que el gobierno había otorgado al pintor y que fue canjeado, a última hora, en expectantes circunstancias, por dos modestas locaciones de tercera que los llevó sin mayores inconvenientes, a la soñada Lutecia, que es la meta de los artistas y bohemios de todos los tiempos.

Ya de regreso a Chile en 1927 su amistad había continuado sin trizaduras, ya que su modo de ser y sus hábitos se complementaban en todo sentido. Desprejuiciados, rebeldes, anarquistas ambos, y dionisiacos por su apasionado amor a la vida y a los ubérrimos frutos de la tierra, los vemos caminar juntos durante largos años, compartiendo triunfos y derrotas, luchas, decepciones y esperanzas...

Pues bien, cuando los artistas Paschin y Montero conquistaron la recompensa monetaria a que me referí más atrás (lo que no era muy corriente en esos tiempos), lo primero en que pensaron fue en festejar en debida forma el acontecimiento... y, como buenos chilenos y mejores bohemios, coincidieron de inmediato en invitar a los festejos a dos amigos de su agrado a fin de que compartieran su alegría: al poeta Alberto Rojas Jiménez y al periodista Antonio Roco del Campo.

Tenemos así a los elementos precisos para darle curso a la euforia: dinero en cantidad suficiente, ninguna urgencia de tiempo, camaradería a toda prueba y, sobre todo, buen humor, ingenio y fantasía...

Bandera con San Pablo

Como es natural, su campo de acción no podía ser otro que sus viejas canchas de Bandera con San Pablo.

Según Germán Montero, que es el único sobreviviente de aquella movida *tournée*, fueron varios días y noches de gratisimo jolgorio, dentro de un marco de refinamiento en la comida, la bebida y el tabaco...

Hasta que el cansancio fue dominando primero al "viejo Paschin" y luego a él mismo, que optaron por retirarse, quedando solamente en la brega los dos "insaciables", es decir, el poeta Rojas y el periodista Roco, a quienes se les habilitó oportunamente de algunos dinerillos para que pudieran seguir corriendo con colores propios... Pero es posible que estos ochavos se les fueran terminando antes de lo que ellos deseaban, lo cierto es que, algunas horas más tarde, tenemos a nuestros nocherniegos con los bolsillos escuálidos, pero con idénticos deseos de seguir la fiestoca, no obstante que la noche se estaba presentando fría y amenazante.

Pero la inopia y el cielo torvo no eran cosas que pudieran desanimar a los empecinados noctámbulos los que, sin pensarlo dos veces deciden continuar a la clásica *Posada del Corregidor*, donde funcionaba por aquellos años una concurrida velada nocturna, donde se expendía a las parejas de enamorados sabrosas bebidas atendidas a media luz... En mala hora posiblemente. Pero no había nada que hacer: uno de ellos iba al encuentro de su destino.

A todo esto la primera lluvia del año (abril) se estaba dejando caer copiosamente desde hacía buen rato. De este modo, los escritores llegan casi estilando al acogedor y penumbroso refugio donde, más que ligero se hacen servir un copioso y calentito vino "navegado". Pasan así un par de horas y los noctámbulos, ya demasiado bebidos, comienzan a hacer extravagancias, las que no son de mucho agrado para los concurrentes, ni menos para los mozos quienes, desde que aparecieron comenzaron a recelar de los singulares clientes. Por último, los garzones deciden pedirles la cancelación del consumo, la que, como es de suponer, no puede ser cubierta por los escritores, los que han ingresado a la Posada con ese falso optimismo que suelen tener "los curaditos"...

La situación comienza a hacerseles intolerable y, como es natural, nadie acude a ayudarlos. Más aún, en su nerviosismo comienzan a reírse y a ridiculizar a los servidores. Por último, éstos deciden llamar al patrón, el que aparece al poco rato y quien, sin mayores miramientos ordena perentoriamente que se les despoje de sus vestones a fin de que respondan por la cuenta insoluta...

Afuera sigue lloviendo copiosamente, pero, así y todo, son expulsados violentamente del abrigado local... Quedan, pues, los alegres festejantes de horas atrás, sin chaqueta, sin un céntimo y bajo el cielo que los empapa impiadosamente...

No queda otra cosa que batirse en retirada. ¡Pero en qué penosa y larguísima retirada! El poeta vive nada menos que en el interior de la Quinta Normal, donde su cuñado señor Garrido trabaja como jefe de Viticultura. El periodista comprende que no puede dejar solo al poeta y decide acompañarlo en su largo recorrido.

Por fin, después de caminar más de una hora, llegan empapados hasta los huesos y estremecidos de frío al alero familiar, donde son acogidos y auxiliados filialmente. Alberto es, desde luego, secado, acostado y arropado con cuanta frazada se encuentra a mano... Pero la enfermedad violenta y mortal que lo está acechando no se hace esperar y, a las pocas horas, está con alta temperatura, atacado por una bronconeumonía fulminante que le quita la existencia antes de las veinticuatro horas... Nada puede hacer el médico que ha llegado con la urgencia que el caso requería...

¿Qué más podía durar el radiante y pálido juglar que durante sus treinta y tres años de alucinada existencia, ha vivido desafiando a la parca, apurando desesperadamente el débil zumo de su vida...?

La noticia de su prematura muerte es conocida muy pronto por algunos de sus amigos, entre ellos por Albertina Azócar, nuestra amiga de toda la vida, que acuden prestamente al lado del moribundo.

El velorio se verifica en la casa del interior de la Quinta Normal y a él asisten sus familiares y sus amigos que conocen la nueva. En horas de la tarde llega, sin embargo, un desconocido regularmente ataviado, que se acerca al féretro y contempla larga y gravemente al extinto... De pronto, este extraño personaje asombra a los asistentes con un acto sorpresivo e inesperado que a todos deja perplejos, atónitos... Se ha separado un par de metros del ataúd (que no está a mucha altura) y tomando un ligero impulso, salta ágilmente sobre él...*

El desconocido, entonces, hace una breve venia de despedida y desaparece misteriosamente, tal como había llegado...

Alguien comenta que seguramente se ha tratado de un compromiso contraído con el extinto, de esos que suelen hacerse algunos amigos... Lo cierto es que ninguno de los circunstantes volvió a ver en parte alguna al desconocido y el secreto continúa todavía indescifrable...

Al otro día se verificaron las exequias del poeta, que estuvieron rodeadas también de desacostumbradas circunstancias: desde luego ha seguido lloviendo furiosamente, dentro de un vendabal desatado que derriba los viejos cipreses del Cementerio General, justamente detrás del cortejo que está formado por unos veinte y tantos amigos, entre los que veo al poeta Vicente Huidobro, que asiste abrigado con un magnífico gabán de riquísima tela con su correspondiente cuello de pieles. Justamente a su lado marcha por casualidad y haciendo crudo contraste el periodista Roco del Campo quien, a raíz de haber sido despojado de su vestón por el desconfiado posadero, se trata de abrigar con un ligero chal que le ha facilitado Rosita, la hermana del poeta...

También asisten al funeral los mozos del restaurante *El Hércules*, que han pedido permiso para acompañar el entierro de un excepcional cliente de tantos años.

Bajo la lluvia que ha seguido cayendo, lee algunas palabras nuestro compañero Tomás Lago, palabras bellas, estremecidas de dolor que nos conmueven profundamente. Como sigue lloviendo impiadosamente, tenemos que abandonar el sitio, dejando los restos del bardo allí, sobre la tierra casi inundada...

Nos ponemos de acuerdo para ir a guarecernos al *Hércules*, nuestro viejo figón de la calle Bandera. Una vez en él, levantamos muchas veces las copas en recuerdo del hermano

*Para no tener miedo a un difunto, se recomienda saltar por sobre el cadáver cuando lo están velando. (Linares).

desaparecido, comentando que éste, aún sin vida, ha seguido asombrando a la gente con sus geniales ocurrencias...

Como es de suponer el pintor Lalo Paschin ha asistido al funeral de su amigo de tantas correrías y es uno de los que más se han mojado con el terrible aguacero. Pues bien, días más tarde cae también enfermo de suma gravedad atacado de tífus exantemático. Es llevado de urgencia al Hospital San Luis donde acudo a verlo cuantas veces puedo.

Como se encuentra muy desfigurado por su postración y tiene una crecidísima barba de varios días, me pide por favor que lo afeite, lo que por fin hago de malas ganas porque alguien me ha susurrado que ello es de mal agüero para los enfermos de gravedad. El vaticinio resulta cierto, pues cuarenta y ocho horas después cae para siempre, antes de cumplir cincuenta años, el artista y artesano maravilloso... Mueren, pues, en el curso de un mismo mes los compañeros inseparables...

El sepelio del artista Abelardo Bustamante Paschin es también memorable. Por esos días ha dejado de llover, pero el cementerio está lleno de lodo por todos los rincones. En el momento de sepultarlo habla el poeta Pablo de Rokha quien, con enconadas palabras ataca a diestra y siniestra la miopía y la incomprensión de la gente que tan poco había comprendido la vida y la obra del genial pintor, artesano y maestro...

Han pasado muchos años y no sé por cuál razón, guardo todavía en la retina la figura inconfundible y personalísima del autor de *Los gemidos*, encaramado en un montículo de piedras y lodo, lanzando a los cuatro vientos su diatriba, enconada, furibunda, multitudinaria...

(Capítulo LIII del libro de próxima publicación *Las cien esquinas del recuerdo*).

(Suplemento, *El Siglo*, Santiago, 25 de abril de 1971, pág. 14).

70 AÑOS DE ALBERTO ROJAS JIMÉNEZ

Ernesto Eslava

Se cumplieron setenta años del nacimiento de Alberto Rojas Jiménez, en el más profundo silencio literario, el poeta que caló hondo en su generación y que nuestro Premio Nobel, Pablo Neruda, immortalizó en aquella célebre elegía: *Entre plumas que asustan entre noches, / entre magnolias, entre telegramas / entre el viento del Sur y el Oeste marino, / vienen volando.*

En cierta oportunidad, Pablo dijo de él que hacía volar la belleza de todas partes, como si animara a una mariposa escondida y que la noticia de su muerte le produjo un impacto tal que pocas veces había sentido un dolor tan intenso. Y el no poderlo acompañar en su último viaje lo hizo acercarse al pintor Isaías Cabezón y con él se dirigieron a la maravillosa Basílica de Santa María del Mar, en Barcelona. Compraron dos inmensas velas, tan altas como un hombre, y entraron con ellas a la penumbra de aquel extraño templo, catedral de los navegantes, pescadores y marinos. En Chile fue día de tremendas lluvias. Era el año 1934.

En las antologías se registran dos fechas de nacimiento, 1899 y 1901*. Había nacido en Valparaíso y siendo niño quedó huérfano de padre y sus familiares lo enviaron a estudiar a Santiago.

*Las dos fechas son erróneas, puesto que el poeta nace en 1900.

En su libro: *Chilenos en París* dice: "... me encontré una mañana con un muchacho rubio, elegante, que me saludó con cierto asombro. En un principio creí que se trataría de alguien a quien habría conocido en Viena o en Berlín, y respondí en alemán a su saludo.

Él soltó la carcajada.

—¡"Buena cosa, hom"! ¡ Ya te habís olvidado de los amigos!

Era chileno. Imprecisamente reconocí en él a un antiguo *habitué* de Huérfanos *Street*.

—¿No te acuerdas que estuvimos juntos en el Barros Arana?

Era efectivo.

Siendo un muchacho de inquietudes se dedicó a las letras. Tenía, además, habilidad para el dibujo y conocimientos académicos por lo que ejerció de crítico de arte en las revistas *Educación y Letras*, siendo director de la primera *Tomás Lago* en 1928.

Desde joven, Rojas Jiménez proyectaba un viaje a Europa y un día el pintor Abelardo Paschin Bustamante obtuvo una beca con pasaje de primera a París y le ofreció compartirlo. De aquí nació entre sus cofrades un inusitado entusiasmo y varias veces le ofrecieron ágapes de despedidas, hasta que una noche los acompañaron a Valparaíso. Pero aquí surgió el inconveniente. El capitán del barco no admitió dos personas con un boleto. Empezaron los trajines, a la compañía, a las autoridades, hasta que llegaron a la Intendencia. El primero que se adelantó fue el poeta afectado y le advirtió que si no autorizaba dividir el pasaje en dos de tercera, se lanzaría al vacío. Al Intendente, sorprendido, no le quedó otro camino que autorizarlo. Y así partieron felices los artistas a Europa.

La experiencia recibida en los centros milenarios de la cultura occidental, le sirvió como el mejor condimento para vivir el resto de sus días.

Un verano sentó sus reales en el diario *La República* de Valdivia, donde creó un ambiente literario a través de sus columnas destacando la sección "Kaleidoscopio", en que todas las mañanas aparecían la noticia de actualidad literaria en su mayoría y aventuras jugosas de sus viajes por el mundo.

En la ciudad fluvial convivió honestamente con sus cofrades, hasta el momento en que decidió reintegrarse a la capital. Vestía un suntuoso impermeable rojo importado—que le había facilitado un médico amigo— y cuya prestancia llamaba la atención en las calles.

A los pocos meses de tornar a Santiago, se tuvo conocimiento de la electrizante noticia, de la gélida noche de su inesperado fallecimiento aparecida en *El Correo de Valdivia*.

(*Última Hora*, Santiago, 10 de noviembre de 1971, pág. 5).

ALBERTO ROJAS JIMÉNEZ

Marino Muñoz Lagos

Pablo Neruda escribe el apellido Jiménez con jota inicial; Andrés Sabella, por su parte, lo caracteriza con una ge desafiante. Nosotros lo pondremos en manos de la suerte y del genio del compañero litógrafo para distinguir el Jiménez de Neruda con el Giménez de Sabella. Total: la fonética nos acompaña, y en este tren nos vamos hoy recordando en

breve instante la presencia y la ausencia del inolvidable poeta de *Carta-Océano*, el fabricante de pajaritas de papel y de sueños, el eterno buscador de aventuras y de vinos generosos.

Uno de los poemas más hermosos de Pablo Neruda es aquel que se titula "Alberto Rojas Jiménez Viene Volando", incluido en su libro *Residencia en la tierra* y ubicado entre los poemas "Oda a Federico García Lorca" y "El desterrado". Las estrofas dedicadas a Alberto Rojas Jiménez siguen vibrando hasta hoy en la lírica nerudiana por su hondor metafísico, la corriente humana que lo recorre y el dolor que hace suyos la vida y la muerte del amigo tan prematuramente ido, a quien llama con voz subterránea y contenida "guirriero vestido de abejas", en un impotente ademán de recuperarlo y festejarlo:

*Sobre ciudades de tejado hundido
en que grandes mujeres se destrenzán
con anchas manos y peines perdidos,
vienes volando.*

*Junto a bodegas donde el vino crece
con tibias manos turbias, en silencio,
con lentas manos de madera roja,
vienes volando.*

Los últimos meses de su vida los pasó Alberto Rojas en Antofagasta, donde dejó muchos recuerdos. Era un varón apuesto y simpático, de una atracción personal irresistible, según quienes le conocieron. En bellas y breves líneas, el poeta antofagastino Andrés Sabella recuerda sus últimos días: "Retorna a Santiago. El 22 de mayo, la gran sed lo precipita a su última taberna. Lluve. Consume licor, desesperadamente. Cuando debe cancelar su cuenta, los bolsillos gritan su miseria: un poeta siempre paga. Rojas Jiménez salda, despojándose de su chaqueta. Huye en camisa. La lluvia despiadada lo moja hasta los huesos. ¿De qué gota del agua salta la pulmonía? Muere el viernes 25 de mayo, como lo confiesa en su "Poema inconcluso": fatigado de innumerables destrucciones. Su corazón es un charco de vino en mitad del otoño".

Sus funerales fueron la demostración de cuánto lo quería la gente. Cuentan las crónicas que una multitud heterogénea acompañó sus restos; multitud que iba desde el más humilde vendedor ambulante de las tabernas nocturnas santiaguinas hasta el poeta de moda: expresión de una popularidad que no alcanzó a gozar. Pero que está en la simple verdad de sus versos, tan vecinos a la más hermosa sencillez:

"Primera canción de las palabras torpes, / simple como el agua, yo no sabía jugar, / Miedoso de la lluvia, orador silencioso, / hallé mi primer amigo al fondo de un espejo. / Una mano invisible apagaba los veranos. / Ellos, los hombres tímidos, elegancia del pueblo, / esperaban la novia a la puerta de la iglesia. / Todo cayó de golpe. / Varió el nombre de los periódicos. / Alguien decía que había nuevos edificios. / Aprendió mi memoria el curso de los trenes / y supe que las viejas mujeres de mi país / guardaban sus monedas en la esquina de un pañuelo".

Al cumplirse un año más de su muerte vale la pena repasar la breve poesía de Alberto Rojas Jiménez o Giménez, y aquella cuenta impaga que le costó la vida. A veces nos damos por pensar que ésta fue su última broma, la última y la más macabra de todas las bromas que puede dispensar un poeta.

(*El Magallanes*, Punta Arenas, 22 de mayo de 1972, pág. 3).

ALBERTO ROJAS GIMÉNEZ

Laura Arrué

Alberto, el pequeño, como cariñosamente lo llamaban Paschin y Bertita.

Alberto, el gran poeta perdido, antecesor, impulsor de la poesía nerudiana.

Lo conocí en casa del pintor Paschin Bustamante, donde vivió, así como también Orlando Oyarzún Garcéz, *El Patón*, y Tomás Lago, *El Huaso*, ambos rebautizados por Paschin.

Alberto irradiaba simpatía con su apostura de gitano y su ingenio siempre presente.

De su valor como poeta quedaron sus poemas de *Carta-Océano*, pleno de belleza y creación innovadora.

De la chispa de su ingenio su libro *Chilenos en París*.

Mirando una carta suya observó los mismos rasgos de la letra de Neruda en sus primeras creaciones poéticas.

Todo lo que escribía Alberto iba ilustrado con su autorretrato, la botella y el vaso, las palomitas...

¿Quién, quién que fue su amigo, no lo vio, en las mesas de bares o restaurantes, lanzar las famosas palomitas de Unamuno que hacía con gran rapidez de cualquier trozo de papel?

Eran los lejanos tiempos de la auténtica bohemia, como lo recordábamos con Bertita, viuda de Paschin Bustamante. En las lluviosas noches de invierno salían de la casa de este matrimonio que los albergaba con gran cariño, Tomás Lago y Orlando Oyarzún sin abrigo, sin paraguas, levantándose el cuello de sus vestones, sin un centavo en los bolsillos. Alberto tenía su impermeable claro que había traído de París. Dirigían sus pasos hacia el centro de la ciudad para reunirse con sus amigos en el restaurante *El Jote*, donde comían habitualmente y de ese sitio seguían su recorrido por *El Hércules*.

También frecuentaban el *Zeppelin*, bar decorado por Diego Muñoz. A Diego le pagaron por su trabajo innumerables botellas de cerveza. Otro sitio que visitaban era el de *Los Rompetechos*; les decían así porque sus dueños eran de muy baja estatura.

En los últimos tiempos, Paschin había ideado la decoración de *La Posada del Corregidor*. Allí estuvieron reunidos la última noche de bohemia del último invierno Paschin y Alberto. Como no tenía para cancelar el consumo, Alberto dejó en prenda su vestón y así atravesaron las calles en medio de una lluvia torrencial para llegar a sus domicilios: Paschin a la calle Victoria, Alberto a la Avenida Ecuador, donde vivía su hermana Rosita, casada con el señor Garrido, ingeniero agrónomo de la Quinta Normal*.

Ésta fue la última caminata de Alberto por las calles santiaguinas donde tantas veces paseara su bohemia; noche de tormenta y desamparo. La bronconeumonía le cogió en sus brazos y lo alejó de la vida.

Sus funerales fueron en una lluviosa mañana de invierno. Lo acompañaron sus amigos, entre ellos, Vicente Huidobro, muy elegante (abrigo azul con cuello de terciopelo, guantes de gamuza); bajo su paraguas, protegiéndose de la lluvia, el escritor Antonio Roco del Campo, abrigado con mañanita de lana color rosa que le había proporcionado la hermana de Alberto.

De regreso, como era habitual, pasaron todos al *Quita Penas* a beber unas copas de

*Se refiere a Oscar Garrido Lozier, esposo de Rosa Rojas, hermana del poeta.

tinto y seguir haciendo recuerdos del amigo separado para siempre. Allí, Homero ofreció a Roco del Campo comprarle un abrigo o un paraguas. Se dirigieron a la calle Esmeralda donde había unos negocios de compra y venta de ropa usada.

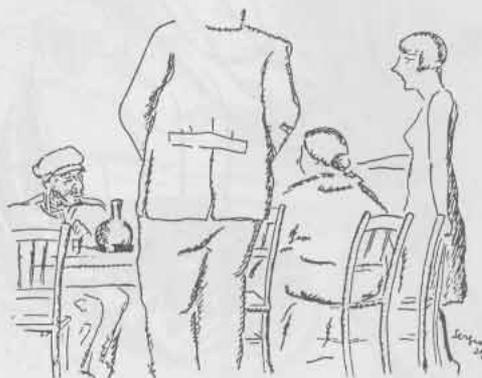
Roco le dijo a Homero que era mejor para él un *sweater* grueso y un lavatorio y jarrón para no tener que salir a lavarse a la llave del patio de la casa donde arrendaba una pieza. Y así se hizo. Largo tiempo anduvo Roco con el *sweater* con anchas franjas azules que había elegido entre muchos.

Todo esto lo supe por Homero. Yo no fui a los funerales de Alberto, pues no podía faltar, sin permiso, a mi escuela; además, en esos años, no era costumbre que las mujeres concurrieran a los sepelios.

Alberto Rojas Giménez fue un personaje muy original y brillante cuyo recuerdo no podrá desdibujarse en quienes tuvimos la suerte de conocerlo, de ser sus amigos.

(*Ventana del recuerdo*, Santiago, Editorial Nascimento, 1982, págs. 78-81).

Ilustraciones de Sergio (Alberto Rojas Jiménez)*



Ilustraciones de Sergio (Alberto Rojas Jiménez), para el cuento infantil, "Los gatos de mi abuelo" (*Revista de Educación*, Santiago, junio de 1929, págs. 450 y 451).

*Los dibujos no los firmaba con su nombre, sino con una copa y una botella de vino, otras veces, casi siempre, con el nombre de Sergio, su hijo.

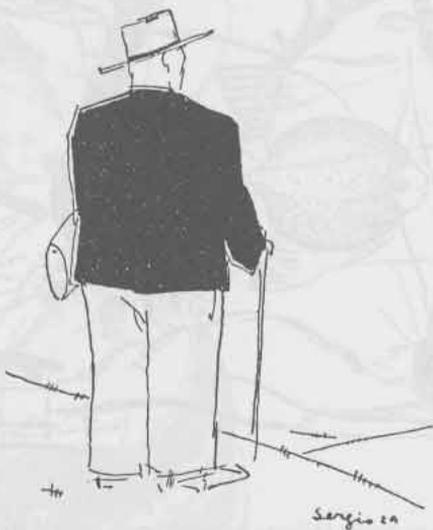
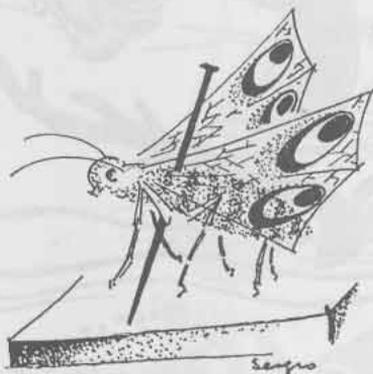
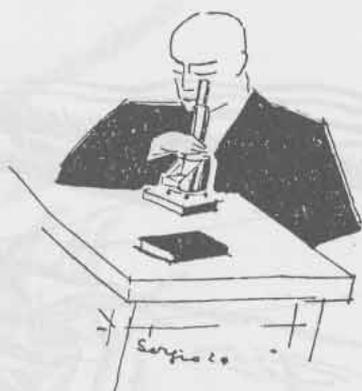
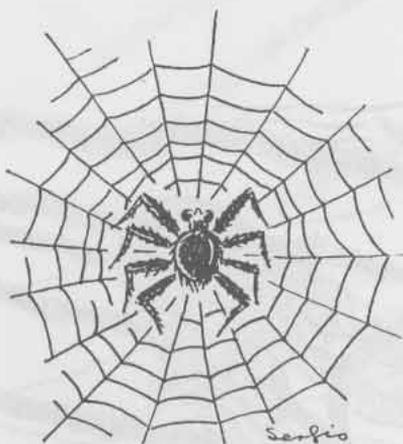
Ilustró numerosas crónicas que se publicaron en revistas.

Diagramó y realizó viñetas para la segunda edición (1932) de *Veinte Poemas de Amor y una Canción Desesperada*. Curiosos eran sus autorretratos, mapas de Chile y América.



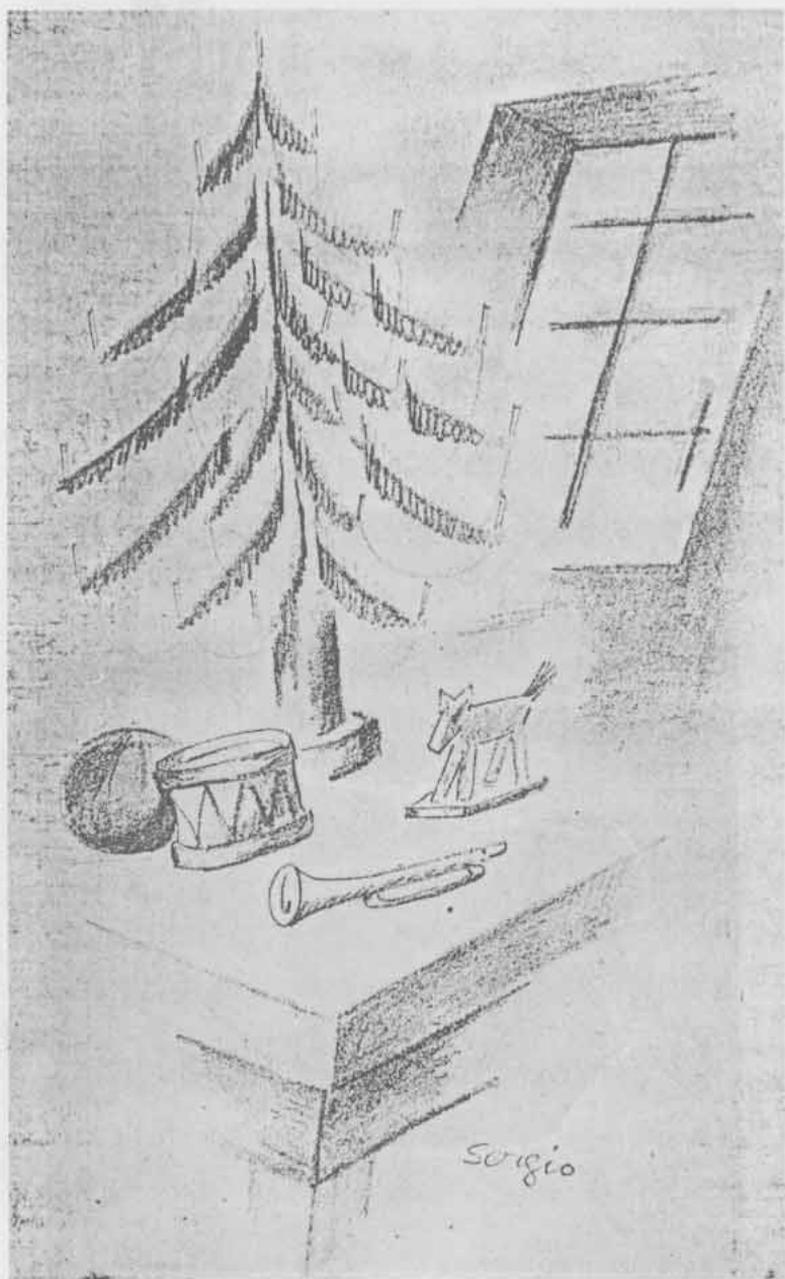


Ilustraciones de Sergio (Alberto Rojas Jiménez), para el artículo "El acuario de Berlín", de Alberto Ried (*Revista de Educación*, Santiago, julio de 1929, págs. 509 y 511).



Ilustraciones de Sergio (Alberto Rojas Jiménez), para el trabajo del prof. Flaminio Ruiz C., "Cazando insectos" (*Revista de Educación*, Santiago, noviembre de 1929, págs. 851, 854, 855 y 857).





Ilustraciones de Sergio (Alberto Rojas Jiménez), para el cuento "Un trapito sucio", de Mariano Latorre (*Revista de Educación*, año II, N° 13, Santiago, enero de 1930, págs. 71 y 74).



Ilustraciones de Sergio (Alberto Rojas Jiménez), para el artículo "Aspectos del sueño", de Rosamel del Valle (Revista de Educación, año II, N° 15, Santiago, marzo de 1930, págs. 228 y 229).

“PACIFICO DEL SUR”

EDICIONES DE PEDAGOGÍA, LITERATURA
Y CIENCIAS

DE PROXIMA PUBLICACION:

ALBERTO ROJAS GIMÉNEZ

PANAM

(ASPECTOS DE LA VIDA EN
FRANCIA Y ALEMANIA)

GERENTE: RAUL FIGUEROA
NAVARRO.

CORRESPONDENCIA Y
PEDIDOS, CASILLA 2676
SANTIAGO DE CHILE

- 1900 Nace en Valparaíso, el 21 de junio. Sus padres, Alberto Rojas Guajardo y Elena Jiménez Labarca.
A los cinco años aprende a leer en los títulos de *El Mercurio* y *El Chileno* de Valparaíso. Vivió algún tiempo en el mencionado puerto.
Cursa sus humanidades en un liceo de provincia y en el Internado Nacional Barros Arana, de Santiago.
Como universitario, perteneció a las Escuelas de Arquitectura y de Bellas Artes.
En la Escuela de Bellas Artes, pese a su facilidad para el dibujo, se retira. Le molesta la petulancia de los profesores y le fastidia la lentitud de la enseñanza.
- 1918 Bajo el seudónimo de Pierre Lhéry publica trabajos en prosa en la revista *Zig-Zag*.
- 1919 Publica en la revista *Pluma* N° 2 de mayo de 1919, Lhena y en el N° 4, de julio, Tríptico sentimental.
La revista *Pluma* era dirigida en Santiago por Manuel Rojas, José Santos González Vera y Arturo Zúñiga Latorre.
- 1920 Se establece en Santiago y se incorpora a los grupos intelectuales.
Fundó el grupo "Uremia". Firma bajo el seudónimo Zain Guimel en la revista *Claridad*, con Martín Bunster (Juan Martín), el Primer Manifiesto "ACU", brote chileno del dadaísmo europeo. El semanario *Claridad* de su creación, revista de sociología, arte y actualidades, es el órgano oficial de la Federación de Estudiantes de Chile. La Generación de 1920 inicia así su revolución espiritual. *Claridad* es dirigida, en su primera época, por Alberto Rojas Jiménez, Raúl Silva Castro y Rafael Yépez, bajo la administración general de Carlos Caro.
El primer número de la revista fue voceado en Santiago, el 12 de octubre de 1920. Más tarde, la segunda época, es atendida por Carlos Caro. Esta publicación, hasta 1926, se constituyó en el mejor periódico literario de Chile.
Rojas Jiménez, desde Santiago, hace repetidas giras a las provincias.
- 1921 El 10 de enero de 1921 la revista *Claridad* anuncia próximamente: *Solnei*, poemas de Rojas Jiménez.
Antes de viajar a Europa entregó a la circulación esta colección de poemas, mimeografiada.
- 1922 El 3 de septiembre, un suelto de crónica del diario *La Prensa* de Curicó, informaba: "Anoche llegó el coronel Anabalón Urzúa fundador de *Chile Agrícola*. Acompaña al señor Anabalón el prestigioso escritor don Alberto Rojas Jiménez, quien asumirá en esta provincia la representación de *Chile Agrícola*."
- 1923 Se dirige a Europa en compañía del pintor Paschin Bustamante.
Vive cinco años entre Francia, Alemania y España, ejerciendo oficios inverosímiles y viviendo una admirable bohemia. Durante estos años envía importantes crónicas al diario *El Mercurio*.
- 1928 Regresa al país y colabora, en prosa y verso, en variadas revistas y diarios. *Revista de Educación, Atenea, Gaceta de Chile, Zig-Zag, Revista de Arte*.
En el diario *La Nación* colabora con notas sobre arte y exposiciones en la página Montparnasse, que dirigen Jean Emar y Luis Vargas Rosas.

1930 Abril 1930, publica en Santiago *Chilenos en París*, libro de crónicas, con ilustraciones de Huelén, en la serie "La Novela Nueva", que dirige Ernesto Silva Román.

1932 En el mes de diciembre se efectuó la exposición retrospectiva de las obras escultóricas de María Bellet (1910-1932), fallecida trágicamente, auspiciada por la Universidad de Chile, que abarcaba obras de 1930, 1931 y 1932. Para esta muestra, se editó un folleto que recogió palabras de Alberto Rojas Jiménez, un recuerdo de María Bellet, de Pablo de Rokha, de Lautaro García, Diego Muñoz, Ignacio del Pedregal y un poema de Winnét de Rokha.

1933 En el diario *La República* de Valdivia tiene a su cargo la columna "Kaleidoscopio", durante los meses de mayo, junio y julio. Al terminar este diario, continúa escribiendo en *El Correo de Valdivia*.

1934 Viaja a Antofagasta, dispuesto a ser Corresponsal de Guerra en el conflicto del Chaco. Durante los meses de enero y febrero ofrece varias conferencias. En marzo de este año abandona la ciudad rumbo a Valparaíso. Lo despidieron en el barco: Andrés Sabella, Oscar Fuenzalida Espinoza, Luis Fuster Morris y Santiago La Rosa. Regresa a Santiago el día 22 de mayo. Tres días más tarde, el 25, fallece en esta ciudad, víctima de una bronconeumonía.

Despidieron sus restos en el Cementerio General, Julio Barrenechea, Diego Muñoz, Lalo Paschin, Antonio Roco del Campo, Homero Arce, Tomás Lago y Vicente Huidobro. Tomás Lago se encargó del discurso de despedida.

Pablo Neruda, encontrándose en Barcelona, España, recibió la noticia de la muerte de su amigo y bajo un inmenso dolor comenzó de inmediato a escribir su elegía "Alberto Rojas Jiménez Viene Volando", que publicó en la *Revista de Occidente*.

En la casa del poeta Pablo Neruda, Isla Negra, la taberna llevó el nombre de Alberto Rojas Jiménez.

Rojas Jiménez tenía anunciados los siguientes libros *Hiedra*, *África*, *Solnei*, *Color de París*, crónicas, *Una Mujer*, *Pan Am* (aspectos de la vida en Francia y Alemania), *Le Negre de Sauppault*, traducción con Tomás Lago, cuya edición se anunció por la Editorial Ercilla.

Usó los seudónimos de Zain Guimel, Pierre Lhéry y Hugo Ranmiel.

Lo llamaron cariñosamente con los siguientes apelativos: "El Marinero", "El Grumete" y "El Pequeño".

Por moción del escritor Astolfo Tapia Moore, Regidor de Santiago, una calle lleva el nombre del poeta; ésta se encuentra en la avenida Benjamín Vicuña Mackenna, próxima a la calle Diez de Julio.

La inauguraron algunos amigos, en 1940. Una noche, en 1950, Elena León, Elsa Bobadilla, Luis Cerda Barrios y Andrés Sabella fueron hasta la calle mencionada, llevando una botella de vino tinto, y allí brindaron por Alberto Rojas Jiménez.

SOBRE ALBERTO ROJAS JIMÉNEZ

Solnei (Alone)

La Nación, Santiago, 30 de marzo de 1924, pág. 6.

Chilenos en París, por Alberto Rojas Jiménez (N.D.), *Letras*, N° 19, Santiago, abril 1930, pág. 3.
15 minutos con Alberto Rojas Jiménez (S.R.), *Letras*, N° 19, Santiago, abril 1930, págs. 31 y 32.

Chilenos en París (Alone), *La Nación*, Santiago, 11 de mayo de 1930, pág. 6.

Libros y autores

"Chilenos en París" (M.), *Índice*, N° 3, Santiago, junio 1930, pág. 5.

Propósito al margen de un libro (*Chilenos en París*, por Alberto Rojas Jiménez) (J.M.S.), *Índice*, N° 3, Santiago, junio 1930, pág. 14.

Chilenos en París (Roberto Meza Fuentes), *Atenea*, N° 65, Concepción, julio 1930, pág. 605 y 606.

El escritor Alberto Rojas Jiménez parte el viernes al extranjero, *Los Tiempos*, Santiago, 9 de enero de 1934, pág. 6.

Micrófono. Presentación de Alberto Rojas Jiménez (Andrés Sabella Gálvez), *El Industrial*, Antofagasta, 17 de enero 1934, pág. 3.

Con el joven escritor

Alberto Rojas Jiménez, visto a través de su charla y de sus humoradas (Santiago La Rosa), *El Mercurio*, Antofagasta, 20 de enero de 1934, pág. 3.

Alberto Rojas Giménez (Juan Uribe Echevarría), *Atenea*, N° 107, Concepción, mayo 1934, págs. 428-430.

Alberto Rojas Giménez (en: Actualidades), *La Nación*, Santiago, 26 de mayo de 1934, pág. 3.

Murió ayer el poeta Alberto Rojas Giménez, *La Nación*, Santiago, 26 de mayo de 1934, pág. 9.

Rojas Giménez, una original figura de nuestras letras, *Las Últimas Noticias*, Santiago, 6 de junio de 1934, pág. 14.

En la muerte del escritor Rojas Jiménez, hay un punto que la justicia debe esclarecer, *El Sol*, Santiago, 8 de junio de 1934, pág. 1.

El delito cometido en la persona de Rojas Jiménez será perseguido, *El Sol*, Santiago, 9 de junio de 1934, pág. 1.

Ha muerto el poeta Rojas Giménez, *La Nación*, Santiago, 10 de junio de 1934, pág. 4.

Contiene:

1. Juicio de Alone sobre el libro de Rojas Giménez, *Chilenos en París*, publicado en *La Nación*, el 11 de mayo de 1930.
2. La procesión del Pelicano en Quillota
3. Su último retrato
4. Dibujo auto-retrato
5. Diego Muñoz: Rojas Giménez, el Mago
6. Grafología y personalidad de Rojas Giménez
7. Rojas Giménez en la literatura chilena
8. Dos poemas de Carta-Océano

El poemario chileno

Alberto Rojas Giménez, *La Opinión*, Santiago, 10 de junio de 1934, pág. 3.

El misterio que rodea la muerte del poeta D. Alberto Rojas Jiménez, *El Sol*, Santiago, 10 de junio de 1934, pág. 6.

Tres muertos: Eliodoro Astorquiza, Pedro E. Gil y Alberto Rojas Giménez (Alone), *La Nación*, Santiago, 17 de junio de 1934, pág. 3.

La musa en el país de las maravillas (Jorge Herrera Silva), *Atenea*, N° 121, Concepción, julio de 1935, pág. 25.

Alberto Rojas Jiménez en el aniversario de su muerte (Oreste Plath), *La Nación*, Santiago, 21 de mayo de 1939, pág. vi.

El poeta Alberto Rojas Jiménez (Carlos René Correa C.), *El Diario Ilustrado*, Santiago, 4 de junio de 1939, pág. 4.

8 años tiene la muerte de Rojas Jiménez (Andrés Sabella), *Hoy*, N° 549, Santiago, 28 de mayo de 1942, págs. 65 y 66.

Alberto Rojas Jiménez (Andrés Sabella), *Millantún*, N° 9, Santiago, mayo 1943, págs. 32 y 33.

Justicia para un poeta y su obra (Andrés Sabella), *Las Últimas Noticias*, Santiago, 23 de mayo de 1946, pág. 2.

Alberto Rojas Giménez, poeta errante (Alejandro Vásquez A.), *Atenea*, N° 255-256, Concepción, septiembre-octubre 1946, págs. 234 y 240.

Adolescencia de Alberto Rojas Giménez (Santiago del Campo), *Pro Arte*, N° 13, Santiago, 7 de octubre de 1948, pág. 1.

De Tomás Lago.

Pro Arte, N° 13, Santiago, 7 de octubre de 1948, pág. 1.

Tomás Lago, "Allá por el año veintitanto...", *Pro Arte*, Santiago, 15-31 de julio de 1954

Los "poetas malditos" que tuvo Chile (Carlos Poblete), *Zig-Zag*, N° 2.686, Santiago, 15 de septiembre de 1956, págs. 38 y 39.

Alberto Rojas Jiménez Viene Volando (Pablo Neruda), (en: *Obras Completas*, 2ª ed. aumentada, Buenos Aires, Editorial Losada 1962, págs. 226-229.

Alberto Rojas Giménez (Andrés Sabella), *Las Últimas Noticias*, Santiago, 25 de mayo de 1964, pág. 4.

A 30 años de su muerte, Rojas Jiménez continúa volando en el recuerdo, *Vea* N° 1.309, Santiago, 28 de mayo de 1964, pág. 6.

Antofagasta y Alberto Rojas Jiménez (Luis Fuster Morris), *Antofagasta*, N° 1, año 1, Antofagasta, julio de 1966.

Claudio Solar, "Diccionario de la literatura chilena", *La Estrella*, Valparaíso, 31 de enero de 1968.

Alberto Rojas Jiménez, el poeta de todos los tiempos (Luis Fuster Morris), *El Diario Ilustrado*, Santiago, 31 de marzo de 1968, pág. 19.

El 21 de julio (Andrés Sabella), *El Mercurio*, Antofagasta, 21 de julio de 1968, pág. 3.

Alberto Rojas Jiménez, un colérico de ese tiempo (Orlando Oyarzún Garcés), *El Siglo*, Santiago, 1 de septiembre de 1968, pág. 16.

Años de bohemia (Enrique Bunster), *El Mercurio*, Santiago, 6 de julio de 1969, pág. 5.

Alberto Rojas Giménez, el que viene volando (Luis Enrique Délano), Suplemento, *El Siglo*, Santiago, 14 de octubre de 1969, pág. 13.

Rojas Jiménez y el pintor Paschin (Orlando Oyarzún Garcés), Suplemento, *El Siglo*, Santiago, 25 de abril de 1971, pág. 14.

- Influencia de un juglar (Orlando Oyarzún Garcés), Suplemento, *La Nación*, Santiago, 16 de mayo de 1971, pág. 16.
- 70 años de Alberto Rojas Jiménez (Ernesto Eslava), *Última Hora*, Santiago, 10 de noviembre de 1971, pág. 5.
- Alberto Rojas Jiménez (Marino Muñoz Lagos), *El Magallanes*, Punta Arenas, 22 de mayo de 1972, pág. 3.
- Alberto Rojas Jiménez (Andrés Sabella), *La Nación*, Santiago, 22 de julio de 1973
- "Rojas Giménez, el poeta", Almagro Santander (Marino Muñoz Lagos), *El Magallanes*, Punta Arenas, 26 de mayo de 1975.
- El escritor que se bebió la vida (Oreste Plath), Suplemento, *Las Últimas Noticias*, Santiago, 27 de septiembre de 1975, pág. 7.
- "Alberto Rojas Giménez, cumplió 77 años", Gustavo Boldrini, *El Observador*, Quillota, 27 de mayo de 1977.
- Poeta en el Sur (Carlos León) (en: *Algunos días...*, Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1977, págs. 97-100).
- "Alberto Rojas Giménez viene volando", Oscar Ramírez Merino, *La Prensa*, Curicó, 15 de febrero de 1981.
- "Más sobre Alberto", David Ojeda Leveque, *El Diario Austral*, Valdivia, 23 de enero de 1983.
- La carta desconocida de Pablo Neruda "Carta a la mujer rubia", *El Sur*, Concepción, 22 de mayo de 1983, pág. 11.

ARTÍCULOS Y PROSA POÉTICA DE
ALBERTO ROJAS JIMÉNEZ EN DIARIOS Y REVISTAS

- Lenha, *La Pluma*, N° 2, Santiago, mayo de 1919, págs. 12 y 13.
- Glosario de París, *El Mercurio*, Santiago, 16 de noviembre de 1924, pág. 9.
- Glosario de París. Unamuno, *El Mercurio*, Santiago, 30 de noviembre de 1924, pág. 9.
- El hombre en el camino, *El Mercurio*, Santiago, 7 de diciembre de 1924, pág. 9.
- Cinema de París, *El Mercurio*, Santiago, 15 de marzo de 1925, pág. 9.
- Glosario de París, *El Mercurio*, Santiago, 29 de marzo de 1925, pág. 9.
- Glosario de París, *El Mercurio*, Santiago, 26 de abril de 1925, pág. 9.
- El "Deutsches Ausland Institut" de Stuttgart, *El Mercurio*, Santiago, 28 de junio de 1925, pág. 9.
- Anatole France en pantuflas, *El Mercurio*, Santiago, 26 de julio de 1925, pág. 9.
- Una noche de invierno, *El Mercurio*, Santiago, 2 de agosto de 1925, pág. 9.
- Artistas chilenos en París, *El Mercurio*, Santiago, 30 de agosto de 1925, pág. 9.
- A la sombra de los manzanos en flor, *El Mercurio*, Santiago, 15 de noviembre de 1925, pág. 11.
- Glosario de Berlín, *El Mercurio*, Santiago, 27 de diciembre de 1925, pág. 8.
- Ventana en Hamburgo, *El Mercurio*, Santiago, 10 de enero de 1926, pág. 8.
- Cuadrante de París, *El Mercurio*, Santiago, 14 de febrero de 1926, pág. 8.
- Montparnasse se muere, *El Mercurio*, Santiago, 28 de febrero de 1926, pág. 8.
- Siete capítulos del libro *Una mujer*, *Atenea*, año III, N° 1, Concepción, 31 de marzo de 1926, págs. 17-25.
- Glosario de París, *El Mercurio*, Santiago, 23 de mayo de 1926, pág. 7.
- Un arma nueva contra la enfermedad, *El Mercurio*, Santiago, 20 de junio de 1926, pág. 7.
- Jazz, *El Mercurio*, Santiago, 27 de junio de 1926, pág. 7.
- El libro del año en París editado por un chileno, *El Mercurio*, Santiago, 4 de julio de 1926, pág. 7.
- Nosotros en París, *El Mercurio*, Santiago, 17 de octubre de 1926, pág. 7.
- Por una mujer..., *El Mercurio*, Santiago, 31 de octubre de 1926, pág. 7.
- En el país de las montañas azules, *El Mercurio*, Santiago, 7 de noviembre de 1926, pág. 7.
- Una hora en la casa de Anita del Real, *El Mercurio*, Santiago, 14 de noviembre de 1926, pág. 7.
- Pablo Picasso, *El Mercurio*, Santiago, 12 de diciembre de 1926, pág. 7.
- Tolstoi, *El Mercurio*, Santiago, 19 de diciembre de 1926, pág. 7.
- Pintura nueva, *El Mercurio*, Santiago, 13 de marzo de 1927, pág. 7.
- ¿Y en Chile? Los Independientes de 1927, *La Nación*, Santiago, 15 de marzo de 1927, pág. 9.
- De Montmartre al Barrio Latino, *El Mercurio*, Santiago, 20 de marzo de 1927, pág. 7.
- Manuel Ortiz, *La Nación*, Santiago, 22 de marzo de 1927, pág. 9.
- Alrededor de Marcel Proust, *La Nación*, Santiago, 19 de abril de 1927, pág. 5.
- La extraña muerte de Lisbeth Kolomak, *El Mercurio*, Santiago, 24 de abril de 1927, pág. 5.
- Seis días, *La Nación*, Santiago, 31 de mayo de 1927, pág. 7.
- Teatro nuevo, *La Nación*, Santiago, 5 de julio de 1927, pág. 7.
- Hacia un renacimiento de la arquitectura americana, *Revista de Arte*, N° 1, Santiago, septiembre de 1928, s.p.

- Noticias sobre los escultores Jacques Lipchitz y Pablo Gargallo, *Zig-Zag*, N° 1.234, Santiago, 13 de octubre de 1928, págs. 105-107.
- El Salón Oficial de 1928, *Revista de Educación*, N° 1, Santiago, diciembre de 1928, págs. 42-47.
- Cézanne y el impresionismo, *Revista de Educación*, N° 5, Santiago, abril 1929, págs. 334-341.
- La vida apasionante y lamentable de Paul Gauguin, *Revista de Educación*, N° 8, Santiago, julio 1929, págs. 554-558.
- Pintores chilenos en el extranjero, *Revista de Educación*, N° 9, Santiago, agosto 1929, págs. 584-586.
- Graciela Aranís, *Revista de Educación*, N° 10, Santiago, septiembre 1929, págs. 700-702.
- El Salón Oficial de 1929, *Letras*, N° 15, Santiago, diciembre 1929, págs. 1 y 2.
- Pablo Picasso, *Gaceta de Chile*, 5° número extraordinario, Santiago, enero 1930, pág. 48.
- Teatro nuevo, *Gaceta de Chile*, 5° número extraordinario, Santiago, enero 1930, pág. 66.
- Verano a orillas del Rhin, *Letras*, N° 17, Santiago, febrero 1930, pág. 5.
- Nombre de una escritora, *Letras*, N° 18, Santiago, marzo 1930, pág. 15.
- El aduanero Henri Rousseau, *Letras*, N° 21, Santiago, junio 1930, págs. 5 y 6.
- El Salón Oficial de 1930, *Revista de Educación*, N° 24, Santiago, diciembre 1930, págs. 832-836.
- Reorganización de Bellas Artes, *Claridad*, N° 137, Santiago, 29 de agosto de 1931, pág. 6.
- Media hora de charla con la señora Luisa de Meckes, *La República*, Valdivia, 21 de mayo de 1933, pág. 2.
- Vargas Vila, *La República*, Valdivia, 27 de mayo de 1933, pág. 3.
- Espiritismo, magia y otras cosas, *La República*, Valdivia, 28 de mayo de 1933, pág. 2.
- Todo lo tuvo y lo perdió todo... Cumpleaños de Reina, *La República*, Valdivia, 28 de mayo de 1933, pág. 7.
- Nuestra primera firma, *La República*, Valdivia, 2 de junio de 1933, pág. 3.
- Restaurantes, *La República*, Valdivia, 4 de junio de 1933, pág. 2.
- Ché Taladrin, cónsul y artista. Monumento al canillita, *La República*, Valdivia, 5 de junio de 1933, pág. 3.
- Un editorial, *La República*, Valdivia, 6 de junio de 1933, pág. 3.
- Don Alfonso, Rey sin corona, *La República*, Valdivia, 7 de junio de 1933, pág. 3.
- Pájaros errantes. El peluquero de Hindenburg, *La República*, Valdivia, 8 de junio de 1933, pág. 3.
- Con mil setecientos francos, *La República*, Valdivia, 9 de junio de 1933, pág. 3.
- Coronado de rojas amapolas..., *La República*, Valdivia, 10 de junio de 1933, pág. 3.
- La "cruz swástica". La felicidad en las patas de un caballo, *La República*, Valdivia, 12 de junio de 1933, pág. 3.
- Un cuento de Ramón, *La República*, Valdivia, 13 de junio de 1933, pág. 3.
- Ché de la Croix, *La República*, Valdivia, 14 de junio de 1933, pág. 3.
- Don Fernando Ohde. Historia de amor, *La República*, Valdivia, 15 de junio de 1933, pág. 3.
- La muerte de Huérfanos street, *La República*, Valdivia, 16 de junio de 1933, pág. 3.
- El aire, dos pavos, un bajativo y una sonrisa, *La República*, Valdivia, 17 de junio de 1933, pág. 3.
- La América en flor, *La República*, Valdivia, 18 de junio de 1933, pág. 2.
- Camilo Mori, *La República*, Valdivia, 22 de junio de 1933, pág. 3.
- Invierno, *La República*, Valdivia, 24 de junio de 1933, pág. 3.
- El reloj de la Intendencia, *La República*, Valdivia, 27 de junio de 1933, pág. 3.
- La señorita Kindermann, *La República*, Valdivia, 27 de junio de 1933, pág. 3.

- Marineros, *La República*, Valdivia, 29 de junio de 1933, pág. 3.
- Mil..., *La República*, Valdivia, 30 de junio de 1933, pág. 3.
- Torcido destino de Jack Maning, *La República*, Valdivia, 1 de julio de 1933, pág. 3.
- Recuerdos de la procesión del Pelicano en Quillota, *La República*, Valdivia, 2 de julio de 1933, pág. 1.
- Muerte de la risa, *La República*, Valdivia, 2 de julio de 1933, pág. 7.
- Hombre despierto, *La República*, Valdivia, 5 de julio de 1933, pág. 3.
- Automóviles y bicicletas, *La República*, Valdivia, 6 de julio de 1933, pág. 3.
- Palabras en libertad, *La República*, Valdivia, 7 de julio de 1933, pág. 3.
- Ha muerto el detective inglés, *El Correo de Valdivia*, Valdivia, 9 de julio de 1933, pág. 3.
- Balazos en un *cabaret*, *El Correo de Valdivia*, Valdivia, 10 de julio de 1933, pág. 3.
- Bar Internacional, *El Correo de Valdivia*, Valdivia, 13 de julio de 1933, pág. 3.
- Un dedo del Zar, *El Correo de Valdivia*, Valdivia, 14 de julio de 1933, pág. 3.
- ¿Cómo le gusta un diario?, *El Correo de Valdivia*, Valdivia, 16 de julio de 1933, pág. 3.
- Capítulo décimo de la novela *El Negro*, *Hacia*, N^{os} 3-4, Antofagasta, enero-febrero 1934, pág. 18.
- Un cuento de Ramón, *El Industrial*, Antofagasta, 26 de enero de 1934, pág. 3.
- La procesión del Pelicano en Quillota, *La Nación*, Santiago, 10 de junio de 1934, pág. 4.
- El aduanero Henri Rousseau, *Millantún* N^o 9, Santiago, mayo 1943, pág. 34.
- Las palabras perdidas*, cap. ix; *África*, cap. xi, *Atenea*, N^o 255-256, Concepción, septiembre-octubre 1946, págs. 241-248.
- Autobiografía de los 21 años. Páginas de diario, *Pro Arte*, N^o 13, Santiago, 7 de octubre de 1948, págs. 1 y 6.

ANTOLOGÍAS

- Jorge Luis Borges, Alberto Hidalgo y Vicente Huidobro, *Índice de la nueva poesía americana*, Buenos Aires, Sociedad de Publicaciones El Inca, 1926.
- Rubén Azócar, *La poesía chilena moderna*, Santiago, Ediciones Pacífico del Sur, 1931.
- Hernán del Solar, *Índice de la poesía chilena contemporánea*, Santiago, Ediciones Ercilla, 1937.
- Yolando Pino Saavedra, *Antología de poetas chilenos*, Santiago, Imprenta de Prisiones, 1940.
- Oreste Plath, *Poetas y poesías de Chile*, Santiago, Talleres Gráficos La Nación, 1941.
- Carlos Poblete, *Exposición de la poesía chilena desde sus orígenes hasta 1941*, Buenos Aires, Ediciones Editorial Claridad, 1941.
- Carlos René Correa, *Poetas chilenos*, Santiago, Editorial Lasalle, 1944.
- Víctor Castro, *Poesía nueva de Chile*, Santiago, Ed. Zig-Zag, 1953.
- Andrés Sabella, *Las cuatro patas del vino*, Antofagasta, Colecciones Hacia, sexagésimo cuadernillo, 25 de mayo de 1964.
- Francisco Galano, *Los grandes poetas. Antología poética universal*, Santiago, Alejandro Melo A., Editor, 1965.
- Alfonso Calderón, *Antología de la poesía chilena contemporánea*, Santiago, Editorial Universitaria, 1970.
- Carlos René Correa, *Poetas chilenos del siglo xx*, Santiago, Zig-Zag, 1972.
- Alfonso Calderón, *Sobre la poesía chilena y algo menos*, Bogotá, Editora Guadalupe Ltda., 1983.
- Miguel Arteche, Juan Antonio Massone y Roque Esteban Scarpa, *Poesía chilena contemporánea*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1984.

- Jacobo Danke, *Las barcarolas de Ulises*, Santiago, Editorial Ercilla, 1934.
- Andrés Sabella, *Crónica mínima de una gran poesía*, Santiago, Editorial Nascimento, 1941.
- Pablo de Rokha, *Cuarenta y un poetas jóvenes de Chile, 1910-1943*, Santiago, Ed. Multitud, 1943.
- Luis Enrique Délano, *El laurel sobre la lira*, Santiago, Editorial Cultura, 1946.
- Wilfredo Cantón, *Posiciones*. México, s.e., 1950.
- José Santos González Vera, *Cuando era muchacho*, Santiago, Editorial Nascimento, 1956.
- Alberto Ried, *El mar trajo mi sangre*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1956.
- Héctor Fuenzalida, *El pintor Isaías Cabezón*, Santiago, Editorial Universitaria, 1960.
- Raúl Silva Castro, *Panorama literario de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1961.
- Andrés Sabella, *Retratos quiméricos*, Santiago, Editorial Universitaria, 1964.
- Julio Barrenechea, *Frutos del país*, Santiago, Editorial Zig-Zag, 1965.
- Waldo Vila, *Una capitania de pintores*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1966.
- Pedro Olmos, *Olmos y los escritores*, Santiago, Talleres Gráficos Gómez Lay, 1968.
- Pablo Neruda, *Confieso que he vivido*, Barcelona, Seix Barral, 1974.
- Francisco Santana, *Evolución de la poesía chilena*, Santiago, Editorial Nascimento, 1976.
- Carlos León, *Algunos días*, Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1977.
- Homero Arce, *Los libros y los viajes. Recuerdos de Pablo Neruda*, Santiago, Editorial Nascimento, 1980.
- Jorge Mario Méndez, *Los rostros ardientes*, Santiago, Ed. Pomaire, 1981.
- Laura Arrué, *Ventana del recuerdo*, Santiago, Editorial Nascimento, 1982.
- Bernardo Kordon, *Historias de sobrevivientes*, Buenos Aires, Editorial Bruguera, 1982.
- Fernando Alegría, *Una especie de memoria*, México, Editorial Nueva Imagen, 1983.
- Volodia Teitelboim, *Neruda*, Buenos Aires, Ed. Losada, 1985.
- Emma Jauch, *De remembranzas y olvidanzas*, Talca, Ed. Universidad de Talca, 1994.
- Maximino Fernández Fraile, *Historia de la literatura chilena*, Santiago, Ed. Salesianos, 1994.

- "Saludo y despedida de un poeta a las mujeres de Antofagasta", *Áncora*, N° 3, Antofagasta s/f, págs. 61-62.
- "Pequeñas palabras", *Sucesos*, N° 1.002, Santiago, 8 de diciembre de 1921, pág. 47.
- "Juntos, detrás de la ventana", *Zig Zag*, N° 909, Santiago, 22 de julio de 1922 pág. 80.
- "Tu gesto era dulce y triste...", *Claridad*, N° 71, Santiago, 30 de septiembre de 1922, pág. 8.
- "Clara de Ellebeuse...", "Entre estos hombres...", "No encendáis las lámparas", "Invitación", *Rodó*, N° I, tomo II, Santiago, abril de 1923, págs. 25-27.
- "Almendra", *Zig Zag*, N° 949, Santiago, 28 de abril de 1923, págs. 73 y 74.
- "Cuando venga la luna nueva...", *Rodó*, N° 2, tomo II. Santiago, mayo de 1923, págs. 114-116.
- "Meridiano de otoño", "Mi padre", *Dionysos*, vol. 1, Santiago, diciembre de 1923, pág. 24.
- "Crepúsculo en el mar", *Atenea*, N° 1, año II, Concepción, 31 de marzo de 1925, págs. 21 y 22.
- "Dos poemas. 3 y 7", *Atenea*, N° 6, año II, Concepción, 31 de agosto de 1925, págs. 64-66.
- "Dos poemas. 7", *Letras*, N° 2, Santiago, junio de 1928, pág. 10.
- "Carta-Océano", *Letras*, N° 12, año II, Santiago, julio de 1929, pág. 9.
- "Poema", *La Nación*, Santiago, 10 de junio de 1934, pág. 4.
- "Carta-Océano" (frag.), *La Opinión*, Santiago, 10 de junio de 1934, pág. 3.
- "Amigos míos, los barrabases", "Canción de la noche", "Los niños de ámbar", "Poemas escritos en París", "Pobreza", *Hoy*, N° 573, Santiago, 12 de noviembre de 1942, págs. 62 y 63.
- "Carta-Océano", (frag.), *Millantún*, N° 9, Santiago, mayo de 1943, págs. 34 y 35.
- Hiedra*, poemas del adolescente, *Pro Arte*, N° 13, Santiago, 7 de octubre de 1948, pág. 6.
- "Poema", ARCHIVO "RAÚL SILVA CASTRO"
- "Nuevo rostro", ARCHIVO "RAÚL SILVA CASTRO"

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
AUTOBIOGRAFÍA	11
Autobiografía de los 21 años	13
Grafología de Rojas Jiménez	16
BOHEMIA	19
15 minutos con Alberto Rojas Giménez. Salvador Reyes	21
Alberto Rojas Jiménez. Poeta errante. Dr. Alejandro Vásquez A.	23
Alberto Rojas Jiménez, un colérico de ese tiempo. Orlando Oyarzún Garcés	27
Años de bohemia. Enrique Bunster	30
Influencia de un juglar. Orlando Oyarzún Garcés	37
FRANJAS	39
Ojos verdes, serenos... Pierre Lhéry	41
La enferma. Pierre Lhéry	42
El loco. Pierre Lhéry	43
La abuelita. Pierre Lhéry	44
Lehna. Alberto Rojas Giménez	45
POESÍA	49
Las nuevas tendencias estéticas "Agú". Juan Martin, Zain Guimel	50
Pequeñas palabras	51
Juntos, detrás de la ventana...	51
Tu gesto era dulce y triste...	52
Entre estos hombres...	53
Invitación	53
No encendáis las lámparas...	54
Clara de Ellebeuse...	54
Cuando venga la luna nueva...	55
Mi padre	56
Invierno	57
Almendra	57
Pobreza	60
Canción de la noche	60
Dos hombres beben	61
Meridiano de otoño	61
Puerto	62
El puerto tiene un temblor de luz	62
El hombre en el camino	63
Crepúsculo en el mar	64

Vater Georg	65
Dos poemas	66
Poema escrito en París	67
Dos poemas	68
Nuevo rostro	68
Poema inconcluso	69
Poema	69
Carta-Océano	70
Los niños de ámbar	75
Los Barrabases	76
Arribo	76
Deseo	77
Ruego	77
Páginas de Diario	78
NOVELAS (FRAGMENTOS)	79
<i>Una mujer.</i> (Siete capítulos)	81
El cuchillo. (Capítulo X de <i>El negro</i> , libro inédito)	85
<i>Las palabras perdidas.</i> (Capítulo IX)	87
<i>África.</i> (Capítulo XI)	90
CRÓNICAS DESDE FRANCIA	93
Vincent Huidobro	95
Don Miguel	97
Anatole France.	99
El encanto y la tristeza de París	102
Jacques Lipchitz	104
El culto del niño.	105
Una noche de invierno	107
Artistas chilenos en París	109
Montparnasse se muere...	113
Nosotros en París	116
Pintura nueva	119
¿Y en Chile? Los Independientes de 1927	121
De Montmartre al barrio latino	122
Manuel Ortiz	125
Alrededor de Marcel Proust	126
La extraña muerte de Lisbeth Kolomak	128
Seis días	130
Teatro nuevo	131
CRÓNICAS DESDE ALEMANIA	133
El chileno en Berlín	135
Glosario de Berlín	138
Ventana en Hamburgo	140
CRÓNICAS DE CHILE	143
Navidad	145
El Salón Oficial de 1928	147

Cézanne y el impresionismo	149
La vida apasionada y lamentable de Paul Gauguin	153
Pintores chilenos en el extranjero	156
El Salón Oficial de 1929	157
Nombre de una escritora	161
El Salón Oficial de 1930	161
La procesión del Pelicano en Quillota	163
EL POETA EN VALDIVIA	165
Poeta en el sur	167
Más sobre Alberto	168
Ha muerto el detective inglés	169
Balazos en un <i>cabaret</i>	170
Bar internacional	171
Un dedo del zar...	172
¿Cómo le gusta un diario?	172
Media hora de charla con la señora Luisa de Meckes	173
Vargas Vila	175
Todo lo tuvo y lo perdió todo...	177
Cumpleaños de Reina	177
Espiritismo, magia y otras cosas	177
Nuestra primera firma	179
Restaurantes	180
Ché Taladrid, cónsul y artista	181
Monumento al canillita	182
Un editorial	182
Don Alfonso, Rey sin corona	183
Pájaros errantes	184
El peluquero de Hindenburg	184
Con mil setecientos francos...	185
Coronado de rojas amapolas...	185
La "cruz swástica"	186
La felicidad en las patas de un caballo	187
Un cuento de Ramón	188
Ché de la Croix	188
Don Fernando Ohde	189
Historia de amor	190
La muerte de Huérfanos <i>street</i>	191
El aire, dos pavos, un bajativo y una sonrisa...	192
La América en flor	192
Camilo Mori	194
Invierno	195
La señorita de Kindermann	196
El reloj de la Intendencia	197
Marineros	198
Mil...	199
Torcido destino de Jack Maning	199
Muerte de la risa	200
Hombre despierto	201
Automóviles y bicicletas	202
Palabras en libertad	203

ANECDOTARIO	205
Januario Espinoza	207
Carlos Poblete	207
Ulises (Luis Merino R.)	208
Julio Barrenechea	208
Waldo Vila	209
Los cansados de la vida. Sergio Atria	209
David Ojeda Leveque	214
Enrique Bunster	215
Alberto Rojas Jiménez. Pedro Olmos	216
Oscar Lanás	218
Un recuerdo de Navidad con Alberto Rojas Jiménez. Francisco Coloane	219
La noche de los chalecos. Juan Florit	220
¡Viva el diablo! Sherlock Holmes (Raúl Morales A.)	221
Emma Jauch. Con Rojas Jiménez	222
ANTOFAGASTA. EL ÚLTIMO VIAJE Y LA ÚLTIMA CONFERENCIA	225
Saludo y despedida de un poeta a las mujeres de Antofagasta	227
Alberto Rojas Giménez. Andrés Sabella	228
Alberto Rojas Jiménez. El poeta de todos los tiempos. Luis Fuster Morris	228
Alberto Rojas Giménez. Andrés Sabella	229
Hotel Nueva York. Andrés Sabella	230
LA NOCHE ENLUTADA	231
Pablo Neruda	233
Alberto Rojas Jiménez viene volando. Pablo Neruda	233
La carta desconocida de Pablo Neruda. "Carta a la mujer rubia"	236
Alberto Rojas Giménez. Juan Uribe Echevarría	236
Rojas Jiménez una original figura de nuestras letras	237
Rojas Jiménez, el mago. Diego Muñoz	239
Alberto Rojas Jiménez. En el aniversario de su muerte. Oreste Plath	239
Justicia para un poeta y su obra. Andrés Sabella	241
José Santos González Vera	243
Retrato Cantado. Andrés Sabella	243
Alberto Rojas Giménez, el que viene volando. Luis Enrique Délano	244
Rojas Jiménez y el pintor Paschin. Orlando Oyarzún	246
70 años de Alberto Rojas Jiménez. Ernesto Eslava	250
Alberto Rojas Jiménez. Marino Muñoz Lagos	251
Alberto Rojas Giménez. Laura Arrué	253
ILUSTRACIONES DE SERGIO (ALBERTO ROJAS JIMÉNEZ)	255
ANEXOS Y FUENTES	263
Cronología	264
Sobre Alberto Rojas Jiménez	266
Artículos y prosa poética de Alberto Rojas Jiménez en diarios y revistas	269
Antologías	272
Obras dedicadas a Alberto Rojas Jiménez	273
Poemas en diarios y revistas	274
Índice	275
Publicaciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1900-1994	279

BIBLIOTECA NACIONAL

- Revista *Mapocho*, N^{os} 29 y 30, primer y segundo semestre de 1991 (Santiago, 1991); N^{os} 31 y 32, primer y segundo semestre de 1992 (Santiago, 1992); N^{os} 33 y 34, primer y segundo semestre de 1993 (Santiago, 1993); N^{os} 35 y 36, primer y segundo semestre de 1994.
- Referencias críticas sobre autores chilenos*, años 1982, 1983, 1987 y 1988, vols. xvii, xviii, xxii y xxiii (Santiago, 1991, 556 págs.; 1991, 430 págs.; 1992, 333 págs.; 1994, 399 págs.).
- Gabriela Mistral, *Lagar II* (Santiago, 1991, 172 págs.). Primera reimpression (Santiago, 1992).
- Geografía poética de Chile*, Norte Grande (Santiago, 1991, 111 págs.).
- Geografía poética de Chile*, Norte Chico (Santiago, 1992, 112 págs.).
- Geografía poética de Chile*, Valparaíso (Santiago, 1993, 112 págs.).
- Pedro de Oña, *El Ignacio de Cantabria*, edición crítica de Mario Ferreccio P. y Mario Rodríguez (Santiago, 1992, 441 págs.).
- Roque Esteban Scarpa, *Las cenizas de las sombras* (Santiago, 1992, 179 págs.).
- Julio Retamal Favereau, Carlos Celis y Juan G. Muñoz, *Familias fundadoras chilenas*, coedición: Ed. Zig-Zag, Comisión Quinto Centenario (Santiago, 1992, 827 págs.).
- Catálogo del patrimonio cultural*, 20 láminas color (Santiago, 1992).
- Lidia Contreras, *Historia de las ideas ortográficas en Chile* (Santiago, 1993, 416 págs.).
- Departamento de Extensión Cultural, Serie Patrimonio Cultural, contiene: *Grabados de Max Klinger*, vol. i; *Dibujos de Rugendas*, vol. ii; *Los caprichos de Goya*, vol. iii; *Dibujos de Gustav Klimt, Egon Schiele*, vol. iv; *Dibujos de Dampier*, vol. v (Santiago, 1993).

Catálogos de exposiciones

- Chile y Australia en el Pacífico, mar del nuevo mundo* (Santiago, 1990, 39 págs.).
- La palabra de España en América* (Santiago, 1990, 99 págs.).
- Balmaceda y su tiempo* (Santiago, 1991, 51 págs.).
- El territorio del Reyno de Chile, 1520-1810* (Santiago, 1992, 36 págs.).

CENTRO DE INVESTIGACIONES DIEGO BARROS ARANA

- La época de Balmaceda. Conferencias* (Santiago, 1992, 123 págs.).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1992, *Informes*, N^o 1 (Santiago, julio, 1993).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1993, *Informes*, N^o 2 (Santiago, agosto, 1994).
- Julio Retamal Ávila y Sergio Villalobos R., *Bibliografía histórica chilena. Revistas chilenas 1843-1978* (Santiago, 1993, 363 págs.).
- Publio Virgilio Maron, *Eneida*, traducción castellana de Egidio Poblete (Santiago, 1994, 425 págs.).
- José Ricardo Morales, *Estilo y paleografía de los documentos chilenos (siglos xvi y xvii)* (Santiago, 1994, 117 págs.).
- Oreste Plath, *Olografías. Libro para ver y crear* (Santiago, 1994, 160 págs.).
- Soledad Bianchi, *La memoria: modelo para armar* (en prensa).
- Hans Ehrmann, *Retratos* (en prensa).

Fuentes para el estudio de la Colonia

- Vol. i, Fray Francisco Xavier Ramírez, *Coronicón sacro-imperial de Chile*, transcripción y estudio preliminar de Jaime Valenzuela Márquez. (Santiago, 1994, 280 págs.).
- Vol. ii, *Epistolario de don Nicolás de la Cruz y Bahamonde. Primer conde de Maule*, revisión, prólogo y notas de Sergio Martínez Baeza (Santiago, 1994, 300 págs.).

Fuentes para la historia de la República

- Vol. I, *Discursos de José Manuel Balmaceda*. Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 351 págs.).
- Vol. II, *Discursos de José Manuel Balmaceda*. Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 385 págs.).
- Vol. III, *Discursos de José Manuel Balmaceda*. Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1992, 250 págs.).
- Vol. IV, *Cartas de Ignacio Santa María y su hija Elisa*, recopilación de Ximena Cruzat A. y Ana Tironi (Santiago, 1991, 156 págs.).
- Vol. V, *Escritos del padre Fernando Vives*, recopilación de Rafael Sagredo (Santiago, 1993, 524 págs.).
- Vol. VI, *Ensayistas proteccionistas del siglo XIX*, recopilación de Sergio Villalobos R. y Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 315 págs.).
- Vol. VII, *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores*, recopilación de Sergio Grez T. (en prensa).

Colección sociedad y cultura

- Vol. I, Jaime Valenzuela Márquez, *Bandidaje rural en Chile central, Curicó, 1850-1900* (Santiago, 1991, 160 págs.).
- Vol. II, Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *La Milicia Republicana. Los civiles en armas, 1932-1936* (Santiago, 1992, 132 págs.).
- Vol. III, Micaela Navarrete, *Balmaceda en la poesía popular 1886-1896* (Santiago, 1993, 126 págs.).
- Vol. IV, Andrea Ruiz-Esquide F., *Los indios amigos en la frontera araucana* (Santiago, 1993, 116 págs.).
- Vol. V, Paula de Dios Crispi, *Inmigrar en Chile: estudio de una cadena migratoria hispana* (Santiago, 1993, 172 págs.).
- Vol. VI, Jorge Rojas Flores, *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)* (Santiago, 1993, 190 págs.).
- Vol. VII, Ricardo Nazer Ahumada, *José Tomás Urmeneta. Un empresario del siglo XIX* (Santiago, 1994, 289 págs.).
- Vol. VIII, Álvaro Góngora Escobedo, *La prostitución en Santiago. Visión de las elites (1813-1930)* (Santiago, 1994, 261 págs.).

Biblioteca Escritores de Chile

- Vol. I, *Alone y los Premios Nacionales de Literatura*, recopilación y selección de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1992, 338 págs.).
- Vol. II, *Jean Emar, escritos de arte, 1923-1925*, recopilación e instrucción de Patricio Lizama (Santiago, 1992, 170 págs.).
- Vol. III, *Vicente Huidobro, textos inéditos y dispersos*, recopilación, selección e introducción de José Alberto de la Fuente (Santiago, 1993, 254 págs.).
- Vol. IV, *Domingo Meli. Páginas escogidas* (Santiago, 1993, 128 págs.).
- Vol. V, *Alone y la crítica de cine*, recopilación y prólogo de Alfonso Calderón (Santiago, 1993, 204 págs.).
- Vol. VI, *Martín Cerda. Ideas sobre el ensayo*, recopilación y selección de Alfonso Calderón y Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1993, 268 págs.).
- Vol. VII, *Alberto Rojas Jiménez*, recopilación y selección de Oreste Plath, coinvestigadores Juan Camilo Lorca y Pedro Pablo Zegers (Santiago, 1994, 284 págs.).

Colección de antropología

- Vol. I, Mauricio Massone, Donald Jackson y Alfredo Prieto, *Perspectivas arqueológicas de los Selk'nam* (Santiago, 1993, 170 págs.).
- Vol. II, Rubén Stehberg, *Instalaciones incaicas en el norte y centro semiárido de Chile* (en prensa).

Vol. III, Mauricio Massone y Roxana Seguel (compiladores), *Patrimonio arqueológica en áreas silvestres protegidas* (Santiago, 1994, 176 págs.).

COORDINACIÓN DE MUSEOS

Revista *Museos*, N^{os} 7 y 8 (1990); N^{os} 15, 16 y 17 (1993); N^o 18 (1994).

Gabriela Mistral en La Voz de Elqui, publicación ocasional del Museo Gabriela Mistral de Vicuña (Vicuña, 1992, 64 págs.).

Boletín del Museo Mapuche de Cañete, N^o 5 (1990); N^o 6 (1991).

Comunicaciones, Museo de Concepción, N^o 5 (1990); N^o 6 (1991).

Anales, Museo de Historia Natural de Valparaíso, 1987 (1991).

Contribución arqueológica N^o 3, Museo Regional de Atacama (Copiapó, 1992, 96 págs.).



Se terminó de imprimir esta 1ª edición,
de quinientos ejemplares,
en los talleres gráficos de la Editorial Universitaria, S.A.
en el mes de diciembre de 1994